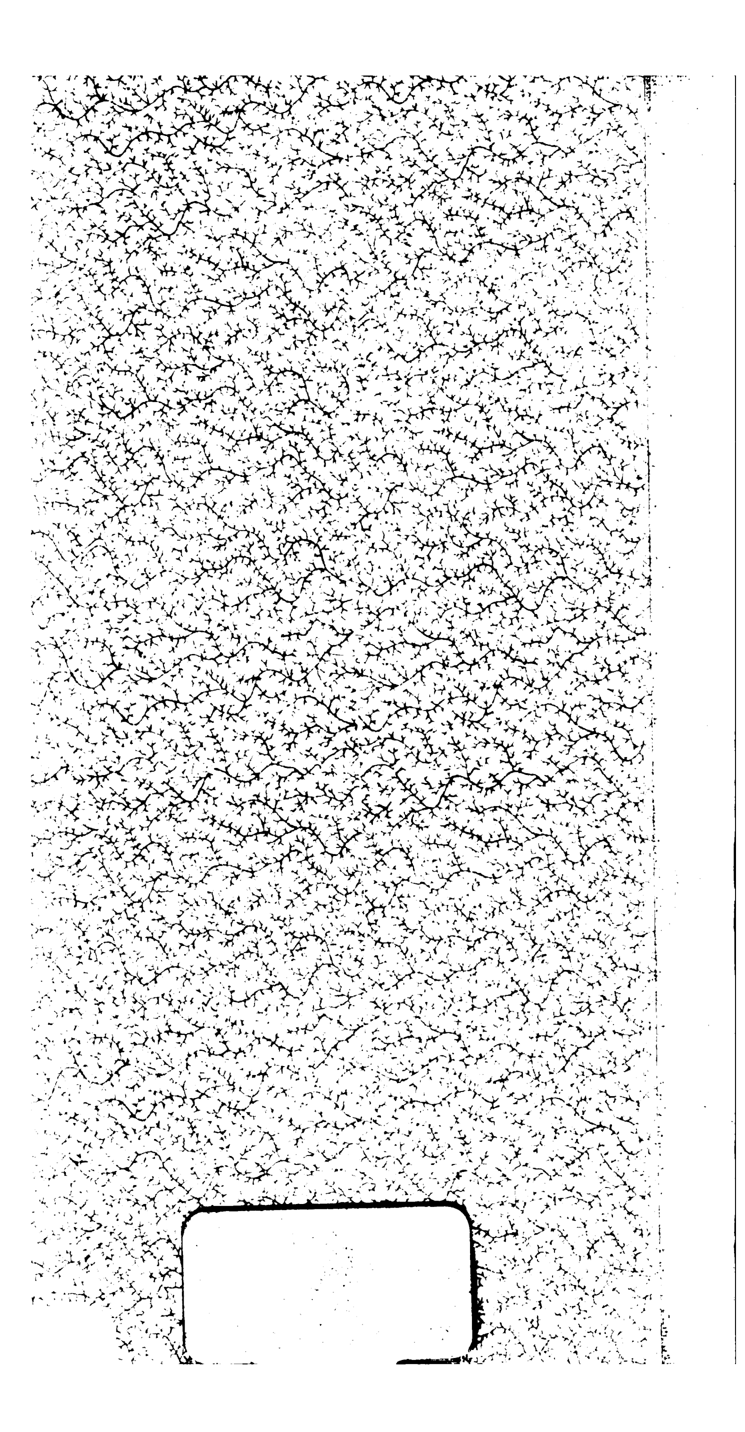
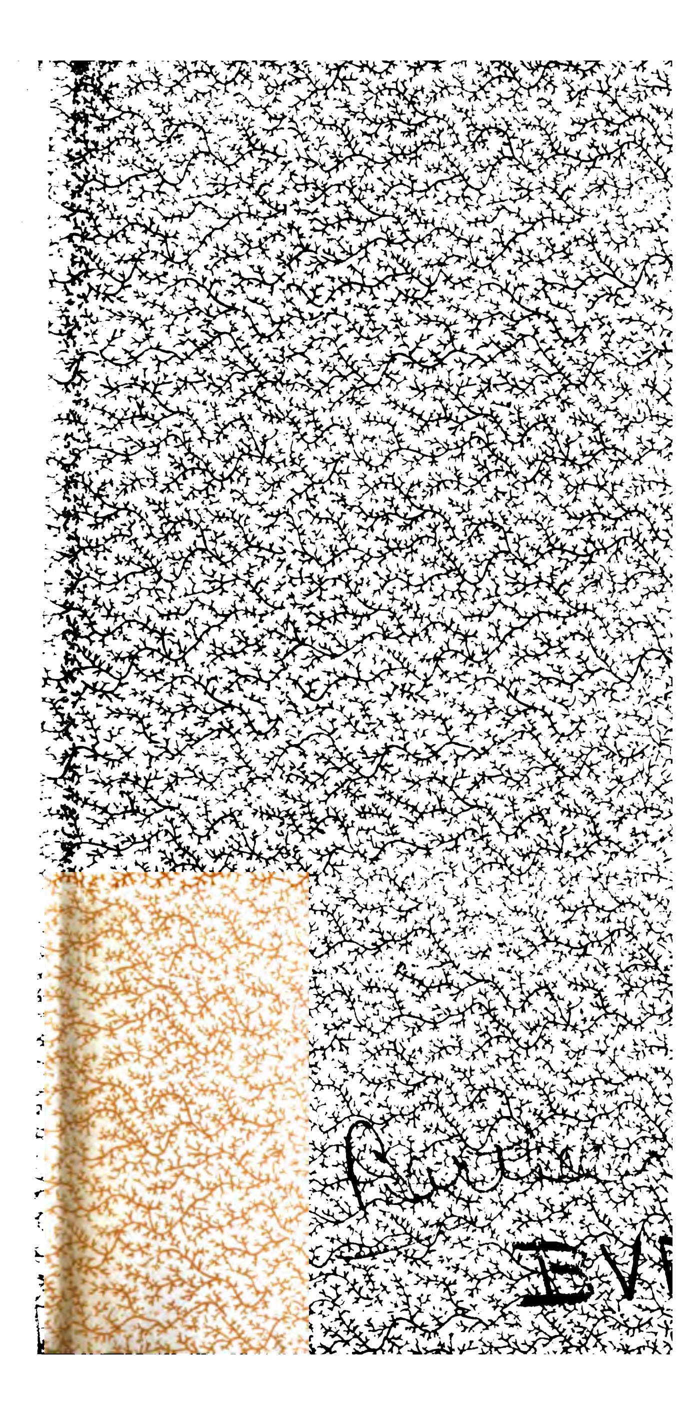

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 08155528 0





VIAGE

DEL

JOVEN ANAGARSIS.

Tom. III. Cap. XXXV.



Devéria del. Couché fils dir.

PLÁTICAS SOBRE LA MÚSICA.

VIAGE

DEL JOVEN

ANACARSIS

A LA GRECIA,

A MEDIADOS DEL SIGLO CUARTO ANTES DE LA ERA VULGAR.

POR

Juan Jacobo Barthelemy.

TRADUCIDO DEL FRANCES AL CASTELLANO.

EDICION REVISTA Y CORREGIDA CON ESMERO,

ADORNADA CON 16 LAMINAS, VARIOS PLANES Y UN MAPA GENERAL DE LA GRECIA.

AUMENTADA CON UN

INDICE ALFABETICO DE GEOGRAFIA COMPARADA.

TOMO TERCERO.

PARIS, LIBRERIA DE ROSA. | MEJICO, LIBRERIA DE GALVAN.

1835.

VIAGE

DEL

JOVEN ANACARSIS

A la Grecia,

A MEDIADOS DEL SIGLO CUARTO ANTES DE JESUCRISTO.

CAPITULO XXVI.

DE LA EDUCACION DE LOS ATENIENSES.



Habiendo sujetado los habitantes de Mitilene á algunos aliados suyos, que se habian separado de ellos, les prohibieron dar á sus hijos la menor instruccion, no encontrando mejor medio de mantenerlos en la servidumbre, que el mantenerlos en la ignorancia.

El fin de la educacion es dar al cuerpo la fuerza que debe tener; y al alma la perfeccion de que es capaz. Entre los Atenienses empieza la educacion desde el nacimiento del niño, y no se

acaba hasta el año vigésimo de su edad. Esta prueba no es larga para formar ciudadanos; pero no es suficiente, por la negligencia y descuido de los padres, que abandonan la esperanza del Estado y de su familia, al principio á esclavos, y despues á maestros mercenarios.

Los legisladores no han podido explicarse en esta materia sino con leyes generales: los filósofos la han tratado mas menudamente, extendiendo sus miras aun al cuidado que exige la infancia, y á las condescendencias, algunas veces crueles, de los que los rodean. Al hablar de esta materia esencial, manifestaré las relaciones de ciertas prácticas con la religion ó con el gobierno; al lado de los abusos pondré los consejos de personas ilustradas.

Epicaris, muger de Apolodoro, en cuya casa estaba yo hospedado, se hallaba próxima al parto. No la habian permitido salir de casa en los cuarenta dias primeros de su preñez. Ademas la habian repetido muy á menudo, que su conducta y su salud, podian influir en la constitucion de su hijo; y por esto debia usar de comidas sanas, y mantener sus fuerzas con paseos cortos.

Entre muchas de las naciones que los Griegos llaman bárbaras, el dia del nacimiento de un hijo, es un dia de duelo para la familia. Junta toda al rededor de él, le compadece, porque ha

recibido el funesto presente de la vida. Estos lamentos espantosos son muy conformes á las máximas de los sabios de la Grecia. Cuando se considera, dicen, el destino que espera al hombre sobre la tierra, se deberia regar con lágrimas su cuna.

A pesar de esto, en el nacimiento del hijo de Apolodoro, ví brillar la ternura y alegría en los ojos de todos sus parientes; ví colgar sobre la puerta de la casa una corona de olivo, símbolo de la agricultura, á la que está destinado el hombre. Si hubiera sido niña, una cinta de lana, puesta en lugar de la corona, hubiera indicado la especie de labores en que deben emplearse las mugeres. Este uso que trae á la memoria las antiguas costumbres, anuncia á la república, que acaba de adquirir un ciudadano. Antiguamente anunciaba los deberes del padre y madre de familia.

El padre tiene derecho de condenar á sus hijos, ó á vida ó á muerte. Al punto que nacen, los ponen á sus pies. Si los toma en brazos, quedan salvos. Cuando por su pobreza no está en disposicion de criarlos, ó no espera corregir en ellos ciertos defectos de configuracion, aparta los ojos, y al punto se los llevan lejos, ó á exponerlos, ó á quitarles la vida. Las leyes de Tebas prohiben esta barbarie; pero en casi toda la Grecia la autorizan ó la toleran. Hay filósofos que

la aprueban; y otros, bien que los contradicen algunos moralistas mas rígidos, añaden, que una madre cargada de mucha família, tiene derecho para matar al hijo que trae en sus entrañas. ¿Y por qué unas naciones ilustradas y sensibles ultrajan de este modo la naturaleza? La razon es que, fijado en ellas por la constitucion misma, el número de ciudadanos, no se esmeran en aumentar la poblacion; y tambien porque siendo soldado, en ellas, todo ciudadano, no toma interes la patria en la suerte de un hombre, que nunca le seria util, y al cual ella seria continuamente necesaria.

Lavaron al niño con agua tibia, conforme al consejo de Hipócrates. En los pueblos llamados bárbaros, le hubieran metido en agua fria, lo cual habria contribuido á fortalecerle. Despues le pusieron en una de aquellas cestas de mimbre, que sirven para separar el grano de la paja. Este es el presagio de una grande opulencia, ó de una posteridad numerosa.

En otro tiempo, la clase mas distinguida no dispensaba á una madre de criar á sus pechos á su hijo; pero en el dia se encomienda este deber sagrado á una esclava. Sin embargo, para corregir el defecto de su nacimiento, lá agregan á la casa, y la mayor parte de las nodrizas llegan á ser las amigas y confidentes de las niñas que han criado.

Como las nodrizas de Lacedemonia son afamadas en la Grecia, Apolodoro la mandó traer de allá, y le confió su hijo. Al recibirle, se guardó muy bien de fajarle, y encadenar sus miembros con las máquinas que se estilan en algunos paises, y comunmente no sirven sino para oponerse á la naturaleza.

Para acostumbrarle desde luego al frio, se contentó con cubrirle con algunos vestidos ligeros: práctica recomendada por los filósofos, y que yo sé que usaron los Celtas. Tambien esta es una de las naciones que los Griegos llaman bárbaras.

El dia quinto se destinó á purificar el niño. Le tomó en sus brazos una muger, y siguiéndole todos los de la casa, corrió muchas veces al rededor del fuego que ardia sobre el altar.

Como muchos niños mueren de convulsiones á poco de haber nacido, se espera al séptimo, y algunas veces al décimo dia, para darle nombre. Habiendo Apolodoro juntado á sus parientes, á los de su muger y á sus amigos, dijo delante de ellos, que daba á su hijo el nombre de su padre Lisis; porque es costumbre que el primogénito de una familia lleve el nombre de su abuelo. Esta ceremonia fué acompañada con un sacrificio y un banquete; y precedió algunos dias á otra ceremonia mas santa, cual es la de la iniciacion en los misterios de Eleusis. Persuadidos los Atenienses á que este

acto proporciona grandes ventajas para despues de la muerte, cuidan de no dilatarlo. El dia cuarenta se acabó de levantar de su parto Epicaris. Este dia lo fué de fiesta para la casa de Apolodoro.

Despues de haber recibido estos dos esposos nuevas señales de interes de parte de sus amigos, pusieron toda su atencion en la educacion de su hijo. Lo primero que se propusieron fué formar en él un temperamento robusto, y escoger entre los medios que se usaban, los mas conformes á las miras de la naturaleza, y á las luces de la filosofía. Deidamia, que este era el nombre de la nodriza, daba oidos á sus consejos, y les comunicaba á ellos los conocimientos de su experiencia.

Es tan grande la vegetacion del cuerpo humano en los cinco primeros años de la infancia, que segun la opinion de algunos naturalistas, no toma mas que el doble de altura en los veinte años siguientes. Entonces necesita mucho alimento y mucho ejercicio. La naturaleza le agita con una inquietud secreta; y las nodrizas se ven muy á menudo obligadas á arrullarle entre sus brazos, y conmover suavemente su celebro con cánticos agradables y melodiosos. Parece que un hábito largo las ha conducido á mirar la música y la danza como elementos primeros de nuestra educacion. Estos movimientos ayudan á la diges-

tion, proporcionan un sueño apacible, y disipan los terrores repentinos, que los objetos exteriores producen sobre los órganos demasiados débiles.

Luego que el niño pudo sostenerse en pie, Deidamia le puso á andar, pronta siempre á darle la mano en caso necesario. Despues la ví ponerle en las manos instrumentitos, cuyo ruido podia divertirle ó distraerle: circunstancia que no tocaria yo, si el mas cómodo de todos estos instrumentos no fuese invencion del filósofo Arquitas, que escribió sobre la naturaleza del universo, y trabajó sobre la educacion de los niños.

No tardó Deidamia en ocuparse en cosas mas importantes, y ciertas miras particulares la hicieron separar de las reglas mas comunes. Enseñó á su discípulo á no andar con diferencias en los alimentos que se le presentaban, sino á comer de todos indistintamente. Jamas empleó la violencia para impedir sus llantos; no porque siguiendo á algunos filósofos, los mirase como una especie de ejercicio util á los niños, sino que le parecia mas ventajoso detenerlos, luego que conocia la causa, y dejarlos seguir, cuando no la conocia. Así es que cesaron los llantos, luego que pudo explicar sus necesidades por sus gestos.

Pero principalmente estuvo atenta á las primeras impresiones que el niño habia de recibir: impresiones tan fuertes y durables algunas ve-

ces, que dejan por toda la vida señales en el caracter. Y en efecto, es dificil que un alma agitada siempre en la infancia de vanos temores, no vaya haciéndose mas y mas susceptible de la cobardía que la imprimieron desde luego. Deidamia alejaba de su discípulo todos los motivos de terror, lejos de multiplicarlos con amenazas y golpes.

Yo la ví un dia indignarse de que una madre hubiera dicho á su hijo, que tenia granos en la cara en castigo de sus mentiras. Habiéndola contado yo que los Escitas eran ambidextros, y peleaban igualmente con las dos manos, ví algun tiempo despues, que su discípulo se servia indistintamente de una y otra.

Era este sano y robusto; no se le trataba ni con aquel exceso de indulgencia, que hace á los niños descontentadizos, arrebatados, impacientes de la menor contradiccion, é insufribles á los demas; ni con aquel exceso de severidad, que los hace tímidos, rastreros, é insufribles á sí mismos. No le dejaban hacer su gusto, pero sin recordarle su dependencia, y se le castigaban sus faltas, sin añadir el insulto á la correccion. Lo que Apolodoro prohibia con el mayor cuidado á su hijo, era tener comunicacion frecuente con los criados de la casa; y á estos últimos de dar á su hijo la menor nocion del vicio, ya fuese con sus palabras, ya con su ejemplo.

Segun el consejo de personas sábias, en los cinco años primeros no se debe prescribir á los niños trabajo ninguno que pida aplicacion; solamente deben interesarlos y divertirlos sus juegos. Apolodoro alargó un año mas para su hijo, el tiempo concedido al incremento y consolidacion del cuerpo; y al fin del año sexto le puso al cuidado de un ayo ó pedagogo. Era este un esclavo de confianza, encargado de acompañarle á todas partes, y sobre todo á casa de los maestros que le habian de dar los primeros elementos de las ciencias.

Antes de ponerle en manos del esclavo, determinó asegurarle el estado de ciudadano. Dije mas arriba *, que los Atenienses se dividen en diez tribus: la tribu se divide en tres hermandades ó curias, y la curia en tres clases. Los de una misma curia se reputan hermanos, porque tienen fiestas, templos y sacrificios comunes. Todo ateniense debe estar agregado á una de estas curias, ya sea luego despues de su nacimiento, ya á los tres ó cuatro años: rara vez se pasa del séptimo. Esta ceremonia se hace con solemnidad en la fiesta de las Apaturias, que cae en el mes de pianepsion, y dura tres dias.

El dia primero se emplea solamente en banquetes, que reunen los parientes en una misma casa,

* Véase el capítulo XIV de esta obra.

y los miembros de una curia en un mismo lugar.

El segundo se dedica á ciertos actos de religion. Los magistrados ofrecen sacrificios en público; y muchos atenienses ricamente vestidos, con tizones encendidos en las manos, marchan precipitadamente al rededor de los altares, cantan himnos en honor de Vulcano, y celebran al dios que introdujo él uso del fuego entre los mortales.

Al dia tercero entran los niños en el orden de los ciudadanos; y habian de presentarse á ello muchos de uno y otro sexo. Yo acompañé á Apolodoro á una capilla que pertenecia á su curia, donde se hallaban reunidos con sus parientes los principales de ella, y de la clase particular á que estaba asociado. Presentóles su hijo, con una oveja que se debia sacrificar. Pesáronla; y yo oí á los asistentes gritar riéndose: ¡menor, menor! esto es, que no tenia el peso que fijaba la ley; lo cual es una chanza que se usa siempre en esta ocasion. Mientras devoraba la llama una parte de la víctima, se adelantó Apolodoro, y teniendo á su hijo de una mano, tomó por testigos á los dioses, de que aquel niño era nacido de él y de una muger ateniense en legítimo matrimonio. Se recogieron votos; y el niño fué alistado en el registro de la curia, llamado el registró público, bajo el nombre de Lisis, hijo de Apolodoro.

Este acto, que pone al niño en tal tribu, en tal curia, en tal clase de curia, es el único que testifica la legitimidad de su nacimiento, y le da los derechos á la herencia de sus padres. Cuando los de la curia se niegan á agregarle á su cuerpo, puede el padre demandarlos en justicia.

Para que la educacion sea conforme á la índole del gobierno, debe imprimir en los corazones de estos tiernos ciudadanos unos mismos sentimientos, y unos mismos principios. Por eso los antiguos legisladores los sujetaron á una enseñanza comun. El dia de hoy la mayor parte de ellos se educan en el seno de su familia, lo cual se opone directamente al espíritu de la democracia. En la educacion particular, abandonado un niño con flojedad á las lisonjas de sus parientes y esclavos, se cree distinguido de la multitud, porque está separado de ella: en la educacion comun, es mas general la emulacion; y se igualan los estados, ó se acercan. Allí es donde el joven aprende cada dia, y cada instante, que el mérito y los talentos solos pueden dar una superioridad real. Esta cuestion es mas facil de decidir, que otras muchas en que están divididos inútilmente los filósofos.

Preguntan algunos, si se debe emplear mayor cuidado en cultivar el entendimiento, que en formar el corazon: si solo se deben dar á los ni-

ños lecciones de virtud, y ninguna relativa á las necesidades y comodidades de la vida; y hasta qué punto se les debe instruir en las ciencias y en las artes. Lejos de meterse Apolodoro en semejantes disputas, resolvió no apartarse del sistema de educacion establecido por los legisladores antiguos, cuya sabiduria atrae una multitud de discípulos de los paises vecinos y remotos; bien que se reservó el corregir sus abusos. Todos los dias enviaba su hijo á las escuelas. La ley ordena que se abran al salir el sol, y se cierren al ponerse. Su ayo le llevaba por la mañana, é iba á buscarle por la tarde.

No es cosa rara hallar entre los maestros á quienes se confia la juventud de Atenas, hombres de un mérito particular. Tal fué en otro tiempo Damon, que dió lecciones de música á Sócrates, y de política á Pericles: tal era en mi tiempo Filótimo, quien habia frecuentado la escuela de Platon, y juntaba al conocimiento de las artes las luces de una sana filosofía. Apolodoro, que le estimaba mucho, habia llegado á hacerle participante del cuidado que ponia en la educacion de su hijo.

Habian convenido entre sí, que esta deberia fundarse en un solo principio. El placer y el dolor, me dijo Filótimo un dia, son como dos fuentes copiosas que la naturaleza vierte sobre los hombres, y en las que ellos beben como al acaso

la felicidad ó infelicidad. Estos son los dos primeros sentimientos que recibimos en nuestra infancia; y en la edad mas avanzada dirigen todas nuestras acciones; pero es de temer que estas guias nos extravien. Es preciso pues que Lisis aprenda desde muy temprano á desconfiar de ellas, que no contraiga en sus primeros años algun hábito que no pueda la razon justificar algun dia; y que para esto, los ejemplos, las conversaciones, las ciencias, los ejercicios corporales, todo en fin contribuya á hacerle amar y aborrecer desde ahora, lo que deberá amar y aborrecer toda su vida.

El curso de estudios comprende la música y la gimnástica, es decir, todo lo que tiene relacion con los ejercicios del espíritu y del cuerpo. La palabra *música* se toma aquí en un sentido muy extenso.

Conocer la forma y el valor de las letras, trazarlas con hermosura y facilidad, dar à las sílabas el movimiento y entonaciones convenientes, estas fueron las primeras tareas del niño Lisis. Iba todos los dias á la casa de un gramático, situada cerca del templo de Teseo, en un cuartel muy frecuentado, donde concurrian muchos discípulos. Todas las tardes referia á sus padres la historia de sus progresos. Yo le veia con un estilo ó punzon en la mano, seguir muchas veces los contornos de las letras, que el maestro habia

figurado en unas tablitas. Se le encargaba que observase exactamente la puntuacion, hasta tanto que se le pudiesen dar reglas para ella.

Leia muy á menudo las fábulas de Esopo, y recitaba frecuentemente los versos que sabia de memoria. En efecto, los maestros de gramática, para ejercitar la memoria de sus discípulos, les hacen aprender trozos de Homero, Hesiodo, y de los poetas líricos. Pero, segun dicen los filósofos, nada hay tan contrario como esto al objeto de la enseñanza; porque como los poetas atribuyen pasiones á los dioses, y justifican las de los hombres, se familiarizan los niños con el vicio antes de conocerle. Así es que se ha formado, para el uso de ellos, una coleccion de piezas escogidas, cuya moral es pura; y esta es la que el maestro de Lisis le puso en las manos. Despues le añadió la enumeracion de las tropas que fueron al sitio de Troya, conforme se halla en la Iliada. Algunos legisladores mandaron, que en las escuelas se acostumbrase á los niños á recitarla, por cuanto contiene los nombres de las ciudades y casas mas antiguas de la Grecia.

Al principio, cuando Lisis hablaba, leia, ó declamaba, me sorprendia la suma importancia que se ponia en dirigir su voz, ya para variar las inflexiones, ya para detenerla en una sílaba, ó para precipitarla en otra. Filótimo, á quien manifesté mi sorpresa, la disipó de esta manera.

Nuestros primeros legisladores conocieron muy fácilmente que á los Griegos era preciso hablarles por la imaginacion, y que la virtud se persuadia mejor con el sentimiento que con los preceptos; y así nos anunciaron verdades adornadas con los encantos de la poesía y de la música: aprendiamos nuestros deberes en los juegos de nuestra infancia; cantábamos los beneficios de los dioses, y las virtudes de los heroes; suavizáronse nuestras costumbres á fuerza de seducciones; y ahora podemos gloriarnos de que las Gracias mismas cuidan de formarnos.

La lengua que hablamos parece ser obra suya. ¡Qué dulzura! ¡qué riqueza! ¡qué armonía! Intérprete fiel del pensamiento y del corazon, al mismo tiempo que basta para casi todas nuestras ideas por la abundancia y valentía de las expresiones, y cuando es necesario sabe vestirlas con brillantes colores, su melodía derrama la persuasion en nuestras almas. No pretendo tanto explicaros este efecto, como dejároslo vislumbrar.

Nosotros encontramos en esta lengua tres propiedades esenciales, la resonancia, la entonacion y el movimiento.

Cada letra sola, ó junta con otra, hace oir un sonido; y estos sonidos se diferencian por la suavidad y la dureza, por la fuerza y debilidad, por el brillo y oscuridad. Señalo á Lisis los que lison-

jean el oido, y los que le desagradan; le hago observar que un sonido lleno, abierto y voluminoso, produce mas efecto que otro que viene á espirar en los labios, ó á quebrarse entre los dientes; y que hay una letra cuya repeticion produce un silbido tan desagradable, que algunos autores la han desterrado severamente de sus obras.

Os admirais de esta especie de melodía, que entre nosotros anima no solamente la declamacion, sino tambien la conversacion familiar; mas lo mismo hallareis en casi todos los pueblos del mediodia. Su lengua, como la nuestra, es dirigida por acentos que son inherentes á cada palabra, y dan á la voz inflexiones tanto mas frecuentes, cuanto mas sensibles son los pueblos; y tanto mas fuertes, cuanto son menos ilustrados. Creo tambien que los Griegos antiguamente tenian no solamente mas aspiraciones, sino tambien mas variedad en la entonacion que la que tenemos en el dia. Sea lo que fuere, entre nosotros sube ó baja la voz algunas veces una quinta, ya sea sobre dos sílabas, ya sobre una sola. Las mas veces recorre espacios menores, unos muy notables, otros poco sensibles, y algunas veces inapreciables. Hallándose en la escritura los acentos juntos á las palabras, Lisis distingue fácilmente las sílabas en que debe subir ó bajar la voz; pero como no hay signos para

dar á conocer los grados precisos de subida ó bajada, le acostumbro á tomar las inflexiones mas convenientes al asunto y á las circunstancias. Sin duda habreis advertido que su entonacion adquiere cada dia nuevas gracias, porque se va haciendo mas arreglada y mas variada.

La duracion de las sílabas se mide por cierto intervalo de tiempo. Unas se arrastran con mas ó menos lentitud, y otras corren con mas ó menos velocidad. Reunid muchas sílabas breves, y á pesar vuestro os arrastrará la rapidez de la diccion: poned en su lugar sílabas largas, y os detendrá su tardanza y pesadez: combinadlas siguiendo las relaciones de su duracion, y vereis que vuestro estilo obedece á todos los movimientos de vuestra alma, y figura todas las impresiones que querais dar á la mia. Ved aquí lo que constituye aquel ritmo, aquella cadencia, á que no se puede faltar sin desagradar al oidó; y así es como de las variedades que la naturaleza, el arte y las pasiones han puesto en el ejercicio de la voz, resultan sonidos mas ó menos agradables, mas ó menos brillantes, mas ó menos rápidos.

Cuando Lisis esté mas adelantado, le manifestaré que el mejor modo de colocarlas es contraponerlas, porque la contraposicion, de donde nace el equilibrio, está en la naturaleza, y es principalmente en las artes de imitacion, la pri-

mera fuente del orden y de la belleza. Le enseñaré el balanceo feliz con que pueden debilitarse ó fortificarse, y apoyando las reglas en ejemplos, distinguirá en las obras de Tucídides una melodía austera, respetuosa, noble, mas por lo comun desnuda de amenidad; en Xenofonte una sucesion de consonancias, cuya suavidad y blandura caracterizan á las Gracias que le inspiran; en Homero un orden siempre sabio, siempre variado. Ved como cuando este poeta habla de Penélope, se reunen los sonidos mas dulces y mas brillantes para explicar la armonía y la luz de la belleza. ¿Trata de representar el ruido de las olas que se estrellan contra la costa? Su expresion se prolonga y brama con estrépito. ¿Quiere pintar los tormentos de Sísifo eternamente ocupado en subir un peñasco á la cima de un monte, desde donde vuelve á caer luego? Su estilo, despues de una marcha lenta, pesada y trabajosa, corre y se precipita como un torrente. Así es como en la pluma del mas armonioso de los poetas, los sonidos sirven de colores, y las imágenes se hacen realidades.

Nosotros no enseñamos á nuestros discípulos las lenguas extrangeras, ya sea por desprecio de las demas naciones, ya porque no les sobra el tiempo para aprender la nuestra. Lisis conoce las propiedades de los elementos que la componen. Sus órganos flexibles se acomodan con fa-

cilidad á las degradaciones que un oido ejercitado observa en la naturaleza de los sonidos, en su duracion, en los diferentes grados de su elevacion y de su aumento.

Acaso os parecerán frívolas estas nociones, que no han sido recopiladas todavía en ninguna obra; y lo serian en efecto, si precisados á agradar á los hombres para moverlos, no nos viésemos continuamente obligados á preferir el estilo al pensamiento, y la armonía á la expresion; pero son necesarias en un gobierno en que el arte de hablar recibe un precio infinito de las calidades necesarias que le acompañan; y principalmente en un pueblo de imaginacion ligerísima, y de sentidos delicadísimos, que algunas veces perdona al orador que se opone á su voluntad, mas nunca al que insulta á sus oidos. De aquí han nacido las increibles pruebas á que se han sujetado algunos oradores, para rectificar su órgano; de aquí sus esfuerzos para distribuir en sus palabras la melodía y cadencia que preparan la persuasion; de aquí en fin resultan estos encantos inexplicables, y esta dulzura arrebatadora que la lengua griega recibe en la boca de los Atenienses. La gramática, mirada bajo este aspecto, tiene tantas relaciones con la música, que por lo comun se encarga al mismo maestro la enseñanza de los elementos de una y otra.

En otra ocasion daré cuenta de las conversaciones que tuve con Filótimo sobre la música. Yo asistia algunas veces á las lecciones que daba á su discípulo. Lisis aprendió á cantar con gusto, acompañándose con la lira. Se alejaron de él los instrumentos que agitan el alma con violencia, ó solo sirven para enervarla. Se le prohibió la flauta, que excita y aquieta alternativamente las pasiones. No hace mucho tiempo que era el instrumento favorito de los Atenienses mas distinguidos. Alcibiades, niño todavía, quiso aprender á tocarla; pero como los esfuerzos que hacia para sacar los sonidos, alterasen la suavidad y hermosura de sus facciones, la hizo mil pedazos. Desde este momento la juventud de Atenas miró el tocar este instrumento como ejercicio poco noble, y le abandonó á los músicos de profesion.

Por este tiempo salí yo para Egipto; y antes de mi partida supliqué á Filótimo que me pusiera por escrito lo demas de esta educacion, y voy á continuar la historia de ella siguiendo su diario.

Pasó Lisis sucesivamente bajo la direccion de varios maestros. Aprendió la aritmética por principios, y al mismo tiempo divirtiéndose; porque para facilitar á los niños su estudio, se le acostumbra ya á partir entre sí, segun son mas ó menos en número, una cierta porcion de

manzanas ó de coronas; ya á mezclarse en sus ejercicios, siguiendo ciertas combinaciones dadas, de manera que uno mismo ocupe cada sitio cuando le toque *. No quiso Apolodoro que su hijo aprendiese ni aquellas soñadas propiedades que los pitagóricos atribuyen á los números; ni la aplicacion que el sórdido interes puede hacer del cálculo á las operaciones de comercio. Apreciaba la aritmética, porque entre otras ventajas aumenta la sagacidad del espíritu, y le prepara al conocimiento de la geometría y astronomía.

Lisis tomó una tintura de estas dos ciencias. Con ayuda de la primera, puesto un dia al frente de los ejércitos, podria mas fácilmente sentar un campamento, estrechar un sitio, formar las tropas en batalla, hacerlas mover rápidamente en una marcha ó en una accion. La segunda debia libertarle de los temores que los eclipses y los fenómenos extraordinarios inspiraban á los soldados poco tiempo ha.

Apolodoro fué una vez á casa de uno de los maestros de su hijo, donde vió instrumentos matemáticos, globos, y tablas donde se habian

* Estos juegos servian para grabarles en la memoria el cálculo de ciertas permutaciones: aprendian, por ejemplo, que 3 números ó 3 letras, podian combinarse de 6 modos distintos; 4, de 24 modos; 5, de 120; 6, de 720; y así de los demas, multiplicando la suma de las combinaciones dadas por el número siguiente.

trazado los límites de diferentes imperios, y la posicion de las ciudades mas célebres. Como hubiese sabido que su hijo hablaba á menudo de una posesion que tenia su casa en el pais de Cefisia, se aprovechó de esta ocasion para darle la misma leccion que Sócrates dió á Alcibiades. Señaladme, le dijo, sobre este mapa de la tierra donde está la Europa, la Grecia y la Atica. Satisfizo Lisis á esto; pero habiéndole preguntado luego Apolodoro, que donde estaba el lugar de Cefisia, su hijo le respondió avergonzado, que no le habia encontrado. Sonriéronse sus amigos, y despues no volvió á hablar de las posesiones de su padre.

Abrasábase Lisis en deseos de saber; pero Apolodoro no perdia de vista esta máxima de un rey de Lacedemonia: que no se debe enseñar á los niños mas de lo que pueda serles util algun dia; ni esta otra: que es menos mala la ignorancia, que una multitud de conocimientos amontonados confusamente en el entendimiento.

Al mismo tiempo aprendia Lisis á pasar un rio á nado, y á domar un caballo. El baile arreglaba sus pasos, y daba gracia á todos sus movimientos. Iba continuamente á los ejercicios del Liceo. Los niños empiezan sus ejercicios muy pronto, algunos á la edad de siete años, y los continuan hasta los veinte. Los acostumbran

desde luego á sufrir el frio, el calor y todas las intemperies de las estaciones; despues á arrojar pelotas de diversos tamaños, y tirárselas unos á otros. Este juego y otros semejantes no son mas que preludios de las trabajosas pruebas que se les hace pasar, á proporcion que se aumentan sus fuerzas. Corren por sitios arenosos, lanzan dardos, saltan una fosa ó un poste, teniendo en las manos masas de plomo, arrojando al aire ó hácia adelante tejos de piedra ó de bronce: traspasan corriendo una ó muchas veces el espacio del Estadio, y algunas cubiertos con armas pesadas. Lo que mas los ocupa es la lucha, el pugilato, y los diferentes combates que describiré cuando hable de los juegos olimpicos. Lisis, que se entregaba á ellos con pasion, se veia obligado á usarlos moderadamente, y á corregir sus efectos con los ejercicios del entendimiento, á los que le llamaba su padre sin cesar.

Cuando volvia por la tarde á su casa, unas veces se acompañaba con la lira, otras se empleaba en dibujar; porque hace algunos años que se ha introducido en todas partes la costumbre de enseñar el dibujo á los niños de distincion. Muchas veces leia delante de sus padres los libros que podian instruirle ó divertirle: Apolodoro hacia con él el oficio de aquellos gramáticos que, con el nombre de críticos, en-

señan á resolver las dificultades que ofrece el texto de un autor; Epicaris el de una muger de gusto, que sabe apreciar las bellezas. Preguntó un dia Lisis, que cómo se juzgaba del mérito de un libro; y Aristóteles, que estaba presente, respondió: « si el autor dice cuanto debe decir; « si no dice mas de lo que es preciso decir; y si « lo dice como se debe decir. »

Sus padres le enseñaban aquella urbanidad noble, de la cual eran modelos. Deseo de agradar, dulzura en el comercio de la vida, igualdad de caracter, atencion en ceder su lugar á los mayores, decoro en el porte, en los modales, en lo exterior, en las expresiones, todo se prescribia sin violencia, y se ejecutaba sin esfuerzo.

Su padre le llevaba continuamente á caza mayor, porque es imagen de la guerra; algunas veces á caza de aves, mas siempre por tierras incultas, para no perjudicar á la esperanza del labrador.

Condujéronle muy temprano al teatro. En lo sucesivo se distinguió mas de una vez en los coros de música y de baile de las fiestas solemnes; y tambien se presentó en los juegos públicos, en que se admiten corridas de caballos; de donde salió victorioso muchas veces; mas nunca le vieron, como hacian otros jóvenes, tenerse de pie sobre el caballo, lanzar dardos, ni servir de diversion al público con sus habilidades.

Tomó algunas lecciones de un maestro de esgrima; se instruyó en la táctica; pero no concurrió á casa de aquellos profesores ignorantes, á que van los jóvenes á aprender á mandar los ejércitos.

Casi todos estos ejercicios tenian relacion con el arte militar. Pero así como debia defender su patria, tambien debia ilustrarla. La lógica, la retórica, la moral, la historia, el derecho civil, la política, fueron sucesivamente su ocupacion.

Hay maestros mercenarios que se encargan de enseñarlas, y venden bien caras sus lecciones. Se cuenta de Aristipo, que le suplicó un ateniense que acabase de educar á un hijo suyo. Aristipo le pidió mil dracmas *. «Por esa suma, «respondió el padre, yo tendré un esclavo.— «No tendreis sino dos, respondió el filósofo: el « uno será vuestro hijo, y el otro el esclavo que « le pongais.»

En otro tiempo venia una multitud de sofistas á esta ciudad, y enseñaban á la juventud ateniense á disertar superficialmente sobre todas las materias. Aunque se ha disminuido su número, se ven todavía algunos, que rodeados de sus discípulos hacen resonar las salas del gimnasio con sus voces y disputas. Rara vez asistia Lisis á estos combates. Otros maestros mas ilus-

* Novecientas libras (3,332 rs. vn.).

trados le daban lecciones, y los hombres de primer órden consejos. Estos últimos eran Platon, Isócrates y Aristóteles, todos tres amigos de Apolodoro.

La lógica dió nuevas fuerzas á su razon, y la retórica nuevos encantos; pero se le advirtió que, destinadas una y otra para el triunfo de la verdad, no solian servir mas que para el de la mentira. Como un orador no debe descuidar demasiado las calidades exteriores, le tuvieron por algun tiempo al lado de un actor habil, quien se encargó de dirigir su voz y su accion.

La historia de la Grecia le ilustró en punto á las pretensiones y los yerros de los pueblos que la habitan. Dedicóse al foro, mientras llegaba el dia de que, á imitacion de Temístocles y otros hombres grandes, pudiese defender la causa de la inocencia.

Uno de los principales objetos de la educacion es formar el corazon de un niño. Mientras dura esta, los padres, el ayo, los criados, los maestros, le cansan y fastidian con máximas comunes, cuya impresion debilitan con su ejemplo; y aun muchas veces los golpes y amenazas, indiscretamente empleados, le inspiran aversion á las verdades que deberia amar. Jamas costó lágrimas á Lisis el estudio de la moral; pues su padre habia puesto cerca de él personas que le instruian con su conducta, y no con reprensio-

nes importunas. Mientras fué niño, le corregia sus faltas con suavidad; y cuando su razon estuvo ya formada, le indicaba que eran contrarias á sus intereses.

Era delicado en la eleccion de libros morales, porque sus autores por lo comun están poco solidados en sus principios, ó no tienen sino ideas falsas de nuestras obligaciones. Un dia nos leyó Isócrates una carta que habia escrito en otro tiempo á un joven llamado Demónico *, que vivia en la corte del rey de Quipre. Esta carta, llena de fuego, pero cargada de antítesis, contenia reglas de buenas costumbres y de conducta, puestas en forma de máximas relativas á las diversas circunstancias de la vida. Citaré algunos pasages.

« Haced con vuestros padres lo que quisierais
« que vuestros hijos hiciesen con vosotros algun
« dia. Figuraos en vuestras mas secretas accio-
« nes, que teneis á todo el mundo por testigo.
« No creais que las acciones reprensibles puedan
« quedar en el olvido : acaso podreis ocultarlas
« á los demas; pero jamas á vosotros mismos.
« Emplead vuestros ocios en escuchar los dis-

* Algunos doctos críticos han creído que esta carta no era de Isócrates; pero su opinion se funda solamente en conjeturas ligeras. Véase á Fabricio, y las *Memorias de la Academia de bellas letras*.

« cursos de la sabiduría. Deliberad con lentitud, « y ejecutad con prontitud. Aliviad á la virtud « desgraciada; los beneficios bien aplicados son « el tesoro del hombre de bien. Cuando tengais « algun cargo importante, no empleeis á gentes « indignas: cuando le dejeis, que sea con mas « gloria que riqueza. »

Esta obra estaba escrita con la profusion y elegancia que se advierte en todas las de Isócrates. Alabaron al autor; y luego que se fué, dirigiéndose Apolodoro á su hijo, le dijo: he conocido el placer que te ha causado esta lectura, y no lo extraño; porque ha despertado en tí unos sentimientos preciosos á tu corazon, y se alegra uno de hallar sus amigos en donde quiera. ¿Pero habrás notado el pasage que yo le supliqué repitiese, en que prescribe á Demónico la conducta que debe tener en la corte de Quipre? Lo sé de memoria, respondió Lisis. « Conformaos con las « inclinaciones del príncipe. Dando muestras de « aprobarlas, tendreis mayor crédito con él, y « mas consideracion en el pueblo. Obedeced sus « leyes; y mirad su ejemplo como la primera de « todas. »

¡Rara leccion en boca de un republicano! dijo Apolodoro. ¿Y cómo se la puede conciliar con el consejo que el autor da antes á Demónico de detestar á los lisonjeros? Esto viene de que Isócrates no tiene en punto á moral mas que

una doctrina prestada, y habla mas como retórico que como filósofo. Por otra parte, ¿se ilustra el entendimiento con unos preceptos tan vagos? ¿Creeis que Demónico estuviese en estado de entender estas palabras sabiduría, justicia, templanza, honestidad, y otras muchas que durante la lectura han resonado muchas veces en vuestro oido; palabras que tantos se contentan con retener en la memoria, y pronunciar como al acaso? ¿Teneis vos una nocion exacta de ellas? ¿Sabeis que el mayor peligro de las preocupaciones y de los vicios es el que se desfiguran, poniéndose la máscara de las verdades y virtudes, y que es dificultosísimo seguir la voz de una guia fiel, cuando la ahoga la de una multitud de impostores, que marchan á su lado, é imitan sus acentos?

Hasta ahora no he hecho esfuerzo alguno para fortaleceros en la virtud, contentándome solo con haceros practicar sus actos, por ser preciso disponer vuestra alma, como se prepara una tierra antes de sembrarla. El dia de hoy debeis pedirme razon de los sacrificios que he exigido de vos algunas veces, y poneros en disposicion de justificar los que hagais en adelante.

Algunos dias despues tuvo Aristóteles la bondad de llevar muchas obras que habia bosquejado, ó acabado, las mas de ellas pertenecientes á la moral, las cuales explicaba segun las

iba leyendo. Voy á exponer sus principios.

Todos los géneros de vida, todas nuestras acciones se proponen un fin particular, y todos estos fines caminan á uno general, que es la felicidad. Nunca nos engañamos en este fin, sino en la eleccion de los medios. ¡Cuántas veces nos han sido mas funestos que útiles los honores, las riquezas, el poder y la hermosura! ¡Cuántas veces nos ha enseñado la experiencia que la enfermedad y la pobreza no son dañosas por sí mismas! Así es que tanto por la idea falsa que tenemos de los bienes y de los males, cuanto por la inconstancia de nuestra voluntad, obramos casi siempre, sin saber puntualmente lo que se debe desear, ni lo que se debe temer.

Distinguir los bienes verdaderos de los aparentes es el objeto de la moral, que por desgracia no procede como las ciencias limitadas á la teoría. En estas últimas ve el espíritu, sin trabajo alguno, emanar de los principios las consecuencias. Mas cuando se trata de obrar, debe dudar, deliberar, elegir, y sobre todo, librarse de las ilusiones que vienen de afuera, y de las que se levantan del fondo de nuestros corazones. Si queremos ilustrar nuestros juicios, debemos entrar en nosotros mismos, y tomar una idea justa de nuestras pasiones, virtudes y vicios.

El alma, este principio, que entre otras fa-

cultades, tiene la de conocer, conjeturar y deliberar, de sentir, desear y temer: el alma, indivisible quizá en sí misma, con relacion á sus diversas operaciones, se divide en dos partes principales; la una posee la razon y las virtudes del espíritu; la otra, que debe ser gobernada por la primera, es el asiento de las virtudes morales.

En la primera residen la inteligencia, la sabiduría y la ciencia, que solo se ocupan de las cosas intelectuales é invariables; la prudencia, el juicio y la opinion, cuyos objetos caen bajo los sentidos, y varian sin cesar; la sagacidad, la memoria, y otras que paso en silencio.

La inteligencia, simple percepcion del alma*, se limita á contemplar la esencia y los principios eternos de las cosas; la sabiduría medita no solamente sobre los principios, sino tambien sobre las consecuencias que nacen de ellos; participa de la inteligencia que ve, y de la ciencia que demuestra. La prudencia aprecia y combina los bienes y los males, delibera lentamente,

* Parece que la palabra *νοῦς* en su origen significaba la vista. En Homero la palabra *νοῶ* significa á veces *yo veo*. La misma significacion se ha conservado en la palabra *πρόνοια* que los Latinos han traducido *provisio, providentia*. Esto es lo que hace decir á Aristóteles, que la inteligencia *νοῦς* es en el alma, lo que la vista en el ojo.

y decide nuestra eleccion del modo mas conforme á nuestros verdaderos intereses. Cuando con bastantes luces para pronunciar, no tiene bastante fuerza para hacernos obrar, no es mas que un juicio sano. Finalmente la opinion se envuelve en sus dudas, y nos arrastra muchas veces al error.

De todas las calidades del alma la mas eminente es la sabiduría, y la mas util la prudencia. Como nada hay en el universo tan grande como el mismo universo, los sabios que van hasta su origen, y se ocupan en averiguar la esencia incorruptible de los seres, logran el primer orden en nuestra estimacion. Tales fueron Anaxagoras y Tales, quienes nos han trasmitido nociones admirables y sublimes; pero inútiles para nuestra felicidad; porque la sabiduría no influye sino indirectamente sobre la moral. Aquella consiste toda en la teórica; y la prudencia en la práctica*.

Habreis visto que en una casa, abandona el señor á un mayordomo fiel los pormenores de la administracion doméstica, para ocuparse él en los asuntos mas importantes: pues del mismo

* Xenofonte, siguiendo á Sócrates, da el nombre de sabiduría á la virtud que Aristóteles llama aquí prudencia. Platon le da á veces el mismo significado. Arquitas habia dicho antes que ellos, que la prudencia es la ciencia de los bienes que convienen al hombre.

modo la sabiduría, absorta en sus meditaciones profundas, descansa sobre la prudencia en cuanto al arreglo de nuestras inclinaciones y gobierno de la parte del alma, en que he dicho que residen las virtudes morales.

Esta parte está continuamente agitada por el amor, el odio, la ira, el deseo, el temor, la envidia y otras muchas pasiones, cuyas semillas nacen con nosotros, y que por sí mismas no merecen ni alabanza, ni vituperio. Sus movimientos dirigidos por el atractivo del placer, ó por el temor del dolor, son casi siempre irregulares y funestos; ademas que del mismo modo que la falta ó exceso de ejercicio destruye las fuerzas del cuerpo, y un ejercicio moderado las restablece, así tambien un movimiento apasionado, muy violento, ó muy debil, echa al alma mas acá ó mas allá del fin que ella se debe proponer, cuando un movimiento arreglado la lleva á él naturalmente. Luego el término medio entre dos afectos viciosos es el que constituye un sentimiento virtuoso. Pongamos un ejemplo. La cobardia lo teme todo, y peca por defecto; la audacia nada teme, y peca por exceso; el valor, que ocupa el medio entre las dos, no teme sino cuando es preciso temer. De este modo las pasiones de la misma especie producen en nosotros tres afecciones diferentes, dos viciosas y una virtuosa. Así es, que las virtudes morales

nacen del seno de las pasiones, ó mas bien, no son mas que las pasiones reducidas á sus límites justos.

Entonces nos enseñó Aristóteles un escrito de tres columnas, en que las mas de las virtudes estaban colocadas entre dos extremos. He conservado este extracto para la instruccion de Lisis.

EXCESO.	MEDIO.	DEFECTO ó extremo contrario.
Audacia.	*Valor.*	*Timidez.*
Destemplanza.	*Templanza.*	*Insensibilidad.*
Prodigalidad.	*Liberalidad.*	*Avaricia.*
Fausto.	*Magnificencia.*	*Parsimonia.*
. . . .	*Magnanimidad.*	*Bajeza.*
Apetia.	*Suavidad.*	*Ira.*
Jactancia.	*Verdad.*	*Disimulacion.*
Bufonería.	*Jocosidad.*	*Rusticidad.*
Adulacion.	*Amistad.*	*Odio.*
Estupor.	*Modestia.*	*Descaro.*
Envidia.	. . . .	. . . .
Astucia.	*Prudencia.*	*Estupidez, etc.*

Así la liberalidad está entre la avaricia y la

prodigalidad; la amistad entre la aversion ó el odio, y la condescendencia ó la adulacion. Como la prudencia por su naturaleza pertenece al alma racional, y por sus funciones á la sensitiva, va acompañada de la astucia, que es un vicio del corazon; y de la estupidez, que es un defecto del espíritu. La templanza es contraria á la destemplanza, que es su exceso. Se ha puesto la insensibilidad por el otro extremo, y es, dijo Aristóteles, porque en punto á placer nunca se peca por defecto, á menos que uno no sea insensible. Hallais, añadió, algunos vacíos en esta tabla, y consiste en que nuestra lengua no tiene bastantes palabras para expresar todos los afectos de nuestra alma: por ejemplo, no la tiene para caracterizar la virtud contraria á la envidia; sin embargo se la reconoce en la indignacion que los felices sucesos de los malos excitan en una alma buena*.

* Aristóteles dice que Platon habia tomado de los pitagóricos una parte de su doctrina sobre los principios. Tambien siguiéndolos, compuso Aristóteles aquella escala ingeniosa que pone cada virtud entre dos vicios, de los que el uno peca por defecto, y el otro por exceso. Véase lo que dice Teages.

La tabla que presento en este capítulo, está compuesta de una parte de la escala de Aristóteles, y de algunas definiciones esparcidas en sus tres tratados de moral; el primero dirigido á Nicómaco, el segundo que se llama *grandes Morales*, y el tercero dirigido á Eudemo. Un estudio meditado de estos tres tratados, puede dar el verdadero significado de las palabras, que usan los

Sea de esto lo que fuese, los dos vicios correspondientes á una virtud pueden distar mas ó menos de ella, sin dejar de ser reprensibles. Se puede ser mas ó menos cobarde, mas ó menos pródigo; pero solamente de un modo se puede ser perfectamente liberal ó valiente. Por eso tenemos en la lengua muy pocas palabras para señalar cada virtud, y muchas para cada vicio; y dicen los pitagóricos que el mal participa de la naturaleza de lo infinito, y el bien de lo finito.

¿Pero quién discernirá este bien casi imperceptible en medio de los males que le rodean? la prudencia, á la que llamaré algunas veces recta razon; porque juntando á las luces naturales de la razon las de la experiencia, rectifica las unas con las otras. Su oficio es mostrarnos la senda por donde debemos marchar; y detener lo posible aquellas pasiones que quisieran descarriarnos por caminos cercanos, porque ella tiene derecho para intimarles sus órdenes. Ella es con relacion á las pasiones, lo que un arquitecto respecto á los oficiales que trabajan á sus órdenes.

La prudencia delibera, en todas las ocasiones,

peripatéticos para designar las virtudes y los vicios; pero yo no pretendo haber fijado bien en frances estas acepciones, cuando veo tomadas estas palabras en diferentes sentidos por las demas sectas filosóficas, y sobre todo por la del Pórtico (los estoicos).

sobre los bienes que debemos buscar; bienes difíciles de conocer, y que deben ser relativos no solamente á nosotros, sino tambien á nuestros parientes, amigos y conciudadanos. La deliberacion debe ser seguida de una eleccion voluntaria; pues si no lo fuese, solamente seria digna de indulgencia ó de compasion. Lo es siempre que no nos obliga á obrar una fuerza externa, ó no nos arrastra una ignorancia inculpable. De este modo una accion buena debe ser precedida por la deliberacion y la eleccion, para ser, rigurosamente hablando, un acto de virtud; y este acto reiterado muchas veces forma en nuestra alma un hábito que yo llamo virtud.

Al presente nos hallamos en estado de distinguir lo que la naturaleza hace en nosotros, y lo que la recta razon añade á aquella. La naturaleza no nos ha dado, ni nos ha negado ninguna virtud; y solamente nos concede facultades, para que usemos de ellas. Poniendo en nuestros corazones las semillas de todas las pasiones, ha puesto tambien los principios de todas las virtudes. Por consiguiente, cuando nacemos, recibimos una aptitud mas ó menos próxima para ser virtuosos, y una inclinacion mas ó menos fuerte á lo bueno.

De aqui nace una diferencia esencial entre lo que llamamos algunas veces virtud natural, y la virtud propiamente dicha. La primera es esta

aptitud ó inclinacion, de que he hablado; especie de instinto, que no estando todavía ilustrado por la razon, unas veces se inclina al bien, otras al mal. La segunda es este mismo instinto dirigido constantemente al bien por la recta razon, y obrando siempre con conocimiento, eleccion y perseverancia.

De aquí infiero que la virtud es un hábito formado al principio, y dirigido despues por la prudencia; ó si se quiere, una inclinacion natural á las cosas honestas, trasformado en hábito por la prudencia.

De estas nociones se derivan muchas consecuencias. Está en nuestro poder el ser virtuosos, pues todos tenemos aptitud para serlo; mas no pende de ninguno de nosotros ser el mas virtuoso de los hombres, á no ser que haya recibido de la naturaleza las disposiciones que exige semejante perfeccion.

Formando la prudencia en nosotros el hábito de la virtud, llegan todas las virtudes á ser su obra; de lo cual se sigue que en una alma, siempre dócil á sus inspiraciones, no hay virtud que no venga á ponerse en su lugar, y no la hay tampoco que sea contraria á otra. Tambien se debe descubrir una perfecta conformidad entre la razon y las pasiones, pues que la una manda, y las otras obedecen.

¿Mas cómo podremos estar seguros de esta

conformidad? ¿Cómo nos lisonjearemos de poseer una tal virtud? Al principio por un sentimiento íntimo, y despues por el dolor ó placer que esperimentemos. Si es informe todavía esta virtud, nos afligirán los sacrificios que nos pide; si está ya hecha, nos llenarán de una alegría pura; porque la virtud tiene su deleite.

Los niños no pueden ser virtuosos, dado que no pueden conocer ni elegir el verdadero bien: No obstante, como es esencial alimentar la inclinacion que tienen á la virtud, es preciso ejercitarlos en sus actos.

Gobernándose siempre la prudencia por motivos honestos, y exigiendo cada virtud la perseverancia, muchas acciones que parecen laudables, pierden su mérito, cuando se examina el principio de ellas. Unos se exponen al peligro por la esperanza de una utilidad grande, y otros por no ser reprendidos: ninguno de estos es valeroso. Quitad á los primeros la ambicion, y á los segundos la vergüenza, y acaso serán los mas cobardes de los hombres.

No deis el nombre de valerosos á los que son impelidos de la venganza: el vengativo es un jabalí que se arroja sobre el hierro que le hiere. No le deis tampoco á aquellos que están agitados por pasiones desordenadas, y cuyo valor se inflama y apaga con ellas. ¿Pues quién es el hombre valeroso? El que movido por un motivo

honesto, y guiado por la recta razon, conoce el peligro, le teme, y se arroja á él.

Los mismos principios aplicó Aristóteles á la justicia, templanza y otras virtudes; y recorriéndolas todas en particular, las siguió en sus subdivisiones, y fijó la extension y límites de su imperio; porque nos hizo ver de qué modo, en qué circunstancias, y sobre qué objetos debe obrar ó detenerse cada una. Al mismo tiempo aclaraba muchas cuestiones que dividen á los filósofos sobre la naturaleza de nuestros deberes. Esta explicacion, que en sus obras solo está indicada por lo comun, y en que yo no puedo extenderme aquí, le trajo á tratar de los motivos que deben adherirnos inviolablemente á la virtud.

Considerémosla, nos dijo un dia, en sus relaciones con nosotros y con los demas. El hombre virtuoso tiene sus delicias en habitar y vivir consigo mismo: en su alma no hallareis ni los remordimientos, ni las sediciones que agitan al hombre vicioso: es feliz por la memoria de los bienes que ha hecho; y por la esperanza del bien que puede hacer. Goza de su propia estimacion, logrando la de los demas: parece que no obra sino para ellos; y aun les cederá los empleos mas brillantes, si está persuadido á que pueden desempeñarlos mejor que él: toda su vida es activa, y todas sus acciones nacen

de alguna virtud particular. Posee pues la felicidad, que no es otra cosa que una serie continuada de acciones conformes á la virtud.

Acabo de hablar de la felicidad que conviene á la vida activa y dedicada á los deberes de la sociedad: pero hay otra de un orden superior, reservada exclusivamente al corto número de sabios, que lejos del tumultò de los negocios se entregan á la vida contemplativa. Como se han despojado de todo lo que tenemos de mortal, y solamente oyen á lo lejos el susurro de las pasiones, todo está tranquilo en su alma, todo en silencio, menos aquella parte de ella misma, que tiene el derecho de mandar; porcion celestial, llámese inteligencia, ó como se quiera, continuamente ocupada en meditar sobre la naturaleza divina y sobre la esencia de los seres. Los que no oyen otra voz que aquella, son especialmente queridos de la divinidad; porque si es verdad (como todo nos inclina á creerlo), que esta cuida de las cosas humanas; ¿con qué ojos debe mirar á los que, á imitacion suya, no colocan su felicidad sino en la contemplacion de las verdades eternas?

En las conversaciones que se tenian delante de Lisis, Isócrates lisonjeaba su oido; Aristóteles ilustraba su entendimiento; y Platon inflamaba su alma. Este último le explicaba unas veces la doctrina de Sócrates; otras el plan de

su república; otras le daba á conocer que no hay verdadera elevacion, ni independencia entera sino en el alma virtuosa. Mas á menudo le manifestaba por menor, que la felicidad consiste en la ciencia del sumo bien, el cual no es otro que Dios. De este modo, mientras otros filósofos se contentan con dar por premio á la virtud la estimacion pública solamente, Platon le ofrece un apoyo mas noble.

La virtud, decia, viene de Dios. Nadie puede adquirirla, sino conociéndose á sí mismo, alcanzando la sabiduría, y prefiriéndose á lo que le pertenece. Escuchadme Lisis. Vuestro cuerpo, vuestra belleza, vuestras riquezas están en vos, pero no son vos. El hombre está todo entero en su alma. Para saber lo que es, y lo que debe hacer, es preciso que se mire en su inteligencia, en esta parte del alma en donde brilla un rayo de la divina sabiduría: luz pura, que insensiblemente conducirá sus miradas á la fuente de donde mana. Cuando lleguen á ella, y contemple todas las perfecciones de este ejemplar divino, conocerá que tiene su mayor interes en copiarlas en sí mismo, y en hacerse semejante á la divinidad, á lo menos en cuanto puede asemejarse una copia tan debil á un tan bello modelo. Dios es la medida de cada cosa, nada hay bueno ni apreciable en el mundo, sino lo que tiene alguna conformidad

con él. Dios es sumamente sabio, santo y justo: el único modo de parecerse á él, y de agradarle, es llenarse de sabiduría, de justicia y de santidad.

Llamado á este alto destino, poneos en la clase de los que, como dicen los sabios, unen con sus virtudes los cielos con la tierra, los dioses con los hombres; y sea vuestra vida el mas feliz de los sistemas para vos, el mas bello de los espectáculos para los demas, el de una alma en que todas las virtudes estén en perfecta armonía.

Muchas veces os he hablado de las consecuencias que se derivan de estas verdades, ligadas entre sí (si puedo expresarme así) con razones de hierro y de diamante; pero antes de acabar, debo recordaros, que ademas de que el vicio degrada nuestra alma, tarde ó temprano recibe el castigo merecido.

Dios, como lo han dicho antes de nosotros, recorre el universo, teniendo en su mano el principio, el medio y el fin de todos los seres *. La justicia sigue sus pasos, dispuesta para cas-

* Habiendo observado estos filósofos que todo lo que se presenta á los sentidos supone generacion, incremento y destruccion, dijeron que todas las cosas tienen un principio, un medio y un fin: en consecuencia Arquitas habia dicho antes que Platon, que yendo el sabio por el camino recto, llega á Dios, que es el principio, el medio y fin de todo cuanto se hace con justicia.

tigar los ultrajes hechos á la ley divina. El hombre humilde y modesto encuentra su felicidad en seguirla: el hombre vano y soberbio se aparta de ella, y Dios le abandona á sus pasiones. Por algun tiempo parece este algo á los ojos del vulgo; pero luego cae sobre él la venganza; y si esta le perdona en este mundo, es para perseguirle con mayor furor en el otro. No debemos pues procurar distinguirnos en el seno de los honores, ni en la opinion de los hombres; sino ante este tribunal terrible, que nos ha de juzgar con severidad despues de la muerte.

Lisis, á la edad de diez y siete años, tenia su alma llena de pasiones; y con una imaginacion viva y brillante se explicaba con tanta gracia como facilidad. Sus amigos no cesaban de alabar estas prendas; y le advertian, tanto con el ejemplo, como con palabras y burlas, la sujecion en que habia vivido hasta entonces. Un dia le dijo Filótimo: en otro tiempo se tenia mas cuidado que en el dia con los niños y los jóvenes. No oponian al rigor de las estaciones, sino vestidos ligeros; y al hambre, los alimentos mas comunes: en las calles, en casa de sus maestros y padres, estaban con los ojos bajos, y con un aire modesto; no se atrevian á desplegar sus labios delante de las personas ancianas; y de tal modo se les sujetaba á la decencia,

que se hubieran avergonzado de cruzar las piernas. ¿Y qué resultaba de esa grosería de costumbres, preguntó Lisis? Estos hombres groseros, respondió Filótimo, batieron á los Persas, y salvaron la Grecia. — Tambien nosotros los batiriamos. — Lo dudo, cuando en las fiestas de Minerva veo á nuestra juventud, que apenas puede mantener el escudo, ejecutar nuestras danzas guerreras con tanta elegancia y molicie.

Filótimo le preguntó despues qué pensaba de un joven, que ni en sus palabras ni vestidos tenia miramiento alguno de los que se deben á la sociedad. Todos sus compañeros lo aprueban, dijo Lisis. Y todas las gentes sensatas lo reprueban, replicó Filótimo. ¿Mas por estas personas sensatas, replicó Lisis, entendeis vos esos viejos que no conocen mas que sus antiguos usos, y que sin condescendencia alguna con nuestras debilidades, quisieran que hubiéramos nacido de ochenta años? Ellos piensan de un modo, y sus nietos de otro. ¿Quién será el juez? Vos mismo, dijo Filótimo. Sin recordar aquí nuestros principios sobre el respeto y amor que debemos á nuestros padres, yo supongo que os veis precisado á viajar á paises remotos: ¿tomareis un camino sin saber si se puede ir por él, si conduce por desiertos inmensos á naciones bárbaras, ó si está infestado de ladrones por al-

gunos parages? — Seria una imprudencia exponerse á tales peligros. Yo buscaria uno que me guiase. — Pues notad, Lisis, que los ancianos han llegado al término del camino que vos vais á correr; camino tan dificil como peligroso. Ya os entiendo, dijo Lisis, y me avergüenzo de mi error.

Entre tanto los felices sucesos de los oradores públicos excitaban su ambicion. Habiendo oido por casualidad en el Liceo á algunos sofistas disertar largamente sobre la política, se creyó en estado de ilustrar á los Atenienses; y censurando con calor la administracion presente, aguardaba con la misma impaciencia que la mayor parte de los de su edad, el momento en que podria subir á la tribuna. Su padre disipó esta ilusion, como Sócrates destruyó la de aquel joven hermano de Platon.

Hijo mio, le dijo, sé que te abrasa el deseo de llegar á la cabeza del gobierno. — En efecto, pienso en ello, respondió Lisis temblando. — ¡Excelente proyecto! Si te sale bien, podrás ser util á tus parientes, á tus amigos y á tu patria: tu gloria se extenderá no solamente entre nosotros, sino tambien por toda la Grecia, y quizá como la de Temístocles entre las naciones bárbaras.

Al oir esto saltaba de gozo el joven. Para alcanzar esta gloria, añadió Apolodoro, ¿no es

necesario hacer servicios importantes á la república? — Sin duda. — ¿Y cuál es el primer beneficio que recibirá de tí? — Lisis calló, para preparar su respuesta; y pasado un rato de silencio, continuó Apolodoro: si tratases de restablecer la casa de tu amigo, pensarias lo primero en enriquecerle, y del mismo modo procurarás aumentar las rentas del Estado. — Esa es mi idea. — Pues dime á cuánto ascienden, de dónde provienen, qué ramos te parecen susceptibles de aumento, y cuáles están descuidados. Sin duda lo habrás reflexionado bien. — No, padre, nunca he pensado en eso. — A lo menos sabrás en qué se emplean las rentas públicas, y seguramente tu intencion será disminuir los gastos inútiles. — Os confieso, padre mio, que no he pensado mas en este asunto que en el anterior. — ¡Muy bien! Y pues no estamos enterados del ingreso, ni del gasto, renunciemos por ahora al designio de procurar nuevos fondos á la república.—Padre, seria posible tomarlos del enemigo. — No lo niego, pero eso pende de las ventajas que tengas sobre él; y para lograrlas, ¿no será preciso que antes de decidirte á la guerra, compares las fuerzas que puedes emplear con las que te pueden oponer? — Teneis razon, padre. — Dime pues cuál es el estado de nuestro ejército y de nuestra marina, como tambien el de las tropas y naves del enemigo. — No podré

decíroslo ahora. — Acaso lo tendrás por escrito, y me alegraria verlo. — No, no lo tengo escrito.

Conozco, añadió Apolodoro, que no has tenido todavía tiempo de aplicarte á semejantes cálculos; pero las plazas que ocupan nuestras fronteras, han fijado sin duda tu atencion; y así sabrás cuánto número de soldados mantenemos en estos diferentes puestos; tambien sabrás que ciertos puntos no están bien defendidos; que otros no tienen necesidad de defensa; y en la asamblea general dirás que es preciso aumentar tal guarnicion, y reformar tal otra. — Yo diria que era preciso suprimirlas todas; porque así como así cumplen mal con su obligacion. — ¿Y cómo sabes que nuestros desfiladeros están mal guardados? ¿Has ido á verlos? — No; pero lo conjeturo. — Luego será preciso volver á tratar de esta materia, cuando en lugar de conjeturas tengamos nociones ciertas.

Bien sé que nunca has visto las minas de plata que pertenecen á la república, y así no podrás decirme por qué dan menor producto ahora que antes. — No, nunca he bajado á ellas. — En efecto, el sitio es enfermizo; y esta excusa te justificará, si los Atenienses toman en consideracion algun dia este objeto. Pero hay otro, que á lo menos no se te habrá ocultado. ¿Cuántas medidas de trigo produce la Atica? ¿Cuántas necesita para alimentar sus habitantes? Bien ves que

este conocimiento es necesario á la administracion, para precaver una escasez. — Pero, padre, nunca se acabaria, si fuese necesario entrar en esos detalles. — ¿ Pues qué, el gefe de una casa no debe velar continuamente sobre las necesidades de su familia, y sobre los medios de remediarlas? Por lo demas, si te espantan los detalles, en lugar de tomar sobre ti el cuidado de mas de diez mil familias que hay en esta ciudad, debias desde luego ensayar las fuerzas, y poner orden en la casa de tu tio, cuyos asuntos están en mal estado. — Yo lograria ordenarlos, si quisiera seguir mis consejos. — ¿ Y crees de buena fe que los Atenienses, incluso tu tio, serán mas fáciles de persuadir? Teme, hijo mio, que un vano deseo de gloria te exponga mas bien á la ignominia. No conoces cuan imprudente y peligroso seria encargarte de tantos intereses sin conocerlos. Sobran ejemplos para conocer que en los destinos mas importantes, la admiracion y la estimacion son el patrimonio de las luces y de la sabiduría; y la censura y el desprecio, el de la ignorancia y presuncion.

Quedó Lisis espantado con el cúmulo de conocimientos indispensables al hombre de Estado; pero no por eso desmayó. Aristóteles le instruyó en la naturaleza de las diversas especies de gobiernos, ideados por los legisladores : Apolodoro en la administracion, fuerzas y comercio,

tanto de su nacion, como de los demas pueblos; y quedó resuelto que concluida la educacion, viajase por todos aquellos que tenian relaciones de interes con los Atenienses.

Por este tiempo volví yo de Persia, cuando tenia Lisis diez y nueve años. A esta edad pasan los hijos de los Atenienses á la clase de los efebos, y son alistados en la milicia; bien que en los dos años primeros no hacen servicio fuera de la Atica. La patria que los mira entonces como sus defensores, exige que confirmen su adhesion á sus órdenes con un juramento solemne. En la capilla de Agraula, en presencia de los altares, prometió Lisis entre otras cosas no deshonrar las armas de la república; no dejar su puesto, sacrificar su vida por su patria; y dejarla mas floreciente que la habia hallado.

En todo aquel año no salió de Atenas; cuidaba de la conservacion de la ciudad; montaba la guardia puntualmente, y se acostumbraba á la disciplina militar. Habiendo ido al teatro al principio del año siguiente, cuando se celebraba en él la asamblea general, elogió el pueblo su conducta, y le dió la lanza y el escudo. Lisis salió al punto de Atenas, y fué empleado sucesivamente en las plazas de las fronteras de la Atica.

Cuando regresó, tenia veinte años de edad, y le faltaba una formalidad esencial que practicar. He dicho mas arriba, que desde su infancia le

habian alistado en presencia de sus parientes en el registro de la curia, á que pertenecia su padre. Este acto probaba la legitimidad del nacimiento; pero era preciso otro que le pusiese en posesion de todos los derechos de ciudadano.

Es sabido que los habitantes de la Atica están distribuidos en cierto número de cantones ó distritos, que por sus diferentes reuniones forman las diez tribus. Al frente de cada distrito hay un demarco, que es un magistrado que tiene el cargo de convocar los miembros, y custodiar el registro que contiene sus nombres. La familia de Apolodoro estaba agregada al canton de Cefisia que hace parte de la tribu Erecteida. Nosotros hallamos en este lugar á la mayor parte de los que tienen derecho de opinar en las juntas. Apolodoro les presentó su hijo, y el testimonio de estar ya reconocido en su curia. Recogidos los votos, fué Lisis puesto en el registro; pero como este es el único monumento que puede hacer constar cual es la edad del ciudadano, al nombre de Lisis, hijo de Apolodoro, se añadió el del primer arconte, no solo del año corriente, sino tambien del que habia precedido. Desde este momento tuvo Lisis derecho de asistir á las juntas, de aspirar á las magistraturas, y de administrar sus bienes, si llegaba á faltar su padre.

Vueltos á Atenas, fuimos otra vez á la capilla de Agraula, en donde, armado Lisis de sus ar-

mas, reiteró el juramento que habia hecho dos años antes.

No diré aquí mas de dos palabras sobre la educacion de las niñas. Segun la naturaleza de estados aprenden á leer, escribir, coser, hilar, preparar la lana de que se visten, y cuidar de los negocios domésticos. Las que son de las primeras familias de la república, tienen una educacion mas esmerada. Como desde que tienen diez años, y algunas veces siete, se presentan en las ceremonias religiosas, llevando unas en las cabezas los azafates sagrados, otras cantando himnos, ó ejecutando varias danzas, les ponen maestros que les dirijan la voz y el paso. En general las madres exhortan á sus hijas á que se porten con prudencia; pero insisten mucho mas sobre la necesidad de andar derechas, de no levantar los hombros, de comprimir el seno con una banda ancha, de ser muy sobrias, y de impedir por todos los medios posibles la gordura, que perjudicaria á la elegancia del talle, y á la gracia de los movimientos.



CAPITULO XXVII.

PLATICAS SOBRE LA MUSICA DE LOS GRIEGOS.

Un dia fuí á ver á Filótimo á una casita que tenia fuera de los muros de la ciudad, sobre la colina del Cinosargo, á tres estadios de la puerta Melitida, en una situacion amenísima. La vista descansaba sobre pinturas ricas y variadas, y discurriendo por diferentes partes de la ciudad y sus inmediaciones, se extendia luego hasta los montes de Salamina, de Corinto y aun de la Arcadia.

Pasamos á un jardinito que cultivaba el mismo Filótimo, y le daba frutas y legumbres abundantes; reduciéndose todo su adorno á un bosquecillo de plátanos, en medio del cual habia un altar dedicado á las Musas. Siempre me causa dolor, dijo Filótimo suspirando, separarme de este retiro; yo atenderé á la educacion del hijo de Apolodoro, pues lo he prometido; mas este será el último sacrificio que haga de mi libertad. Habiéndole manifestado mi sorpresa al oir este lenguage, añadió: los Atenienses no tienen ya necesidad de instruccion: ¡son tan amables! ¡Ah! ¿qué se puede decir en efecto á unas gentes que todos los dias sientan por principio, que el placer de una sensacion es preferible á todas las verdades morales?

La casa de Filótimo estaba adornada con tanta decencia como gusto. Hallamos en un gabinete liras, flautas, instrumentos de varias figuras, algunos de los cuales no se usaban ya. Los estantes que habia, estaban llenos de libros pertenecientes á la música. Supliqué á Filótimo que me indicase cuáles podian servirme, para tomar yo algunos principios. No los hay, me respondió: no tenemos mas que un corto número de obras muy superficiales sobre el género enarmónico, y otro algo mayor sobre la preferencia que se debe dar en la educacion á ciertas especies de música. Hasta ahora ningun autor ha

emprendido tratar metódicamente todas las partes de esta ciencia.

Entonces le manifesté un vivo deseo de tener á lo menos alguna idea, y él tuvo la bondad de ceder á mis instancias.

PLATICA PRIMERA.

Sobre la parte técnica de la música.

Podeis juzgar de nuestra aficion á la música, me dijo, por la multitud de acepciones que damos á esta palabra : la aplicamos indistintamente á la melodía, al compas, á la poesía, á la danza, al gesto, á la reunion de todas las ciencias, al conocimiento de casi todas las artes. Aun es poco esto : el espíritu de combinacion, que hace dos siglos se ha introducido entre nosotros, y que nos hace buscar conexion entre todo, ha querido sujetar á las leyes de la armonía los movimientos de los cuerpos celestes y los de nuestra alma.

Dejemos á un lado estos objetos extraños, y tratemos solamente de lo que propiamente se llama música. Procuraré pues explicaros sus elementos, si me prometeis sufrir con paciencia el tedio que causan las menudencias en que es preciso detenerse. Yo se lo prometí, y él continuó de esta manera.

Hay que distinguir en la música el sonido, los intervalos, las consonancias, los géneros, los modos, el ritmo, las mutaciones y la melopea. Dejaré estos dos últimos artículos, que solo pertenecen á la composicion, y trataré sucintamente de los otros.

Los sonidos que formamos hablando ó cantando, aunque procedentes de unos mismos órganos, no producen el mismo efecto. ¿Provendrá esta diferencia, como pretenden algunos, de que en el canto procede la voz por intervalos mas sensibles, se detiene mas tiempo sobre una sílaba, y está mas á menudo suspensa con pausas sensibles?

Cada espacio que corre la voz, podria dividirse en una infinidad de partes; pero el órgano del oido, aunque susceptible de un grandísimo número de sensaciones, es menos delicado que el de la palabra, y solamente puede percibir una determinada cantidad de intervalos. ¿Cómo se determinarán estos? Los pitagóricos se valen del cálculo; los músicos del juicio del oido.

Entonces tomó Filótimo un monocordio, ó una regla en que estaba tirante una cuerda atada por sus extremos á dos puentezuelas fijas. Hicimos correr otra puentezuela por debajo de la cuerda; y fijándola en las divisiones señaladas en la regla, percibí fácilmente, que las diferentes partes de la cuerda daban sonidos mas agudos que

la cuerda entera; que la mitad de esta cuerda daba el diapason ó la octava; que sus tres cuartas partes daban la cuarta, y sus dos terceras la quinta. Ya veis, dijo Filótimo, que el sonido de la cuerda entera es al sonido de sus partes, como su longitud á las mismas partes; y que así la octava está en la razon de 2 á 1, ó de 1 á medio; la cuarta en la de 4 á 3, y la quinta de 3 á 2.

Las divisiones mas sencillas del monocordio nos han dado los intervalos mas agradables al oido. Suponiendo que la cuerda entera suene *mi* *, los expresaré de este modo : *mi la* cuarta, *mi si* quinta, *mi mi* octava.

Para tener la octava doble, bastará dividir por 2 la expresion numérica de la octava, que es medio, y tendreis un cuarto. En efecto me hizo ver que la cuarta parte de la cuerda total daba la octava doble ó dos octavas.

Despues que me enseñó el modo de sacar la cuarta de la cuarta, la quinta de la quinta, le pregunté que cómo determinaba el valor del tono. Tomando, me dijo, la diferencia de la quinta á la cuarta, de *si* á *la* : la cuarta pues, es decir, la fraccion tres cuartos es á la quinta,

* Para darme á entender, me veo obligado á usar de las sílabas con que solfeamos nosotros. En lugar del *mi*, dirian los Griegos, segun la diferencia de tiempos, ó el hipate, ó la mese, ó hipate de las meses.

esto es, á la fraccion dos tercios, como 9 es á 8.

En fin, añadió, se ha averiguado por una sucesion de operaciones, que el semi-tono, por ejemplo, el intervalo de *mi* á *fa* está en proporcion de 256 á 243.

Mas abajo del semi-tono usamos de los terceros y cuartos de tono; pero sin poder fijar sus relaciones, ni lisonjearnos de una precision rigurosa; y confieso tambien que el oido mas ejercitado no puede apenas percibirlos.

Pregunté á Filótimo si, á excepcion de estos sonidos casi imperceptibles, podria sacar sucesivamente de un monocordio todos aquellos cuya extension está determinada, y que forman el sistema musical. Para eso, me dijo, seria necesaria una longitud desmedida; pero se puede suplir por medio del cálculo. Suponed que hay una cuerda dividida en 8192 partes iguales, y que suene el *si* *. Suponiendo la relacion del semi-tono, v. g., de *si* á *ut* como 256 á 243, hallareis que 256 es á 8192, como 243 es á 7776, y por consiguiente este último número debe daros el *ut*. Siendo la relacion del tono, como hemos dicho ya, de 9 á 8, es visible, que quitando

* He elegido para primer grado de esta escala el *si*, y no la proslambanómenos *la* como han hecho los escritores posteriores á la época de estas pláticas. El silencio de Platon, de Aristóteles y de Aristóxenes, me persuade á que en su tiempo no estaba todavía introducida en el sistema musical la proslambanómenos.

la 9a parte de 7776, restarán 6912 para el *re*.

Continuando la misma operacion con los números restantes, sea por tonos, sea por semitonos, llegareis con vuestra escala mucho mas allá del alcance de las voces y de los instrumentos, hasta la quinta octava del *si*, de donde comenzasteis. Os le dará el 256, y el *ut* siguiente por 243, lo cual os dará la relacion del semi-tono que yo supuse.

Filótimo hacia al mismo tiempo todos estos cálculos, y luego que acabó, me dijo: de aquí se infiere, que en esta larga escala todos los tonos y semi-tonos son perfectamente iguales: hallareis tambien que los intervalos de la misma especie son perfectamente cabales; por ejemplo, que el tono y medio, ó tercera menor, está siempre en proporcion de 32 á 27, el ditono ó tercera mayor en la de 81 á 64.

¿Pero cómo os asegurareis de esto en la práctica? le dije yo. Ademas del hábito, me respondió, empleamos algunas veces, para mayor exactitud, la combinacion de las cuartas y de las quintas, sacadas de uno ó muchos monocordios. Teniendo ya el tono por la diferencia de la cuarta á la quinta, si quiero sacar la tercera mayor mas baja que un tono dado, tal como *la*, subo á la cuarta *re*, de allí bajo á la quinta *sol*, subo á la cuarta *ut*, bajo á la quinta, y tengo el *fa*, tercera mayor por debajo del *la*.

Los intervalos son consonantes ó disonantes. ponemos en la primera clase la cuarta, la quinta, la octava, la oncena, la duodena y la octava doble; pero estas tres últimas no son mas que repeticiones de las primeras. Los demas intervalos, conocidos con el nombre de disonantes, se han ido introduciendo poco á poco en la melodía.

La octava es la consonancia mas agradable, porque es la mas natural. Esta es la que dan los niños cuando mezclan sus voces con los hombres: es tambien la que da una cuerda al pulsarla: cuando espira el sonido, da él mismo su octava.

Queriendo Filótimo probar que las consonancias de cuarta y quinta no son menos conformes á la naturaleza, me hizo ver en su monocordio, que en la declamacion sostenida, y aun en la conversacion familiar, la voz pasa mas á menudo estos intervalos que los otros.

Yo no los recorro, le dije, sino pasando de un tono á otro. ¿Será esto porque en el canto los sonidos que componen una consonancia, nunca se dejan oir al mismo tiempo?

El canto, me respondió, no es mas que una sucesion de sonidos: las voces cantan siempre al unisono, ó en octava, que no se diferencia del unisono, sino porque lisonjea mas el oido. En cuanto á los otros intervalos, el oido juzga de sus relaciones por la comparacion del sonido

que acaba de preceder, con el que le sigue luego. Solamente en los conciertos, en donde los instrumentos acompañan á la voz, se pueden discernir sonidos diferentes y simultáneos; porque la lira y la flauta, para corregir la sencillez del canto, añaden á veces rasgos y variaciones, de que resultan partes distintas del asunto principal. Pero vuelven luego de sus salidas, para no afligir por mucho tiempo el oido, atónito de semejante licencia.

Habeis fijado, le dije, el valor de los intervalos, y descubro el uso que se hace de ellos en la melodía. Quisiera saber qué orden les señalais en los instrumentos. Mirad, me respondió, este tetracordio, y en él vereis el modo con que están distribuidos los intervalos en nuestra escala, y conocereis el sistema de nuestra música. Las cuatro cuerdas de esta cítara están dispuestas de modo, que las dos extremas, siempre inmóviles, dan la cuarta subiendo, *mi la*. Las dos cuerdas medias, llamadas móviles, porque reciben diversos grados de tension, constituyen tres géneros de armonía, el diatónico, el cromático y el enarmónico.

En el diatónico las cuatro cuerdas proceden por un semi-tono y dos tonos, *mi, fa, sôl, la;* en el cromático por dos semi-tones y una tercera menor, *mi, fa, fa* sostenido, *la;* en el enarmónico por dos cuartas de tono, y una

tercera mayor, *mi, mi* cuarta de tono, *fa, la.*

Como las cuerdas móviles son susceptibles de mas ó menos tension, y por consiguiente pueden dar mayores ó menores intervalos, resulta otra especie de diatónico, en el cual se admiten los tres cuartos y los cinco cuartos de tono; y otras dos especies de cromáticos, en uno de los cuales, á fuerza de disecciones, se resuelve, por decirlo así, en partículas. En cuanto al enarmónico le ví en mi juventud practicado, siguiendo proporciones que variaban en cada especie de armonía; pero en el dia me parece ya determinado, y así nos ceñiremos á las fórmulas que acabo de indicaros; y que á pesar de las reclamaciones de algunos músicos, son las mas geralmente adoptadas.

Pára dar extension á nuestro sistema de música, no se hizo mas que multiplicar los tetracordios; pero estas adiciones se han ido haciendo poco á poco. El arte hallaba obstáculos en las leyes, que le fijaban límites, y en la ignorancia, que impedia su vuelo. Por todas partes se hacian tentativas: en algunos paises se añadian cuerdas á la lira, y en otros se las quitaban; hasta que al fin se descubrió el heptacordio, y fijó la atencion por algun tiempo. Este es la lira de siete cuerdas. Las cuatro primeras ofrecen á vuestros ojos el antiguo tetracordio, *mi, fa, sol, la;* tiene encima un segundo, *la, si* bemol, *ut, re,* que procede

por los mismos intervalos, y cuya cuerda mas baja se confunde con la mas alta del primero. Estos dos tetracordios se llaman *conjuntos*, porque están unidos por la media *la*, que el intervalo de una cuarta separa igualmente de sus dos extremas, *la, mi* bajando, *la, re* subiendo.

Mas adelante el músico Terpandro, que vivia hace trescientos años, suprimió la quinta cuerda, ó *si* bemol, y le sustituyó otra mas alta de un tono, con lo que logró esta serie de sonidos, *mi, fa, sol; la, ut, re, mi*, cuyos extremos dan la octava. No dando este segundo heptacordio dos tetracordios completos, Pitágoras, segun unos, ó Licaon de Samos, segun otros, corrigió esta imperfeccion, ingiriendo una octava cuerda á un tono mas alto que *la*.

Tomando Filótimo una cítara de ocho cuerdas, me dijo: ved aquí el octacordio que resulta de la adicion de la octava cuerda, y se compone de dos tetracordios, pero disjuntos; es decir, separados uno de otro, *mi, fa, sol, la, si, ut, re, mi*. En el primer heptacordio, *mi, fa, sol, la, si* bemol, *ut, re*, todas las cuerdas homólogas dan la cuarta *mi la, fa si* bemol, *sol ut, la re*. En el octacordio dan la quinta *mi si, fa ut, sol re, la mi*.

La octava se llamaba entonces *armonía*, porque incluia la cuarta y la quinta, es decir, todas las consonancias; y como estos intervalos se encuentran mas comunmente en el octacordio que

en los demas instrumentos, se miró la lira de ocho cuerdas, y se mira todavía, como el sistema mas perfecto para el género diatónico; y de aquí es, que Pitágoras, sus discípulos, y los demas filósofos de nuestros dias, ciñen la teoría de la música á los límites de una octava ó de dos tetracordios.

Despues de otras tentativas para aumentar el número de las cuerdas, se añadió un tercero tetracordio por debajo del primero, y se tuvo el hendecacordio, compuesto de once cuerdas, que dan esta serie de sonidos, *si, ut, re, mi, fa, sol, la, si, ut, re, mi*. Hay músicos que comienzan á ordenar sobre su lira cuatro y aun cinco tetracordios*.

En seguida me mostró Filótimo varias cítaras mas propias para ejecutar ciertos cantos, que para dar el modelo de un sistema. Tal era el magadis, de que usaba algunas veces Anacreonte. Componíase de veinte cuerdas, que se reducian á diez, porque cada una estaba acompañada de su octava. Tal era tambien el epigonio, inventado por Epígono de Ambracia, el primero que punteó

* Aristóxenes habla de cinco tetracordios, que en su tiempo formaban el gran sistema de los Griegos. Me ha parecido que en tiempo de Platon y de Aristóteles era menos extenso este sistema; pero como Aristóxenes era discípulo de Aristóteles, he creido que podia decir, que esta multiplicidad de tetracordios comenzaba á introducirse en tiempo de este último.

las cuerdas, en lugar de agitarlas con el arco. Por lo que puedo acordarme, sus cuarenta cuerdas, reducidas á veinte por la misma razon, no ofrecian mas que un triple heptacordio, que se podia apropiar á los tres géneros ó modos diferentes.

¿Habeis valuado, le pregunté, el número de tonos y semi-tonos que pueden correr la voz y los instrumentos, ya en el grave, ya en el agudo? Por lo comun, me respondió, la voz no corre mas que dos octavas y una quinta. Los instrumentos tienen mayor extension: tenemos flautas que pasan de tres octavas. En general las mudanzas que experimenta cada dia el sistema de nuestra música, no permiten fijar el número de sonidos de que usa. Las dos cuerdas medias de cada tetracordio, sujetas á diferentes grados de tension, dan, como pretenden algunos, segun la diferencia de los tres géneros y de sus especies, los tres cuartos, el tercio, el cuarto y otras subdivisiones menores del tono. Así, en cada tetracordio, la segunda cuerda da cuatro especies de *ut* ó de *fa*, y la tercera seis especies de *re* ó de *sol*. Pudieran dar una infinidad, por decirlo así, si se atendiese á la licencia de los músicos, que para variar su armonía, suben ó bajan á su arbitrio las cuerdas móviles del instrumento, y sacan modificaciones de sonidos que no puede apreciar el oido.

La diversidad de modos produce nuevos sonidos. Subid ó bajad un tono ó un semi-tono las cuerdas de una lira, y pasais á otro modo. Las naciones que en los siglos remotos cultivaron la música, no concordaron en fijar el punto fundamental del tetracordio, del mismo modo que los pueblos vecinos fijan diversas épocas para contar los dias y los meses. Los Dorios ejecutaban el mismo canto un tono mas bajo que los Frigios; de aqui las denominaciones de modos, dórico, frigio y lidio. En el primero la cuerda mas baja del tetracordio es *mi*, en el segundo *fa* sostenido, y en el tercero *sol* sostenido. Despues se han añadido otros modos á los primeros, y todos han variado mas de una vez en cuanto á la forma. Vemos aparecer otros nuevos á medida que se extiende el sistema, ó experimenta vicisitudes la música; y como en un tiempo de revolucion es dificil que nada conserve su lugar, quieren los músicos aproximar una cuarta de tono los modos frigio y lidio, separados siempre uno de otro por el intervalo de un tono.

Suscítanse cuestiones interminables sobre la posicion, orden y número de los demas modos; pero dejando á un lado los detalles, cuyo fastidio no seria menor, por haceros participante de él, diré que la opinion que empieza á prevalecer, admite trece modos á un semi-tono de

distancia uno de otro, puestos por este orden, empezando por el hipodorio que es el mas grave.

Hipodorio.. . . .	*si.*
Hipofrigio grave. .	*ut.*
Hipofrigio agudo. .	*ut* sostenido.
Hipolidio grave. .	*re.*
Hipolidio agudo. .	*re* sostenido.
Dórico.	*mi.*
Jónico.	*fa.*
Frigio.	*fa* sostenido.
Eolio ó lidio grave.	*sol.*
Lidio agudo. . . .	*sol* sostenido.
Mixolidio grave. .	*la.*
Mixolidio agudo. .	*la* sostenido.
Hipermixolidio.. .	*si.*

Todos estos modos tienen un caracter particular: recíbenle no tanto del tono principal cuanto de la especie de poesía ó de compas; de las modulaciones y rasgos del canto que se les da, y que los distinguen tan esencialmente, como la diferencia de proporciones y adornos distinguen los órdenes de arquitectura.

La voz puede pasar de un modo á otro, ó de un género á otro género; pero no pudiendo hacerse estas transiciones sobre los instrumen-

tos que no están dispuestos sino para ciertos modos ó géneros, emplean los músicos dos medios para hacerlas. Algunas veces tienen á la mano muchas flautas, ó muchas cítaras para sustituir diestramente la una á la otra; pero comunmente ponen en una lira todas las cuerdas que exigen la diversidad de los géneros y de los modos *. No hace mucho tiempo que un músico puso sobre las tres caras de una trípode movible tres liras, arreglada una al modo dórico, la segunda al frigio, y la tercera al lidio. Con un ligero impulso se volvia la trípode sobre su eje, y proporcionaba al artista la facilidad de recorrer los tres modos sin interrupcion. Este instrumento que arrebató la admiracion, quedó olvidado despues de la muerte de su inventor.

Los tetracordios tienen sus nombres que son relativos á su posicion en la escala musical; y las cuerdas tienen nombres relativos á su posicion en cada tetracordio. La mas grave de todas, el *si*, se llama la *hipate*, ó la principal; la que se sigue á ella subiendo, la *paripate*, ó la vecina á la principal.

Os interrumpo, le dije yo, para preguntaros,

* Platon dice, que desterrando la mayor parte de los modos, tendria la lira menos cuerdas. Las cuerdas pues se multiplicaban en razon del número de los modos.

si no teneis palabras mas cortas para cantar una cosa que no tenga letra. Cuatro vocales, respondió, la *é* breve, la *a*, la *è* grave, la *ô* larga, precedidas de la consonante *t*, expresan los cuatro sonidos de cada tetracordio, solo que se corta ó suprime el primero de estos monosílabos, cuando se encuentra un sonido comun á dos tetracordios. Me explicaré: si quiero solfear esta serie de sonidos dados por los dos primeros tetracordios, *si*, *ut*, *re*, *mi*, *fa*, *sol*, *la*, diria *té*, *ta*, *tè*, *tô*, *ta*, *tè*, *tô*, etc.

He visto algunas veces, le dije, música escrita; y no distinguí mas que letras trazadas horizontalmente sobre una misma linea, correspondientes á las sílabas de las palabras puestas debajo, unas enteras, ó mutiladas, otras puestas en varias direcciones. Nos faltaban notas, replicó, y escogimos letras: necesitábamos muchas, por causa de la diversidad de los modos, y hemos dado á las letras posiciones ó configuraciones diversas. Este modo de notar es sencillo, pero defectuoso; porque no se ha cuidado de apropiar una letra á cada sonido de la voz, á cada cuerda de la lira. De aquí nace, que siendo comun el mismo caracter á cuerdas que pertenecen á diversos tetracordios, no podrá señalar sus diferentes grados de elevacion, y que las notas del género diatónico son las mismas que las del cromático y del enarmónico.

Sin duda que algun dia se las multiplicará; pero serán menester tantas, que acaso abrumarán la memoria de los principiantes *.

Diciendo estas palabras, trazó Filótimo sobre

* M. Burette pretende que los antiguos tenian mil seiscientas veinte notas, tanto para el pentágrama de las voces, cuanto para el de los instrumentos. Añade que pasados algunos años, apenas se podia cantar ó solfear por todos los tonos y en todos los géneros, acompañándose con la lira. M. Rousseau y M. Duclos han dicho lo mismo, siguiendo á M. Burette.

Este último no ha dado su cálculo; pero se ve de qué modo procede. Parte del tiempo en que la música tenia 15 modos. En cada modo, cada una de las 18 cuerdas de la lira tenia asignadas dos notas, una para la voz, y otra para el instrumento; lo cual daba 36 notas para cada modo: estos modos eran 15: hay pues que multiplicar 36 por 15, y tendremos 540. Cada modo tenia notas diferentes, segun se ejecutaba en uno de los tres géneros: es necesario pues multiplicar 540 por 3, lo que da en efecto 1620.

No advirtió M. Burette que en una lira de 18 cuerdas, las 8 eran estables, y por consiguiente anexas á los mismos signos, póngase la lira sobre el género que se quiera.

Me ha parecido que todas las notas, empleadas en los tres géneros de cada modo, ascendian á 33 para las voces, y otras tantas para los instrumentos, en todo 66. Multipliquemos ahora el número de las notas por el de los modos, es decir, 66 por 15, y en lugar de 1620 que suponia M. Burette, no tendremos mas que 990, la mitad para las voces, y la otra mitad para los instrumentos.

A pesar de esta reduccion, se quedará cualquiera atónito de esta cantidad de signos empleados antiguamente en la música, y no echará de ver que nosotros tenemos tambien un número grandísimo, pues nuestras llaves, sostenidos y bemoles mudan el valor de una nota puesta en cada linea ó espacio. Los Griegos tenian

unas tablillas una cancion que yo sabia de memoria. Despues de haberla examinado, le hice reparar en que los signos que yo veia, podrian bastar en efecto para dirigir mi voz; pero no arreglaban sus movimientos. Estos, me respondió, están determinados por las sílabas largas ó breves, de que se componen las palabras, y por el ritmo, que constituye una de las partes mas esenciales de la música y de la poesía.

El ritmo en general es un movimiento sucesivo y sujeto á ciertas proporciones. Le distinguis en el vuelo de un pájaro, en las pulsaciones de las arterias, en los pasos del que baila, en los periodos de un discurso. En la poesía es la duracion relativa de los instantes que se gastan en pronunciar las sílabas de un verso; en la música la duracion relativa de los sonidos que entran en la composicion de un canto.

En el origen de la música su ritmo se modeló exactamente por el de la poesía. Ya sabeis que en nuestra lengua toda sílaba es breve ó larga: se necesita un instante para pronunciar una breve, y dos para una larga. De la reunion de muchas sílabas largas ó breves se forma el pie; y de la de muchos pies la medida del verso.

mas que nosotros: su pentágrama exigia pues mas estudio que el nuestro; pero estoy bien lejos de creer que fuesen necesarios años enteros para familiarizarse con él, como dice M. Burette.

Cada pie tiene un movimiento, un ritmo dividido en dos tiempos, uno al dar, y otro al alzar.

Homero y los poetas contemporaneos suyos empleaban comunmente el verso heroico, cuya extension es de seis pies, y cada pie tiene dos largas, ó una larga y dos breves. De este modo cuatro instantes silábicos constituyen la duracion del pie, y veinte y cuatro de estos instantes la duracion del verso.

Desde entonces se echó de ver que la marcha de esta especie de verso iba arreglada por un movimiento demasiado uniforme; que no podian entrar en él algunas palabras expresivas y sonoras, porque no podian sujetarse á su ritmo; y que otras necesitaban apoyarse sobre una palabra inmediata para poder entrar. En consecuencia se trató de introducir nuevos ritmos en la poesía. Despues se ha aumentado considerablemente su número por los cuidados de Arquíloco, de Alceo, de Safo y de otros muchos poetas. En el dia se clasifican en tres géneros principales.

En el primero el dar es igual al alzar; y este es el compas de dos tiempos iguales. En el segundo la duracion del alzar es doble de la del dar, y este es el compas de dos tiempos desiguales, ó de tres tiempos iguales. En el tercero el alzar es al dar como 3 á 2; esto es, que su-

poniendo las notas iguales, se necesitan tres para un tiempo, y dos para otro. Se conoce un cuarto género, en el cual la relacion del tiempo es como 3 á 4; pero se usa rara vez.

Ademas de esta diferencia en los géneros resulta otra mayor todavía, tomada del número de sílabas propias á cada tiempo de un ritmo. Así, en el primer género, el alzar y el dar pueden componerse cada uno de un instante silábico, ó de una sílaba breve; pero tambien lo pueden ser de dos, de cuatro, de seis, y aun de ocho instantes silábicos; lo que da algunas veces para el compas entero una combinacion de sílabas largas y breves, que equivalen á diez y seis instantes silábicos. Esta combinacion puede ser de diez y ocho instantes en el segundo género. Ultimamente en el tercero, uno de los tiempos puede recibir desde tres breves hasta quince; y el otro desde una breve hasta diez ó sus equivalentes; de manera que comprendiendo el compas total veinte y cinco instantes silábicos, excede en uno de estos instantes la extension del verso épico, y puede abrazar hasta diez y ocho sílabas largas ó breves.

Si á la variedad que da al ritmo esta corriente mas ó menos rápida de instantes silábicos, juntais la que proviene de la mezcla y enlace de los ritmos, y la que nace del gusto del

músico, cuando; segun el caracter de las pasiones que quiere expresar, acelera ó retarda el compas, sin alterar por eso las proporciones, concluireis, que en un concierto debe nuestro oido estar continuamente agitado de movimientos repentinos que le excitan y le pasman.

Unas lineas puestas al principio de una pieza de música, indican el ritmo; y el corifeo, desde lo mas alto de la orquesta, le anuncia á los músicos y danzantes atentos á sus ademanes. Yo he observado, le dije, que los maestros de los coros llevan el compas unas veces con la mano y otras con el pie. He visto tambien algunos que tenian hierros en el calzado; y confieso que sus golpes estrepitosos turbaban mi atencion y mi placer. Filótimo se sonrió, y continuó:

Platon compara la poesía sin el canto á un rostro que pierde su hermosura, perdiendo la flor de la juventud: yo compararia el canto sin ritmo á unas facciones regulares, pero sin alma ni expresion. El ritmo es el principal medio con que la música excita las sensaciones que nos hace experimentar. Aquí el músico no tiene, por decirlo así, mas mérito que el de la eleccion: cada ritmo tiene propiedades que le son peculiares y distintivas. Si la trompeta toca con golpes vivos y reiterados un ritmo vivo é impetuoso, os parecerá oir los gritos de los

combatientes y los de los vencedores; y os acordareis de nuestros cantos bélicos y de nuestras danzas guerreras. Si muchas voces trasmiten á vuestro oido sonidos que se suceden con lentitud de una manera agradable, entrareis en cierto recogimiento interior. Si sus cánticos contienen las alabanzas de los dioses, os sentireis dispuesto al respeto que inspira su presencia; y esto es lo que hace el ritmo, que en nuestras ceremonias religiosas dirige los himnos y los bailes.

El caracter de los ritmos está determinado de tal modo, que basta la trasposicion de una sílaba para mudarle. Comunmente admitimos en la versificacion dos pies, el *yambo* y el *troqueo*, ambos compuestos de una larga y una breve, con la diferencia de que el *yambo* empieza con la breve, y el *troqueo* con la larga. Este conviene á la pesadez de una danza rústica; el otro al fuego de un diálogo vivo y animado. Como parece que el *yambo* redobla á cada paso su ardor, y el *troqueo* parece pierde el suyo, los autores satíricos persiguen á sus enemigos con el primero; y los dramáticos emplean el segundo en el teatro para los coros de los ancianos.

No hay movimientos en la naturaleza, ni en nuestras pasiones, que no hallen en las diversas especies de ritmos movimientos que les cor-

respondan, y lleguen á ser su imagen. Tan fijas y señaladas son estas relaciones, que un canto pierde toda su hermosura, luego que su marcha es confusa, y no recibe nuestra alma en los tiempos convenientes la sucesion periódica de sensaciones que aguarda. Así los empresarios de nuestros teatros y de nuestras fiestas no cesan de ejercitar á los actores á quienes confian el cuidado de su gloria. Estoy tambien persuadido á que la música debe gran parte de sus felices sucesos á la belleza de la ejecucion, y sobre todo á la atencion escrupulosa que ponen los coros en seguir los movimientos que se les imprimen.

Pero, añadió Filótimo, ya es tiempo de acabar esta plática; y mañana, si os parece bien, podremos continuarla; para lo cual pasaré á vuestra casa antes de ir á la de Apolodoro.

PLATICA SEGUNDA.

Sobre la parte moral de la música.

La mañana siguiente me levanté á la hora en que los habitantes del campo traen sus provisiones al mercado, y los de la ciudad se esparcen tumultuosamente por las calles. El cielo estaba claro y sereno; penetraba mis sentidos em-

belesados un fresco delicioso; centelleaba el oriente con fuegos, y la naturaleza entera suspiraba por la presencia de aquel astro, que parece reproducirla todos los dias. Absorto con este espectáculo, no habia echado de ver la llegada de Filótimo, quien me decia: os he sorprendido en una especie de éxtasis. No ceso de experimentarle, respondí, desde que estoy en la Grecia. La suma pureza del aire que aquí se respira, y los vivos colores con que los objetos se adornan á mis ojos, parece que abren mi alma á nuevas sensaciones. De aquí tomamos motivo para hablar de la influencia del clima. Filótimo atribuia á ella la singular sensibilidad de los Griegos; sensibilidad, decia, que es para ellos una fuente inagotable de placeres y de errores, y parece aumentarse cada dia. Yo creia al contrario, le repliqué, que empezaba á debilitarse. Si me engaño, decidme: ¿por qué no produce hoy la música los mismos efectos prodigiosos que en otro tiempo?

Porque en otro tiempo era mas grosera, me respondió; porque las naciones estaban todavía en su infancia. Si á unos hombres que no manifestasen su alegría sino con gritos tumultuosos, viniese una voz acompañada de algunos instrumentos, á hacerles oir una melodía sencillísima, pero sujeta á ciertas reglas, les veriais luego, arrebatados de alegría, explicar su admiracion

con excesivos hipérboles: y esto es lo que experimentaron los pueblos de la Grecia antes de la guerra de Troya. Anfion animaba con su canto á los obreros que trabajaban en los muros de Tebas, como se hizo despues cuando se reedificaban los de Mesena; y por eso se dijo que los muros de Tebas se habian levantado al son de su lira. Orfeo hacia dar á la suya un corto número de sonidos agradables; y se dijo que los tigres deponian el furor á sus pies.

Yo no hablo de esos siglos remotos, le dije; pero os citaré los Lacedemonios divididos entre sí, y reunidos repentinamente por las consonancias armoniosas de Terpandro: los Atenienses arrastrados por los cantos de Solon á la isla de Salamina, á pesar de un decreto que condenaba al orador que tuviese el atrevimiento de proponer la conquista de esta isla: las costumbres de los Arcades suavizadas con la música; y yo no sé cuantos otros casos que no se habrán ocultado á vuestras investigaciones.

Los sé muy bien, me respondió, y puedo deciros que lo maravilloso desaparece desde el punto en que se examina. Terpandro y Solon debieron sus felices sucesos mas bien á la poesía que á la música; y acaso menos á la poesía que á circunstancias particulares. Claro es que los Lacedemonios debian ya de empezar á cansarse de sus divisiones, pues consintieron en

oir á Terpandro. En cuanto á la revocacion del decreto, obtenida por Solon, jamas maravillará á los que conozcan la ligereza de los Atenienses.

Mas notable es el ejemplo de los Arcades. En un clima riguroso, y en labores penosas, habian contraido estos pueblos una ferocidad que los hacia infelices. Echaron de ver sus primeros legisladores la impresion que hacia sobre ellos el canto, y los creyeron capaces de felicidad, pues eran sensibles. Los niños aprendieron á celebrar á los dioses y á los heroes del pais. Se establecieron fiestas, sacrificios públicos, pompas solemnes, danzas de muchachos y muchachas: cuyas instituciones, que todavía duran, reunieron poco á poco estos hombres agrestes, y de esta manera se hicieron apacibles, humanos y benéficos. ¡Pero cuántas causas contribuyeron á esta revolucion! La poesía, el canto, la danza, las juntas, las fiestas, los juegos; en fin, todos los medios que con el atractivo del placer podian inspirarles la aficion á las artes, y á vivir en sociedad.

Pudieron esperarse efectos casi semejantes, mientras la música, unida estrechamente con la poesía; grave y decorosa como ella, se destinó á conservar la integridad de las costumbres. Pero desde que ha hecho tantos progresos, ha perdido el privilegio augusto de enseñar á los hombres, y de hacerlos mejores. Mas de una

vez, dije yo, he oido esas quejas, pero otras veces las he oido tratar de quiméricas. Unos se duelen de la corrupcion de la música; otros se dan el parabien por su perfeccion: hay partidarios de la música antigua, y hay muchos mas de la moderna. En otro tiempo los legisladores miraban la música como parte esencial de la educacion: ahora los filósofos no la miran mas que como una diversion honesta. ¿Pues cómo es que un arte que puede tanto sobre nuestras almas, llegue á ser menos util, segun se hace mas agradable?

Quizá lo comprendereis, respondió, comparando la música antigua con la que se ha introducido casi en nuestros dias. Sencilla en su origen, mas rica y mas variada en adelante, animó sucesivamente los versos de Hesiodo, de Homero, de Arquíloco, de Terpandro, de Simónides y de Píndaro. Inseparable de la poesía, tomó prestados sus encantos, ó por decirlo mejor, le prestó los suyos; porque todo su fin era hermosear á su compañera.

No hay mas que un modo de expresar con toda su fuerza una imagen ó un sentimiento; y esta expresion excita en nosotros una agitacion tanto mas viva, cuanto obra sola en hacer resonar en nuestros corazones la voz de la naturaleza. ¿De dónde nace que los desdichados hallen tan fácilmente el secreto de enternecer y des-

pedazar nuestras almas? De que sus acentos y sus gritos son la palabra propia del dolor. En la música vocal la expresion única es la especie de entonacion que conviene á cada palabra, y á cada verso. Así es que los antiguos poetas, que al mismo tiempo eran músicos, filósofos y legisladores, obligados á distribuir por sí mismos en sus versos la especie de canto de que eran susceptibles, no perdieron nunca de vista este principio. Las palabras, la melodía, el ritmo, estos tres poderosos agentes de que se sirve la música para imitar, confiados á una misma mano, dirigian sus esfuerzos de manera que todo concurria igualmente á la unidad de la expresion.

Conocieron muy desde el principio los géneros diatónico, cromático y enarmónico; y despues de haber descifrado su caracter, señalaron á cada género la poesía que le venia mejor. Emplearon nuestros tres principales modos, y los aplicaron con preferencia á las tres principales materias que casi siempre estaban obligados á tratar. Tenian que animar al combate á una nacion guerrera, ó hablarle de sus hazañas; y la armonía dórica prestaba su fuerza y magestad. Era menester, para instruirla en la ciencia de la desgracia, poner á su vista grandes ejemplos de infelicidad: las elegías, las lamentaciones tomaban los tonos penetrantes y patéticos de la

armonía lidia. Se necesitaba por fin imbuirla en el respeto y gratitud á los dioses; y se destinó la frigia á los cánticos sagrados*.

La mayor parte de estos cánticos llamados *nomos*, esto es, leyes ó modelos, se dividian en muchas partes, é incluian una accion. Como se debia reconocer en ellos el caracter inmudable de la divinidad particular que recibia el homenage, se les habian fijado reglas que no era lícito traspasar.

El canto, rigurosamente sujeto á las palabras, era sostenido por la especie de instrumento que le convenia mejor. Este instrumento daba el mismo sonido que la voz; y cuando la danza acompañaba al canto, pintaba fielmente á los ojos el sentimiento ó la imagen que trasmitia al oido.

La lira no tenia mas que un corto número de sonidos, y el canto muy pocas variedades. La sencillez de los medios que empleaba la música, aseguraba el triunfo de la poesía; y la poesía

* No están todos de acuerdo acerca del caracter de la armonía frigia. Segun Platon, mas tranquila que la dórica, inspiraba moderacion, y convenia á un hombre que invoca á los dioses. Segun Aristóteles era turbulenta y á propósito para el entusiasmo, y en prueba de ello cita las composiciones de Olimpo, que llenaban el alma de un furor divino. Sin embargo Olimpo habia compuesto en este modo un nomo para la modesta Minerva. Hiagnis, mas antiguo que Olimpo, autor de muchos himnos sagrados, habia empleado la armonía frigia.

mas instructiva y mas filosófica que la historia, porque elegia mejores modelos, trazaba grandes caracteres, y daba admirables lecciones de valor, de prudencia y de honor. Aquí se detuvo Filótimo para que yo oyese algunos trozos de música antigua, y principalmente de un poeta llamado Olimpo, que vivia cerca de nueve siglos ha. Todos ellos, continuó, están resumidos en un corto número de cuerdas, y no obstante hacen desesperar á nuestros modernos compositores *.

Hizo progresos el arte; adquirió mas modos y ritmos: aumentáronse las cuerdas de la lira; mas por mucho tiempo los poetas ó desecharon estas novedades, ó usaron sobriamente de ellas, siempre adictos á sus antiguos principios, y sobre todo extremadamente atentos á no apartarse de la decencia y dignidad que caracterizaban la música.

De estas dos calidades tan esenciales á las bellas artes, cuando no ciñen sus efectos á los placeres de los sentidos, la primera pertenece

* Plutarco dice que los músicos de su tiempo harian vanos esfuerzos para imitar los modos de Olimpo. En los mismos términos se explica el célebre Tartini, cuando habla de los antiguos cantos de Iglesia: « es preciso confesar, dice, que hay ciertamente « alguna (cantinela) tan llena de gravedad, magestad y dulzura, « junta con una gran sencillez musical, que á los modernos nos « costaria mucho hacerlas iguales. »

al orden, la segunda á la belleza. La decencia ó conveniencia es la que establece una justa proporcion entre el estilo y el asunto que se trata; la que hace que cada objeto, cada idea, cada pasion tenga su color, su tono, su movimiento; la que por consiguiente desecha como defectos, las bellezas dislocadas, y no permite jamas adornos distribuidos al acaso, que perjudican á la accion principal. Como la dignidad está junta con la elevacion de ideas y sentimientos, el poeta que lleva siempre en su alma este sello, no se abandona á imitaciones serviles: sus conceptos son elevados, y su lenguage el de un mediador que debe hablar á los dioses, é instruir á los hombres.

Estas dos eran las funciones que los primeros poetas cumplian con tanto celo. Sus himnos inspiraban piedad; sus poemas, deseo de gloria; sus elegías, fortaleza en las adversidades. Unos cantos fáciles, nobles y expresivos grababan fácilmente en la memoria los ejemplos con los preceptos; y acostumbrada muy luego la juventud á repetir estos cánticos, bebia en ellos con placer el amor de la obligacion, y la idea de la verdadera belleza.

Me parece, dije entonces á Filótimo, que una música tan severa no podria ser muy adecuada para excitar las pasiones. ¿Luego pensais, replicó sonriéndose, que las pasiones de los Grie-

gos no eran bastante vivas? La nacion era fiera y sensible: dándole agitaciones demasiado fuertes, corria peligro de llevar muy adelante sus vicios y sus virtudes. Así es que fué una mira profunda de sus legisladores emplear la música para moderar su ardor en el seno de los placeres, ó en el camino de la victoria. ¿Por qué os parece que desde los siglos mas remotos se admitia la música en los convites, y se acostumbraba cantar los dioses y los heroes, sino para prevenir los excesos del vino, mas funestos cuando las almas están mas inclinadas á la violencia? ¿Por qué los generales lacedemonios ponen entre los soldados cierto número de tocadores de flauta, y les hacen marchar al enemigo al son de este instrumento, mas bien que al resonante son de la trompeta? ¿Acaso no es para suspender el impetuoso valor de los jóvenes esparciatas, y obligarlos así á guardar sus filas?

No os maraville pues, que aun antes del establecimiento de la filosofía, los Estados mas civilizados hayan velado con tanto esmero en la inmutabilidad de la sana música, y que despues los hombres mas sabios, convencidos de la necesidad que habia de calmar las pasiones, mas que de excitarlas, hayan reconocido que la música, dirigida por la filosofía, es uno de los mas preciosos dones del cielo, una de las mas bellas instituciones de los hombres.

En el dia no sirve la música mas que para nuestros placeres. Ya habreis advertido que hácia fines de su reinado estaba amenazada de una próxima corrupcion, pues adquiria nuevas riquezas. Polimnesto, tirando ó aflojando á su arbitrio las cuerdas de la lira, habia introducido consonancias desconocidas hasta entonces. Algunos músicos se habian dedicado á componer para flauta sin letra; despues de los juegos piticos se vieron combates, en que solo se oia el sonido de los instrumentos: en fin, los poetas, y sobre todo los autores de aquella poesía atrevida y turbulenta, conocida con el nombre de ditirámbica, martirizaban á un tiempo la lengua, la melodía y el ritmo, para acomodarlos á su loco entusiasmo. Sin embargo dominaba todavía el gusto antiguo: Píndaro, Prátinas, Lampro y otros líricos célebres le sostuvieron en su decadencia. El primero florecia en tiempo de la expedicion de Xerxes, hace cerca de ciento y veinte años; y vivió lo bastante para ser testigo de la revolucion preparada por las innovaciones de sus predecesores, y favorecida por el espíritu de independencia que habian inspirado nuestras victorias sobre los Persas. Lo que mas la aceleró, fué la pasion desenfrenada que se introdujo repentinamente á la música instrumental y á la poesía ditirámbica. La primera nos enseñó á no echar menos las palabras; la

segunda á sofocarlas con adornos extraños.

La música, sujeta hasta entonces á la poesía, sacudió el yugo con la audacia de una esclava rebelde: los músicos no pensaron en adelante mas que en distinguirse por sus descubrimientos. Cuanto mas multiplicaban los procedimientos del arte, tanto mas se apartaban de la naturaleza. La lira y la cítara dieron mayor número de sonidos: se confundieron las propiedades de los géneros, de los modos, de las voces y de los instrumentos. Los cantos asignados antes á las diversas especies de poesía, se aplicaron luego sin discernimiento á cada uno en particular: brotaron consonancias nuevas, modulaciones desusadas, quiebros de voz desprovistos muchas veces de armonía. Quebrantóse abiertamente la ley fundamental y preciosa del ritmo, y se dieron muchos sonidos á una misma sílaba; extravagancia que deberia ser tan irritante en la música, como lo seria en la declamacion.

A vista de tantas y tan rápidas mudanzas, decia Anaxilas, no hace mucho tiempo, en una de sus comedias, que la música, á imitacion de la Libia, producia todos los años algun nuevo monstruo.

Los autores principales de estas innovaciones vivieron en el siglo último, ó viven todavía entre nosotros; ¡como si fuera destino de la músi-

ca perder su influjo sobre las costumbres, en el tiempo en que mas se habla de filosofía y de moral! Muchos de ellos eran hombres de grande ingenio y distinguido talento. Nombraré á Melanípides, á Cinesias y Frinis; á Polgítides, tan célebre por la tragedia de Ifigenia; á Timoteo de Mileto, que se ha ejercitado en todos los géneros de poesía, y aun goza de su gloria en una edad muy avanzada. Este es quien ha ultrajado mas que todos la música antigua. Al principio le contuvo el miedo de que le tuviesen por novador; y en sus primeras composiciones mezcló las antiguas, para engañar la vigilancia de los magistrados, y no oponerse al gusto dominante entonces; pero animado luego por el feliz éxito, olvidó todo miramiento.

Ademas de la licencia, de que acabo de hablar, quieren algunos músicos inquietos arrancar nuevos sonidos al tetracordio. Unos se esfuerzan á introducir en el canto una serie de cuartas de tono; fatigan las cuerdas: redoblan las golpes del arco; aplican el oido para sorprender al paso una variacion imperceptible de sonido, que ellos miran como el mas pequeño intervalo conmensurable. La misma experiencia confirma á otros en una opinion diametralmente opuesta. Se dividen sobre la naturaleza del sonido, sobre las consonancias que deben usarse, sobre las formas introducidas en el canto,

sobre los talentos y obras de cada cabeza de partido. Epígono, Erástocles, Pitágoras de Zacinto, Agenor de Mitilene, Antigénides, Dorion y Timoteo, tienen discípulos que por este motivo vienen á las manos cada dia, y no se reunen sino para despreciar altamente la música antigua, que tratan de rancia.

¿Sabeis quiénes son los que mas han contribuido á infundirnos este desprecio? Los Jonios: este pueblo que no pudo defender su libertad contra los Persas, y que en un pais fertil, con el mas hermoso cielo, se consuela de esta pérdida en el seno de las artes y de las delicias. Su música, ligera, brillante, graciosa, se resiente al mismo tiempo de la molicie que se respira en este clima venturoso. Nos costó algo el acostumbrarnos á sus acentos. Uno de estos jonios, que es aquel Timoteo, de quien acabo de hablaros, fué silbado al principio en nuestro teatro; pero Eurípides, que conocia el genio de su nacion, le anunció que muy pronto dominaria sobre la escena; y así sucedió. Envanecido con el éxito, pasó á los Lacedemonios con su cítara de once cuerdas, y sus cantos afeminados. Dos veces habian ya reprimido el atrevimiento de los músicos modernos. Aun en el dia exigen que en las piezas que se presentan al concurso, la modulacion, ejecutada sobre un instrumento de siete cuerdas, no salga de uno ó de dos modos.

¡Cuál fué su sorpresa al oir las consonancias de Timoteo! ¡Cuál fué la de este á la lectura de un decreto emanado de los reyes y de los éforos! Se le acusaba de que por la indecencia, la variedad y molicie de sus cantos, habia profanado la magestad de la música antigua, y tratado de corromper á los jóvenes esparciatas. Se le mandaba quitar cuatro cuerdas á su lira, añadiendo que este ejemplar debia alejar para siempre todas las novedades que perjudicaban á la severidad de las costumbres. Se debe observar que el decreto es, poco mas ó menos, del tiempo en que los Lacedemonios alcanzaron en Egos-Potamos aquella célebre victoria que los hizo dueños de Atenas.

Entre nosotros deciden de la suerte de la música los artesanos y mercenarios, quienes llenan el teatro, asisten á los combates de música, y se constituyen árbitros del gusto. Estas gentes necesitan de conmociones violentas; y así, cuanto mas atrevida, cargada y fogosa es la música, tanto mas excita su entusiasmo. En vano clamaron los filósofos que adoptar semejantes novedades, era minar los fundamentos del Estado*; en vano lanzaron los autores dramáticos

* Para justificar una expresion singular de Platon, es preciso traer á la memoria la extrema licencia, que en tiempo de este, reinaba en la mayor parte de las repúblicas de la Grecia. Despues de haber

mil dardos contra los que introducian tales novedades; pues como no tenian decretos que lanzar en favor de la música antigua, se ha venido á parar en que los encantos de su enemiga lo han subyugado todo. Una y otra han tenido la misma suerte que la virtud y el deleite, cuando están en competencia.

Habladme de buena fe, dije yo entonces á Filótimo: ¿no habeis experimentado algunas veces la seduccion general? Muchísimas, me respondió. Convengo en que la música actual es superior á la antigua por sus riquezas y adornos, pero digo que no tiene objeto moral. En las producciones de los antiguos yo estimo á un poeta que me hace amar mis deberes; en las de

alterado las instituciones, cuyo objeto ignoraba, rompió sucesivamente los vínculos mas sagrados del cuerpo político. Empezóse variando los cantos sagrados, y se acabó con burlarse de los juramentos hechos á presència de los dioses. A vista de la relajacion general, no tuvieron reparo algunos filósofos de asegurar, que en un Estado que se gobierna mas bien por los usos que por las leyes, son peligrosas las menores innovaciones, porque las siguen luego otras mayores: así es que no solamente ordenaron no tocar á la música, sino que debia extenderse esta prohibicion á los juegos, á los espectáculos, á los ejercicios del gimnasio, etc. Por lo demas, estas ideas fueron tomadas de los Egipcios. Este pueblo, ó mas bien, los que le gobernaban, celosos de mantener su autoridad, no concibieron otro medio para reprimir la inquietud de los ánimos, que detenerlos en sus primeros extravíos: de aquí nacieron aquellas leyes que prohibian á los artistas tomar el menor vuelo, y les obligaban á copiar servilmente á los que les habian precedido.

los modernos admiro á un músico que me divierte. ¿Y no pensais, repliqué yo con ahinco, que se debe juzgar de la música por el placer que proporciona.

Sin duda que no, respondió, si este placer es perjudicial, ó si toma el lugar de otros menos vivos, pero mas útiles. Vos sois joven, y necesitais de agitaciones fuertes y frecuentes. Sin embargo, como os avergonzariais de entregaros á ellas si no fuesen conformes al orden, es visible que debeis someter vuestros placeres y vuestras penas al examen de la razon, mas bien que tomarlos por regla de vuestros juicios y de vuestra conducta.

Yo creo que se puede sentar por principio, que un objeto no es digno de nuestra aficion, sino cuando ademas de los adornos que ostenta á nuestros ojos, encierra en sí una bondad y utilidad real. Así es que la naturaleza que quiere conducirnos á sus fines por el atractivo del placer, y jamas limitó sus miras sublimes á procurarnos sensaciones agradables, ha puesto en los alimentos una dulzura que nos atrae, y una virtud que produce la conservacion de nuestra especie. Aquí el placer es el primer efecto, y viene á ser un medio para ligar la causa á un segundo efecto mas noble que el primero: puede suceder que, siendo el alimento igualmente sano, y el placer igualmente vivo, el efecto ulterior sea dañoso:

en fin, si ciertos alimentos, propios para lisonjear el gusto, no produjesen ni bien ni mal, seria el plácer pasagero, y no tendria consecuencia. De aquí resulta, que para decidir si nuestros placeres son útiles, funestos ó indiferentes, se debe atender menos al primer efecto que al segundo.

Hagamos la aplicacion de este principio. La imitacion, que es el objeto de las artes, nos mueve de diversos modos: tal es su primer objeto. Hay algunas veces otro mas esencial, comunmente ignorado del espectador y aun del mismo artista; y es que modifica el alma hasta el punto de contraer insensiblemente los hábitos que la hermosean ó desfiguran. Si no habeis reflexionado nunca sobre el inmenso poder de la imitacion, considerad cuán profundamente dos de nuestros sentidos, el oido y la vista, trasmiten á nuestra alma las impresiones que reciben: con qué facilidad imita un niño, rodeado de esclavos, sus palabras y ademanes, y se apropia sus inclinaciones y su bajeza.

Aunque la pintura no tenga, ni con mucho, la misma fuerza que la realidad, no por eso es menos cierto que sus cuadros son escenas á que yo asisto; sus imágenes ejemplos que se presentan á mis ojos. La mayor parte de los espectadores no buscan en ellas mas que la fidelidad de la imitacion, y el atractivo de una sensacion

pasagera; pero los filósofos descubren muchas veces, al traves del arte, el germen de un veneno oculto. Si se les ha de dar crédito, parece que nuestras virtudes son tan puras ó tan débiles, que el menor soplo del contagio puede marchitarlas ó destruirlas. Así, permitiendo á los jóvenes contemplar despacio las pinturas de Dionisio, les exhortaban á no parar la vista en las de Pauson, y volverla frecuentemente á las de Polignoto. El primero pintó á los hombres tales como los vemos; su imitacion es fiel, agradable á la vista, sin peligro y sin utilidad para las costumbres. El segundo, dando á sus personages caracteres y funciones viles, ha degradado al hombre, le ha pintado menor de lo que es; y sus imágenes quitan al heroismo su lustre, y á la virtud su dignidad. Polignoto representando los hombres mas grandes y mas virtuosos que el natural, eleva nuestros pensamientos y sentimientos hácia unos modelos sublimes, y deja altamente impresa en nuestras almas la idea de la belleza moral, con el amor de la decencia y del orden.

Las impresiones de la música son mas inmediatas, mas durables y mas profundas que las de la pintura; pero esta imitacion, que rara vez está de acuerdo con nuestras verdaderas necesidades, casi ha dejado de ser instructiva. En efecto, ¿qué leccion me da un flautista, cuando

remeda en el teatro el canto del ruiseñor, y en nuestros juegos el silbo de la serpiente: cuando en una pieza de ejecucion viene á herir mi oido con una multitud de sonidos amontonados rápidamente unos sobre otros? Yo he oido preguntar á Platon que qué significaba este estrépito; y mientras la mayor parte de los espectadores aplaudian enagenados las habilidades del músico, él le tachaba de ignorante y presumtuoso; de ignorante, porque no tenia idea de la verdadera belleza; y de presumtuoso, porque no deseaba mas que la vanagloria de vencer una dificultad *.

Ademas de esto, ¿qué efecto pueden hacer unas palabras, que arrastradas tras el canto, destrozadas en su orden, contrariadas en su marcha, no pueden fijar la atencion empleada enteramente en los quiebros y agrados de la voz? Hablo principalmente de la música del teatro y de nuestros juegos; porque en muchas de nuestras ceremonias religiosas conserva todavía su antiguo caracter.

* Ved aquí una observacion de Tartini: «La música no es ya sino el «arte de combinar sonidos, ni le resta mas que su parte material, «enteramente despojada del espíritu que la animaba antes. Sacudiendo las reglas que dirigian su accion á un solo punto, no la han «llevado mas que á generalidades. Si me da impresiones de alegría «ó de tristeza, son vagas é inciertas. A esto se agrega que el efecto «del arte no es pleno, sino cuando es particular é individual.»

En este momento oimos unos cánticos melodiosos. Celebrábase en este dia una fiesta en honor de Teseo. Los coros, compuestos de la juventud mas florida de Atenas, iban al templo de aquel heroe, y recordaban su victoria contra el Minotauro, su llegada á esta ciudad, y la vuelta de los jóvenes atenienses, cuyas cadenas habia quebrantado. Despues de haber escuchado con atencion, dije á Filótimo : no sé si es la poesía, el canto, la precision del ritmo, el interes del asunto, ó la belleza encantadora de las voces, lo que mas admiro; pero me parece que esta música llena y eleva mi alma. Eso viene, replicó vivamente Filótimo, de que en lugar de emplearse en mover nuestras pequeñas pasiones, va á despertar hasta en el fondo de nuestros corazones los sentimientos mas honrosos al hombre, los mas útiles á la sociedad, el valor, la gratitud, y el amor de la patria: viene de que en su feliz union con la poesía, con el ritmo, y con todos los medios de que acabais de hablar, recibe un caracter respetuoso de grandeza y de nobleza; y este caracter siempre surte su efecto, y gana tanto mas á los que son hechos para comprenderle, cuanta mas alta opinion les da de sí mismos. Y ved aquí lo que justifica la doctrina de Platon. Desearia este que las artes, los juegos, los espectáculos, y si fuera posible, todos los objetos exteriores, nos ro-

deasen de pinturas, que fijasen sin cesar nuestras miradas sobre la verdadera belleza. El hábito de contemplarla, llegaria á ser en nosotros una especie de instinto, y nuestra alma se veria obligada á dirigir sus esfuerzos conforme al orden y armonía que reinan en este modelo divino.

¡Ah, cuán distantes están nuestros artistas de llegar á esta elevacion de ideas! No contentos con haber aniquilado las propiedades esenciales de las diferentes partes de la música, quebrantan las reglas mas comunes del decoro. Ya el baile, sujeto á sus caprichos, se va haciendo tumultuoso, é impetuoso, cuando deberia ser grave y decente. Ya se insertan en los intervalos de nuestras tragedias, fragmentos de poesía y de música, agenos de la pieza, y los coros no se ligan ya á la accion.

No digo yo que estos desórdenes sean la causa de nuestra corrupcion; pero la mantienen y la arraigan. Aquellos que los miran como indiferentes, no saben que la regla se mantiene tanto por los ritos y maneras, cuanto por los principios: que las costumbres tienen sus formalidades como las leyes, y que el desprecio de estas formalidades destruye poco á poco los lazos que unen á los hombres.

Tambien es reprensible en la música actual, esa delicadeza y blandura, esos sonidos encan-

tadores, que entusiasman la muchedumbre, y cuya expresion, no teniendo objeto determinado, se interpreta siempre en favor de la pasion dominante. Su único efecto es enervar mas y mas á una nacion, en que las almas sin vigor ni caracter, no se distinguen sino por los diferentes grados de pusilanimidad.

Pero, dije yo á Filótimo, ya que la música antigua tiene tantas ventajas, y la moderna tantos encantos, ¿por qué no se trata de conciliarlas? Yo conocí á un músico llamado Telesias, me respondió, que hace años formó ese proyecto. En su juventud se habia alimentado con las bellezas severas, que reinan en las obras de Píndaro, y de algunos otros poetas líricos. Arrebatado despues por las producciones de Filóxenes, de Timoteo y de los poetas modernos, quiso reunir estas diferentes maneras; pero á pesar de sus esfuerzos, recaia siempre en la de sus primeros maestros, y no sacó otro fruto de sus vigilias, que desagradar á los dos partidos.

No, la música no se volverá á levantar de su decadencia. Para esto seria preciso mudar nuestras ideas, y restituirnos nuestras virtudes; y es mas dificil reformar una nacion, que civilizarla. Ya no tenemos costumbres, añadió; pero tendremos placeres. La música antigua era correspondiente á los vencedores de Maraton, y la

moderna lo es á los Atenienses vencidos en Egos-Potamos.

No me queda mas que una pregunta que haceros, le dije: ¿para qué enseñais á vuestro discípulo un arte tan funesto? En efecto, ¿para qué sirve? — ¿Para qué? me dijo riéndose: sirve de chupador á los niños de toda edad, que les impida romper los muebles de la casa. Ocupa á aquellos cuya ociosidad seria temible en un gobierno como el nuestro; y divierte á los que no siendo temibles, sino por el fastidio que arrastran en pos de sí, no saben en que emplear su vida.

Lisis aprenderá la música, porque destinado á ocupar los primeros puestos de la república, debe ponerse en disposicion de dar su parecer sobre las piezas que se presenten al concurso, sea en el teatro, sea en los combates de música: conocerá todas las especies de armonía, y no concederá su estimacion, sino á las que puedan influir sobre las costumbres; porque, á pesar de esta depravacion, todavía puede la música darnos algunas lecciones útiles. Jamas fatigarán á mi discípulo esos penosos vuelos, esos cantos difíciles de ejecutar, que en otro tiempo no excitaban mas que la admiracion en nuestros teatros, y en los cuales se hace ejercitar hoy á los niños. Pondré en sus manos algunos instrumentos, con la condicion de que nunca llegue á ser

tan diestro como los maestros del arte. Quiero que una música selecta ocupe agradablemente sus ocios, si los tiene; le haga descansar de sus fatigas en lugar de aumentarlas, y modere sus pasiones, si es demasiado sensible. Quiero en fin que tenga esta máxima delante de los ojos: que la música nos convida al placer, y la filosofía á la virtud; pero que por el placer y por la virtud es por donde la naturaleza nos convida á la felicidad.



CAPITULO XXVIII.

CONTINUACION SOBRE LAS COSTUMBRES DE LOS ATENIENSES.

He dicho mas arriba *, que los Atenienses se juntan á ciertas horas del dia en la plaza pública, y en las tiendas que hay al rededor de ella. Yo iba tambien allá continuamente, ya para saber novedades, ya para estudiar el caracter de este pueblo.

Un dia encontré allí á uno de los principales

* Véase el capítulo xx de esta obra.

de la ciudad, qué se paseaba precipitadamente. Nada podia igualarse con su vanidad, sino su odio á la democracia: de todos los versos de Homero, no conservaba en la memoria mas que esta sentencia: « nada hay tan peligroso, como « tener tantas cabezas. »

Este sugeto acababa de recibir un leve insulto, y enfurecido decia: no hay remedio; es preciso que este hombre ó yo abandonemos la ciudad; y á bien que no se puede estar en ella. Si ocupo algun tribunal, me abruma esa turba de litigantes, ó la griteria de los abogados. En la asamblea general, un hombre cualquiera, puerco y mal vestido, tiene la avilantez de sentarse junto á mí. Nuestros oradores están vendidos á este pueblo, que todos los dias pone al frente de los negocios, á unas gentes que yo no pondria al frente de los mios. Poco hace se trataba de elegir un general: levántome yo; hablo de los empleos que habia tenido en el ejército, manifiesto mis heridas, y eligieron á un hombre sin experiencia ni talento. Teseo fué quien estableciendo esta igualdad, ha causado todos estos males. Homero tenia razon cuando decia: nada hay tan peligroso como tener tantas cabezas. Diciendo esto, iba apartando á un lado con altivez á los que encontraba por delante: no correspondia á quien le saludaba; y si permitia acercarse á alguno de sus clientes, era

para recordarle en alta voz los servicios que le habia hecho.

En este momento, se acercó á él uno de sus amigos, quien dijo en voz alta: ¡ y pues ! ¿ dirán todavía que yo soy de genio triste, y que siempre estoy de mal humor? Acabo de ganar mi pleito, á una voz á la verdad; ¿ pero acaso mi abogado no habia omitido en su defensa los mejores medios de mi causa? Mi muger parió ayer un hijo, y por eso me dan la enhorabuena, ¡ como si este aumento de familia no trajese una disminucion real de mi hacienda ! Uno de mis amigos, despues de las mas tiernas solicitudes, consiente en cederme el mejor de sus esclavos: díjele que pasaria por lo que él lo apreciase: ¿ sabeis lo que ha hecho? Me lo da á un precio muy inferior al que yo le graduo; sin duda este esclavo tendrá algun defecto oculto. Yo no sé qué ponzoña secreta se mezcla siempre en mi felicidad.

Yo dejé á este hombre lamentar sus desgracias, y recorrí los diferentes corrillos que habia al rededor de la plaza; los que se componian de gentes de toda edad y estado. Algunos toldos los ponian al abrigo de los ardores del sol.

Sentéme al lado de un ateniense rico, llamado Filandro, á quien su parasito Criton procuraba agradar con lisonjas descompasadas, y di-

vertirle con dichos malignos. Cuando Filandro hablaba, Criton imponia silencio á todos, y aplaudia alborozado; y si á Filandro se le escapaba alguna chanza insulsa, Criton se tapaba la boca con la falda del manto para no soltar la risa. Reparad, le decia, como todos os miran: ayer en el pórtico no acababan de alabaros: tratóse de quien era el hombre mas de bien de la ciudad: estábamos mas de treinta, y todos los votos se reunieron en vuestro favor. Aquel hombre, dijo á esta sazon Filandro, que veo allá abajo, vestido de una túnica tan magnífica, y acompañado de tres esclavos, ¿no es aquel rico banquero, llamado Apolodoro, hijo de Pasion? — El mismo es, respondió el parasito: irrita el fausto que gasta, sin acordarse ya de que su padre fué un esclavo. — ¿Y aquel otro, añadió Filandro, que va tras él con la cabeza erguida? — Su padre, respondió Criton, se llamó primero Sosio, y por haber estado en el ejército tomó el nombre de Sosistrato *. Despues le inscribieron en el número de los ciudadanos. Su madre es de Tracia, sin duda de ilustre prosapia, porque las mugeres que vienen de ese pais lejano, tienen tanta vanidad de su nacimiento, como libertad en las costumbres.

* Sosio es el nombre de un esclavo: Sosistrato el de un hombre libre; στρατιὰ significa ejército.

El hijo es un picaron; pero no tanto como Hermógenes, Corax y Tersitas, que están juntos hablando á pocos pasos de nosotros: el primero es tan avaro, que su muger tiene que bañarse en agua fria, aun en el invierno: el segundo es tan veleidoso, que en un mismo dia representa veinte hombres; y el tercero es tan vanidoso, que nunca ha tenido cómplices en las alabanzas que se da, ni rival en el amor que se tiene á sí propio.

Volví la cabeza á ver una partida de dados, y á este tiempo se acercó á mí muy apresurado un hombre diciéndome: ¿sabeis la noticia que hay? — No, le respondí. — ¿Con que la ignorais? Me alegro muchísimo de decírosla: yo la sé por Nicérates, que ha llegado ahora de Macedonia. El rey Filipo ha sido derrotado por los Ilirios, y está prisionero, murió. — ¡Cómo! ¿de seguro? — No hay la menor duda. Ahora he encontrado dos de nuestros arcontes, y he visto en sus semblantes pintada la alegría; sin embargo no lo digais á nadie, y sobre todo no me citeis. Diciendo esto se fué á comunicar el secreto á todo el mundo.

Este hombre, me dijo entonces un ateniense muy gordo que estaba sentado cerca de mí, pasa su vida en forjar noticias, gastando el tiempo en lo que no es de su inspeccion. Por mi parte, me bastan las cosas de mi casa. Tengo una es-

posa, á quien amo mucho; y me hizo el elogio de su muger. Ayer no pude cenar con ella, por estar convidado en casa de un amigo; y me hizo la relacion de toda la cena. Me retiré á mi casa bastante contento; pero esta noche he tenido un sueño que me tiene algo inquieto; y me contó lo que habia soñado. Despues me dijo con mucha pesadez, que en la ciudad hormigueaban los extrangeros: que los hombres de ahora no valian los de otros tiempos: que los víveres estaban baratos: que habria muy buena cosecha, si llovia. Luego me preguntó á cuántos estábamos del mes, y se levantó para irse á cenar con su muger.

¿Pues qué, me dijo un ateniense que llegó á esta sazon y á quien yo andaba buscando, teneis paciencia para escuchar á ese hombre tan pesado? ¿Por qué no habeis hecho como Aristóteles? Un dia le embistió uno de estos habladores, molestándole con relaciones impertinentes, y al fin le dijo: ¿y qué no os admirais? — Lo que me admira, respondió Aristóteles, es que haya oidos que os escuchen, cuando hay pies para huir. Díjele entonces que tenia un negocio que comunicarle, y quise explicárselo, pero á cada palabra me detenia: ah, sí: ya sé la cosa: yo pudiera contaros eso muy por menor: continuad, sin omitir ninguna circunstancia: muy bien: sí, eso es: eso mismo. ¡Veis cómo era

menester que hablásemos? Al fin le advertí de que no cesaba de interrumpirme. Ya lo sé, me respondió, pero tengo grandísima necesidad de hablar; bien que yo no me parezco á ese hombre con quien estabais poco hace; porque ese habla sin reflexion, y yo no creo incurrir en semejante defecto: prueba de ello es el discurso que pronuncié en la última asamblea; vos no estabais allí; os lo recitaré ahora. Al oir esto, pensé en hacer uso del consejo de Aristóteles; pero este hombre se vino conmigo hablando y declamando sin cesar.

Metíme en un corrillo que habia al rededor de un adivino, quien se quejaba de la incredulidad de los Atenienses, diciendo en alta voz: cuando hablo de las cosas divinas en la asamblea general, y os descubro lo por venir, os burlais de mí como de un loco; y sin embargo siempre habeis visto cumplirse mis predicciones. Esto es que teneis envidia á los que tienen conocimientos superiores á los vuestros.

Iba á continuar cuando vimos llegar á Diógenes, que venia de Lacedemonia. «¿De dónde « venis? le preguntó uno. — Del aposento de los « hombres al de las mugeres,» respondió. — Otro le preguntó: «¿habia mucha gente en los « juegos olímpicos? — Muchos espectadores, y « pocos hombres.» Aplaudieron estas respuestas; y al punto se acercaron á él muchísimos

atenienses á oir sus dichos y agudezas. «¿Por « qué, le dijo uno, comeis en el mercado?— « Porque tengo hambre en el mercado.» Otro le hizo esta pregunta: «¿cómo me vengaré de mi « enemigo?—Siendo mas virtuoso,» respondió. Diógenes, le dijo otro: «os ponen muchos nom- « bres ridículos.—Pero yo no los tomo.» Un extrangero nacido en Minda, quiso saber qué le habia parecido de su ciudad. «He aconsejado á « sus habitantes, respondió, que cierren las « puertas para que no se les escape.» En efecto esta ciudad era muy pequeña, y las puertas muy grandes. Puesto el parasito Criton sobre una silla, le preguntó, que por qué le llamaban perro. — «Porque acaricio á los que me dan de « comer, ladro á los que me lo niegan, y « muerdo á los pícaros.» — ¿Y cuál es, preguntó el parasito, el animal mas dañino?— « Entre los animales salvages el calumniador, y « entre los caseros el adulador.»

Los asistentes soltaron la carcajada al oir estas palabras; el parasito desapareció, y continuaron los ataques con mas ahinco. ¿De dónde sois, Diógenes? le preguntó uno. — «Soy ciudadano del mundo,» respondió. — No, replicó otro, que es de Sínope; pero los vecinos le obligaron á salir de la ciudad. — «Y yo les he condenado « á quedarse en ella.» Habiéndose acercado un joven bien parecido, usó de cierta expresion,

que puso encarnado á uno de sus amigos de la misma edad que él. Diógenes dijo al segundo : « ¡ánimo, hijo mio! esos son los colores de la « virtud. » Y dirigiéndose al primero, le dijo : « ¿no te da vergüenza de sacar una espada de « plomo de una vaina de marfil? » Habiéndole dado un bofeton el joven enfurecido, le replicó sin inmutarse : « ¡muy bien! me enseñas una « cosa; y es, que necesito un casco. » ¿Qué fruto, le preguntaron, habeis sacado de vuestra filosofía? — « Viéndolo estais, respondió; estar « dispuesto á todo. »

A este tiempo estaba Diógenes recibiendo en la cabeza el agua que caia de lo alto de una casa, sin querer mudar de sitio. Como algunos de los asistentes le compadeciesen, les dijo Platon, que pasaba casualmente por allí : « Quereis que « le sea util vuestra compasion? Pues haced « como que no le veis. »

Un dia hallé en el pórtico de Júpiter algunos atenienses que disputaban sobre cuestiones filosóficas. No, decia tristemente un antiguo discípulo de Heráclito : yo no puedo contemplar la naturaleza sin cierto horror interior. Los seres insensibles no tienen otro estado que el de guerra ó destruccion : los que viven en los aires, ó sobre la tierra, no han recibido la fuerza ó la astucia, sino para perseguirse y destruirse. Yo mismo degüello y devoro al animal que he criado

á mi mano, hasta que llegue el dia que los viles insectos me devoren á mí tambien.

Yo fijo mi vista sobre pinturas mas risueñas, dijo un joven partidario de Demócrito. El flujo y reflujo de las generaciones no me aflige mas que la sucesion periódica de las olas del mar, ó de las hojas de los árboles. ¿Qué importa que tales individuos aparezcan ó desaparezcan? La tierra es una escena que á cada momento muda de decoracion. ¿No se cubre todos los años con nuevas flores y nuevos frutos? Los átomos de que estoy compuesto, despues de separados, volverán algun dia á reunirse, y yo reviviré bajo otra forma.

¡Ay! dijo otro, el grado de amor ó de odio, de alegría ó tristeza, que nos conmueve, influye demasiado en nuestros juicios. Cuando estoy enfermo, no veo en la naturaleza mas que un sistema de destruccion, y cuando estoy sano un sistema de reproduccion.

Uno y otro es, respondió un cuarto. Cuando el universo salió del caos, debieron lisonjearse los seres inteligentes de que la sabiduría suprema se dignaria descubrirles el motivo de su existencia; pero ella ocultó este secreto en su seno, y dirigiendo la palabra á las causas segundas, no les dijo mas que esto: «destruid, reproducid.» Estas palabras han fijado para siempre el destino del mundo.

Yo no sé, volvió á decir el primero, si los dioses nos criaron por divertirse, ó con designio serio; pero sé que la mayor de las desdichas es nacer, y la felicidad mayor morir. Píndaro decia que la vida no es mas que el sueño de una sombra: imagen sublime, que con una pincelada pinta toda la nada del hombre. La vida, decia Sócrates, no debe ser mas que la meditacion de la muerte: paradoja extraña, suponer que se nos obliga á vivir, para enseñarnos á morir.

El hombre nace, vive y muere en un mismo instante; y en este instante tan fugitivo, ¡qué complicacion de penas! Su entrada en la vida se anuncia con gritos y llantos: en la infancia y adolescencia le tiranizan los maestros, y le abruman los deberes: despues viene una sucesion espantosa de trabajos penosos, de cuidados devoradores, de disgustos amargos, de combates de toda especie; y todo esto viene á parar en una vejez, que lo pone al desprecio, y en una tumba que lo entrega al olvido.

No teneis mas que estudiarle. Sus virtudes no son mas que el cambio de sus vicios, y si se sustrae al uno, no es mas que para obedecer al otro. Si desprecia su experiencia, es un niño que nace todos los dias; si la consulta, es un viejo que se lamenta de haber vivido mucho.

El hombre llevaba ventajas grandes á todos los animales; la prevision y la esperanza; ¿y qué

ha hecho la naturaleza? Emponzoñarlas cruelmente con el temor.

¡Qué vacío en todo lo que hace el hombre! ¡Cuántas variedades é inconsecuencias en sus inclinaciones y proyectos! Decidme pues: ¿qué es el hombre?

Yo os lo diré, respondió un joven atolondrado, que entró en aquel momento; y sacando de debajo de la túnica una figurilla de madera ó carton, cuyos miembros obedecian á unos hilos que tiraba ó aflojaba á su arbitrio, dijo: estos hilos son las pasiones que nos arrastran ya á una, ya á otra parte: esto es todo lo que yo sé del hombre. Dicho esto, se salió.

Nuestra vida, decia un discípulo de Platon, es á un mismo tiempo una comedia y una tragedia: bajo el primer aspecto no podia tener otro nudo que nuestra locura; bajo el segundo no podia tener otro desenlace que la muerte; y como participa de la naturaleza de estos dos dramas, está mezclada de placeres y dolores.

La conversacion variaba sin cesar. Uno negaba la existencia del movimiento; otro la de los objetos que nos rodean. Cuanto está fuera de nosotros, decian, es un prestigio, una mentira: cuanto hay dentro, error é ilusion: nuestros sentidos, nuestras pasiones, nuestra razon, nos extravian: las ciencias, ó por decir mejor, las opiniones vanas, nos sacan del descanso de la

ignorancia, para entregarnos al tormento de la incertidumbre; y los placeres del entendimiento tienen resultas mil veces mas amargas que los de los sentidos.

Yo me atreví á tomar la palabra, y les dije: los hombres se van ilustrando mas y mas. ¿No es de presumir que despues de haber agotado todos los errores, vengan por fin á descubrir el secreto de estos misterios que los atormentan? ¿Y sabeis lo que sucede? me respondieron. Cuando está á punto de descubrir este secreto, es repentinamente atacada la naturaleza por una enfermedad espantosa. Un diluvio, un incendio destruye las naciones con todos los monumentos de su inteligencia y vanidad. Estas plagas terribles han trastornado muchas veces nuestro globo: la antorcha de las ciencias se ha apagado y ha vuelto á encenderse mas de una vez. A cada revolucion renuevan el hilo de las generaciones algunos individuos que se libertaron por casualidad; y ved aquí una nueva casta de infelices, penosamente ocupados, durante una larga sucesion de siglos, en formarse en sociedad, en darse leyes, en inventar las artes, y en perfeccionar sus conocimientos, hasta que otra catástrofe vuelva á sumirla en el abismo del olvido.

No podia oir por mas largo tiempo una conversacion tan extraña y nueva para mí, y así salí precipitadamente del pórtico; y sin saber donde

dirigia mis pasos, me fui á las orillas del Iliso. Hallábase mi alma violentamente agitada de los pensamientos mas tristes, y de los mas dolorosos sentimientos. ¿He dejado pues mi pais y mis padres para adquirir unas luces tan odiosas? ¡Con que todos los esfuerzos del espíritu humano no sirven mas que para manifestar que nosotros somos los seres mas miserables! ¿Pero de dónde viene que existan y perezcan los seres? ¿Qué significan estas mudanzas periódicas, que se ven eternamente en el teatro del mundo? ¿A quién se destina un espectáculo tan terrible? ¿Será á los dioses, que no le necesitan? ¿Será á los hombres, que son las víctimas? ¿Y por qué á mí se me ha obligado á representar un papel en este teatro? ¿Por qué se me sacó de la nada sin aprobacion mia, y se me hace infeliz sin mi anuencia? Yo lo pregunto á los cielos, á la tierra, al universo todo. ¿Qué podrian responderme? Ellos ejecutan en silencio las órdenes, cuyos motivos ignoran. Pregunto á los sabios. ¡Crueles! Ellos me han respondido: ellos me han enseñado á conocerme; me han despojado de todos los derechos que yo tenia á mi estimacion; y ya soy injusto con los dioses, y acaso pronto seré bárbaro con los hombres.

¡Hasta qué grado de actividad y de exaltacion llega la imaginacion fuertemente conmovida! De una ojeada habia recorrido todas las conse-

cuencias de estas opiniones fatales. Las menores apariencias eran para mí realidades; y los mas leves temores, suplicios. Mis ideas, al modo de fantasmas espantosas, se encontraban, se repelian, iban y venian en mi mente como las olas del mar, agitado por una tempestad horrible.

En medio de esta borrasca me habia arrojado, sin saberlo, bajo un plátano, donde Sócrates solia venir á conversar con sus discípulos. La memoria de este hombre tan sabio y tan feliz, no me sirvió sino para aumentar mi delirio. Invocábale en alta voz; regaba con mis lágrimas el sitio en que él se habia sentado, cuando vi á lo lejos á Foco, hijo de Focion, y á Ctesipo, hijo de Cabrias, acompañados de algunos jóvenes amigos mios. No tuve mas tiempo que el necesario para recobrar el uso de mis sentidos, cuando se acercaron, y me obligaron á acompañarles.

Fuimos á la plaza pública, donde nos enseñaron epigramas y cantares contra los que estaban al frente de los negocios, y se decidió que el mejor gobierno era el de Lacedemonia. Marchamos al teatro, donde se representaban piezas nuevas, que nosotros silbamos, y tuvieron aceptacion. Montamos á caballo. A la vuelta, despues del baño, comimos con unas cantarinas, y otras que tocaban la flauta. Yo me olvidé del pórtico, del plátano, de Sócrates, y me

abandoné enteramente al placer y á la licencia. Pasamos una parte de la noche en beber, y la otra en pasear las calles insultando á los que pasaban.

Cuando volví en mí, reinaba en mi alma la paz, y reconocí fácilmente el motivo de los terrores que me habian agitado el dia anterior. No estando bastante aguerrido contra las incertidumbres del saber, habia sido mi miedo como el de un niño que se halla por la primera vez á oscuras. Desde aquel momento determiné fijar mis ideas sobre las opiniones que se habian tratado en el pórtico; frecuentar la biblioteca de un ateniense amigo mio, y aprovecharme de esta ocasion para conocer por menor los diversos ramos de la literatura griega.

CAPITULO XXIX.

BIBLIOTECA DE UN ATENIENSE. CLASE DE FILOSOFIA.

Pisistrato formó, hace dos siglos, una biblioteca, de que disfrutaba el público, y de que se apoderó luego Xerxes, y fué trasladada á Persia. En mi tiempo muchos atenienses habian hecho colecciones de libros; pero la mas considerable era la de Euclides, que la habia heredado de sus padres, y merecia tenerla, pues conocia su precio.

Al entrar en ella, me estremecí de admiracion y de placer. Halléme en medio de los mayores

ingenios de la Grecia, quienes vivian, y respiraban en sus obras, colocadas en derredor de mí : su silencio mismo aumentaba mi respeto : la junta de todos los soberanos de la tierra me hubiera parecido menos respetable. Algunos momentos despues exclamé : ¡ ay ! ¡ qué de conocimientos negados á los Escitas! Mas adelante he dicho mas de una vez : ¡ qué de conocimientos inútiles á los hombres!

No hablaré aquí de todas las materias que se emplean para escribir sobre ellas. Sucesivamente se usaron pieles de cabra y de oveja, y diversas especies de telas ; despues se echó mano de un papel hecho de las capas interiores del tallo de una planta que se cria en las lagunas de Egipto, ó en medio de las aguas estancadas, que deja el Nilo despues de su inundacion. De él hacen rollos, á cuya extremidad cuelgan un rótulo que contiene el título del libro. Se escribe solamente sobre una de las caras de cada rollo ; y para facilitar la lectura, los dividen en muchas particiones ó páginas *.

Hay copiantes de profesion que pasan la vida en trasladar las obras que llegan á sus manos ; y algunos particulares se toman este mismo trabajo por el deseo que tienen de instruirse. Demóstenes me dijo un dia, que para formarse el estilo,

* Véanse los manuscritos de Herculano.

habia copiado hasta ocho veces, por su mano, la historia de Tucídides. Con esto se multiplican los ejemplares; pero con motivo del coste de la copia * no son bastante comunes; de donde nace que las luces se esparzan con tanta lentitud. Se hace todavía mas raro un libro, cuando se escribe en un pais lejano, y cuando trata de materias que no están á los alcances de todos. He visto que Platon, á pesar de sus correspondencias con la Italia, tuvo mucho que hacer para lograr ciertas obras de filosofía, y dar cien minas por tres obritas de Filolao **.

Los libreros de Atenas no pueden tomar esto á su cargo, ni hacer estos desembolsos; y así tienen por lo comun un surtido de libros de pura diversion, de los cuales envian una parte á los paises vecinos, y algunas veces á las colonias griegas establecidas sobre las costas del Ponto Euxino. Este comercio recibe continuamente nuevo pábulo del furor de escribir. Los Griegos se han ejercitado en todos los géneros de literatura, como se podrá juzgar por las diversas noticias que voy á dar de la biblioteca de Euclides.

Daré principio por la clase de filosofía, cuyo

* Despues de la muerte de Espeusipo, discípulo de Platon, compró Aristóteles sus libros, que eran bien pocos, y dió tres talentos, esto es, diez y seis mil y doscientas libras: (60,352 rs. vn.).

** Nueve mil libras: (33,529 rs. vn.).

origen no pasa del siglo de Solon, que florecia cerca de doscientos cincuenta años ha. Antes tenian los Griegos teólogos, y no tenian filósofos; poco atentos á estudiar la naturaleza, los poetas recogian y acreditaban por sus obras los embustes y supersticiones que reinaban en el pueblo. Pero en tiempo de este legislador, y hácia la olimpiada cincuenta *, hubo una revolucion extraordinaria en las luces. Tales y Pitágoras echaron los cimientos de su filosofía; Cadmo de Mileto escribió la historia en prosa; Tespis dió la primera forma á la tragedia, y Susarion á la comedia.

Tales de Mileto en Jonia, uno de los siete sabios de Grecia, nació en el primer año de la olimpiada treinta y cinco **. Ocupó desde luego con distincion los empleos á que le habian llamado su nacimiento y su sabiduría. El deseo de instruirse le obligó luego á viajar por paises extrangeros. Habiéndose dedicado á su regreso al estudio de la naturaleza exclusivamente, dejó atónita á la Grecia prediciendo un eclipse de sol; y la instruyó comunicándole los conocimientos que habia adquirido en Egipto sobre la geometría y astronomía. Vivió libre, gozó pacíficamente de su reputacion, y murió sin pesar *.

* El año 580 antes de J. C.

** Hácia el año 640 antes de J. C.

Cuando era joven, le instaba su madre á que se casase, cuya instancia volvió á hacerle muchos años despues: la primera vez respondió: « no es « todavía tiempo : » la segunda, « ya no es « tiempo. »

Se citan muchas respuestas suyas, que voy á referir, porque pueden dar una idea de su filosofía, y manifestar la precision con que los sabios de aquel siglo procuraban satisfacer á las preguntas que les hacian.

¿Cuál es la cosa mas bella? — El universo; porque es la obra de Dios. — ¿La mas vasta? — El espacio, porque lo contiene todo. — ¿La mas fuerte? — La necesidad, porque triunfa de todo. — ¿La mas dificil? — Conocerse. — ¿La mas facil? — Dar consejo. — ¿La mas rara? — Un tirano que llegue á la vejez. — ¿Qué diferencia hay entre vivir y morir? — Lo mismo es uno que otro. — ¿Que es lo que puede consolarnos en la desgracia? — La vista de un enemigo mas desgraciado que nosotros. — ¿Qué se necesita para una vida irreprensible? — No hacer lo que se vitupera en otros. — ¿Qué se necesita para ser feliz? — Un cuerpo sano, una medianía de bienes, un alma ilustrada, etc., etc.

No hay cosa mas célebre que el nombre de Pitágoras, ni menos conocida que los pormeno-

** Hácia el año 548 antes de J. C.

res de su vida. Parece que en su juventud tomó lecciones de Tales y de Ferécides de Siros; que despues vivió mucho tiempo en Egipto, y que si no recorrió los reinos del Asia alta, adquirió á lo menos algunas nociones de las ciencias que allí se cultivaban. Los arcanos de los misterios de los Egipcios y las continuas meditaciones de los sabios del Oriente, tuvieron tanto atractivo para su imaginacion ardiente, como tuvo para su caracter firme el régimen severo, que la mayor parte de ellos habian abrazado.

Habiendo hallado, cuando volvió, oprimida su patria por un tirano, fué á establecerse á Crotona de Italia, lejos de la esclavitud. Esta ciudad se hallaba entonces en un estado lastimoso; porque los habitantes, vencidos por los Locrienses, habian perdido el sentimiento de sus fuerzas, y no hallaban otro recurso en sus desgracias que el exceso de los placeres. Pitágoras emprendió hacer revivir su valor, dándoles sus antiguas virtudes; y de tal manera sus instrucciones y ejemplos aceleraron los progresos de la reforma, que un dia las mugeres de Crotona, á impulsos de su elocuencia, consagraron en un templo los adornos preciosos con que se engalanaban.

Poco satisfecho con este triunfo, quiso perpetuarlo educando la juventud en los princi-

pios que se lo habian grangeado. Sabiendo que ninguna cosa da mas fuerza á un Estado que la sabiduría de costumbres, ni á un particular que la absoluta abnegacion de sí mismo, concibió un sistema de educacion, que para hacer las almas capaces de la verdad, debia hacerlas independientes de los sentidos. Entonces fué cuando formó aquel famoso instituto, que hasta estos últimos tiempos se ha distinguido entre las demas sectas filosóficas, del cual tendré ocasion de hablar mas adelante*.

Al fin de sus dias, y en una vejez extrema, tuvo Pitágoras el sentimiento doloroso de ver casi destruida su obra por la envidia de los principales ciudadanos de Crotona. Precisado á huir, anduvo errante de ciudad en ciudad hasta el punto en que la muerte, terminando sus desgracias, hizo callar á la envidia, y restituyó á su memoria los honores que el recuerdo de la persecucion llevó al exceso.

La escuela jónica debe su origen á Tales; la itálica á Pitágoras: estas dos han formado otras, de que han salido hombres grandes. Euclides, al reunir sus escritos, habia tenido el cuidado de distribuirlos con relacion á los diferentes sistemas de filosofía.

En seguida á algunos tratados, quizá mal atri-

* Véase el capítulo LXXV.

buidos á Tales, se veian las obras de los que se han trasmitido su doctrina, y han sido sucesivamente puestos á la cabeza de su escuela. Tales son Anaximandro, Anaxímenes, Anaxágoras, el primero que enseñó filosofía en Atenas, y Arquelao, maestro de Sócrates. Sus obras tratan de la formacion del universo, de la naturaleza de las cosas, de la geometría y astronomía.

Los tratados que seguian, tenian mas relacion con la moral; porque Sócrates y sus discípulos se emplearon menos en la naturaleza en general, que en el hombre en particular. Sócrates no dejó escrito mas que un himno en honor de Apolo, y algunas fábulas de Esopo, que puso en verso cuando estaba en la carcel, las cuales dos piececitas hallé en la biblioteca de Euclides, juntamente con las obras que salieron de la escuela de este filósofo. Casi todas están en forma de diálogo, en que Sócrates es el principal interlocutor, porque el propósito es recordar en ellas sus conversaciones. Ví los diálogos de Platon, los de Alexámenes, anteriores á los de Platon, los de Xenofonte, los de Esquines, Criton, Simon, Glaucon, Simias, Cebes, Fedon, y Euclides que fundó la escuela de Megara, dirigida hoy por su discípulo Eubúlides.

De la escuela de Italia ha salido mucho mayor número de escritores que de la de Jonia. Ademas de algunos tratados que se atribuyen á Pitágo-

ras, y no parecen auténticos, se encontraban en dicha biblioteca de Euclides casi todos los escritos de los filósofos que siguieron ó modificaron su doctrina.

Tal fué Empédocles de Agrigento, á quien los habitantes de esta ciudad ofrecieron la corona, y quien prefirió á ella establecer entre ellos la igualdad. Dotado de un talento que le ponia á la par de Homero, engalanó con los encantos de la poesia las materias mas abstractas, y adquirió tal nombre, que fijaron en él los ojos todos los Griegos reunidos en los juegos olímpicos. Decia á los Agrigentinos: « vosotros corIreis tras los placeres, como si hubieseis de « morir mañana; y edificais vuestras casas, co« mo si nunca hubieseis de morir. »

Tales fueron tambien Epicarmo, hombre de ingenio, como lo son por lo comun los Sicilianos, el cual cayó en desgracia del rey Hieron, por haber usado de una expresion indecente delante de la esposa de este príncipe; y se grangeó la enemistad de los demas filósofos, por haber descubierto en sus comedias el secreto de sus dogmas; Ocelo de Lucania, Timeo de Locres, autores menos brillantes, pero mas profundos y exactos que los primeros; Arquitas de Tarento, famoso por sus importantes descubrimientos de maquinaria, Filolao de Crotona, uno de los primeros griegos que hicieron

mover la tierra al rededor del centro del universo; Eudoxio, á quien he visto muchas veces en casa de Platon, y fué á un mismo tiempo geómetra, astrónomo, médico y legislador; sin hablar de un Ecfanto, de un Alcmeon, de un Hipaso, y de otros muchos, tanto antiguos como modernos, que vivieron en la oscuridad, y han adquirido celebridad despues de su muerte.

Llamó mi atencion uno de los estantes, que contenia una coleccion de libros de filosofía, todos compuestos por mugeres, quienes por la mayor parte siguieron la doctrina de Pitágoras. Ví allí el Tratado de la sabiduría por Periciona; obra en que brilla una metafísica luminosa. Euclides me dijo, que Aristóteles le apreciaba mucho, y que pensaba tomar de él las nociones sobre la naturaleza y accidentes del ente.

Añadió que la escuela itálica habia difundido mas luces sobre la tierra, que la jónica; pero que habia dado en errores, de que era natural se apartase su rival. En efecto, los dos hombres grandes que las fundaron, pusieron en sus obras el sello de su ingenio. Tales, distinguido por una razon profunda, tuvo por discípulos á unos sabios que estudiaron la naturaleza por caminos sencillos; y al fin su escuela produjo á Anaxágoras, y la teología mas sana; á Sócrates, y la mas pura moral. Pitágoras, dominado de una imaginacion fuerte, fundó una secta de piadosos

entusiastas, que al principio no vieron en la naturaleza mas que proporciones y armonías; y pasando despues de un género de ficciones á otro, dieron origen á la escuela de Elea en Italia, y á la mas abstracta metafísica.

Los filósofos de esta última escuela se pueden dividir en dos clases: unos, como Xenófanes, Parménides, Meliso y Zenon, se dieron á la metafísica; otros, como Leucipo, Demócrito, Protágoras, etc., se dedicaron á la física.

La escuela de Elea debe su origen á Xenófanes de Colofon en Jonia *. Desterrado de su patria, que habia celebrado en sus versos, fué á establecerse á Sicilia, en donde, para mantener su familia, no tuvo otro recurso que cantar públicamente sus poesías, como lo hacian los primeros filósofos. Desaprobaba los juegos de suerte, y habiéndole uno tratado por esto de espíritu debil y lleno de preocupaciones, respondió: « soy el mas debil de los hombres para acciones « de que tendria que avergonzarme. »

Parménides, su discípulo, era de una de las mas antiguas y ricas familias de Elea. Dió á su patria tan excelentes leyes, que los magistrados obligan todos los años á los ciudadanos á jurar su observancia. Disgustado despues del crédito y de la autoridad, se dedicó enteramente á la

* Nació hácia el año de 556 antes de J. C.

filosofía, y pasó el resto de sus dias en el silencio y la meditacion. La mayor parte de sus escritos están en verso.

Zenon de Elea, que fué su discípulo, y á quien adoptó, vió levantarse un tirano en una ciudad libre, conspiró contra él, y murió sin querer declarar quiénes eran sus cómplices. Este filósofo estimaba al público tanto cuanto se estimaba á sí mismo. Su alma tan firme en el peligro, no podia sufrir la calumnia. Decia: « para ser insensible al mal que se dice de « mí, seria necesario que lo fuese tambien al « bien. »

Ha habido entre los filósofos, y principalmente entre los de la escuela de Elea, algunos que han tomado parte en la administracion del Estado, como Parménides y Zenon. Otros han mandado ejércitos: Arquitas logró muchas ventajas al frente de las tropas de los Tarentinos: Meliso, discípulo de Parménides, venció á los Atenienses en un combate naval. Estos ejemplos, y otros que se podrian citar, no prueban que la filosofía basta por sí sola para formar grandes políticos y grandes generales; solamente muestran que un político y un general pueden cultivar la filosofía.

Leucipo se separó de los principios de Zenon su maestro, y comunicó los suyos á Demócrito de Abdera en Tracia.

Este último habia nacido en la opulencia; pero únicamente se reservó una parte de sus bienes para viajar, como Pitágoras, por los pueblos que los Griegos tratan de bárbaros, y que tenian el depósito de las ciencias. Cuando volvió de su viage, le mantenia un hermano á quien habia cedido sus bienes, atendiendo á sus necesidades, reducidas á lo único necesario; y para precaver el efecto de una ley, que privaba de sepultura al ciudadano convencido de haber disipado la herencia de sus padres, Demócrito leyó, en presencia de los ciudadanos de Abdera, una obra que le concilió su estimacion y su admiracion. Pasó el resto de sus dias en un retiro profundo: dichoso porque tenia una gran pasion, que podia satisfacer siempre; la de instruirse con sus reflexiones, é instruir á los demas con sus escritos.

Protágoras, nacido de padres pobres y empleados en obras serviles, fué descubierto y educado por Demócrito, que conoció y extendió su ingenio. Este es aquel mismo Protágoras, que llegó á ser uno de los mas ilustres sofistas de Atenas, donde se habia establecido; dió leyes á los Turios de Italia, escribió sobre la filosofía, fué acusado de ateismo, y desterrado de la Atica. Sus obras, de que se hizo una pesquisa severa por las casas de los particulares, fueron quemadas en la plaza pública.

Yo no sé si una singularidad que siempre me ha causado admiracion, se debe atribuir á las circunstancias de los tiempos, ó á la naturaleza del espíritu humano; y es que, desde que aparece en una ciudad un hombre de ingenio, ó de talento, se ven luego ingenios y talentos, que sin eso, acaso nunca se hubieran manifestado. Cadmo y Tales en Mileto, Pitágoras en Italia, Parménides en Elea, Esquiles y Sócrates en Atenas, crearon, por decirlo así, en estas diferentes regiones, unas generaciones de espíritus, émulos por igualar ó exceder á sus modelos. La misma Abdera, esta pequeña ciudad tan nombrada hasta aquí por la estupidez de sus habitantes, apenas habia producido á Demócrito, cuando vió aparecer á Protágoras, á quien sucederá otro de la misma ciudad, llamado Anaxarco, que manifiesta ya las mayores disposiciones.

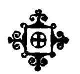
Entre los autores que han escrito de filosofía, no debo omitir al tenebroso Heráclito de Efeso, pues este es el nombre que ha merecido por la oscuridad de su estilo. Este hombre, de caracter sombrío, y con un orgullo intolerable, empezó confesando que nada sabia, y acabó diciendo, que lo sabia todo. Los de Efeso quisieron ponerle á la cabeza de la república, á lo que se negó, irritado porque habian desterrado á su amigo Hermodoro. Pidiéronle leyes, á lo que respondió,

que estaban muy corrompidos. Hecho odioso á todos, salió de Efeso, y se retiró á los montes vecinos, donde se alimentaba con yerbas silvestres solamente, sin sacar de sus meditaciones otro placer, que aborrecer mas y mas á los hombres.

Habiendo Sócrates acabado de leer una obra de Heráclito, dijo á Eurípides que se la habia prestado: «lo que yo he entendido es excelente: « creo que lo demas lo será tambien; pero se « expone uno á ahogarse, si no es tan ágil como « un buzo de Delos. »

Las obras de estos célebres escritores estaban acompañadas de otras muchas de autores menos conocidos. Mientras yo felicitaba á Euclides de tener una coleccion tan rica, ví entrar en la biblioteca, á un hombre venerable por su rostro, edad y porte. Traia los cabellos caidos sobre los hombros, y la frente ceñida con una diadema, y una corona de mirto. Este era Calias, el hierofanta, ó gran sacerdote de Ceres, íntimo amigo de Euclides, quien tuvo la atencion de presentarme á él, y prevenirle en mi favor. Despues de algunos momentos de conversacion, volví yo á mis libros, recorriéndolos con tal asombro, que Calias lo notó, y me preguntó, si me alegraria tener algunas nociones de la doctrina que contenian. A esto le contesté enardecido : yo os responderé lo que en otro tiempo

respondió á Solon uno de mis progenitores: « yo no he dejado la Escitia, no he atravesado « regiones inmensas, ni afrontado las tempesta- « des del Ponto Euxino, sino para venir á instruir- « me entre vosotros. » Estoy resuelto á no salir de aquí, y voy á devorar los escritos de vuestros sabios; porque sin duda, de sus tareas deben resultar grandes verdades para la felicidad de los hombres. Calias se sonrió de mi resolucion, y acaso me compadeció, como se puede juzgar por el discurso siguiente.



CAPITULO XXX.

CONTINUACION DEL CAPITULO ANTERIOR. DISCURSO DEL GRAN SACERDOTE DE CERES SOBRE LAS CAUSAS PRIMERAS.

Soñaba yo una vez, me dijo Calias, que habia sido arrojado repentinamente sobre un camino real, en medio de una muchedumbre infinita de personas de todas edades, sexos y condiciones: caminábamos precipitadamente con los ojos vendados, unos dando gritos de contento, y la mayor parte agobiados de disgustos y pesares. Yo no sabia, ni de donde venia, ni adonde iba. Preguntaba á los que iban al rededor de mí, y

unos me decian: lo ignoramos como vos; pero seguimos á los que van delante, y vamos delante de los que nos siguen. Otros respondian; ¿qué nos importan vuestras preguntas? Ya veis que nos hostigan estas gentes, y es preciso hacer lo mismo. En fin, otros mas ilustrados me decian: los dioses nos han condenado á andar este camino, y ejecutamos sus órdenes, sin tomar mucha parte ni en las vanas alegrías, ni en los livianos pesares de esta muchedumbre. Yo me dejaba arrastrar de la corriente, cuando oí una voz que decia: aquí está el camino de la luz y de la verdad. Yo la seguí agitado, y un hombre me cogió por la mano, me quitó la venda, y me llevó á una selva cubierta de tinieblas tan densas como las primeras. A poco perdimos el sendero que habiamos seguido hasta entonces, y hallamos una multitud de gentes que se habian extraviado como nosotros. Sus conductores venian á las manos siempre que se encontraban; porque tenian interes en quitarse unos á otros los que llevaban consigo. Tenian hachas en las manos, y hacian saltar de ellas algunas chispas que nos deslumbraban. Yo mudé muchas veces de guia; caí continuamente en precipicios; y muchas veces me ví detenido por un muro impenetrable: entonces desaparecian mis guias, y me dejaban en el horror de la desesperacion. Agobiado del cansancio, sentia haber abandona-

do el camino que seguia la multitud, y desperté con este sentimiento.

¡O hijo mio! los hombres han vivido por muchos siglos, en una ignorancia, que no atormentaba su razon. Contentos con las tradiciones confusas que les habian trasmitido sobre el origen de las cosas, gozaban sin intentar conocer. Pero hace cerca de doscientos años, que agitados de cierta inquietud interior, quieren penetrar los misterios de la naturaleza, que no sospechaban antes; y esta nueva enfermedad del espíritu humano ha sustituido grandes errores á grandes preocupaciones.

Dios, el hombre, el universo: cuando se descubrió que estos eran grandes objetos de meditacion, pareció que se elevaban las almas; porque nada hay que dé mas altas ideas, ni mas envanezca al hombre, que el estudio de la naturaleza; y como la ambicion del espíritu es tan activa y veraz como la del corazon, se quiso medir el espacio, sondear lo infinito, y seguir el contorno de esta cadena que abraza la universalidad de todos los seres en la universalidad de sus dobleces.

Las obras de los primeros filósofos son didácticas, y sin adornos: no proceden sino por principios y consecuencias como los geómetras; mas la grandeza del asunto les da tal magestad, que muchas veces desde el título inspiran inte-

res y respeto, anunciando que se va á tratar *de la naturaleza, del cielo, del mundo, del alma del mundo*. Demócrito empieza uno de sus tratados con estas palabras respetuosas: *hablo del universo.*

Recorriendo esta coleccion enorme, en que resplandecen las mas vivas luces en medio de la mayor oscuridad; donde se reune el exceso del delirio con la profundidad de la sabiduría; donde el hombre ha desplegado la fuerza y la debilidad de su razon; acordaos, hijo mio, que la naturaleza está cubierta con un velo de bronce; que los esfuerzos unidos de todos los hombres y de todos los siglos no podrán levantar la extremidad de esta cubierta, y que la ciencia del filósofo consiste en conocer el punto donde empiezan los misterios, y su sabiduría en respetarlos.

Hemos visto en nuestros dias, negar, ó poner en duda, la existencia de la divinidad; esta existencia atestiguada siempre por el consentimiento de todos los pueblos. Algunos filósofos la niegan formalmente: otros la destruyen con sus principios; y se extravian todos aquellos que quieren sondear la esencia de este ser infinito, ó dar cuenta de sus operaciones.

Preguntadles, ¿qué es Dios? Responderán: lo que no tiene principio ni fin. — Es un espíritu puro; — es una materia sutil: es el aire; — es un

fuego dotado de inteligencia; — es el mundo. — No; es el alma del mundo, á que está unido como el alma al cuerpo. — Es principio único. — El lo es del bien, la materia lo es del mal. — Todo se ha hecho por sus órdenes, y á su vista: todo lo hace por agentes subalternos..... ¡O hijo mio! adorad á Dios, y no intenteis conocerle.

Preguntadles, ¿qué es el universo? Responderán: todo lo que es, ha sido siempre; y así, el mundo es eterno. — No; no lo es, sino la materia. — Esta materia capaz de todas las formas, no tenia ninguna en particular. — Esta materia tenia una forma, tenia muchas; tenia un número ilimitado de ellas; porque no es otra cosa que el agua, que el aire, que el fuego, que los elementos, que un conjunto de átomos, que un número infinito de elementos incorruptibles, de partículas similares, cuya union forma todas las especies. Esta materia estaba inmovil en el caos: la inteligencia le comunicó su accion, y apareció el mundo. — No; la materia tenia un movimiento irregular; Dios la ordenó, penetrándola de una parte de su esencia, y se formó el mundo. — No; los átomos se movian en el vacío, y el universo fué el resultado de su union casual. — No; dos son los únicos elementos que han producido y conservan cuanto hay en la naturaleza; la tierra, y el fuego que la anima. — No; se debe

añadir á los cuatro elementos el amor que une sus partes, y el odio que las separa..... ¡O hijo mió! no gasteis vuestros dias en conocer el origen del universo, sino en llenar como es debido el corto lugar que ocupais en él.

Preguntadles en fin, ¿qué es el hombre? Os responderán: el hombre ofrece los mismos fenómenos y las mismas contradicciones que el universo, de que es un compendio. Este principio, á que en todo tiempo se ha dado el nombre de alma y de inteligencia, es una naturaleza que siempre está en movimiento.—Es un número que se mueve por sí mismo.—Es un espíritu puro, se dice, que nada tiene de comun con los cuerpos.—Pero si es así, ¿cómo puede conocerlos?—Mas bien es un aire sutilísimo,—un fuego activísimo,—una llama emanada del sol,—una porcion del eter,—una agua levísima,—una mezcla de muchos elementos.—Es un conjunto de átomos igneos y esféricos, semejantes á esas partes sutiles de materia, que se ven agitarse en los rayos del sol: es un ente simple.—No; es compuesto; lo es de muchos principios; lo es de muchas calidades contrarias.—Es la sangre que circula en nuestras venas: esta alma está repartida en todo el cuerpo; no reside sino en el celebro, en el corazon, en el diafragma: perece con nosotros.—No; no perece; sino que va á animar otros cuerpos;—pero ella se reune

al alma del universo..... ¡ O hijo mio ! arreglad los movimientos de vuestra alma, y no os afaneis por conocer su esencia.

Tal es la pintura general de las opiniones aventuradas sobre los objetos mas importantes de la filosofía. Esta abundancia de ideas, no es mas que una escasez real; y este monton de obras que mirais, y se tienen por un tesoro de conocimientos sublimes, no es en efecto mas que un depósito humiliante de contradicciones y de errores. No busqueis en él sistemas uniformes, y ligados en todas sus partes; exposiciones claras, ni soluciones aplicables á cada fenómeno de la naturaleza. Casi todos estos autores no son inteligibles, porque son muy concisos; no lo son, porque temerosos de oponerse á las opiniones de la muchedumbre, envuelven sus doctrinas en expresiones metafóricas ó contrarias á sus principios; no lo son en fin, porque afectan ser oscuros, para huir de las dificultades que no han previsto, ó no han podido resolver.

Si á pesar de esto, poco satisfecho de los resultados que acabais de oir, quereis tomar una nocion ligera de sus principales sistemas, os dejarán atónito las cuestiones que tratan al entrar en esta carrera. ¿ No hay mas que un principio en el universo? ¿ Se deben admitir muchos? Si no hay mas que uno, ¿ es movible ó

inmovible? Si hay muchos, ¿son finitos ó infinitos, etc.?

Se trataba principalmente de explicar la formacion del universo, é indicar la causa de esta prodigiosa variedad de especies y de individuos que presenta la naturaleza á nuestra vista. Las formas y calidades de los cuerpos se alteran, se destruyen, y se reproducen sin cesar; pero subsiste siempre la materia de que se componen: se puede seguirla con el pensamiento en sus divisiones y subdivisiones innumerables, y llegar por fin á un ser simple, que será el primer principio del universo, y de todos los cuerpos en particular. Los fundadores de la escuela de Jonia, y algunos filósofos de las otras escuelas, se dedicaron á descubrir este ser simple. Unos lo encontraron en el elemento del agua; otros en el del aire; otros juntaron la tierra y el fuego á estos dos elementos; y otros en fin, supusieron que desde toda la eternidad habia existido, en la masa primitiva, una cantidad inmensa é inmovil de partes determinadas en su forma y en su especie; y así habia bastado reunir todas las partículas de aire para componer este elemento; todas las de oro para formar este metal, y así de las demas.

Estos diferentes sistemas no tenian por objeto mas que el principio material y pasivo de las cosas; y no se tardó en conocer que era preciso

otro para dar actividad al primero. El fuego pareció á muchos un agente á propósito para componer y descomponer los cuerpos; otros admitieron en las partículas de la materia primera, una especie de amor y de odio, capaces de reunirlas y de separarlas sucesivamente. No pudiendo estas explicaciones, ni las que se han sustituido despues, aplicarse á todas las variedades que ofrece la naturaleza, se vieron obligados muchas veces sus autores, á recurrir á otros principios, ó á quedar oprimidos bajo el peso de las dificultades : al modo de aquellos atletas, que se presentan al combate sin haberse ejercitado, y solamente deben á la casualidad, el debil triunfo con que se engrien.

El orden y belleza que reinan en el universo, forzaron por fin al ingenio á recurrir á una causa inteligente. Ya habian llegado á conocerla los primeros filósofos de la escuela de Jonia; pero Anaxágoras, quizá guiado por Hermótimo, fué el primero que la distinguió de la materia; y anunció claramente, que todas las cosas estaban, desde la eternidad, en la masa primitiva, y que la inteligencia obró sobre esta masa, é introdujo en ella el orden.

Antes que la escuela de Jonia descubriese esta verdad, que en realidad no era otra cosa que la antigua tradicion de los pueblos, Pitágoras, ó por decir mejor sus discípulos; pues á pesar de

la próximidad de los tiempos, es casi imposible saber las opiniones de este hombre extraordinario: los pitagóricos, decia, concibieron el universo bajo la idea de una materia animada por una inteligencia, que la pone en movimiento, y de tal modo se reparte en todas sus partes, que no puede ser separada. Se la puede mirar como el autor de todas las cosas, como un fuego sutilísimo, y una llama purísima; como la fuerza que ha sujetado la materia, y la tiene todavía encadenada. Siendo su esencia inaccesible á los sentidos, tomamos para caracterizarla, no el lenguage de los sentidos, sino el del espíritu: damos á la inteligencia ó al principio activo del universo el nombre de *mónada* ó unidad, porque siempre es el mismo: á la materia ó principio pasivo el de *diada* ó multiplicidad, porque está sujeto á toda suerte de mudanzas; y al mundo en fin el de *triada*, porque es el resultado de la inteligencia y de la materia.

Muchos discípulos de Pitágoras han juntado otras ideas á estas expresiones, segun lo han necesitado; pero casi todos han buscado, en los números, algunas propiedades, cuyo conocimiento los pudiese elevar al de la naturaleza: propiedades, que les parecian indicadas en los fenómenos de los cuerpos sonoros.

Si se pone tirante una cuerda, y se divide su-

cesivamente en dos, tres y cuatro partes, se tendrá en cada mitad, la octava de la cuerda total; en las tres cuartas partes, su cuarta; en las dos terceras partes, su quinta. La octava será pues, como 1 á 2; la cuarta, como 3 á 4; y la quinta, como 2 á 3. La importancia de esta observacion hizo dar á los números 1, 2, 3, 4, el nombre de *cuaternario sagrado*.

Ved ahí las proporciones de Pitágoras; ved ahí los principios fundamentales del sistema músico de todos los pueblos; y especialmente el que halló entre los Griegos este filósofo, y perfeccionó con sus luces.

En vista de estos descubrimientos, que se debian sin duda á los Egipcios, fué facil inferir que las leyes de la armonía son invariables, y que la naturaleza misma habia fijado de un modo irrevocable el valor é intervalos de los tonos. ¿Mas por qué siempre uniforme en su marcha, no ha de haber seguido las mismas leyes en el sistema general del universo? Esta idea fué un rayo de luz para unos espiritus fogosos, y dispuestos al entusiasmo por el retiro, la abstinencia y la meditacion: para unos hombres, que tienen por religion el dedicar todos los dias algunas horas á la música, y sobre todo, á formarse una entonacion arreglada.

A poco se descubrió en los números 1, 2, 3 y 4, no solamente uno de los principios del sis-

tema músico, sino tambien los de la física y moral. Todo se volvió proporcion y armonía; el tiempo, la justicia, la amistad, la inteligencia, no fueron otra cosa que relaciones de los números.

Empédocles admitió cuatro elementos, el agua, el aire, la tierra y el fuego. Otros pitagóricos descubrieron cuatro facultades en nuestra alma; y todas nuestras virtudes se derivaron de cuatro virtudes principales. Como los números del cuaternario sagrado producen reunidos el número diez, que es el mas perfecto de todos por esta misma reunion, fué preciso admitir en el cielo diez esferas, aunque no tenga mas de nueve.

En fin aquellos pitagóricos, que dieron un alma al universo, no pudieron explicar mejor los movimientos de los cielos, y la distancia de los cuerpos celestes á la tierra, que valuando los grados de actividad que habia en esta alma desde el centro del universo hasta su circunferencia. En efecto, si se parte este espacio inmenso en treinta y seis capas, ó mas bien, si se imagina una cuerda desde el medio de la tierra hasta las extremidades del mundo, y se divide en treinta y seis partes, á un tono ó semi-tono una de otra, se tendrá la escala musical del alma del universo. Los cuerpos celestes están puestos sobre diferentes grados de esta

escala, á unas distancias que están entre sí en las relaciones de la quinta y de las otras consonancias. Sus movimientos, dirigidos conforme á las mismas proporciones, producen una armonía dulce y divina. Las musas, como otras tantas sirenas, han puesto sus tronos sobre los astros : arreglan la marcha acompasada de las esferas celestes, y presiden á aquellos conciertos eternos y halagüeños, que no pueden oirse sino en el silencio de las pasiones, y segun se dice, llenaban de alegría pura el alma de Pitágoras.

Las relaciones que querian unos establecer en la distancia y en los movimientos de las esferas celestes, creyeron otros descubrirlas en las magnitudes de los astros, ó en los diámetros de sus órbitas.

Las leyes de la naturaleza destruyen esta teoría; pero apenas se conocian cuando se inventó : y cuando fueron mas conocidas, nadie tuvo valor para renunciar al atractivo de un sistema concebido y adornado por la imaginacion.

No menos quimérico ni mas inteligible es otro principio admitido por muchos pitagóricos. Segun la observacion de Heráclito de Efeso, los cuerpos están en estado continuo de evaporacion y fluidez : las partes de materia de que se componen, se escapan sin cesar, ocupando su lugar otras que se escaparán igualmente, hasta el momento de la disolucion del todo que for-

man por su union. Este movimiento imperceptible, pero real y comun á todos los seres materiales, altera á cada momento sus calidades, y los trasforma en otros seres, que no tienen con los primitivos mas que una conformidad aparente. Vos no sois hoy lo que erais ayer; mañana no sereis lo que sois hoy; y así nos sucede lo que á la nave de Teseo, que la conservamos todavía; pero todas sus partes se han renovado muchas veces.

Pues ahora, ¿qué nocion cierta y permanente puede resultar de esta movilidad de todas las cosas; de esta corriente impetuosa, de este flujo y reflujo de las partes fugitivas de los seres? ¿Qué instante fijareis para medir una magnitud que creciese y menguase sin cesar? Nuestros conocimientos, variables como su objeto, nada tendrian de fijo y de constante; y así no habria para nosotros ni virtud, ni sabiduría, si la misma naturaleza no nos descubria por sí misma los fundamentos de la ciencia y de la virtud.

Ella es la que, privándonos de la facultad de representarnos todos los individuos, y permitiéndonos ordenarlos en ciertas clases, nos eleva á la contemplacion de las ideas primitivas de las cosas. Los objetos sensibles están á la verdad sujetos á mudanzas; pero la idea general del hombre, la del arbol, la de los géneros y especies, no experimentan ninguna. Estas ideas son

pues inmudables; y lejos de mirarlas como simples abstracciones del entendimiento, se han de considerar como seres reales, como las verdaderas esencias de las cosas. Asi es que el arbol y el cubo que teneis delante de los ojos, no son sino copia é imagen del cubo y del arbol, que desde toda la eternidad existen en el mundo inteligible, en esta mansion pura y brillante, donde residen esencialmente la justicia, la belleza, la virtud, del mismo modo que los ejemplares de todas las sustancias y de todas las formas.

¿Pero qué influencia pueden tener en el universo las ideas y las relaciones de los números? La inteligencia que penetra las partes de la materia, segun Pitágoras, obra sin interrupcion; ordenando y modelando estas partes, ya de un modo, ya de otro; presidiendo á la renovacion sucesiva y rápida de las generaciones; destruyendo los individuos; conservando las especies; pero obligada siempre, segun unos, á ajustar sus operaciones profundas á las proporciones eternas de los números; y segun otros, á consultar las ideas eternas de las cosas; que son para ella lo que un modelo es para un artista. A su ejemplo debe el sabio tener fija la vista sobre uno de estos dos principios, ya sea para establecer en su alma la armonía que admira en el universo; ya para copiar en sí mismo las virtudes que ha contemplado en la esencia divina.

Reuniendo algunos pasages esparcidos en las obras que teneis delante, he procurado exponeros los sistemas particulares de algunos pitagóricos. Pero la doctrina de los números es tan oscura, tan profunda, y tan atractiva para los entendimientos ociosos, que ha hecho nacer un monton de opiniones.

Unos han distinguido los números de las ideas y de las especies; otros los han confundido con las especies, porque en efecto contienen una cierta cantidad de individuos. Se ha dicho que los números existen separados de los cuerpos, y se ha dicho que existen en ellos mismos. Unas veces parece que el número designa elelemento de la extension, y que es la sustancia, ó el principio y el último término de los cuerpos, como los puntos lo son de las lineas, de las superficies y de todas las magnitudes; otras no expresa mas que la forma de los elementos primitivos. Así el elemento terrestre tiene la forma de un cuadrado; el fuego, el aire y el agua tienen la de diversas especies de triángulos; y estas diversas configuraciones bastan para explicar los efectos de la naturaleza. En una palabra, este término misterioso no suele ser mas que un signo arbitrario para expresar, ya sea la naturaleza y la esencia de los primeros elementos, ya sus formas, ya sus proporciones, ya en fin las ideas ó los ejemplares eternos de todas las cosas.

Es de notar que Pitágoras no decia que todo habia sido hecho por virtud de los números, sino segun las proporciones de los números. Si, á despecho de esta declaracion formal, algunos de sus discípulos, dando á los números una existencia real y una virtud secreta, los han mirado como principios constitutivos del universo, han cuidado tan poco de declarar é ilustrar su sistema, que es preciso abandonarlos á su impenetrable profundidad.

La oscuridad é inconsecuencias que halla un lector, al recorrer estos escritos, provienen 1° de las tinieblas que cubrirán siempre las cuestiones que tratan; 2° de la diversidad de acepciones que se dan á las palabras *ser, principio, causa, elemento, sustancia,* y á todas las que componen el lenguage filosófico; 3° de los colores con que los primeros intérpretes de la naturaleza vistieron sus dogmas; pues como escribian en verso, hablaban mas á la imaginacion que á la razon; 4° de la diversidad de métodos introducidos en ciertas escuelas. Muchos discípulos de Pitágoras, buscando los principios de los seres, fijaron su atencion sobre la naturaleza de nuestras ideas, y pasaron, casi sin conocerlo, del mundo sensible al mundo intelectual. Entonces se prefirió el estudio naciente de la metafísica al de la física. Como todavía no se habia formado el cuerpo de leyes de esta dialéctica

severa, que reprime los extravíos del espíritu, sustituyó imperiosamente la razon su testimonio al de los sentidos. La naturaleza, que siempre tira á singularizar, no ofrece en todo mas que multitud y mudanzas: la razon, que siempre quiere generalizar, no ve en todo mas que unidad é inmovilidad; y tomando el vuelo y entusiasmo de la imaginacion, se elevó de abstraccion en abstraccion, hasta llegar á una altura de teoría, en que apenas puede mantenerse el espíritu mas atento.

En la escuela de Elea fué donde principalmente empleó todos sus recursos el arte ó la licencia del raciocinio. Allí se establecieron dos órdenes de ideas; uno, cuyo objeto eran los cuerpos y sus calidades sensibles; otro, que no considera mas que el ser en sí mismo, y sin relacion á la existencia. De aquí nacieron dos métodos; el primero fundado, segun se pretende, en el testimonio de la razon y de la verdad; el segundo en el de los sentidos y en la opinion. Uno y otro siguieron el mismo rumbo poco mas ó menos. Antes los filósofos que se habian servido de la autoridad de los sentidos, habian creido conocer, que para producir un efecto, empleaba la naturaleza dos principios contrarios, como la tierra y el fuego, etc.; del mismo modo los filósofos que solamente consultaron á la razon, se ocuparon en sus meditaciones del ser y del no-

ser, de lo finito é infinito, del uno y del muchos, del número par y del número impar, etc.

Aun quedaba una dificultad inmensa, cual es la de aplicar estas abstracciones, y combinar la metafísica con la física. Pero si han intentado hacer esta conciliacion, lo han ejecutado con tan poca claridad, que por lo ordinario se ignora si hablan como físicos ó como metafísicos. Vereis á Parménides, unas veces suponer que no hay en la naturaleza ni produccion, ni destruccion; otras pretender que la tierra y el fuego son los principios de toda generacion. Vereis otros que no admiten ninguna especie de concordia entre los sentidos y la razon; y atentos únicamente á la luz interior, no miran los objetos exteriores mas que como apariencias falaces, y manantiales inagotables de prestigios y de errores. Nada existe, exclamaba uno de ellos; si existiese alguna cosa, no se la podria conocer; si se la pudiera conocer, no se podria hacer sensible. Otro, íntimamente persuadido de que no se debia ni negar, ni afirmar cosa alguna, desconfiaba de sus palabras, y solamente se explicaba por señas.

Debo daros un ejemplo del modo de discurrir de estos filósofos, y le tomaré de Xenófanes, cabeza de la escuela de Elea.

Nada se hace de nada. De este principio adoptado por todos sus discípulos, se sigue que lo

que existe debe ser eterno: lo que es eterno, es infinito, pues no tiene ni principio ni fin: lo que es infinito, es único, porque si no lo fuera, seria muchos: el uno serviria de límite al otro, y no seria infinito: lo que es único, es siempre semejante á sí mismo. Claro es que un ser único, eterno, y siempre semejante, debe ser inmovil, pues ni puede introducirse en el vacío, que es nada, ni en el lleno ocupado por él mismo: debe ser inmudable; porque si experimentase la menor mudanza, sucederia en él alguna cosa que no habia antes, y entonces se destruiria este principio fundamental, de que nada se hace de nada.

En este ente infinito, que lo comprende todo, y cuya idea es inseparable de la inteligencia y de la eternidad, no hay pues ni mezcla de partes, ni diversidad de formas, ni generaciones, ni destrucciones. Mas ¿cómo conciliar esta inmovilidad con las revoluciones sucesivas que vemos en la naturaleza? A esto respondia Xenófanes, que no son mas que una ilusion: el universo no nos ofrece mas que una escena movil: la escena existe; pero la movilidad es obra de nuestros sentidos. No; decia Zenon, el movimiento es imposible. Lo decia, y lo probaba hasta el punto de dejar atónitos á sus contrarios, sin tener qué responderle.

¡O hijo mio, qué luz tan extraña han traido á

la tierra esos hombres célebres, que pretenden haber dominado á la naturaleza! ¡Y cuán afrentoso seria el estudio de la filosofía, si despues de haber comenzado por la duda, debiera acabar en semejantes paradojas! Hagamos mas justicia á los que las han dicho. La mayor parte de ellos amaron la verdad; creyeron descubrirla por la via de las nociones abstractas, y se extraviaron fiándose de una razon, cuyos límites no conocian. Cuando, despues de haber agotado los errores, estuvieron mas ilustrados, se entregaron con el mismo ardor á las mismas discusiones, porque las creyeron propias para fijar el entendimiento, y dar mas exactitud á las ideas. Por último, no se debe disimular que muchos de estos filósofos, poco dignos de un nombre tan respetable, entraron en la lid solo para hacer alarde de sus fuerzas, y señalarse con triunfos tan vergonzosos para el vencedor, como para el vencido. Como la razon, ó mas bien el arte de raciocinar, ha tenido su infancia, del mismo modo que las demas artes, las definiciones poco exactas, y el abuso frecuente de las palabras, daban armas, siempre nuevas, á estos atletas diestros ó vigorosos. Casi hemos alcanzado el tiempo en que, para probar que estas palabras *uno* y *muchos* pueden señalar el mismo objeto, os hubieran dicho que solo erais uno en calidad de hombre; pero que erais dos en calidad de

hombre y de músico. Estas puerilidades absurdas no merecen en el dia mas que el desprecio, y se dejan únicamente á los sofistas.

Me falta hablaros de un sistema tan notable por su singularidad, como por la reputacion de sus autores.

El vulgo no ve al rededor del globo que habita, mas que una bóveda luminosa por el dia, y sembrada de estrellas por la noche: allí están los límites de su universo; pero el de algunos filósofos no los tiene, y se ha extendido, casi en nuestros dias, hasta el punto de espantar la imaginacion.

Primero supusieron que la luna estaba habitada; despues que los astros eran otros tantos mundos; y últimamente, que el número de estos mundos era infinito, pues que ninguno de ellos podia servir de término y límite de los otros. Despues de esto, ¡qué carrera tan prodigiosa se ha ofrecido repentinamente al espíritu humano! Emplead hasta la misma eternidad en recorrerla; tomad las alas de la aurora; volad al planeta Saturno, á los cielos que están mas allá de este planeta, y hallareis continuamente nuevas esferas, nuevos globos, otros mundos que se amontonan unos sobre otros: hallareis por todas partes el infinito, en la materia, en el espacio, en el movimiento, en el número de los mundos y de los astros que le adornan; y despues de

millones de años apenas conoceréis algunos puntos del vasto imperio de la naturaleza. ¡Oh, y cuanto la ha engrandecido á nuestros ojos esta teoría! Y si es verdad què nuestra alma se extiende con nuestras ideas, y en cierto modo se asemeja á los objetos de que se penetra, ¡cuánto debe engreirse el hombre por haber penetrado estos arcanos incomprensibles.

¡Engreirnos! exclamé yo sorprendido: ¿y de qué, respetable Calias? Mi mente queda agobiada al aspecto de esta grandeza ilimitada, ante la cual desaparecen todas las demas. Vos, yo, todos los hombres, no son ya á mis ojos mas que insectos sumergidos en un oceano inmenso, donde los reyes y los conquistadores no se distinguen, sino porque agitan algo mas que los otros las partículas de agua que los rodean. Al oir estas palabras, me miró Calias; y despues de estar suspenso un momento, me apretó la mano, y me dijo: hijo mio, un insecto que divisa lo infinito, participa de la grandeza que os espanta. Despues continuó de esta manera:

Entre los artífices que han pasado su vida en componer y descomponer mundos, Leucipo y Demócrito desecharon los números, las ideas, las proporciones armónicas, y todos los demas andamios que habia levantado la metafísica hasta entonces; y no admitieron, á ejemplo de algunos filósofos, mas que el vacío y los átomos

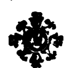
por principio de todas las cosas; pero despojaron á estos átomos de las calidades que se les habian atribuido, sin dejarles mas que la figura y el movimiento. Oid á Leucipo y á Demócrito.

El universo es infinito; está poblado de una infinidad de mundos y de torbellinos que nacen, perecen, y se reproducen sin interrupcion. Pero ninguna inteligencia suprema preside á estas grandes revoluciones: todo se hace en la naturaleza por leyes mecánicas y sencillas. ¿Quereis saber cómo puede formarse uno de estos mundos? Concebid una infinidad de átomos eternos, indivisibles, inalterables, de todas figuras y tamaños, arrastrados en un vacío inmenso por un movimiento ciego y rápido. Despues de multiplicados y violentos choques, los mas toscos son arrojados y comprimidos en un punto del espacio, que viene á ser el centro del torbellino: los mas sutiles se escapan por todos lados, y se lanzan á diversas distancias. En el discurso de los tiempos, los primeros forman la tierra y el agua; los segundos el aire y el fuego. Este último elemento, compuesto de glóbulos activos y ligeros, se extiende al rededor de la tierra como un cerco luminoso: el aire agitado por este flujo perpetuo de corpúsculos, que se levantan de las regiones inferiores, se vuelve una corriente impetuosa, y esta corriente arrastra los astros que se formaron sucesivamente en su seno.

Todo, tanto en la física como en la moral, todo puede explicarse por este mecanismo, sin la intervencion de una causa inteligente. De la union de los átomos se forma la sustancia de los cuerpos: de su figura y colocacion resultan el frio, el calor, los colores, y todas las variedades de la naturaleza: su movimiento es el que continuamente produce, altera y destruye los seres; y como este movimiento es necesario, le hemos dado el nombre de destino y hado. Nuestras sensaciones, nuestras ideas, son producidas por imágenes ligeras, que salen de los objetos, y vienen á dar en nuestros órganos. Nuestra alma se acaba con el cuerpo, porque del mismo modo que el fuego no es mas que un compuesto de glóbulos sutiles, cuyos lazos rompe la muerte, y pues que nada hay de real en la naturaleza sino los átomos y el vacío, es preciso llegar á confesar, por una serie de consecuencias, que los vicios no se diferencian de las virtudes, mas que por la opinion.

¡O hijo mio! postraos ante la divinidad: lamentaos en su presencia de los extravíos del espíritu humano, y prometedle ser á lo menos tan virtuoso como la mayor parte de esos filósofos, cuyos principios tiraban á destruir la virtud; porque las ideas que sus autores tenian sobre la moral, no deben estudiarse ni en los escritos ignorados de la muchedumbre, ni en los siste-

mas producidos por el calor de la imaginacion, por la inquietud del espíritu, ó por el deseo de fama; sino en sus costumbres mismas, y en aquellas obras suyas, en que sin mas interes que el de la verdad, sin mas fin que el de la pública utilidad, tributan á las costumbres y á la virtud el homenage que han logrado en todos los tiempos, y entre todos los pueblos.



CAPITULO XXXI.

CONTINUACION DE LA BIBLIOTECA. ASTRONOMIA Y GEOGRAFIA.

Calias se fué luego que hubo acabado su discurso; y volviéndose á mi Euclides, me dijo: hace mucho tiempo que he mandado buscar en Sicilia la obra de Petron de Himera, quien no solamente admitia la pluralidad de los mundos, sino que se atrevia á señalar su número. ¿Sabeis cuántos contaba? Ciento ochenta y tres. Siguiendo á los Egipcios, comparaba el universo á un triángulo; ponia sesenta mundos en cada lado, y los tres restantes en los tres ángulos. Sujetos

al movimiento pausado que tienen entre nosotros algunas danzas, se alcanzan y se suceden con lentitud. El medio del triángulo es el campo de la verdad: allí residen, en una inmovilidad profunda, los ejemplares y las relaciones de las cosas que han existido, y de las que existirán. Al rededor de estas esencias puras está la eternidad, de cuyo seno emana el tiempo, que como un arroyo inagotable se difunde por esta multitud de mundos.

Estas ideas se parecian al sistema de los números de Pitágoras; y yo conjeturo..... Entonces interrumpí á Euclides, diciéndole: antes que vuestros filósofos hubiesen producido, á lo lejos, tanta multitud de mundos, sin duda tendrian bien conocido el que nosotros habitamos. Creo que no habrá en nuestro cielo cuerpo alguno, cuya naturaleza, magnitud, figura y movimiento no hayan determinado.

De eso, respondió Euclides, vais á juzgar vos mismo. Imaginad un círculo, una especie de rueda, cuya circunferencia, veinte y ocho veces tan grande como la de la tierra, encierre un inmenso volumen de fuego en su concavidad. Del cubo, cuyo diámetro es igual al de la tierra, salen los torrentes de luz que iluminan todo el mundo. Tal es la idea que se puede formar del sol. Tendreis la de la luna, suponiendo su circunferencia diez y nueve veces tan grande como

la de nuestro globo. ¿Quereis una explicacion mas sencilla? Las partículas de fuego que se levantan de la tierra, van por el dia á reunirse en un solo punto del cielo, para formar allí el sol; por la noche van á muchos puntos, donde se convierten en estrellas. Pero como estas exhalaciones se consumen luego, se renuevan sin cesar, para proporcionarnos cada dia un nuevo sol, y cada noche nuevas estrellas; y aun ha sucedido ya que el sol no ha vuelto á encenderse en un mes entero, por falta de pábulo. Esta es la razon que le obliga á dar vueltas al rededor de la tierra; pues si estuviera inmovil, consumiria muy pronto los vapores de que se nutre.

Escuchaba yo á Euclides, y le miraba con asombro, hasta que por fin le dije: he oido hablar de un pueblo de Tracia tan rudo, que no sabe contar mas que hasta cuatro; y sin duda habreis tomado de él las nociones extrañas que estais refiriendo. No; me respondió: lo que os refiero, es lo mismo que dicen nuestros mas célebres filósofos, entre otros Anaximandro y Heráclito, el mas antiguo de los cuales vivia dos siglos hace. Despues se han visto brotar opiniones menos absurdas, pero no menos inciertas, y algunas de ellas han sublevado la multitud. En tiempo de nuestros padres fué Anaxágoras tenido por impío, y tuvo que irse de Atenas, por haber dicho que la luna era una tierra casi

semejante á la nuestra, y el sol una piedra ardiendo. El pueblo queria poner estos dos astros en la clase de los dioses; y nuestros filósofos modernos, conformándose algunas veces con su lenguage, han desarmado la superticion, que lo perdona todo cuando se tienen ciertas condescendencias con ella.

¿Cómo se ha probado, le pregunté, que la luna se parece á la tierra? No se ha probado, me respondió, sino que se ha creido. Hubo uno que dijo: si hubiera montes en la luna, la sombra que harian en su superficie, causaria quizá las manchas que vemos en ella. Al punto se concluyó que habia en la luna montes, valles, rios, plantas y muchas ciudades. Despues fué menester conocer sus habitantes. Segun Xenófanes, viven como nosotros sobre la tierra. Segun algunos discípulos de Pitágoras, las plantas son allí mas hermosas; los animales quince veces mas grandes; los dias quince veces mayores que los nuestros. Y sin duda, le dije yo, serán los hombres quince veces mas inteligentes que los de nuestro globo. Esta idea divierte mi imaginacion. Como la naturaleza es todavía mas rica por las variedades, que por el número de las especies, yo distribuyo á mi arbitrio, en los diferentes planetas, varios pueblos que tienen uno, dos, tres, ó cuatro sentidos mas que nosotros. Comparo despues sus ingenios con los que ha produ-

cido la Grecia, y os confieso que compadezco á Homero y á Pitágoras. Demócrito, respondió Euclides, los ha librado de un paralelo tan indecoroso á su gloria. Persuadido acaso de la excelencia de nuestra especie, ha decidido que los hombres son individualmente los mismos en todas partes; y segun dice, nosotros existimos á un mismo tiempo, y de la misma manera, sobre nuestro globo, sobre el de la luna, y en todos los mundos del universo.

Comunmente representamos en carros las divinidades que presiden á los planetas; porque esta especie de carruage es el mas honroso entre nosotros. Los Egipcios las ponen en barcos; porque casi todos hacen sus viages por el Nilo. De aquí es que Heráclito daba al sol y á la luna la figura de un barco. Omito, por no cansaros, otras conjeturas no menos frívolas é infundadas sobre la figura de los astros. Hoy convienen todos, casi generalmente, en que son esféricos. En cuanto á su magnitud, no hace mucho tiempo que decia Anaxágoras, que el sol era mucho mayor que el Peloponeso; y Heráclito, que no tenia en realidad mas de un pie de diámetro.

Con eso, le dije, me dispensais que os pregunte las dimensiones de los demas planetas; ¿pero á lo menos les habreis señalado el lugar que ocupan en el cielo?—Este arreglo, respondió Euclides, ha costado muchos esfuerzos, y

dividido á los filósofos. Unos ponen encima de la tierra á la luna, Mercurio, Venus, el sol, Marte, Júpiter y Saturno. Tal es el antiguo sistema de los Egipcios y Caldeos; y tal fué el que introdujo Pitágoras en la Grecia. La opinion dominante en el dia, entre nosotros, pone los planetas en este orden: la luna, el sol, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. Los nombres de Platon, de Eudoxio y de Aristóteles han acreditado este sistema, que no se diferencia del anterior sino en la apariencia.

En efecto, la diferencia procede de un descubrimiento hecho en Egipto, que quieren apropiarse los Griegos. Los astrónomos egipcios advirtieron que los planetas Mercurio y Venus, compañeros inseparables del sol, son arrebatados por el mismo movimiento que este astro, y dan vueltas sin cesar al rededor de él. Segun los Griegos, Pitágoras fué el primero que reparó que la estrella de Juno ó de Venus, aquella estrella brillante que se descubre algunas veces despues de ponerse el sol, es la misma que en otros tiempos precede á su nacimiento. Como los pitagóricos atribuyen el mismo fenómeno á otras estrellas y á otros planetas, no parece que de la observacion con que honran á Pitágoras, hayan concluido que Venus haga su revolucion al rededor del sol. Pero del descubrimiento de los sacerdotes egipcios se sigue que Venus y

Mercurio deben verse ya encima, ya debajo de este astro, y que sin inconveniente alguno se les pueden señalar estas diferentes posiciones. Por eso los Egipcios no han mudado en sus planisferios celestes el antiguo orden de los planetas.

En la escuela de Pitágoras se han suscitado opiniones extrañas. En esta obra de Hicetas de Siracusa vereis que todo está en quietud en el cielo; estrellas, sol, y aun la luna. La tierra sola, por un movimiento rápido al rededor de su eje, produce las apariencias que los astros ofrecen á nuestra vista. Mas por de contado, la inmovilidad de la luna no puede conciliarse con sus fenómenos; ademas de que, si la tierra diese vueltas al rededor de sí misma, un cuerpo, arrojado á una altura grande, no caería en el mismo punto de donde salió, siendo así que la experiencia prueba lo contrario. Por último, ¿cómo se atreve nadie á turbar con mano sacrílega la quietud de la tierra, mirada en todo tiempo como el centro del mundo, el santuario de los dioses, el altar, el nudo y la unidad de la naturaleza? Así es que en este otro tratado comienza Filolao trasladando al fuego los privilegios sagrados de que despoja á la tierra. Este fuego celestial, que es el hogar del universo, ocupa el centro. Al rededor se mueven sin interrupcion diez esferas, la de las estrellas fijas, las del sol, de la luna y de los

cinco planetas*, las de nuestro globo, y de otra tierra invisible; pero inmediata á nosotros. El sol no tiene mas que un resplandor prestado; y no es mas que una especie de espejo ó globo de cristal, que nos envia la luz del fuego celestial.

Este sistema que Platon siente algunas veces no haber adoptado en sus obras, no está fundado en observaciones, sino meramente en razones de congruencia. La sustancia del fuego, dicen sus partidarios, es mas pura que la de la tierra; y por tanto debe tener su asiento en medio del universo, como un lugar mas distinguido.

Era poco haber fijado el orden de los planetas: era preciso señalar la distancia que tienen unos de otros para hacer sus revoluciones. Aquí es donde Pitágoras y sus discípulos agotaron su imaginacion.

Los planetas, inclusos el sol y la luna, son siete; y al punto se acordaron del heptacordio ó lira de siete cuerdas. Ya sabeis que esta lira contiene dos tetracordios unidos por un sonido comun, y que en el género diatónico dan esta serie de sonidos: *si*, *ut*, *re*, *mi*, *fa*, *sol*, *la*. Suponiendo que la luna esté representada por *si*, Mercurio lo estará por *ut*, Venus por *re*, el sol por *mi*, Marte por *fa*, Júpiter por *sol*, Saturno

* Antes de Platon, y en su tiempo, se entendia, por el nombre de planetas, á Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno.

por *la*: de este modo la distancia de la luna *si*, á Mercurio *ut*, será de un semi-tono; la de Mercurio *ut*, á Venus *re*, será de un tono; es decir, que la distancia de Venus á Mercurio será doble que la de Mercurio á la luna. Tal fué la primera lira celeste.

Despues se añadieron dos cuerdas para señalar el intervalo de la tierra á la luna, y el de Saturno á las estrellas fijas. Se separaron estos dos tetracordios contenidos en esta nueva lira, y se les puso algunas veces sobre el género cromático, que en la sucesion de los sonidos da proporciones diferentes de las del género diatónico. Ved aquí un ejemplo de esta nueva lira.

De la tierra á la luna. . .	un tono.	Primer tetracordio.
De la luna á Mercurio. . .	½ tono.	
De Mercurio á Venus. . .	½ tono.	
De Venus al sol.	tono y ½.	
Del sol á Marte.	un tono.	Segundo tetracordio.
De Marte á Júpiter. . . .	½ tono.	
De Júpiter á Saturno. . .	½ tono.	
De Saturno á las estrellas fijas.	tono y ½.	

Como esta escala dá siete tonos en lugar de seis, que completan la octava, para lograr la consonancia mas perfecta, se ha disminuido alguna vez un tono el intervalo de Saturno á las estrellas, y el de Venus al sol. Otras mudanzas

se han introducido en la escala, cuando en lugar de poner el sol encima de Venus y Mercurio, se le ha puesto debajo.

Para aplicar estas relaciones á las distancias de los cuerpos celestes, se ha dado al tono el valor de ciento veinte y seis mil estadios *; y con este principio fué facil medir la distancia que habia desde la tierra á las estrellas fijas. Este espacio se acorta ó se alarga, segun cada uno está mas á favor de ciertas proporciones armónicas. En la escala precedente, la distancia de las estrellas al sol, y la de este á la tierra, están en proporcion de una quinta, ó de tres tonos y medio; pero siguiendo otro cálculo, estos dos intervalos no serán uno á otro mas que de tres tronos, es decir, de tres veces ciento veinte y seis mil estadios.

Euclides notó que yo le escuchaba con impaciencia. ¿Parece, me dijo riéndose, que no estais muy contento? Ciertamente que no, le respondí. ¿Pues qué está la naturaleza obligada á mudar sus leyes segun vuestros caprichos? Algunos de vuestros filósofos pretenden que el fuego es mas puro que la tierra; luego nuestro globo debe cederle su lugar, y apartarse del centro del mundo. Si otros prefieren en música

* Cuatro mil setecientas sesenta y dos leguas; y dos mil toesas: (4,165 leguas y 3,800 pasos de España).

el género cromático al diatónico, al momento es preciso que los cuerpos celestes se acerquen ó se separen unos de otros. ¿Qué piensan las personas de instruccion de semejantes locuras? Algunas veces, respondió Euclides, miran esto como juegos del ingenio; otras como el único recurso de aquellos, que en lugar de estudiar la naturaleza, quieren adivinarla. Por lo que hace á mí, he querido presentaros esta muestra, para que veais que nuestra astronomía estaba en la infancia en tiempo de nuestros padres; bien que no está mucho mas adelantada al presente. Pero teneis matemáticos, le dije, que observan, sin cesar, las revoluciones de los planetas, y procuran conocer sus distancias á la tierra; y los habreis tenido sin duda en los tiempos antiguos: ¿cuál ha sido el fruto de sus vigilias?

Hemos hecho muchos raciocinios, respondió, poquísimas observaciones, y menos descubrimientos. Si tenemos algunas nociones exactas del curso de los astros, las debemos á los Egipcios y Caldeos, quienes nos han enseñado á formar tablas que fijan el tiempo de nuestras festividades públicas, y el de las labores del campo. Allí es donde se cuida de señalar los puntos en que salen, y se ponen las principales estrellas; los de los solsticios y equinoccios, y los anuncios de las variaciones que tiene la temperatura del

aire. Yo he juntado muchos de estos calendarios. Algunos son muy antiguos; otros contienen observaciones que no convienen á nuestro clima. En todos se nota una singularidad, y es que no ponen igualmente los puntos de los solsticios y equinoccios al mismo grado de los signos del zodiaco; error que acaso nace de algunos movimientos de las estrellas, desconocidos hasta ahora, ó acaso de la ignorancia de los observadores.

La composicion de estas tablas ha sido la ocupacion de nuestros astrónomos de dos siglos á esta parte. Tales fueron Cleóstrato de Tenedos, que hacia sus observaciones sobre el monte Ida; Matrícetas de Metimna sobre el monte Lepetimno; Feno de Atenas sobre la colina Licabeta; Dositeo, Euctemon, Demócrito y otros que seria inutil nombrar. La gran dificultad, ó mas bien, el único problema que tenian que resolver, era arreglar nuestras fiestas á que cayesen en la misma estacion, y en el término prescripto por los oráculos y por las leyes. Para esto era preciso fijar del modo posible la duracion cabal del año, así solar como lunar, y concordarlos entre sí, de manera que las lunas nuevas, que reglan nuestras solemnidades, cayesen hácia los puntos cardinales en que principian las estaciones.

Muchos esfuerzos infructuosos prepararon el camino á Meton de Atenas. El año primero de la

olimpiada ochenta y siete*, unos diez meses antes de la guerra del Peloponeso, observó Meton, de concierto con el mismo Euctemon, que he nombrado antes, el solsticio de estío, y halló un periodo de diez y nueve años solares, que incluia doscientas treinta y cinco lunaciones, dentro del cual volvian el sol y la luna casi al mismo punto del cielo.

A despecho de las burlas de los autores cómicos, sus esfuerzos ó sus hurtos se vieron coronados del éxito mas feliz. Digo sus hurtos, porque se presume que habia hallado este periodo en otras naciones mas versadas en la astronomía que la nuestra. Sea lo que fuese, los Atenienses hicieron grabar sobre los muros del Pnix los puntos de los equinoccios y solsticios. El principio de su año concurria antes con la luna nueva que cae despues del solsticio de invierno; y se fijó para siempre en la que sigue al solsticio de estío; y en esta época entraron en sus empleos los ar-

* El año 432 antes de J. C. El dia en que Meton observó el solsticio de estío, concurrió con el 27 de junio de nuestro año juliano; y aquel en que empezó su nuevo cielo, con el 16 de julio.

Los 19 años solares de Meton comprendian 6,940 dias. Los 19 años lunares acompañados de sus 7 meses intercalares, forman 235 lunaciones, que á razon de 30 dias cada una, dan 7,050 dias; y así serian 110 dias mas largas que los primeros. Para igualarlos, redujo Meton á 29 dias, 110 lunaciones, y quedaron 6,940 dias para los 19 años lunares.

contes ó primeros magistrados. La mayor parte de los demas pueblos de la Grecia adoptaron con igual ahinco los cálculos de Meton; y en el dia sirven para formar las tablas que se cuelgan de unas columnas en muchas ciudades, y que por espacio de diez y nueve años representan en cierto modo el estado del cielo, y la historia del año. En efecto, se ven allí para cada año los puntos ó principios de las estaciones; y para cada dia las predicciones de las mudanzas que el aire debe experimentar sucesivamente.

Hasta aquí las observaciones de los astrónomos griegos se habian ceñido á los puntos cardinales, como tambien á los del orto y ocaso de las estrellas; mas no consiste en esto la verdadera astronomía; sino que es necesario que, á fuerza de observaciones, llegue á conocer las revoluciones de los cuerpos celestes.

Eudoxio, que murió hace algunos años, abrió una nueva carrera. Su larga mansion en Egipto le proporcionó sacar á los sacerdotes egipcios una parte de sus secretos, con lo que nos trajo el conocimiento del movimiento de los planetas, y lo dejó depositado en varias obras que publicó. En este estante hallareis un tratado suyo, que tiene por título el Espejo, el de la Celeridad de los cuerpos celestes, el de la Circunferencia de la tierra y el de los Fenómenos. Yo tuve bastante amistad con él; y nunca le oí hablar de la

astronomía sino en el lenguáge de la pasion. Un dia me dijo que quisiera acercarse bastante al sol para saber su figura y magnitud, aunque fuese á riesgo de tener la misma suerte que Faetonte.

Manifesté á Euclides mi admiracion de que, teniendo los Griegos tanto ingenio, se hubiesen visto obligados á ir á mendigar los conocimientos entre otras naciones. Acaso nosotros, me dijo, no tendremos el talento de descubrir, y solo sí el de adornar y perfeccionar los descubrimientos de otros. ¿Qué sabemos si la imaginacion es el mas fuerte obstáculo para el progreso de las ciencias? Por otra parte, hace muy poco tiempo que hemos dirigido nuestra vista al cielo; cuando hace un número increible de siglos que los Egipcios y Caldeos se afanan en calcular sus movimientos; y es preciso que las decisiones de la astronomía se funden en las observaciones. En esta ciencia, del mismo modo que en las demas, cada verdad aparece acompañada de un monton de errores, y quizá conviene que la precedan, para que, avergonzados de su derrota, no se atrevan á volver á parecer. Ultimamente, ¿quereis que os descubra el secreto de nuestra vanidad? Luego que los descubrimientos de las demas naciones entran en la Grecia, los tratamos como esos hijos adoptivos, que confundimos con los legítimos, y algunas veces los preferimos á ellos.

No creia yo, le dije, que se pudiese dar tanta extension al privilegio de la adopcion; pero vengan de donde quieran vuestros conocimientos, ¿podreis darme una idea general del estado actual de vuestra astronomía?

Entonces tomó Euclides una esfera, y me recordó el uso de los diferentes círculos que la componen: me mostró un planisferio celeste, y repasamos las principales estrellas distribuidas en las diferentes constelaciones. Todos los astros, añadió, dan la vuelta en un dia, de oriente á poniente, al rededor de los polos del mundo. Ademas de este movimiento, el sol, la luna y los cinco planetas tienen otro que los lleva de poniente á oriente en ciertos periodos de tiempo.

El sol corre los 360 grados de la eclíptica en un año, que, segun los cálculos de Meton, contiene 365 dias y $\frac{5}{19}$ partes de un dia. *

Cada lunacion dura 29 dias, 12 horas, 45, etc. Por consiguiente, las doce lunaciones dan 354

* Las cinco décimas-nonas partes de un dia, son 6 horas, 18 minutos, 56 segundos, 50 terceros, etc. Así el año solar, segun Meton, tenia 365 dias, 6 h., 18', 56'', 50'''; y segun nuestros astrónomos modernos, tiene 365 dias, 5 h., 48', 43 ó 45''. Diferencia del año de Meton al nuestro 30 minutos y unos 12 segundos.

La revolucion sinódica de la luna, era, segun Meton, de 29 dias, 12 h., 45', 57'', 26''', etc.: segun las observaciones modernas es de 29 dias, 12. h., 44', 3'', 10''', etc. El año lunar era, segun Meton, de 354 dias, 9 h., 11', 29'', 21''', y mas corto que el solar de 10 dias, 21 h., 7', 27'', 29'''.

dias, y un poco mas de un tercio de dia. No hacemos caso de este quebrado en nuestro año civil, ni en el lunar: y suponemos solamente 12 meses, * unos de 30 dias, otros de 29, en todo 354. Concordamos despues este año civil con el solar, por medio de 7 meses intercalares, que en el espacio de 19 años añadimos á los años 3º, 5º, 8º, 11º, 13º, 16º y 19º.

No haceis mencion, dije entonces, de una especie de año, que no componiéndose comunmente mas que de 360 dias, es mas corto que el del sol, y mas largo que el de la luna, y se halla entre los pueblos mas antiguos, y en vuestros mejores escritores. ¿Cómo se estableció? ¿Por qué dura todavía entre vosotros? Ese año, respondió Euclides, lo arreglaron los Egipcios á la revolucion anual del sol, que al principio hicieron muy corta; y nosotros á la duracion de 12 lunaciones, que compusimos de 30 dias cada una. Los Egipcios añadieron despues á su año solar 5 dias y 6 horas; por nuestra parte, quitando 6 dias de nuestro año lunar, lo dejamos en 354, y algunas veces en 355 dias. Yo le repliqué: que se debió abandonar esta forma de año, luego que se reconoció el error. Nunca le empleamos, dijo, en los asuntos que tocan á la administracion del Estado, ó á los intereses de los par-

* Véase en el tomo VII la tabla II.

ticulares. En ocasiones menos importantes, la costumbre nos obliga algunas veces á preferir la brevedad á la exactitud del cálculo, en lo que nadie queda engañado.

Suprimo las preguntas que hice á Euclides sobre el calendario de los Atenienses, y solamente referiré lo que me dijo sobre las divisiones del dia. Nosotros aprendimos de los Babilonios á dividirle en 12 partes, mayores ó menores, segun la diversidad de estaciones. Estas partes ú horas, porque así se las comienza á llamar, están señaladas para cada mes sobre los cuadrantes, con lo largo de la sombra correspondiente á cada una. En efecto ya sabeis, que en tal mes, la sombra del estilo prolongada hasta tantos pies, da antes ó despues del mediodia, tal instante del dia: * que cuando se trata de dar una cita por la mañana ó por la tarde, nos contentamos con decir, por ejemplo, al pie 10°, ó 12° de la sombra; y que por último, de ahí ha venido esta expresion: ¿qué sombra es? Sabeis tambien que nuestros es-

* Por el ejemplo siguiente se podrá formar una idea de esta especie de cuadrantes. Paladio Rutilio, que vivia por el siglo quinto despues de J. C. y nos ha dejado un tratado de agricultura, puso al fin de cada mes una tabla donde se ve la correspondencia de las divisiones del dia con las diferentes longitudes de la sombra del Gnomon. Se debe observar, 1° que esta correspondencia es la misma en los meses igualmente distantes del solsticio, como son enero y diciembre, febrero y noviembre, etc.; 2° que la longitud

clavos van, de cuando en cuando, á mirar el cuadrante puesto á vista del público, y nos anuncian la hora. Aunque sea facil este medio, se discurre en proporcionarnos otro mas cómodo, y ya se comienzan á hacer cuadrantes portátiles.

Aunque el ciclo de Meton sea mas exacto que los que le han precedido, se ha echado de ver, en nuestros dias, que necesitaba de correccion. Eudoxio nos ha probado ya, siguiendo á los astrónomos de Egipto, que el año solar es de 365 dias y $\frac{1}{4}$, y por consiguiente mas corto que el de Meton una 76ª parte del dia.

Se ha observado que en los dias de los solsticios, no sale el sol precisamente en el mismo punto del horizonte; y se ha inferido que tenia

de la sombra es la misma en las horas igualmente distantes del medio dia. Ved aquí la tabla de enero.

		PIES.
Horas	I y XI	29
Id.	II y X	19
Id.	III y IX	15
Id.	IV y VIII	12
Id.	V y VII	10
Id.	VI	9

Este cuadrante parece hecho para el clima de Roma. Los pasages que he citado en el texto prueban que se habian hecho otros semejantes para el clima de Atenas. En lo demas, se puede consultar en cuanto á relojes, á los sabios que se han dedicado á esta materia.

una latitud como la luna y los planetas; y que en su revolucion anual se apartaba mas allá y mas acá del plano de la eclíptica, inclinado al ecuador cerca de 24 grados.

Los planetas tienen velocidades que les son propias, y años desiguales. Cuando Eudoxio volvió de Egipto, nos dió nuevas luces acerca de los tiempos de sus revoluciones. Las de Mercurio y Venus se acaban en el mismo tiempo que la del sol; la de Marte en dos años; la de Júpiter en doce, y la de Saturno en treinta.

Los astros que corren en el zodiaco, no se mueven por sí mismos, sino que son arrebatados por las esferas superiores, ó por aquellas en que están como enclavados. En otro tiempo no se admitian mas que ocho esferas, la de las estrellas fijas, las del sol, de la luna y de los cinco planetas; pero se ha aumentado su número, por haber descubierto, en los cuerpos celestes, ciertos movimientos que no se conocian antes.

No os diré que se ha creido necesario hacer rodar á los astros errantes en otros tantos círculos, únicamente porque esta figura es la mas perfecta de todas; pues esto seria instruiros en las opiniones de los hombres, y no en las leyes de la naturaleza.

La luna recibe su luz del sol; nos oculta la luz de este astro cuando se interpone entre él y nosotros; pierde la suya cuando nosotros estamos

entre ella y él. Los eclipses de luna y de sol no asustan ya sino al pueblo, y los anuncian de antemano nuestros astrónomos. En la astronomía se demuestra que algunos astros son mayores que la tierra; pero yo no sé si el diámetro del sol es nueve veces mayor que el de la luna, como pretende Eudoxio.

Yo pregunté á Euclides, que por qué no ponia los cometas en el número de los astros errantes. Esa es en efecto, me dijo, la opinion de muchos filósofos, entre otros, de Anaxágoras, de Demócrito y de algunos discípulos de Pitágoras; pero hace mas honor á su entendimiento que á su saber. Los errores groseros que acompañan á esa opinion, prueban bien, que no es fruto de la observacion. Anaxágoras y Demócrito suponen, que los cometas no son otra cosa que dos planetas, que reuniéndose, no parecen formar mas que un cuerpo; y el último da por prueba, que separándose, continuan brillando en el cielo, y presentan á nuestros ojos, astros desconocidos hasta entonces. En cuanto á los pitagóricos, parece que no admiten mas que un cometa, que se deja ver por intervalos, despues de haber estado algun tiempo absorvido en los rayos del sol.

¿Pero qué respondereis, le dije, á los Caldeos y Egipcios, que sin duda son grandes observadores? ¿No están acordes en admitir la vuelta

periódica de los cometas? Entre los astrónomos caldeos, me dijo Euclides, unos se lisonjean de conocer su curso, y otros los tienen por torbellinos que se inflaman con la rapidez de su movimiento. La opinion de los primeros no puede ser mas que una hipótesis, pues deja subsistir la de los segundos,

Si los astrónomos de Egipto han tenido la misma idea, han hecho de ella un misterio á nuestros filósofos que los han consultado. Eudoxio no ha dicho jamas nada de esto, ni en sus conversaciones, ni en sus obras. ¿ Es de presumir que los sacerdotes de Egipto se hayan reservado el conocimiento exclusivo del curso de los cometas?

Yo hice otras muchas preguntas á Euclides, y casi en todas hallé variedad en las opiniones, y por consiguiente incertidumbre en los hechos. Preguntéle sobre la via lactea, á lo que me dijo, que segun Anaxágoras, era una porcion de estrellas, cuya luz estaba medio oscurecida por la sombra de la tierra, ¡ como si esta sombra pudiese llegar á las estrellas! que segun Demócrito, hay en aquel lugar del cielo una multitud de astros muy pequeños y muy cercanos, que confundiendo sus débiles rayos forman un resplandor blanquecino.

Despues de tan largos viages por el cielo, volvimos á la tierra. Paréceme, dije á Euclides,

que no hemos traido muchas verdades de tan largo viage; sin duda seremos mas afortunados sin salir de nuestra habitacion, porque la mansion que habitan los hombres debe de ser conocida perfectamente.

Euclides me preguntó, ¿cómo una masa tan pesada como la tierra podia estar en equilibrio en medio de los aires? Nunca, le respondí, me ha ocurrido esa dificultad; pero acaso sucede á la tierra lo que á las estrellas y los planetas. Para esos, dijo Euclides, se han tomado precauciones, á fin de impedir que caigan, pues están atados fuertemente á esferas mas sólidas, y tan trasparentes como el cristal; de suerte que dan vueltas las esferas, y los cuerpos celestes con ellas; pero para suspender la tierra no vemos ningun punto de apoyo, ¿cómo pues no se sumerge en el fluido que la rodea? Unos dicen que es porque el aire no la rodea por todas partes: que la tierra es como un monte, cuyos fundamentos ó raices se extienden al infinito en el seno del espacio; y nosotros estamos en la cima, donde podemos dormir tranquilamente.

Otros allanan su parte inferior, para que pueda descansar sobre un número mayor de columnas de aire, ó nadar sobre el agua. Pero, en primer lugar, está casi demostrado, que es de figura esférica: por otra parte, si se escoge el

aire para sostenerla, es muy debil; si el agua, se pregunta sobre qué se apoya esta. Nuestros físicos han hallado, en estos últimos tiempos, un camino mas sencillo para disipar nuestros temores. Dicen que en virtud de una ley general, todos los cuerpos pesados tienen tendencia hácia un punto único, que es el centro del universo, el centro de la tierra; y por tanto es preciso que las partes de la tierra, en lugar de separarse de este medio, se opriman unas contra otras para aproximarse.

Por este medio es facil entender como los hombres que habitan al rededor del globo, y principalmente los que llaman antípodas, se pueden sostener sin dificultad, déseles la posicion que se quiera. ¿Y creeis, le dije, que efectivamente hay hombres, cuyos pies estén opuestos á los nuestros? —Lo ignoro, me respondió; pues aunque muchos autores nos han dejado descripciones de la tierra, lo cierto es, que ninguno la ha andado, y todavía no se conoce mas que una corta parte de su superficie. Es cosa de reir el ver la presuncion con que aseguran, sin la menor prueba, que la tierra está rodeada por todas partes del oceano, y que la Europa es tan grande como el Asia.

Pregunté á Euclides, cuáles eran los paises conocidos de los Griegos, sobre lo cual queria remitirme á los historiadores que yo habia lei-

do; pero le insté tanto, que continuó de esta manera: Pitágoras y Tales dividieron el cielo en cinco zonas, dos glaciales ó heladas, dos templadas, y una que se prolonga á lo largo del ecuador. En el siglo último, Parménides trasladó la misma division á la tierra, que es la que han trazado en la esfera que estais viendo.

Los hombres no pueden vivir sino en una parte pequeña de la superficie del globo: el exceso del frio y del calor no les ha permitido establecerse en las regiones cercanas á los polos, y á la linea equinoccial; y así no se han multiplicado sino en los climas templados; pero sin razon dan, en muchos mapas geográficos, una figura circular á la porcion de terreno que ocupan, pues la tierra habitada se extiende mucho mas de mediodia á norte, que de oriente á poniente.

Al norte del Ponto Euxino tenemos las naciones escíticas; unas cultivan la tierra, otras andan errantes por sus vastos territorios. Mas allá habitan diferentes pueblos, y entre ellos algunos antropófagos..... que no son escitas, añadí yo prontamente: lo sé, respondió; nuestros autores han hecho distincion de ellos. Por mas arriba de este pueblo bárbaro, suponemos que hay desiertos inmensos.

Al este las conquistas de Darío nos han dado á conocer las naciones que se extienden hasta

el Indo. Se dice que mas allá de este rio hay una region tan grande como el resto del Asia. Esta es la India, y de una pequeña parte que está sujeta á los reyes de Persia, sacan estos todos los años un tributo considerable en lentejuelas de oro. Lo restante es desconocido.

Hácia el nordeste, mas arriba del mar Caspio, hay muchos pueblos, cuyos nombres han llegado á nosotros; añadiendo que unos duermen seis meses seguidos; que otros no tienen mas que un ojo, y que otros tienen pies de cabra; y por estas relaciones podreis juzgar de nuestros conocimientos geográficos.

Por la parte de oeste, hemos penetrado hasta las Columnas de Hércules, y tenemos una idea confusa de las naciones que habitan las costas de la Iberia *: lo interior del pais nos es enteramente desconocido. Mas allá de las Columnas se abre un mar, que se llama Atlántico, y segun las apariencias, se extiende hasta las partes orientales de la India: no le frecuentan otras naves, que las de Tiro y Cartago, y estas no se atreven á alejarse de la tierra; porque despues de haber pasado el estrecho, unas bajan hácia el sur, y costean la Africa, y otras vuelven hácia el norte, y van á cambiar sus mercancías por el estaño de las islas Casité-

* La España.

rides *, cuya posicion ignoran los Griegos.

Se han hecho muchas tentativas para extender la geografía por la parte del mediodia. Dícese, que por orden de Necos, que reinaba en Egipto, hace cerca de doscientos y treinta años, salieron del seno de Arabia unas naves, tripuladas con fenicios, dieron vuelta á la Africa, y volvieron dos años despues á Egipto, por el estrecho de Gadir**. A esto añaden, que otros navegantes han dado vuelta á esta parte del mundo; pero estas expediciones, aun suponiéndolas reales, no han tenido consecuencia: el comercio no podia multiplicar viages tan largos y tan peligrosos, por esperanzas tan difíciles de realizar. Despues se redujo todo á frecuentar las costas, tanto orientales como occidentales de la Africa; y en estas últimas establecieron los Cartagineses muchas colonias. En cuanto á lo interior de este vasto pais, hemos oido hablar de un camino que lo atraviesa todo desde la ciudad de Tebas en Egipto, hasta las columnas de Hércules. Se asegura tambien, que hay muchas naciones grandes en esta parte de la tierra, mas de ellas solamente se saben los nombres; y por lo que he dicho, conocereis que no habitan en la zona tórrida.

* Las islas Británicas.

** Hoy Cadiz.

Nuestros matemáticos pretenden que la circunferencia de la tierra tiene cuatrocientos mil estadios *: ignoro si este computo es exacto; pero sé muy bien que apenas conocemos la cuarta parte de esta circunferencia.

* Quince mil ciento y veinte leguas: (15,225 legnas de 4.000 pasos.



CAPITULO XXXII.

ARISTIPO.

El dia despues de esta conversacion corrió la voz que acababa de llegar Aristipo Cireneo, á quien nunca habia yo visto. Despues de la muerte de Sócrates su maestro, habia viajado por diversas naciones, donde adquirió gran reputacion. Muchos le miraban como un novador en filosofía, y le acusaban de que queria establecer la alianza monstruosa de las virtudes y la sen-

sualidad; no obstante se hablaba de él como de un hombre de mucho mérito.

Desde que llegó á Atenas, abrió su escuela, donde yo me introduje entre la multitud; pero despues le traté en particular, y ved aquí la idea que me dió de su sistema y de su conducta.

Cuando yo era joven todavía, la reputacion de Sócrates me llevó á oirle, y la belleza de su doctrina me hizo estar á su lado: mas como esta exigia ciertos sacrificios, de que yo no era capaz, creí que sin apartarme de sus principios, podria descubrir otro camino mas cómodo y asequible para llegar al fin de mis deseos.

Muchas veces nos decia Sócrates, que no pudiendo conocer la esencia y las calidades de las cosas que están fuera de nosotros, nos sucedia á cada instante tomar el bien por el mal, y el mal por el bien. Esta reflexion atemorizaba mi pereza: puesto entre los objetos de mis temores y de mis esperanzas, debia elegir, sin poder fiarme de las apariencias de estos objetos, que son tan inciertas; ni del testimonio de mis sentidos, que son engañosos.

Entrando entonces en mí mismo, reparé en este atractivo del placer, y en esta aversion al dolor, que la naturaleza ha puesto en el fondo de mi corazon, como dos señales ciertas y sensibles, que me advierten sus intenciones. En efecto, si

son criminales estas inclinaciones, ¿por qué me las ha dado? Si no lo son, ¿por qué no podrán servir de norma de mi conducta?

Acababa de ver una pintura de Parrasio, y de oir una sonata de Timoteo: ¿será necesario saber en qué consisten los colores y los sonidos para justificar el pasmo que yo habia experimentado? ¿Y no tenia derecho para inferir que esta música y esta pintura tenian su mérito real, á lo menos para mí?

De este modo me acostumbraba á juzgar de todos los objetos, por las impresiones de alegría ó de dolor que causaban en mi alma: á buscar como útiles los que me proporcionaban sensaciones agradables, y evitar como dañosos los que producian un efecto contrario. No echeis en olvido, que excluyendo las sensaciones que entristecen el alma, y las que la sacan fuera de sí misma, hago consistir la felicidad únicamente en una continuacion de movimientos suaves que la agitan sin fatigarla; y que para expresar el embeleso de esta situacion, la llamo deleite.

Tomando por regla de mi conducta este tacto interior, estas dos especies de sensaciones de que acabo de hablaros, lo refiero todo á mí mismo; y sin depender del resto del universo mas que por mi interes personal, me constituyo centro y medida de todas las cosas; pero aunque sea magnífico este puesto, no puedo estar en

paz en él, si no me acomodo á las circunstancias de los tiempos, de los lugares y de las personas. Como no quiero que me atormenten los pesares ni las inquietudes, aparto de mí las ideas de lo pasado y de lo venidero, y vivo enteramente en lo presente. Cuando he apurado los placeres de un clima, voy á otro á hacer una nueva cosecha. Sin embargo, aunque extrangero á todas las naciones, no soy enemigo de ninguna; gozo de sus ventajas, y respeto sus leyes: aun cuando no existiesen estas, el filósofo deberia no turbar el orden público con máximas atrevidas, ó con una conducta irregular.

Voy á descubriros mi secreto, y explicaros el de casi todos los hombres. Los deberes sociales no son para mí otra cosa, que una serie continua de cambios: no doy un paso sin esperanza de retribucion ventajosa: yo comercio con mi ingenio y mis conocimientos, con mi diligencia y mis complacencias: no hago daño á mis semejantes: los respeto cuando debo: los sirvo cuando puedo: les dejo sus modos de pensar, y disculpo sus flaquezas. Ellos no son ingratos; pues siempre he reembolsado mis capitales con grandes ganancias.

Solamente he creido conveniente echar á un lado esas formalidades, que se llaman delicadeza de sentimientos, ó nobleza de procederes. Yo tuve discípulos; exigí un salario: la escuela de

Sócrates se escandalizó, y levantó el grito, sin echar de ver que perjudicaba á la libertad del comercio.

La primera vez que me presenté ante Dionisio, rey de Siracusa, me preguntó, qué era lo que me traia á su corte, y yo le respondí; vengo á trocar vuestros favores por mis conocimientos, y mis necesidades por las vuestras. Aceptó el trato, y luego me distinguió de los demas filósofos que le rodeaban.

Aquí interrumpí á Aristipo, diciéndole: ¿es cierto que esa preferencia os grangeó el odio de aquellos filósofos? — Ignoro, respondió, si experimentaron ese penoso sentimiento del odio: por lo que hace á mí, he preservado de él á mi corazon, así como de aquellas pasiones violentas, mas funestas á los que se entregan á ellas, que á los que son el objeto de ellas.

Nunca he envidiado mas que la muerte de Sócrates; y me vengué de uno que queria insultarme, diciéndole con sangre fria: « me retiro, « porque si vos teneis poder para vomitar inju- « rias, yo lo tengo para no oirlas. »

¿Y qué os parece de la amistad? le pregunté. — El mas bello y el mas peligroso don del cielo, respondió: sus dulzuras son deliciosas, y sus alternativas espantosas. ¿Y quereis que un hombre prudente se exponga á una pérdida, cuya amargura emponzoñaria el resto de sus dias? Por los

dos hechos siguientes podreis conocer la moderacion con que me he entregado á este afecto.

Estaba yo en la isla de Egina, cuando supe que Sócrates, mi amado maestro, acababa de ser condenado: que estaba en la carcel: que se dilataria un mes la ejecucion de la sentencia, y que se permitia á sus discípulos entrar á verle. Si yo hubiera podido sin inconveniente, romper sus cadenas, hubiera volado á socórrerle; mas nada podia hacer por él, y me estuve en Egina. Esto es una consecuencia de mis principios: cuando la desgracia de mis amigos no tiene remedio, me ahorro la pena de verlos padecer.

Habia trabado yo amistad con Esquines, discípulo tambien de aquel grande hombre: le amaba por sus virtudes, quizá tambien porque me debia favores, y acaso porque tenia mas placer en mi amistad que en la de Platon. Reñimos una vez. Díjome uno: ¿qué se ha hecho aquella amistad que os unia? Está durmiendo, le respondí; pero está en mi mano despertarla. Me fuí á casa de Esquines, y le dije: hemos hecho una locura: ¿me crees tan incorregible, que no merezca perdon? Aristipo, respondió, en todo me llevas ventaja: yo erá el culpado, y tú das los primeros pasos. Nos abrazamos, y quedé libre de los leves pesares que me causaba nuestra indiferencia.

Si no me engaño, le repliqué, se sigue de

vuestro sistema, que se deben admitir las amistades de conveniencia, y desterrar aquella amistad que nos hace tan sensibles á los males agenos. ¡Desterrar! replicó algo perplejo. ¡Bien! Yo diré con la *Fedra* de Eurípides: tú eres quien ha proferido esa palabra, no yo.

Sabia Aristipo que le habian desacreditado en la opinion de los Atenienses; y dispuesto siempre á responder á los cargos que se le hacian, me instaba á que le proporcionase ocasiones para justificarse.

Os acusan, le dije, de haber adulado á un tirano; lo que es un crimen horrible. A esto me respondió: ya os he explicado los motivos que me llevaron á la corte de Siracusa, llena de filósofos que se erigian en reformadores. En ella tomé el papel de cortesano, sin dejar el de hombre de bien: aplaudia las prendas buenas del joven Dionisio; pero no alababa sus defectos, ni tampoco los reprendia, ni tenia autoridad para ello; y solamente sabia que era mas facil sufrirlos, que corregirlos.

Mi caracter indulgente y docil le inspiraba confianza; y algunas agudezas que á veces me ocurrian oportunamente, divertian sus ratos desocupados. No he hecho traicion á la verdad, cuando me ha consultado sobre cuestiones importantes. Deseoso yo de que él conociese la extension de sus obligaciones, y que reprimiese la

violencia de su caracter, decia continuamente en su presencia, que un hombre instruido se diferencia del que no lo es, como un caballo docil al freno, de otro que es indómito.

Cuando no se trataba de su gobierno, hablaba yo con libertad, y algunas veces con imprudencia. Un dia le pedia por uno de mis amigos, y no me oia. Me eché á sus pies, y esto se me imputó á crimen: yo respondí: ¿es culpa mia que este hombre tenga los oidos en los pies?

Estando yo instándole inútilmente, para que me concediera una gratificacion, se le antojó proponer una á Platon, el cual no la aceptó. Entonces dije yo en voz alta: no hay peligro de que el rey se pierda; pues da á los que se niegan á admitir, y niega á los que le piden.

Muchas veces nos proponia problemas; é interrumpiéndonos despues, se daba él prisa á resolverlos. En una ocasion me dijo: tratemos de algun punto filosófico: empezad. Muy bien, le dije yo, para que luego tengais vos el placer de acabar, y de enseñarme lo que quereis saber. Se picó con esto, y á la comida me hizo poner en el último asiento de la mesa. Al dia siguiente me preguntó, que tal me habia parecido aquel sitio. Sin duda quisisteis, le respondí, que fuese el mas honroso de la mesa por algunos momentos.

Tambien os censuran, le dije yo, que sois inclinado á las riquezas, al fausto, á la gula, á las

mugeres, á los perfumes, y á toda clase de sensualidades. Eso, respondió, nació conmigo; y he creido que usando de ello con moderacion, satisfaria á un tiempo á la naturaleza y á la razon: disfruto de las comodidades de la vida; y me es facil pasar sin ellas. En la corte de Dionisio me han visto vestido de púrpura; en otras partes unas veces con una ropa de lana de Mileto, y otras con un manto grosero.

Dionisio nos trataba con proporcion á nuestras necesidades. A Platon le daba libros, á mí me daba dinero, que no paraba en mis manos el tiempo necesario para mancillarlas. Yo dí cincuenta dracmas * por una perdiz; y dije á uno que se admiraba de esto: ¿no hubierais dado vos un óbolo **? — Sin duda.— Pues lo mismo estimo yo las cincuenta dracmas.

Habia yo juntado algun dinero para mi viage á Libia; y viendo que mi esclavo, que iba cargado con él, no podia seguirme, le mandé arrojar en el camino una parte de este metal tan pesado é incómodo.

Un accidente imprevisto me privó de una casa de campo que yo estimaba mucho. Uno de mis amigos procuraba consolarme de esta pérdida, y yo le dije: no os dé pena: tengo otras tres, y

* Cuarenta y cinco libras: (167 rs. vn.)

** Tres sueldos: (5 cuartos ó 19 mrs.)

estoy mas contento con lo que me queda, que pesaroso por lo que he perdido: no es propio sino de los niños llorar y arrojar todos sus juguetes cuando les quitan uno solo.

A imitacion de los filósofos mas austeros, yo me presento á la fortuna como un globo á que puede hacer dar cuantas vueltas quiera; pero que no ofreciendo asidero, no podrá ser desportillado. Si la fortuna viene á ponerse á mi lado, le alargo mis brazos; si bate sus alas para levantar el vuelo, le devuelvo sus dones, y la dejo ir, esta es una muger veleidosa, cuyos caprichos me divierten algunas veces, y jamas me atormentan.

Las liberalidades de Dionisio me proporcionaban tener buena mesa, ricos vestidos y gran número de esclavos. Varios filósofos, partidarios rígidos de la moral severa, murmuraban de mi altamente; pero yo no les respondia sino con dichos jocosos. Polixeno, que creia tener en su alma el depósito de todas las virtudes, halló un dia en mi casa unas agraciadísimas mugeres, y los preparativos de un gran banquete, por lo que se abandonó sin reserva á toda la amargura de su celo. Le dejé hablar, y luego le convidé á que se quedase con nosotros; lo que aceptó, y nos convenció luego de que, si no gustaba de gastar, á lo menos le gustaba comer bien tanto como su corruptor.

Ultimamente, pues no puedo dar mejor justi-

ficacion de mi doctrina que mis acciones, Dionisio mandó llamar á tres hermosas rameras, y me permitió elegir una. Yo me las llevé todas tres, con pretexto de que habia costado muy caro á Paris dar la preferencia á una de las tres diosas. En el camino reflexioné que sus encantos no valian tanto como la satisfaccion de vencerme á mí mismo, y las envié á sus casas, y yo me fuí pacíficamente á la mia.

Aristipo, le dije entonces, todas mis ideas las trastornais; pues yo creia que vuestra filosofía no costaba ningun esfuerzo, y que un partidario del deleite podia abandonarse sin reserva á todos los placeres de los sentidos. ¡Cómo que, respondió: podiais pensar que un hombre que no ve cosa mas esencial que el estudio de la moral; que no se ha dedicado á la geometría, ni otras ciencias, porque no coadyuvan inmediatamente á la direccion de las costumbres; que un autor de quien Platon no se ha desdeñado de copiar mas de una vez las ideas y las máximas; en fin, que un discípulo de Sócrates habia de haber abierto escuelas de prostitucion en muchas ciudades de Grecia, sin sublevar contra sí los magistrados, y aun los ciudadanos mas corrompidos!

El nombre de deleite, que doy á la satisfaccion interior que debe hacernos felices, ha parecido mal á los entendimientos superficiales, que re-

paran mas en las palabras que en las cosas : ha habido filósofos que, olvidándose del amor que tienen á la justicia, han favorecido esta prevencion; y tal vez algunos de mis discípulos la justificarán cometiendo algunos excesos; ¿pero acaso muda de caracter un excelente principio, porque se saquen de él consecuencias falsas?

Os he explicado mi doctrina : yo admitó como único instrumento de la felicidad las sensaciones que mueven agradablemente nuestra alma; pero quiero que se las reprima, luego que se advierta que la turban ó desordenan : y ciertamente no hay cosa donde mas brille la fortaleza, que en poner á un mismo tiempo límites á las privaciones y á los goces.

Antístenes tomaba, al mismo tiempo que yo, las lecciones de Sócrates : él habia nacido triste y severo; yo alegre é indulgente. Antístenes proscribió los placeres, y no se atrevió á medirse con las pasiones que nos ponen en un éxtasis suave : yo tuve por mas ventajoso vencerlas, que huir de ellas; y á pesar de sus voces lastimeras las arrastré en pos de mí, como unas esclavas que debian servirme y ayudarme á sobrellevar el peso de la vida. Hemos seguido caminos opuestos; y ved aquí el fruto que hemos sacado de nuestros esfuerzos : Antístenes se cree feliz, porque se cree sabio; yo me creo sabio, porque soy feliz.

Acaso vendrá dia en que se diga que Sócrates y Aristipo se apartaron algunas veces de los usos ordinarios, ya en su conducta, ya en su doctrina; pero sin duda se añadirá, que redimieron estas pequeñas libertades á costa de las luces con que enriquecieron la filosofía.



CAPITULO XXXIII.

DESAVENENCIAS ENTRE DIONISIO EL JOVEN, REY DE SIRACUSA, Y DION SU CUÑADO. VIAGES DE PLATON A SICILIA *.

Desde que estaba yo en Grecia, habia recorrido sus principales ciudades, y sido testigo de

* Tres viages hizo Platon á Sicilia : el primero en el reinado de Dionisio el mayor; y los otros dos en el de Dionisio el joven, que ocupó el trono el año 367 antes de J. C.

El primero fué el año 389 antes de la misma era, pues por un lado el mismo Platon dice que tenia entonces 40 años, y por otro está probado que habia nacido el año 429 antes de J. C.

La data de los otros dos viages la ha fijado sobre un cálculo falso el P. Corsini, acaso el único de los sabios modernos que se ha

las grandes solemnidades que reunen sus diversas naciones. Poco satisfechos Filotas y yo de

ocupado en esta materia. Bastarán los hechos siguientes para ilustrar este punto de cronología.

Platon fué á Sicilia con el designio de procurar una reconciliacion entre Dion y el rey de Siracusa. Permaneció allí de 12 á 15 meses, y habiendo encontrado á Dion en los juegos olímpicos, le dió parte del mal éxito de su negociacion. De este modo, determinado el año en que se celebraron estos juegos, se tendrá la época del último viage de Platon. Podria haber duda entre los juegos de las olimpiadas 304, 305 y 306, es decir, entre los años 364, 360 y 356 antes de J. C.; pero la observacion siguiente quita la duda.

En los primeros meses de la estancia de Platon en Siracusa, fué testigo de un eclipse de sol. Despues de su plática con Dion, se decidió este á intentar una expedicion en Sicilia, y mientras efectuaba su embarco en Zacinto, ocurrió en el rigor del estío un eclipse de luna, que atemorizó á la tropa. Es preciso pues, que el año olímpico de que se trata, haya sido, 1° precedido de un eclipse de sol, ocurrido cerca de un año antes, y visible en Siracusa; 2° que haya sido seguido, uno, dos ó tres años despues por un eclipse de luna, sucedido en los mas fuertes calores del estío, y visible en Zacinto: ahora pues, el 12 de mayo del año 361 antes de J. C. á las cuatro de la tarde, hubo un eclipse de sol visible en Siracusa, y el 9 de agosto del año 357 antes de J. C. uno de luna visible en Zacinto: de aquí se sigue que el tercer viage de Platon fué en la primavera del año 361, y la expedicion de Dion en agosto del año 357. Y como segun aparece de las cartas de Platon, solamente se pasaron dos ó tres años entre el fin del segundo viage, y el principio del tercero, se puede poner el segundo en el año 364 antes de J. C.

Saco este resultado de una tabla de eclipses, que debo á la bondad de M. de Lalande, y que contiene todos los eclipses de sol y luna, unos visibles en Siracusa, otros en Zacinto, desde la subida de Dionisio el joven al trono en el año 367, hasta el de 350 antes de

estos viages parciales, nos determinamos á visitar con mayor atencion y cuidado todas sus provincias, empezando por las del norte.

La víspera de nuestra marcha comimos en casa de Platon, adonde fui con Apolodoro y Filotas. Allí encontramos á Espeusipo su sobrino, á muchos de sus antiguos discípulos, y á Timoteo tan celebrado por sus victorias. Nos dijeron que Platon estaba encerrado con Dion de Siracusa, que habia llegado del Peloponeso; y que obligado á abandonar su patria, habia vivido en Atenas mucho tiempo, seis ó siete años

J. C. Se ve claramente que todo otro año olímpico que el de 360, seria insuficiente para llenar las condiciones del problema.

Tambien se ve el error cronológico del P. Corsini, que se perpetuaria fácilmente á favor de su nombre, si no se cuidase de descubrirlo. Este sabio pretende, como yo tambien, que Platon dió cuenta á Dion, de su último viage, en los juegos olímpicos del año 360. Pero él parte de una suposicion falsa; porque poniendo en 9 de agosto de este año el eclipse de luna sucedido en el año 357, fija en el de 360, y á pocos dias de distancia la expedicion de Dion, y su conversacion con Platon en los juegos olímpicos. No es esta ocasion de rebatir las falsas consecuencias que saca del falso cálculo que ha hecho, ó se le ha dado de este eclipse: es necesario estar á hechos ciertos. El eclipse de luna del mes de agosto, es ciertamente del año 357: luego la partida de Dion para Sicilia, es del mes de agosto de 357. Habia tenido una conversacion con Platon en los últimos dias de las fiestas de Olimpia: luego Platon á la vuelta de su tercer viage, se halló en los juegos olímpicos del año 360. Podria hacer ver que el eclipse comprueba en esta ocasion la cronología de Diodoro Sículo; pero ya es tiempo de acabar esta nota.

habia : á breve rato salieron á reunirse con nosotros. Al principio me pareció que Platon estaba inquieto y pensativo; mas luego volvió á su aire tranquilo, y mandó servir la mesa.

Reinaban en ella la decencia y el aseo. Timoteo, que en los campos no oia hablar mas que de evoluciones, sitios y batallas; en las juntas de Atenas, de marina ó impuestos; conocia perfectamente el mérito de una conversacion mantenida sin esfuerzo, é instructiva sin fastidio. Algunas veces exclamaba suspirando: « ¡ Ah Platon, qué feliz sois! » Habiendo este pedido perdon por la frugalidad de la comida, le respondió Timoteo : « yo sé que las comidas « de la academia proporcionan dormir apacible- « mente, y despertarse todavía mas apacible- « mente. »

Algunos convidados se retiraron temprano, y luego los siguió Dion. Su semblante y sus discursos nos dieron que pensar; á lo que nos dijo Platon : al presente es víctima de la tiranía; pero acaso algun dia lo será de la libertad.

Instóle Timoteo á que se explicase, diciéndole : profeso á Dion la mayor estimacion, y siempre he ignorado las verdaderas causas de su destierro, sin tener mas que una idea confusa de las turbulencias que agitan la corte de Siracusa. Yo las he visto de muy cerca, respondió Platon. Antes me indignaba yo al ver los furores é in-

justicias que el pueblo comete algunas veces en nuestras asambleas; ¡pero cuánto mas terribles y peligrosas son las intrigas que, bajo una calma aparente, fermentan sin cesar al rededor del trono; en aquellas regiones encumbradas, donde el decir la verdad es un crimen, y mayor todavía darla á conocer al príncipe; donde el favor justifica al malvado, y la desgracia hace culpado al hombre virtuoso! Bien hubiéramos podido atraer al rey de Siracusa: le han pervertido indignamente: no es la suerte de Dion la que lloro, sino la de toda la Sicilia. Estas palabras aumentaron nuestra curiosidad; cediendo Platon á nuestras instancias, empezó de esta manera:

Hace cerca de treinta y dos años * que ciertos motivos, que seria largo referir, me llevaron á Sicilia. Reinaba en Siracusa Dionisio el mayor. Ya sabeis que este príncipe, temible por sus extraordinarios talentos, se ocupó toda su vida en aherrojar á las naciones vecinas y á la suya. Su crueldad parecia que iba á la par con los progresos de su poder, que llegó en fin al mas alto grado de elevacion. Quiso conocerme; y como me habia declarado su deseo, esperaba de mi lisonjas; mas solamente oyó verdades. No os hablaré ni de su furor, que afronté; ni de su ven-

* Hácia el año 389 antes de J. C.

ganza, de que me costó trabajo librarme. Me habia propuesto no hablar de sus injusticias durante su vida; mas su memoria no necesita nuevos ultrajes para ser la execracion de todos los pueblos.

En aquel tiempo hice en favor de la filosofía una adquisicion, de que debe honrarse; y es este Dion que acaba de salir de aquí. Aristómaca, su hermana, fué una de las dos mugeres con quienes se casó Dionisio en un mismo dia: Hiparino, su padre, habia estado mucho tiempo al frente de la república de Siracusa. A las pláticas que yo tuve con el joven Dion, deberá su libertad esta ciudad, si tiene algun dia la dicha de recobrarla. Su alma, superior á las demas, se abrió á los primeros rayos de la luz; é inflamándose repentinamente en un amor violento de la virtud, renunció, sin titubear un momento, á todas las pasiones que la habian degradado antes. Dion se sometió á tan grandes sacrificios con un ardor, cual yo no he visto en ningun otro joven, y con una constancia que no se ha desmentido jamas.

Desde aquel momento le hizo estremecerse la esclavitud á que estaba reducida su patria; pero lisonjeándose siempre de que sus ejemplos y sus principios harian impresion en el tirano, que no podia resistirse á amarle, y emplearle, continuó viviendo á su lado, sin cesar de ha-

blarle con claridad, y despreciando el odio de una corte disoluta.

Al fin murió Dionisio * atemorizado, atormentado de su desconfianza, y tan desdichado como lo habian sido los pueblos que estuvieron bajo su yugo, durante un reinado de treinta y ocho años. Entre otros hijos dejó de Doris, una de sus dos mugeres, uno que tenia su mismo nombre, y que subió al trono. Dion aprovechó esta ocasion de trabajar por la felicidad de la Sicilia: y hablando con el príncipe, le decia: vuestro padre fundaba su poder en las armadas temibles de que vos disponeis; y en los diez mil bárbaros que componen vuestra guardia: estas eran, segun él decia, unas cadenas de diamante, con que habia sujetado todas las partes del imperio. En esto se engañaba: yo no conozco otros vínculos para unirlos de un modo indisoluble, que la justicia del príncipe y el amor de los pueblos. ¡ Qué ignominia para vos, le decia tambien, si reducido á no distinguiros, sino por la magnificencia que brilla en vuestra persona y en vuestro palacio, puede el menor de vuestros súbditos hacerse superior por sus luces ó su modo de pensar!

No contentándose Dion con instruir al rey, velaba ademas sobre la administracion del Es-

* El año 367 antes de J. C.

tado, haciendo bien, y aumentando el número de sus enemigos. Durante algun tiempo se emplearon estos en esfuerzos superfluos; mas luego lograron precipitar á Dionisio en los mas vergonzosos excesos. Dion, que no podia hacerles frente, esperó otro tiempo mas favorable. El rey, en cuya gracia logró ponerme Dion, y cuyos deseos son siempre impetuosos, me escribió varias cartas muy expresivas, pidiéndome encarecidamente que lo dejase todo, y me fuese cuanto antes á Siracusa. Dion añadia en las suyas que no lo dilatase un instante, pues todavía era tiempo de colocar la filosofía sobre el trono; que Dionisio manifestaba mejores disposiciones, y que sus parientes tenian la mejor voluntad de unirse á nosotros, para confirmarle en ellas.

Yo reflexioné con suma madurez sobre estas cartas. Bien veia que no podia fiarme de las promesas de un joven que en un instante pasaba de un extremo á otro; ¿pero no debia descansar en la prudencia consumada de Dion? ¿Debia abandonar mi amigo en tan crítica circunstancia? ¿Habia yo consagrado mi vida á la filosofía, para faltarle cuando me llamaba á su defensa? Todavía diré mas; y es que concebí alguna esperanza de poner en planta mis ideas acerca del mejor gobierno, y establecer el reinado de la justicia en los dominios del rey

de Sicilia. Tales fueron los verdaderos motivos que tuve para este viage *; muy diferentes de los que me han atribuido algunos censores injustos.

Hallé la corte de Dionisio inundada de disensiones y turbulencias. Dion era el blanco de unas calumnias atroces. — Al llegar aquí interrumpió Espeusipo á Platon, diciendo : mi tio no se atreve á contaros los honores que recibió, ni las satisfacciones que tuvo á su llegada. El rey le recibió al saltar en tierra; le hizo subir en un carro magnífico, tirado por cuatro caballos blancos, y le llevó en triunfo por medio de un gentío inmenso que ocupaba la playa: dió orden para que se le dejase entrar en el palacio á cualquiera hora, y ofreció un sacrificio pomposo, en accion de gracias, por el beneficio que los dioses concedian á la Sicilia. A poco los cortesanos se anticiparon á la reforma, desterraron el lujo de sus mesas, y se dieron con ansia á estudiar las figuras de geometría, que varios maestros describian sobre arena echada en las mismas salas del palacio.

Atónitos los pueblos al ver tan súbita mudanza, concibieron ciertas esperanzas; y mas que el rey se mostraba mas sensible á sus quejas. Trajeron á la memoria que habia obtenido el ti-

* Hácia el año 364 antes de J. C.

tulo de ciudadano de Atenas, la ciudad mas libre de la Grecia; y añadian que en cierta ceremonia de religion, habia el heraldo, conforme á la fórmula acostumbrada, dirigido votos al cielo por la conservacion del tirano: y que ofendido Dionisio de un título que hasta entónces no le habia incomodado, exclamó de improviso: ¿nunca acabarás de maldecirme?

Estas palabras atemorizaron á los partidarios de la tiranía. Al frente de ellos estaba ese Filisto que ha publicado la historia de las guerras de Sicilia, y otras obras de la misma especie. Dionisio el mayor le habia desterrado de sus Estados; pero conociendo en él elocuencia y audacia, le hicieron volver del destierro para oponerlo á Platon. Apenas hubo llegado, que se vió Dion calumniado vilmente: sospechada su fidelidad, y acriminadas sus palabras y acciones. Si aconsejaba que en tiempo de paz se reformase parte de las tropas y galeras, se atribuia á que queria debilitar la autoridad real, con ánimo de hacer pasar la corona á los hijos que su hermana habia tenido de Dionisio el mayor. Si obligaba á su discípulo á meditar los principios de un gobierno sabio, decian que el rey no era mas que un alumno de la academia, ni otra cosa que un filósofo, condenado por toda su vida á la investigacion de un bien quimérico.

En efecto, continuó Platon, en Siracusa no se hablaba de otra cosa que de dos conspiraciones; la una de la filosofía contra el trono; y la otra, de todas las pasiones contra la filosofía. A mí me acusaron de que favorecia á la primera, y que me aprovechaba de mi ascendiente sobre Dionisio, para armarle asechanzas. Es cierto que, de acuerdo con Dion, le decia que si deseaba cubrirse de gloria, y aun aumentar su poder, debia juntar un tesoro de amigos virtuosos, para confiarles las magistraturas y los empleos; restablecer las ciudades griegas destruidas por los Cartagineses, y darles leyes sábias, mientras llegaba el dia en que pudiese volverles su libertad; y prescribir ciertos límites á su autoridad, para ser rey, y no tirano de sus súbditos. Dionisio parecia algunas veces inclinado á seguir nuestros consejos; pero en su ánimo permanecia el antiguo rencor contra mi amigo, y lo alimentaban las insinuaciones pérfidas. Yo habia puesto todo mi conato en desvanecerlo, los primeros meses de mi mansion en Siracusa; pero muy lejos de conseguirlo, veia que cada dia iba á menos la reputacion de Dion.

La guerra con los Cartagineses duraba todavía; y, aunque reducida á hostilidades pasageras, convenia ponerle un término. Dion con la mira de inspirar á los generales enemigos el deseo de la paz, les escribió pidiéndoles que le noticia-

sen las primeras negociaciones, á fin de poder contribuir á una paz durable. No sé cómo fué, que esta carta vino á manos del rey, quien al instante consultó con Filisto; y preparando la venganza con profundo disimulo, fingió que volvia á Dion á su gracia; le prodigó las señales de su afecto; y al fin le lleva á la orilla de la mar, le enseña la carta fatal, le trata de traidor; y sin dejarle hablar una palabra, le hace embarcar en una nave, que al momento se puso á la vela.

Esta accion fué como un rayo que dejó pasmada la Sicilia; y consternados los amigos de Dion. Algunos temian que recayése sobre nosotros, y aun en Siracusa se esparció la voz de mi muerte. Sin embargo, á esta borrasca violenta sucedió una calma profunda: ya fuese política, ó pudor, el rey mandó dar á Dion cierta cantidad de dinero, que este no quiso recibir. Muy lejos de perseguir á los amigos del proscripto, hizo cuanto pudo para desvanecerles sus recelos; y á mí particularmente procuraba consolarme, y me rogaba que no me apartase de su lado. Aunque sus ruegos iban acompañados de amenazas, y sus caricias de furor, me mantuve siempre firme en esta alternativa; ó que volviese Dion, ó me diese el permiso de retirarme. Cansado de sufrir mi resistencia, mandó llevarme á la ciudadela en su mismo palacio; y

se expidieron órdenes por todas partes para traerme á Siracusa, en caso de que me fugase; prohibiendo á todos los capitanes de navío el recibirme á bordo sin expresa licencia de la mano del príncipe.

Cautivo, y con guardias de vista, vi á Dionisio manifestarme mayor solicitud y cariño: celoso de mi estimacion y de mi amistad, sin poder ya sufrir la preferencia que mi corazon daba á Dion, la exigia con altivez, y la pedia con ruegos. Hallábame continuamente expuesto á lances extravagantes; unas veces con ira y con disculpas; otras con vilipendios y lágrimas. Mas como estas pláticas fuesen cada dia mas frecuentes, no faltó quien divulgase que yo era el único depositario de su favor. Esta voz, confirmada por la malignidad de Filisto, me hizo odioso al pueblo y al ejército, atribuyéndome los desarreglos del príncipe, y los yerros de la administracion. De todo ello estaba yo muy distante de ser el autor; pues exceptuando el preámbulo de algunas leyes, en el cual trabajé á mi llegada á Sicilia, me habia abstenido de mezclarme en los negocios públicos, aun en aquel tiempo en que podia partir el peso de ellos con mi fiel compañero. Cuando ya lo habia perdido; cuando Dionisio se habia puesto en las manos de tantos aduladores, conocidos por sus vicios, ¿habia yo de haber escogido esta coyuntura para dar consejos á un

joven insensato, que creia gobernar, dejándose gobernar por unos consejeros mas inicuos y no menos insensatos que él!

Dionisio hubiera comprado mi amistad á peso de oro; pero yo la ponia á otro precio mas alto: yo queria que se penetrase de mi doctrina, y aprendiese á ser dueño de sí mismo, para ser digno de mandar á los demas; pero á él solo le gusta la filosofía que ejercita el ingenio, porque le da ocasion de lucir. Cuando lo reducia á esta sabiduría, que arregla los movimientos del alma, veia yo extinguirse su ardor, y que me oia con disgusto y turbacion: en lo cual eché de ver que estaba prevenido para resistir á mis instancias. En efecto le habian avisado que, si admitia mis principios, aseguraba la vuelta y el triunfo de Dion.

La naturaleza dotó á Dionisio con penetracion viva, elocuencia admirable, un corazon sensible, ciertos movimientos de generosidad y propension á las cosas honestas; pero le negó el caracter; y su educacion, absolutamente descuidada, alterando el germen de sus virtudes, ha dejado brotar ciertos defectos, que por fortuna contribuyen á debilitar sus vicios. Es duro sin subsistencia; altivo sin dignidad: usa de mentira y perfidia por debilidad; y por la misma pasa dias enteros embriagado con el vino y la sensualidad. Si tuviera mas firmeza, seria el

hombre mas cruel del mundo. No conozco en su alma otra fuerza que aquella inflexible rigidez con que exige que todo se rinda á su voluntad versatil: razones, opiniones, sentimientos, todo debe estar, en ciertos momentos, subordinado á sus luces; y yo le he visto envilecerse con sumisiones y bajezas, antes que sobrellevar la injuria de la oposicion ó la contradiccion. Si ahora se empeña en descubrir los secretos de la naturaleza, lo hace porque esta no debe ocultarle nada. Sobre todo aborrece á Dion, porque es opuesto en ejemplo y en dictamen.

El fin de su destierro y el mio pedia yo en vano; cuando la guerra, que volvió á encenderse, ocupó la atencion de Dionisio. No teniendo entonces ningun pretexto para detenerme, consintió en mi partida: á cuyo efecto hicimos una especie de tratado: yo le prometí volver en ajustándose la paz, y él me ofreció que levantaria el destierro á Dion por el mismo tiempo. Luego que aquella se verificó, nos avisó puntualmente, solo que escribió á Dion que no volviese hasta pasado un año; y á mí que acelerase mi viage. Respondíle inmediatamente que mi edad no me permitia exponerme á los riesgos de tan largo viage; y que una vez que faltaba á su palabra, quedaba yo libre de la mia. Esta respuesta no desagradó menos á Dion que á Dionisio. Yo estaba ya resuelto á no volverme á mezclar en

sus negocios; pero esto mismo hacia que el rey se obstinase mas en su proyecto; y así mendigaba empeños de todas partes; me escribia sin cesar; y hacia que me escribiesen mis amigos de Sicilia, y los filósofos de la escuela de Italia. Arquitas, que está al frente de estos, fué á ver al rey, y me escribió lo mismo que confirmaban otras cartas; es á saber, que el rey se hallaba de nuevo inflamado en el amor á la filosofía; y que expondria yo á los que la cultivan en sus Estados, si no volvia cuanto antes. Dion, por su parte, me atormentaba con reiteradas instancias.

El rey no le mandará jamas volver, porque le teme: jamas será filósofo, pues solo quiere parecerlo; pero creia que á los ojos de los que lo son verdaderamente, podria mi viage aumentar su consideracion, y perjudicarle mi indiferencia: este es todo el secreto del ahinco con que me busca.

Sin embargo no me pareció que debia oponerme á tantos dictámenes reunidos contra el mio; y acaso algun dia se me hubiera censurado que habia abandonado á un príncipe joven, que por segunda vez me pedia la mano para salir de sus extravíos, que habia entregado á su furor los amigos que tengo en aquellas regiones lejanas; y desatendido los intereses de Dion, á quien de largo tiempo me unian los vínculos

de la amistad, de la hospitalidad y del reconocimiento. Sus enemigos habian logrado que le secuestrasen sus rentas: perseguíanle para excitarle á la rebelion; y aumentaban los agravios del rey, para hacerle inexorable. Dionisio me escribió en estos términos: « el asunto de Dion « será lo primero que tratemos: pasaré por todo « lo que querais, y espero que no querreis sino « lo que sea justo. Si no venis, jamas lograreis « nada en favor suyo. »

Yo conocia bien á Dion: su alma tiene toda la elevacion de la virtud: habia sufrido pacíficamente la violencia; pero si á fuerza de injusticias llegaban á humillarle, habian de correr torrentes de sangre para lavar semejante afrenta. Reune en sí la magestad del semblante, y las mas eminentes calidades del entendimiento y del corazon: posee en Sicilia inmensas riquezas; en todo el reino, parciales sin número; en la Grecia, una reputacion que traeria á sus órdenes los mas valientes guerreros. Yo previa males enormes que iban á caer sobre la Sicilia, y tal vez estaba en mi mano evitarlos ó suspenderlos.

Me fué muy penoso volver á dejar mi retiro, é ir, casi á los setenta años de mi vida, á arrostrar á un déspota altivo, poseido de caprichos tan tempuestuosos como los mares por donde tenia que pasar; pero no hay virtud sin sacrifi-

cio, ni filosofía sin práctica. Espeusipo se ofreció á acompañarme, y acepté su oferta con la esperanza de que las gracias de su ingenio seducirian al rey, si la fuerza de mis razones no podian convencerle. Partí al fin, y llegué á Sicilia con toda felicidad*.

Dionisio dió muestras de suma alegría, igualmente que la reina y toda la familia real. Teníanme dispuesta una habitacion en el jardin del palacio. En la primera conversacion que tuvimos, le hice presente que, segun lo que teniamos pactado, debia acabarse el destierro de Dion, desde el punto en que yo volviese á Siracusa; á lo cual exclamó: Dion no está desterrado; yo no he hecho mas que apartarle de la corte. Tiempo es, le respondí, de que se acerque á ella, y restituirle sus bienes que están en manos de unos administradores poco fieles. Estos dos puntos ocasionaron muchos debates, y nos llevaron muchas sesiones: en los intermedios me hacia particulares distinciones y regalos, con la mira de que se entibiase el celo por los intereses de mi amigo, y aprobase su desgracia; pero yo no quise admitir unos beneficios que habian de comprarse á costa del honor y de la amistad.

Cuando llegué á explorar el estado de su alma, y sus disposiciones acerca de la filosofía, solo

* Al principio del año 361 antes de J. C.

me habló de los misterios de la naturaleza, y sobre todo del origen del mal. Habia el rey oido decir á los pitagóricos de Italia, que yo me habia dedicado por mucho tiempo á este problema, y esto fué uno de los motivos de desear mi pronto regreso. Púsome en la precision de exponerle algunas de mis ideas, que no me cansé en declarar con extension; y confieso que el rey no lo deseaba tampoco, pues solo queria hacer alarde de algunas débiles resoluciones que habia sonsacado á otros filósofos.

En tanto yo volvia siempre á instar aunque siempre inútilmente, sobre mi objeto principal de efectuar entre Dionisio y Dion la reconciliacion tan necesaria al bien de su reino; hasta que al fin tan cansado de mi importunidad como lo estaba él mismo, me empezó á pesar el haber hecho un viage tan penoso y con tan poco fruto. Estábamos en el estío; y deseando aprovechar de la estacion para volverme, le declaré que no podia continuar en la corte de un príncipe que perseguia con tanta vehemencia á mi amigo. En vista de esto usó de toda especie de seducciones para detenerme, y por último me prometió una de sus galeras; pero como él era dueño de retardar los preparativos, resolví embarcarme en la primera nave que saliese.

Dos dias despues vino á mi aposento, y me

dijo: « la única causa de nuestra desavenencia es « el asunto de Dion, y es preciso ponerle fin. « Todo lo que por complaceros puedo hacer en su « favor, es esto: Dion permanecerá en el Pelo- « poneso hasta que se convenga en el tiempo « preciso de su venida entre él y yo, vos y vues- « tros amigos. Dion ha de daros palabra de no « emprender cosa alguna contra mi autoridad; « la ha de dar tambien á vuestros amigos y á los « suyos, y todos juntos me saldreis fiadores de « ella. Se trasladarán á la Grecia sus caudales, y « serán entregados á los depositarios que vos « nombreis: percibirá los intereses de ellos, sin « tocar al capital sin vuestro conocimiento; por- « que yo no estoy satisfecho de su fidelidad hasta « el punto de dejar á su disposicion tantos me- « dios de hacerme daño. Al mismo tiempo exijo « que esteis conmigo un año todavía; y cuando « marcheis, os daremos el dinero que tengamos « suyo. Espero que quedará contento con este « convenio. Decidme si os acomoda. »

Este proyecto me afligió. Pedí veinte y cuatro horas para examinarle; y despues de haber pesado las ventajas é inconvenientes, le respondí: que aceptaba las condiciones propuestas, con tal que las aprobase Dion. En consecuencia se decidió que ambos le escribiríamos cuanto antes, y que entretanto no se haria ninguna novedad en cuanto á sus haberes. Este era el segundo tratado que

haciamos los dos, y no se guardó mejor que el primero.

A este tiempo se habia pasado la estacion de navegar, y ya habian salido todas las naves. Yo no podia fugarme del jardin sin ser visto de la guardia que custodiaba la puerta. El rey, dueño de mi persona, no cuidaba de reprimirse; y así me dijo un dia: «hemos olvidado un artí« culo esencial, y es que no se debe enviar á Dion « mas que la mitad de su caudal; y la otra mitad « la reservo para su hijo, de quien soy el tutor « natural, como hermano de Aretes su madre.» Yo no le respondí sino que era menester aguardar la respuesta de Dion á la primera carta; y escribirle otra para participarle esta novedad.

Entre tanto procedia Dionisio sin pudor, disipando los bienes de Dion: parte de ellos los vendió como quiso, y á quien quiso, sin dignarse de hablarme de ello, ni escuchar mis quejas. Mi situacion era cada dia mas penosa; y un accidente imprevisto aumentó el rigor de ella.

La guardia del rey, indignada porque queria disminuir la paga de los veteranos, se presentó amotinada al pie de la ciudadela, cuyas puertas estaban cerradas. Las amenazas, los gritos belicosos, y los preparativos para el asalto, le intimidaron de modo que concedió mas de lo que le pedian. Heráclides, de las primeras fami-

lias de Siracusa, fué sospechado vehementemente de ser el autor del motin; por cuyo motivo se huyó, y se valió del crédito de sus parientes para borrar la impresion que habia quedado en el ánimo del rey.

Pocos dias despues de este acaecimiento, estando paseándome por el jardin, ví entrar en él á Dionisio y Teodoto, á quien habia enviado á llamar: estuvieron hablando un rato; y habiéndose acercado á mí, me dijo Teodoto: «he alcanzado del rey que permita á mi sobrino Heráclides venir á justificarse; y que si no es de «su agrado que permanezca en sus Estados, «pueda retirarse al Peloponeso con su muger, «sus hijos y el usufructo de sus bienes. En consecuencia de esta gracia he escrito á Heráclides que venga, y voy á volverle á escribir. «Ahora pido que pueda presentarse, sin riesgo, «así en Siracusa, como en sus cercanías. ¿Consentis en ello, Dionisio? — Consiento en ello, «respondió el rey; y ademas puede estar en «vuestra casa con toda seguridad.»

A la mañana siguiente entraron en mi aposento Teodoto y Euribio, y en sus rostros se veia el dolor y la consternacion. «Platon, me «dijo el primero, ayer presenciasteis la promesa que me dió el rey; y ahora acaban de decirnos que hay soldados repartidos por todas «partes, para buscar á Heráclides, y prenderle.

« Tal vez estará ya de vuelta, y no hay un ins-
« tante que perder; venid con nosotros á pala-
« cio. » Yo los acompañé, y luego que estuvieron en la presencia del rey, quedaron inmóviles, deshaciéndose en lágrimas. «Temen, dije yo al « rey, que á pesar de lo que ayer habeis prome-
« tido, no corra Heráclides algun riesgo en Si-
« racusa; pues se presume que haya llegado. » Dionisio ardiendo en ira, mudó de color: Euribio y Teodoto se echaron á sus pies, y en tanto que bañaban con sus lágrimas las manos de Dionisio, dije yo á Teodoto: « sosegaos; el rey no
« es capaz de faltar nunca á la palabra que nos
« ha dado. — Yo no os he dado ninguna, me
« respondió con ojos enfurecidos. — Y yo, repli-
« qué, pongo á los dioses por testigos, de que
« habeis dado la que piden se cumpla. » Dicho esto, le volví la espalda, y me retiré. Teodoto no tuvo mas recurso que avisar con sigilo á Heráclides, quien pudo librarse, aunque con trabajo, de caer en manos de los soldados.

Desde entonces no guardó Dionisio ningun miramiento: continuó con ahinco en su proyecto de apoderarse de los bienes de Dion: me mandó salir de su palacio, prohibiéndome severamente el trato con mis amigos, y la entrada cerca de su persona: yo no oia hablar mas que de sus quejas, de sus resentimientos y de sus amenazas: si por casualidad le veia, tenia que

sufrir mil dicterios amargos y burlas indecentes; porque los reyes, y á su imitacion los cortesanos, están sin duda creidos en que su favor es lo único que constituye nuestro mérito; y así dejan de apreciar á los que dejan de amar. Al mismo tiempo tuve aviso de que mi vida estaba en peligro; y en efecto parece que algunos satélites del tirano habian divulgado que me arrancarian la vida si llegaban á encontrarse conmigo.

En este estado hallé modo de poner en noticia de Arquitas y demas amigos de Tarento mi situacion. Antes de mi llegada les habia dado Dionisio su palabra de que yo podria salir de Sicilia cuando lo tuviese por conveniente, y ellos habian salido garantes de ella con la suya. En esta ocasion la invoqué, y al punto llegaron diputados de Tarento, quienes despues de haber cumplido la comision que servia de pretexto á la embajada, alcanzaron por fin mi libertad.

Al volver de Sicilia, desembarqué en Elide; y fuí á los juegos olímpicos, donde Dion me habia prometido que se hallaria. Díle cuenta de mi comision, y para acabar le dije: juzgad vos mismo del influjo que tiene la filosofía en el alma del rey de Siracusa.

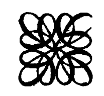
Indignado Dion de la afrenta que de nuevo habia recibido en mi persona, exclamó resuelto: «no es la escuela de la filosofía adonde se debe «llevar á Dionisio, sino la de la adversidad, y

« voy á abrirle el camino. — De esa manera, le « respondí, mi comision está concluida. Aun « cuando mis manos estuviesen todavía en es« tado de tomar las armas, no lo haria contra « un príncipe, con quien he vivido, teniendo « en comun la misma casa, la misma mesa y los « mismos sacrificios: que cerrando los oidos á « las calumnias de mis enemigos, conservó una « vida de que podia disponer; á quien he pro« metido mil veces que jamas coadyuvaria á « ninguna empresa contra su autoridad. Si llega« se el dia en que reducidos uno y otro á miras « pacíficas, necesiteis de mi mediacion, os la « ofreceré con el mayor gusto; pero mientras « mediteis proyectos de destruccion, no espe« reis de mí ni consejos ni auxilios.

Tres años he logrado mantenerle indeciso con diversos pretextos; pero ahora acaba de declararme que ya es tiempo de volar al socorro de su patria. Los principales habitantes de Siracusa, cansados de la servidumbre, solo esperan su llegada para romper el yugo. Yo he visto sus cartas: no piden ni tropas, ni naves, sino su nombre que los autorice, y su presencia que los reuna. Tambien le participan como no pudiendo su esposa resistir por mas tiempo á las amenazas y al furor del rey, ha tenido que contraer nuevo himeneo. Las cosas han llegado al extremo: Dion vuelve al Peloponeso: allí levantará

tropas; y en estando concluidos sus preparativos, pasará á Sicilia.

Tal fué la relacion que nos hizo Platon. Nosotros nos despedimos de él, y al dia siguiente partimos para Beocia.



CAPITULO XXXIV.

VIAGE A BEOCIA, CAVERNA DE TROFONIO, HESIODO, PINDARO.

Se puede viajar por toda la Grecia con mucha seguridad: en las ciudades principales, y en los caminos reales se hallan mesones; pero le desuellan á uno sin pudor. Como casi todo el pais está lleno de montes y cerros, no se usa de carruages sino en cortas travesías; y aun en estas, es menester atar muchas veces la rueda. Para los viages largos, es preciso usar de mulas, y llevar consigo algunos esclavos para el bagage.

Ademas de que los Griegos reciben muy bien

á los estrangeros, hay en las ciudades principales, proxenas encargados de este cuidado: estos son á veces algunos particulares que tienen relaciones de comercio ó de hospitalidad con otra ciudad: otras tienen un caracter público, y son reconocidos por agentes de una ciudad ó de una nacion, que por un decreto solemne los ha elegido con el beneplácito del pueblo á que pertenecen: últimamente los hay que son á un tiempo agentes de una ciudad, y de algunos de sus ciudadanos.

El proxena de una ciudad hospeda á sus diputados; les acompaña á todas partes, y emplèa su crédito para asegurar el buen éxito de sus negociaciones; y proporciona á los habitantes de esta ciudad, cuando van de viáge, las diversiones y comodidades que penden de él. Nosotros experimentámos estos socorros en muchas ciudades de la Grecia. En algunas partes, los simples ciudadanos prévenian por sí mismos nuestros deséos, con la esperanza de obtener la benevolencia de los Atenienses, cuyos agentes deseaban ser, y de gozar cuando fuesen á Atenas de las prerogativas anexas á este título, como son el permiso de asistir á la asamblea general, y la preeminencia en las ceremonias religiosas, y en los juegos públicos.

Salimos de Atenas á los primeros dias del mes muniquion, año tercero de la olimpiada ciento

y cinco. * En la tarde misma de nuestra salida llegamos á Orope por un camino muy escabroso; pero cubierto por algunos parages de sombra de laureles. Esta ciudad, situada en los confines de la Beocia y de la Atica, dista del mar cerca de veinte estadios. ** Los derechos de entrada se exigen allí con el mayor rigor, y se extienden hasta las provisiones que consumen los habitantes, quienes por la mayor parte son de dificil acceso, y sórdidos avarientos.

Cerca de la ciudad, y en un sitio adornado con fuentes de agua pura, está el templo de Anfiarao. Fué este uno de los caudillos de la guerra de Tebas; y como hacia allí las funciones de adivino, se supuso que daba oráculos despues de su muerte. Los que vienen á implorar sus luces, deben abstenerse del vino por tres dias, y de todo alimento por veinte y cuatro horas. Despues sacrifican un carnero cerca de su estatua; tienden la piel en el suelo, y duermen sobre ella. El dios, segun dicen, les aparece en sueños, y responde á sus preguntas. Se citan muchos prodigios obrados en este templo; pero los Beocios dan tanta fe á estos oráculos, que no se puede contar con lo que dicen.

A treinta estadios de distancia*** se halla en una

* Por la primavera del año 357 antes de J. C.

** Cerca de tres cuartos de legua.

*** Poco mas de una legua: (cerca de una legua de España).

altura la ciudad de Tanagra, cuyas casas tienen mucha apariencia. La mayor parte de ellas están adornadas de pinturas encáusticas, y con vestibulos. El terreno de esta ciudad, bañado por un arroyuelo llamado Termodon, está cubierto de olivos, y de árboles de diversas clases. Produce poco trigo, y el mejor vino de la Beocia.

Aunque los habitantes son ricos, no conocen el lujo, ni los excesos que resultan de él. Están notados de envidiosos; mas nosotros no hemos visto en ellos sino buena fe, amor de la justicia y de la hospitalidad, y esmero en socorrer á los infelices, á quienes la necesidad obliga á andar de ciudad en ciudad. Huyen de la ociosidad; detestan las ganancias ilícitas, y viven contentos con su suerte. No hay lugar en toda la Beocia, donde los viageros tengan que temer menos extorsiones. A mí me parece haber descubierto el secreto de sus virtudes; y es que prefieren la agricultura á las demas artes.

Tienen tanto respeto á los dioses, que no les edifican templos, sino en sitios separados de las habitaciones de los mortales. Pretenden que Mercurio los libró una vez de la peste, llevando sobre sus hombros un carnero al rededor de la ciudad; y por eso lo han representado en el templo bajo esta figura; y el dia de su fiesta se renueva esta ceremonia por el mancebo de mas bella presencia; porque los Griegos están persua-

didos á que los homenages tributados á los dioses, les son mas agradables, cuando los presenta la juventud y la hermosura.

Corina era de Tanagra; se dedicó á la poesía con adelantamientos: vimos su sepulcro en el lugar mas público de la ciudad, y su retrato en el gimnasio. Cuando se leen sus obras, se pregunta por qué en los combates de poesía fueron preferidas tantas veces á las de Píndaro; mas cuando se mira su retrato, se pregunta que por qué no lo fueron siempre.

Los Tanagros, como los demas pueblos de la Grecia, son muy apasionados á los combates de gallos. Estos animales son allí de un tamaño y hermosura incomparables; pero parece que están destinados mas bien á destruir su especie que á propagarla, porque no respiran mas que guerra. Los llevan á muchas ciudades; los echan á luchar unos con otros, y para hacer mas mortífera su ira, les arman los espolones con puntas de metal.

Salimos de Tanagra, y despues de haber andado doscientos estadios *, por un camino quebrado y malo, llegamos á Platea, ciudad poderosa en otro tiempo, y hoy sepultada bajo sus ruinas. Estaba situada al pie del monte Citeron,

* Siete leguas y media (seis leguas y media poco mas de España).

en la hermosa llanura que baña el Asopo, donde fué derrotado Mardonio al frente de trescientos mil persas. Los de Platea se distinguieron tanto en esta batalla, que los demas griegos, así para reconocer su valor, como para evitar toda envidia les cedieron la principal gloria. Instituyeron fiestas para perpetuar la memoria, y se decidió que cada año se renovasen en ellas, las ceremonias fúnebres, en honor de los griegos que habian muerto en la batalla.

Esta clase de instituciones se ha multiplicado entre los Griegos; porque saben que no bastan los monumentos para eternizar las acciones distinguidas, ó á lo menos, para producir otras semejantes. Estos monumentos perecen, ó no se conocen, y comunmente no prueban mas que el talento del artista, y la vanidad de los que los mandaron construir. Pero unas asambleas generales y solemnes, en que cada año se recitan en alta voz los nombres de los que se han presentado á morir: en que los mas elocuentes oradores pronuncian el elogio de su valor: en que la patria ufana de haberles dado el ser, va á derramar lágrimas sobre su sepulcro; ved aquí el mas digno homenage que se puede conceder al valor, y ved tambien aquí el orden que observaban los Plateenses al renovarle.

Al amanecer, abria la marcha un trompeta,

tocando paso de ataque: se veian venir sucesivamente muchos carros llenos de coronas y de ramas de mirto: un toro negro, seguido de mancebos, que llevaban en vasos, leche, vino y varias clases de perfumes; en fin, el primer magistrado de los Plateenses, vestido de púrpura, con un vaso en una mano, y una espada en la otra. La pompa atravesaba la ciudad; y en llegando al campo de batalla, sacaba el magistrado agua de una fuente inmediata, lavaba los cipos ó columnas levantadas sobre los sepulcros, los regaba con perfumes ó aguas de olor, sacrificaba el toro; y despues de haber dirigido ciertas oraciones á Júpiter y á Mercurio, convidaba á las libaciones á las sombras de los guerreros que habian muerto en el combate: despues llenaba de vino una copa, derramaba una parte, y decia en alta voz: « yo bebo por « estos valientes guerreros, que murieron por « la libertad de la Grecia. »

Despues de la batalla de Platea, los habitantes de esta ciudad se unieron á los Atenienses, y sacudieron el yugo de los Tebanos, que se tenian por sus fundadores, y quienes desde este momento se volvieron sus mas implacables enemigos. Tan adelante llegó su odio, que habiéndose juntado á los Lacedemonios en la guerra del Peloponeso, estos acometieron á la ciudad de Platea, y la destruyeron enteramente. A po-

co volvió á poblarse; y como siempre estaba unida á los Atenienses, la volvieron á tomar los Tebanos; y hace diez y siete años que la destruyeron enteramente. En el dia no queda de ella mas que los templos, respetados por los vencedores, algunas casas, y un gran parador para los que llegan allí á ofrecer sacrificios. Este es un edificio que tiene doscientos pies de largo, y otros tantos de ancho, con muchos cuartos en el piso bajo y principal.

Vimos el templo de Minerva, construido con los despojos de los Persas, ganados en la batalla de Maraton. Polignoto representó en él la vuelta de Ulises á sus Estados, y la carnicería que hizo en los amantes de Penélope; y Onatas pintó la primera expedicion de los Argivos contra los Tebanos. Estas pinturas conservan todavía toda su frescura. La estatua de la diosa es obra de Fidias, y de un tamaño extraordinario: es de madera dorada; pero el rostro, manos y pies son de marmol.

Vimos en el templo de Diana el sepulcro de un ciudadano de Platea, llamado Euquidas. Con este motivo nos dijeron, que despues de la derrota de los Persas, mandó el oráculo á los Griegos, que apagasen el fuego de que se servian, porque habia sido amancillado por los bárbaros, y que viniesen á Delfos á buscar el que habian de usar de allí adelante en sus sacri-

ficios. En consecuencia se apagaron todos los fuegos del pais. Salió luego Euquidas para Delfos: tomó fuego del altar, y habiendo vuelto el mismo dia á Platea, antes de ponerse el sol, espiró algunos momentos despues. Anduvo á pie mil estadios *. Esta ligereza espantará sin duda á los que no saben, que los Griegos se ejercitan singularmente en la carrera, y que las mas de las ciudades mantienen corredores acostumbrados á andar en un dia espacios inmensos.

Pasamos despues por el lugar de Leuctres y la ciudad de Tespis, que debieron su celebridad á grandes desastres. Cerca del primero se habia dado algunos años antes aquella sangrienta batalla que echó por tierra el poder de Lacedemonia: la segunda fué destruida como Platea en la última guerra, y los Tebanos no respetaron sino los monumentos sagrados. Dos de estos fijaron nuestra atencion: el templo de Hércules, servido por una sacerdotisa, que está obligada al celibato de por vida, y la estatua de aquel Cupido, que á veces lo equivoca uno con el Amor: este no es mas que una piedra informe, y como se saca de la cantera; porque de esta

* Treinta y siete leguas y dos mil toesas (33 leguas y 250 pasos de España).

manera se representaban antiguamente los objetos del culto público.

Fuimos á hacer noche á un lugar llamado Ascra, distante de Tespis cerca de cuarenta estadios *; aldea de mansion insufrible en estio y en invierno; pero es la patria de Hesiodo.

Al dia siguiente, un sendero estrecho nos condujo al bosque sagrado de las Musas: á la subida nos paramos á la orilla de la fuente Aganipe; despues cerca de la estatua de Lino, uno de los poetas mas antiguos de la Grecia, que está colocada en una gruta, como en un pequeño templo. Nuestras miradas recorrian con placer, á derecha é izquierda, las muchas moradas que los habitantes del campo han construido en estas alturas.

Penetrando luego en hermosas avenidas, nos creimos trasladados á la corte brillante de las Musas: aquí es en efecto donde su poder é influencia se anuncian de un modo extraordinario, por los monumentos que adornan estos sitios solitarios, y parecen animarlos. Continuamente se ofrecen á los ojos del espectador sus estatuas trabajadas por los artistas mas céle-

* Cerca de legua y media (poco mas de una legua y cuarto de España).

bres. Aquí se disputan una lira Apolo y Mercurio; allí respiran todavía los poetas y músicos famosos. Tamiris, Arion, Hesiodo y Orfeo, al rededor del cual están muchas figuras de animales silvestres, atraidos por la dulzura de su voz.

Por todas partes se levantan trípodes de bronce, noble recompensa de los talentos coronados en los combates de poesía y de música. Los vencedores mismos son los que las consagraron en estos sitios; sobresaliendo entre ellas la que Hesiodo ganó en Calcis de Eubea. En otro tiempo venian los Tespienses todos los años á este bosque sagrado á distribuir estos premios, y á celebrar ciertas fiestas en honor de las Musas y del Amor.

Mas arriba del bosque corren por entre orillas floridas, un arroyuelo llamado Permeso, la fuente de Hipocrene, y la de Narciso, en que se pretende que espiró de amor este joven, obstinándose en contemplar su imagen en las aguas tranquilas de esta fuente.

Estábamos entonces sobre el Helicon, sobre aquel monte afamado por la pureza del aire, la abundancia de aguas, la fertilidad de sus valles, la frescura de sus sombras, y belleza de los árboles antiguos que le cubren. Los aldeanos de aquellas inmediaciones nos aseguraron, que las plantas eran tan saludables, que las serpientes no tienen veneno cuando se alimentan

de ellas. Encuentran una dulzura exquisita en los frutos de sus árboles, y sobre todo en el de la endrina.

Las Musas reinan sobre el Helicon. La historia de ellas solo ofrece tradiciones absurdas; pero sus nombres indican su origen. En efecto, parece que los primeros poetas, pasmados de la belleza de la naturaleza, se dejaron llevar de la necesidad de invocar las ninfas de los bosques, de los montes y fuentes; y que cediendo al gusto de la alegoría, que entonces era comun, las designaron por nombres relativos al influjo que podian tener sobre las producciones del entendimiento. Al principio solamente tuvieron tres musas, Meleté, Mnemé, y Aedé; es decir la *meditacion* ó la reflexion que se debe poner en el trabajo, la *memoria* que eterniza los hechos memorables, y el *canto* que acompaña la relacion de ellos. A proporcion que el arte de los versos adelantó, fueron personificando los caracteres y los efectos. Creció el número de las musas, y los nombres que entonces recibieron, se adécuaron á los encantos de la poesía, á su origen celestial, á la belleza de su lenguage, á los placeres que proporciona, á los cantos y danza que la ensalzan, y á la gloria con que es coronada *. En lo sucesivo se les asociaron las

* Erato, significa *la amable*; Urania, *la celeste*; Caliope pue-

Gracias que deben adornar la poesía, y el Amor que comunmente es su objeto.

Estas ideas nacieron en un pais bárbaro, como es la Tracia, donde en medio de la ignorancia, se dejaron ver repentinamente Orfeo, Lino y sus discípulos. Las Musas fueron honradas allí sobre los montes de la Pieria; y extendiendo desde allí sus conquistas, se establecieron sucesivamente sobre el Pindo, el Parnaso y el Helicon; y en todos los lugares solitarios, donde los pintores de la naturaleza, rodeados de las imágenes mas risueñas, experimentaban el fuego de la inspiracion divina.

Dejamos estos sitios retirados y deliciosos, y fuimos á Lebadea, situada al pie de un monte, de donde sale el arroyuelo de Hercine, que en su caida forma muchas cascadas. La ciudad presenta por todas partes monumentos de la magnificencia y gusto de sus habitantes; los que vimos con mucho gusto; pero teniamos mayor deseo de ver la caverna de Trofonio, uno de los mas célebres oráculos de la Grecia : una indiscrecion de Filotas nos impidió bajar á ella.

Una tarde que habiamos comido en casa de

de designar *la elegancia del lenguage;* Euterpe, *la que agrada;* Talía, *la alegría viva, y sobre todo la que reina en los festines;* Melpómene, *la que gusta de cantos;* Polimnia, *la multitud de cantos;* Tersícore, *la que gusta de la danza;* Clio, *la gloria.*

uno de los principales de la ciudad, recayó la conversacion sobre las maravillas obradas en esta misteriosa caverna. Filotas manifestó algunas dudas, y añadió que estos hechos maravillosos no eran, por lo ordinario, mas que efectos naturales. Estando yo una vez en un templo, añadió, la estatua del dios parecia cubierta de sudor: el pueblo vociferaba este prodigio; mas luego supe que aquella estatua era de una madera que tenia la propiedad de sudar por intervalos. Apenas pronunció estas palabras, cuando vimos ponerse pálido á uno de los convidados, y salirse á poco rato despues: este era uno de los sacerdotes de Trofonio; y nos aconsejaron que no nos expusiéramos á su venganza, metiéndonos en un subterraneo, cuyas revueltas solo sabian sus ministros *.

Algunos dias despues, sabedores de que un tebano iba á bajar á la caverna, tomamos el camino del monte, en compañía de algunos amigos, y tras una muchedumbre de habitantes de Lebadea. Llegamos luego al templo de Trofonio, situado en medio de un bosque, igualmente con-

* Poco tiempo despues del viage de Anacarsis á Lebadea, vino uno de la comitiva del rey Demetrio á consultar al oráculo. Los sacerdotes desconfiaron de sus intenciones. Se le vió entrar en la cueva, y no se le vió salir. Algunos dias despues fué echado su cuerpo fuera de la cueva, por una salida diferente de aquella por donde se entraba comunmente.

sagrado á él. La estatua, que lo representa bajo la forma de Esculapio, es obra de Praxíteles.

Trofonio era un arquitecto, que junto con su hermano Agámedes, edificó el templo de Delfos, Unos dicen que abrieron una salida secreta para robar por la noche los tesoros que se depositasen en él; y que habiendo sido cogido Agámedes en una trampa puesta de propósito, le cortó Trofonio la cabeza para evitar toda sospecha, y algun tiempo despues se lo tragó la tierra. Otros dicen, que habiendo acabado el templo los dos hermanos, pidieron á Apolo una recompensa: que el dios les respondió, que la recibirian siete dias despues, y que pasado el séptimo dia, hallaron la muerte en un sueño apacible. No hay menor variedad sobre los motivos que grangearon á Trofonio los honores divinos. Casi todos los objetos del culto de los Griegos, tienen orígenes imposibles de aclarar, é inútiles de examinar.

El camino que hay desde Lebadea á la caverna de Trofonio, está lleno de templos y de estatuas. Esta caverna, abierta un poco mas arriba del bosque sagrado, ofrece desde luego á la vista una especie de vestíbulo, cercado de unos balaustres de marmol blanco, sobre los cuales se levantan obeliscos de bronce. Desde allí se entra en una gruta abierta á pico, de ocho codos de

altura y cuatro de ancha *; y allí es donde se encuentra la boca de la caverna: se baja á ella por una escalera; y en llegando á cierta profundidad, no se halla mas que un agujero muy estrecho, por donde hay que meter los pies; y cuando con mucho trabajo se ha metido el resto del cuerpo, se siente uno arrastrar con la rapidez de un torrente hasta el fondo del subterraneo. Si se trata de salir, es uno lanzado otra vez, con la cabeza abajo, con la misma fuerza y velocidad. Las composiciones de miel que hay que llevar, no permiten echar las manos á los resortes empleados en la maniobra de bajada y subida; mas para alejar toda sospecha de supercheria, suponen los sacerdotes que la caverna está llena de serpientes, y que el modo de librarse de ellas es echarles tortas de miel.

Nadie puede entrar en la caverna sino por la noche, despues de muchas preparaciones, y previo un examen riguroso. Tersidas, que este era el nombre del tebano que venia á consultar al oráculo, habia pasado algunos dias en una capilla consagrada á la Fortuna y al buen Genio, usando de baños frios, absteniéndose del vino y de todas las cosas vedadas por el ritual, y ali-

* Altura once pies y cuatro pulgadas; y anchura cinco pies y ocho pulgadas: (altura 13 pies, 2 pulgadas y 6 lineas; y anchura 6 pies, 7 pulgadas y 3 lineas de España.

mentándose con las víctimas que él mismo habia ofrecido.

Al anochecer se sacrificó un carnero; y habiendo los adivinos examinado sus entrañas, como habian hecho en los sacrificios anteriores, declararon que Trofonio aceptaba el homenage de Tersidas, y responderia á sus preguntas. Lleváronle á las márgenes del arroyo de Hercine, donde dos muchachos, como de trece años, le frotaron con aceite, é hicieron varias abluciones. De allí le llevaron á dos fuentes vecinas, una de las cuales se llama la de Leté, y la otra de Mnemósina: la primera borra la memoria de lo pasado: la segunda graba en el espíritu lo que se ve ú oye en la caverna. Despues le dejaron solo en una capilla, donde hay una estatua de Trofonio, á la que Tersidas hizo oracion, y se fué hácia la caverna vestido con una ropa de lino. Nosotros le seguimos á la debil luz de las hachas que le precedian: entró en la gruta, y desapareció de nuestra vista.

Mientras volvia, estuvimos oyendo las conversaciones de los otros espectadores, entre quienes se hallaban muchos que habian estado en el subterraneo: unos decian que nada habian visto; pero que el oráculo les habia dado su respuesta de viva voz: otros al contrario, nada habian oido; pero habian tenido apariciones que les aclararon sus dudas. Un ciudadano de Leba-

dea, nieto de Timarco, y discípulo de Sócrates, nos refirió lo que habia sucedido á su abuelo, que lo habia oido al filósofo Cebes de Tebas, quien se lo habia referido casi con las palabras mismas de Timarco.

Yo vine, contaba Timarco, á preguntar al oráculo, qué se debia pensar del genio de Sócrates. Al principio no hallé en la caverna mas que una oscuridad profunda. Estuve mucho tiempo echado en tierra, dirigiendo mis súplicas á Trofonio. sin saber si dormia ó estaba despierto, cuando de improviso oí unos sonidos agradables, mas no articulados, y ví una infinidad de islas grandes, iluminadas con una luz suave, que á cada momento mudaban de lugar y de color, dando vueltas al rededor, y flotando sobre un mar en cuyo extremo se precipitaban dos torrentes de fuego. Cerca de mí estaba abierto un abismo inmenso, donde parecian hervir densos vapores, y del fondo de esta sima salian ahullidos de animales, mezclados confusamente con gritos de niños, y gemidos de hombres y mugeres.

Mientras todos estos objetos de terror dominaban mi alma, oí una voz desconocida, que me decia con tono lúgubre : ¿qué es lo que quieres saber Timarco? Yo respondí, sin saber lo que decia : todo, porque todo me parece aquí admirable. La voz continuó : las islas que ves á lo lejos, son las regiones superiores que obedecen

á otros dioses; pero tú puedes recorrer el imperio de Proserpina, que gobernamos nosotros, y está separado de aquellas regiones por el Estigio. Yo pregunté qué era el Estigio, y la voz respondió: es el camino que conduce á los infiernos, y la linea que separa las tinieblas de la luz.

Entonces me explicó la generacion y revoluciones de las almas, y añadió: las que están amancilladas con delitos, caen, como ves, en el abismo, y van á disponerse para nacer de nuevo. Yo no veo, le dije, mas que estrellas que saltan sobre los bordes del abismo, unas que bajan, y otras que suben. Esas estrellas, continuó la voz, son las almas, y de ellas pueden distinguirse tres especies: unas que habiéndose sumergido en los deleites, dejaron apagar las luces naturales; otras que habiendo luchado alternativamente con las pasiones y con la razon, no fueron ni del todo puras, ni del todo corrompidas; y otras que habiendo tomado á la razon por guia, conservaron todos los rasgos de su origen. Las primeras las ves en esas estrellas que te parecen apagadas; las segundas en aquellas cuyo resplandor está oscurecido con vapores que parece quieren sacudir; las terceras en las que brillan con una luz viva, y se levantan sobre las demas: estas últimas son los genios; estos animan á aquellos dichosos mortales que

tienen un comercio íntimo con los dioses.

Despues de haber declarado algo mas estas ideas, me dijo la voz: mancebo, dentro de tres meses entenderás mejor esta doctrina: por ahora puedes irte. Dicho esto, calló: yo quise volverme, para ver de donde venia; pero al punto sentí un gran dolor de cabeza, como si me la comprimiesen con violencia; caí en un desmayo; y cuando empecé á volver en mí, me hallé fuera de la caverna. Tal era la relacion de Timarco. Su nieto añadió: que su abuelo habia muerto tres meses despues de haber vuelto á Atenas, como el oráculo lo habia anunciado.

Pasamos la noche y una parte del dia siguiente en oir semejantes relaciones; las que cotejadas, nos fué facil ver que los ministros del templo se introducian en la caverna por caminos secretos, y juntaban la violencia á los prestigios, para turbar la imaginacion de los que venian á consultar al oráculo.

Están estos en la caverna mas ó menos tiempo; y algunos no vuelven hasta despues de pasadas dos noches y un dia. Era ya medio dia; Tersidas no parecia, y nosotros andábamos al rededor de la caverna. Una hora despues vimos correr la gente hácia la balaustrada; acudimos nosotros, y descubrimos al tebano, á quien sostenian los sacerdotes, y lo sentaron en una silla, que se llama la silla de Mnemósina, donde debia de-

cir lo que habia visto y oido en el subterraneo. Estaba lleno de horror; con los ojos amortiguados, sin conocer á nadie. Despues de haber recogido de su boca algunas palabras interrumpidas, que tomaron por la respuesta del oráculo, lo llevaron los que venian con él á la capilla del buen Genio y de la Fortuna. Allí fué volviendo en sí poco á poco; pero no le quedaban mas que ideas confusas de su mansion en la caverna, y quizá una impresion terrible de lo que habia experimentado; porque no se consulta á este oráculo impunemente. La mayor parte de los que salen de la caverna, conservan toda su vida un fondo de melancolía que con nada se puede superar; lo que ha dado lugar á un proverbio; y así se dice de un hombre muy melancólico: viene de la caverna de Trofonio. Entre el gran número de oráculos que se hallan en Beocia, no hay ninguno donde la bellaquería sea mas grosera, ni mas clara; y así no hay ninguno que sea mas frecuentado.

Bajamos de la montaña, y algunos dias despues tomamos el camino de Tebas. Pasamos por Queronea, cuyos habitantes tienen por objeto principal de su culto, el cetro que Vulcano fabricó por orden de Júpiter, y que de Pélope pasó sucesivamente á manos de Atreo, de Tiestes y de Agamenon. No le adoran en un templo, sino en la casa de un sacerdote, donde todos los dias

le hacen sacrificios, y le mantienen una mesa bien servida.

Desde Queronea, fuimos á Tebas, pasando por bosques, colinas, campiñas fértiles y muchos riachuelos. Esta ciudad, una de las mas considerables de la Grecia, está cercada de murallas, y defendida por torres. Se entra á ella por siete puertas: su circuito* es de cuarenta y tres estadios**. La ciudadela está situada en una eminencia donde se establecieron los primeros habitantes de Tebas, y de donde nace un manantial de aguas, que desde tiempos muy antiguos condujeron á la ciudad por conductos subterraneos.

Sus inmediaciones están hermoseadas por dos rios, praderas y jardines: sus calles no están á

* En la descripcion en verso del estado de la Grecia por Dicearco, se dice que el recinto de la ciudad de Tebas tenia cuarenta y tres estadios, esto es, una legua y 1,563 toesas, (1 legua y 1,680 pasos de España). En la descripcion en prosa del mismo autor (p. 14 se dice que tenia 70 estadios, esto es, dos leguas y 1,615 toesas (2 leguas y 1,257 pasos de España). Se ha supuesto en este último texto una falta del copista. Igualmente se podria suponer que el autor habla en el primer pasage, del recinto de la ciudad baja, y que en el segundo comprende la ciudadela.

Dicearco no habla de Tebas destruida por Alejandro, que es de la que se trata en esta obra. Pero como Pausanias asegura, que Casandro restableciéndola, habia hecho levantar los muros antiguos, parece que la vieja y la nueva tenian el mismo circuito.

** Una legua y mil quinientas sesenta y tres toesas: (1 legua y 1,686 pasos de España).

cordel, como sucede en casi todas las ciudades de la antigüedad. Entre las magnificencias que decoran los edificios públicos, hay estatuas de la mayor belleza. Admiré en el templo de Hércules la estatua colosal de este dios, hecha por Alcameno, y sus trabajos, obra de Praxiteles; en el de Apolo Ismenio, el Mercurio de Fidias, y la Minerva de Escopas. Como habia algunos de estos monumentos erigidos á tebanos ilustres, buscaba yo la estatua de Píndaro, á lo que me respondieron: no la tenemos; pero ved aquí la de Cleon; que fué el cantor mas diestro de su siglo. Me acerqué, y leí en la inscripcion que Cleon habia ilustrado á su patria.

En el templo de Apolo Ismenio, entre muchas trípodes de bronce, la mayor parte de excelente trabajo, se ve una de oro, regalada por Creso, rey de Lidia. Estas trípodes son ofrendas que hacen los pueblos y los particulares: en ellas se queman perfumes; y como son de figura agradable, sirven de ornamento en los templos.

Hay aquí, como en la mayor parte de las ciudades de la Grecia, un teatro, un gimnasio ó lugar de ejercicio para la juventud, y una plaza pública, la que está cercada de templos y otros muchos edificios, cuyas paredes están cubiertas de armas quitadas por los Tebanos á los Atenienses en la batalla de Delio: del resto de los despojos construyeron en el mismo sitio un sober-

bio pórtico adornado con muchas estatuas de bronce.

La ciudad está muy poblada*; sus habitantes están divididos, como los de Atenas en tres clases: en la primera están los ciudadanos; en la segunda los extrangeros regnícolas, y en la tercera los esclavos. Dos partidos, enconados uno contra otro, han ocasionado varias veces revoluciones en el gobierno. Los unos, de acuerdo con los Lacedemonios, estaban por la oligarquía; los otros, favorecidos por los Atenienses, querian la democracia. Hace algunos años que prevalecen estos últimos, y la autoridad reside absolutamente en manos del pueblo.

Tebas es no solamente el baluarte de la Beocia, sino que puede decirse que es la capital. Hállase á la cabeza de una gran confederacion, compuesta de las principales ciudades de la Beocia. Todas ellas tienen derecho de enviar dipu-

* Acerca del número de los habitantes de Tebas, solamente se puede tener una aproximacion. Cuando Alejandro tomó esta ciudad, perecieron mas de seis mil personas, y mas de treinta mil fueron vendidas como esclavos. Se perdonó á los sacerdotes, y á todos los que habian tenido relaciones de hospitalidad ó de interes con Alejandro, ó con su padre Filipo. Muchos ciudadanos huirian sin duda. Por consiguiente se puede presumir que el número de los habitantes de Tebas y de su distrito, podia subir á cincuenta mil personas de todo sexo y edad, sin comprender los esclavos. M. el baron de Sainte-Croix tiene esta relacion por exagerada. Yo me atrevo á no ser de su opinion.

tados á la dieta, donde se arreglan los negocios de la nacion, despues de haberlos tratado en cuatro consejos diferentes. Presiden estas dietas once gefes, conocidos con el nombre de beotarcos, á quienes la misma dieta les concede el poder que tienen: influyen mucho en las deliberaciones, y por lo comun tienen el mando de los ejércitos. Este poder seria peligroso si fuese perpetuo; y así están los beotarcos obligados, bajo la pena de muerte, á deponer su poder al fin del año, aun en el caso de hallarse al frente de un ejército victorioso, y á punto de conseguir grandes ventajas.

Todas las ciudades de la Beocia tienen pretensiones y títulos legítimos á la independencia; pero á pesar de los esfuerzos de estas y de otros pueblos de la Grecia, nunca han querido los Tebanos dejarlas gozar de una entera libertad. Para con las ciudades fundadas por ellos, hacen valer los derechos que ejerce la metrópoli sobre las colonias: á las demas les oponen la fuerza, que comunmente es el primero de los títulos; ó la posesion, que es el mas aparente de todos. Los Tebanos han destruido á Tespis y á Platea, por haberse apartado de la liga beociana, cuyas operaciones arreglan al presente, y que puede poner sobre las armas mas de veinte mil hombres. Esta potencia es tanto mas temible, cuanto los Beocios por lo comun son valientes, aguer-

ridos, y orgullosos con las victorias que ganaron en tiempo de Epaminondas: tienen una grandísima fuerza corporal, que aumentan continuamente con los ejercicios del gimnasio.

El pais que habitan, es mas fertil que la Atica, y produce mucho y excelente trigo: la ventajosa situacion de sus puertos les proporciona comerciar, por un lado con la Italia, Sicilia y Africa; y por el otro con Egipto, la isla de Quipre, la Macedonia y el Helesponto.

Ademas de las fiestas que les son comunes, y los reunen en los campos de Coronea, cerca del templo de Minerva, celebran otras particulares en cada ciudad, y los Tebanos han instituido muchas, de que fuí testigo; pero no haré mencion mas que de una ceremonia practicada en la fiesta de los ramos de laurel. Esta era una pompa ó procesion que ví llegar al templo de Apolo Ismenio. El ministro de este dios se muda todos los años, y debe reunir en sí la hermosura, la juventud y el nacimiento. Presentábase en esta procesion con una corona de oro en la cabeza, un ramo de laurel en la mano, los cabellos sueltos sobre los hombros, y una ropa magnífica: seguíale un coro de doncellas, tambien con ramos en las manos, y cantando himnos. Delante de él iba un mancebo de su familia, que llevaba en la mano una rama grandísima de oliva, cubierta con flores y hojas de laurel, rematando

en un globo de bronce, que representaba al sol. De este globo colgaban muchas bolitas del mismo metal, para designar otros astros, y trescientas sesenta y cinco banderillas teñidas de púrpura, que señalaban los dias del año: por último la luna estaba figurada por un globo menor que el primero, y puesto debajo. Como la fiesta era en honor de Apolo ó del sol, habian querido representar, con este trofeo, la preeminencia de este astro sobre los demas. Esta solemnidad se habia establecido con motivo de cierta ventaja lograda en otro tiempo sobre los habitantes de la ciudad de Arné.

Entre las leyes de los Tebanos hay algunas que merecen ser citadas. Una de estas prohibe elevar á la magistratura á todo ciudadano, que diez años antes no hubiese dejado el comercio por menor: otra impone una multa á los pintores y escultores que en sus obras falten á la decencia: otra prohibe exponer los hijos recien nacidos, como se hacia en algunas otras ciudades de la Grecia. Para ello debe el padre presentarlo al magistrado, probando que no se halla en disposicion de criarlo: el magistrado lo da, por un corto precio, al ciudadano que quiere comprarle, y despues le pone en el número de sus esclavos. Los Tebanos conceden la facultad del rescate á los cautivos que pone en sus manos la suerte de las armas, con tal que no hayan na-

cido en Beocia, pues entonces les dan la muerte.

El aire es muy puro en la Atica, y muy cargado en Beocia, no obstante que este último pais no esté separado del primero sino por el monte Citeron. Parece que esta diferencia produce otra semejante en los espíritus, y confirma las observaciones de los filósofos sobre la influencia del clima; porque generalmente hablando, los Beocios carecen de aquella penetracion y vivacidad que caracteriza á los Atenienses; pero acaso se deberá acusar mas bien á la educacion que á la naturaleza. Si parecen tardos y estúpidos, es porque son ignorantes y toscos; y como se ocupan mas en los ejercicios del cuerpo que en los del alma, no tienen ni el don de la palabra, ni las gracias de la elocucion, ni los conocimientos que se adquieren en el comercio de las letras, ni aquellas exterioridades seductoras que vienen mas del arte que de la naturaleza.

Sin embargo no se ha de creer que la Beocia haya sido esteril en hombres de talento, pues muchos tebanos han hecho honor á la escuela de Sócrates: Epaminondas no se distinguia menos por sus conocimientos, que por sus talentos militares. En mi viage traté con muchos sugetos muy instruidos, entre otros Anaxis y Dionisiodoro, que estaban componiendo una nueva historia de la Grecia. En fin, en Beocia nacieron Hesiodo, Corina y Píndaro.

Hesiodo dejó un nombre célebre, y obras muy estimadas. Como se le ha supuesto contemporaneo de Homero, han creido algunos que era su rival; pero Homero no podia tener rivales.

La Teogonía de Hesiodo, como la de muchos escritores antiguos de la Grecia, no es mas que un tejido de ideas absurdas, ó de alegorías impenetrables.

La tradicion de los pueblos, situados cerca del Helicon, no admite las obras que se le atribuyen, á excepcion de una Epístola dirigida á su hermano Perses, que le exhorta al trabajo. Le cita el ejemplo de su padre, que mantenia su familia exponiendo muchas veces su vida sobre un barco mercante, y que al fin de sus dias dejó la ciudad de Cuma en Eólide, y vino á establecerse cerca del Helicon. Ademas de muchas reflexiones sanas sobre los deberes del hombre, y muy desconsoladoras sobre su injusticia, Hesiodo sembró en este escrito bastantes preceptos sobre la agricultura, mucho mas interesantes, porque ningun autor habia tratado antes de este arte.

No viajó, y cultivó la poesía hasta una extrema vejez. Su estilo elegante y armonioso lisonjea agradablemente el oido, y se resiente de aquella sencillez antigua, que no es otra cosa que una proporcion exacta entre el asunto, los pensamientos, y las expresiones.

Hesiodo sobresale en aquel género de poesía que pide poca elevacion; Píndaro en el que pide la mayor. Florecia este último en tiempo de la expedicion de Xerxes, y vivió cerca de sesenta y cinco años. Tomó lecciones de poesía y música con diferentes maestros, y en particular de Mirtis, muger distinguida por sus talentos, mas célebre todavía por haber contado entre sus discípulos á Píndaro y á la hermosa Corina. Estos dos discípulos vivieron unidos, á lo menos en el amor de las artes. Píndaro, mas joven que Corina, miraba como una obligacion el consultarla; y habiéndole oido que la poesía debe enriquecerse con las ficciones de la fábula, comenzó así una de sus piezas: « ¿debo yo cantar el rio « Ismeno, la ninfa Melia, Cadmo, Hércules, Baco, « etc.? » Todos estos nombres estaban acompañados de epítetos. Corina le dijo sonriéndose: « habeis tomado un costal de trigo para sem- « brar una heredad, y en lugar de sembrar con « la mano, á los primeros pasos habeis vaciado » el saco. »

Píndaro se ejercitó en todos los géneros de poesía, y debió su reputacion principalmente á los himnos que le pedian, ya para honrar las fiestas de los dioses, ya para ensalzar el triunfo de los vencedores en los juegos de la Grecia.

Acaso no hay cosa mas trabajosa que semejantes encargos. El tributo de elogios que se exi-

ge del poeta, debe estar pronto para el dia señalado: los asuntos que tiene que pintar, son siempre los mismos, y siempre está expuesto á ser inferior ó superior á ellos; mas Píndaro se habia penetrado de un sentimiento que no conocia estos ligeros estorbos, y extendia su vista mucho mas allá de los límites en que está circunscrita la nuestra.

Su ingenio vigoroso é independiente nunca se presenta sino con movimientos irregulares, nobles é impetuosos. Si va á cantar los dioses, se levanta como un águila hasta el pie de sus tronos: si canta los hombres, se precipita en la lid como un caballo fogoso: en los cielos, sobre la tierra, hace correr, por decirlo así, un torrente de imágenes sublimes, de metáforas atrevidas, de pensamientos fuertes, y de máximas *luminosas*.

¿Por qué se ve algunas veces á este torrente salir de madre, volver á ella, volver á salir con mas furor, y volver á ella para acabar plácidamente su carrera? Es porque Píndaro entonces, semejante á un leon que se lanza una y otra vez sobre senderos apartados, y no descansa sino despues de haber cogido la presa, persigue con ahinco un objeto que aparece y desaparece de su vista. Corre, vuela en pos de las huellas de la gloria, atormentado de la necesidad de manifestarla á su nacion; y cuando no resplandece bas-

tante en los vencedores que celebra, va á buscarla en sus abuelos, en su patria, en los institutores de los juegos, en todas las partes donde lucen algunos de sus rayos, y sabe juntarlos á los demas con que corona sus heroes: á su aspecto cae en un delirio, que no es dueño de contener: compara su esplendor con el del astro del dia; pone al hombre que los ha recogido en la cima de la felicidad; si este hombre junta las riquezas á la belleza, le pone sobre el mismo trono de Júpiter; y para precaverle del orgullo, no tarda en recordarle, que, revestido de un cuerpo mortal, será pronto la tierra su último vestido.

Un lenguage tan extraordinario era conforme al espíritu del siglo. Las victorias que los Griegos acababan de ganar á los Persas, los habian convencido de nuevo que ninguna cosa eleva mas las almas, que los testimonios de la pública estimacion. Aprovechándose Píndaro de las circunstancias; amontonando las expresiones mas enérgicas, las figuras mas brillantes, parecia tomar la voz del trueno para decir á los Estados de la Grecia: no dejeis apagar el fuego divino que arde en nuestros pechos: excitad todas las especies de emulacion; honrad todos los géneros de mérito: no espereis sino acciones de valor y grandeza del que solamente vive para la gloria. A los Griegos reunidos en los campos de Olim-

pia, les decia: mirad esos atletas; que por obtener en vuestra presencia algunas hojas de olivo, se han sujetado á tan recio trabajo. ¿ Pues qué no hareis vosotros, cuando sea menester vengar vuestra patria?

Aun en el dia mismo, los que asisten á las magníficas solemnidades de la Grecia, que ven á un atleta en el momento de su triunfo, le siguen cuando entra en la ciudad en que nació, oyen resonar al rededor de él aquel clamoreo, aquellas voces de admiracion y de alegría, mezcladas con los nombres de sus mayores, que merecieron las mismas distinciones, y de los dioses tutelares que procuraron tal victoria á su patria: todos estos, repito, lejos de sorprenderles las salidas y el entusiasmo de Pindaro, hallarán sin duda que su poesía, por mas sublime que sea, no iguala á la impresion que ellos mismos han experimentado.

Embelesado Píndaro con un espectáculo tan afectuoso como magnífico, tomó parte en el alborozo general, y haciéndolo pasar á sus pinturas, se constituyó el panegirista y dispensador de la gloria: con esto, ennoblecidas todas sus materias, recibieron un caracter de magestad. Tuvo que celebrar reyes ilustres, y ciudadanos oscuros: en unos y otros no atiende al hombre, sino al vencedor. Bajo el pretexto de que los elogios cansan prontamente al que no es objeto de

ellos, no se dilata en las calidades personales; pero como las virtudes de los reyes son títulos de gloria, los elogia por el bien que han hecho; y les muestra el que deben hacer. « Sed justos, « añade, en todas vuestras acciones, verídicos « en vuestras palabras *: pensad que teniendo « fijos los ojos sobre vosotros millares de testi- « gos, vuestra menor falta, seria un mal funes- « to. » De esta manera alababa Píndaro, sin prodigar el incienso, y sin conceder á todos el derecho de ofrecerle. « Las alabanzas, decia, « son el premio de las buenas acciones; con su « dulce rocío crecen las virtudes, como las « plantas con el rocío del cielo: mas solamente « pertenece al hombre de bien alabar á los hom- « bres de bien. »

No obstante la profundidad de sus pensamientos, y el desorden aparente de su estilo, se llevan siempre los votos sus versos. La multitud los admira sin entenderlos, porque le basta para esto, que pasen rápidamente, imágenes vivas por delante de sus ojos, como unos relámpagos; y que las palabras pomposas y retumbantes den golpes reiterados en sus oidos atónitos; pero los jueces ilustrados pondrán siempre al au-

* El modo con que Píndaro presenta estas máximas, puede dar una idea de lo atrevido de sus expresiones. « Gobernad, dice, « con el timon de la justicia; forjad vuestra lengua en el yunque « de la verdad. »

tor en el primer lugar de los poetas líricos; y los filósofos citan ya sus máximas, y respetan su autoridad.

En lugar de desmenuzar las bellezas que ha sembrado en sus obras, me he ceñido á indicar el sentimiento noble que las anima. Séame pues lícito decir como él: « yo tenia muchos dardos « que arrojar, y he escogido el que podia dejar « en el blanco, una señal honorífica. »

Me resta dar algunas nociones acerca de su vida y caracter; y para ello he sacado las principales, de sus escritos, en los que aseguran los Tebanos que se pinta á sí mismo. « Hubo un « tiempo en que el vil interes no amancillaba el « lenguage de la poesía. Deslumbre á otros aho- « ra el resplandor del oro: extiendan *cuanto* « quieran sus posesiones: yo no doy precio á las « riquezas, sino cuando, templadas y adorna- « das por las virtudes, nos ponen en disposicion « de cubrirnos de una gloria inmortal. Jamas « mis palabras van separadas de mi pensamien- « to. Amo á mis amigos; aborrezco á mi enemigo, « mas no le acometo con las armas de la calum- « nia y de la sátira. La envidia no logra de mí « mas que un desprecio que la humilla: mi ven- « ganza es abandonarla á la úlcera que le roe el « corazon. Jamas las voces débiles del ave tími- « da y envidiosa, detendrán al águila audaz que « se cierne en los aires.

« En medio del flujo y reflujo de alegrías y « pesares, que ruedan sobre la cabeza de los « mortales, ¿quién puede lisonjearse de una fe« licidad constante? He echado la vista en tor« no de mí, y viendo mas felicidad en la media« nía que en los demas estados, he compade« cido el destino de los poderosos, y he suplicado « á los dioses, que no me agobien con el peso « de tal prosperidad: yo ando por caminos sen« cillos, contento con mi estado, y querido de « mis conciudadanos: toda mi ambicion es agra« darles, pero sin renunciar el privilegio de ex« plicarme libremente sobre las cosas buenas y « las que no lo son. Con estas disposiciones me « acerco tranquilamente á la vejez: ¡dichoso, si « al llegar á los negros confines de la vida, dejo « á mis hijos la mas preciosa de las herencias, « un buen nombre! »

Cumpliéronse los deseos de Píndaro; pues vivió en el seno del reposo y de la gloria. Es verdad que los Tebanos le condenaron á una multa, por haber alabado á sus enemigos los Atenienses; y que en los combates de poesía las piezas de Corina fueron preferidas á las suyas por cinco veces; mas á estas tormentas pasageras, sucedian luégo dias alegres y serenos. Los Atenienses y todas las naciones de la Grecia le colmaron de honores; y Corina misma hacia justicia á la superioridad de su ingenio. En Del-

fos, cuando se celebraban los juegos píticos, obligado á ceder á las solicitudes de un grandísimo número de espectadores, se colocaba, coronado de laureles, en un asiento elevado, y tomando la lira, se oian aquellos sonidos encantadores, que excitaban por todas partes voces de admiracion, y hacian el adorno mas hermoso de las fiestas. Luego que se daba fin á los sacrificios, el sacerdote de Apolo le convidaba solemnemente al banquete sagrado. En efecto, por una distincion brillante y nueva, habia ordenado el oráculo reservarle una porcion de las primicias que se ofrecian en el templo.

Los de Beocia tienen mucha aficion á la música, y casi todos aprenden á tocar la flauta. Desde que ganaron la batalla de Leuctres, se entregan con mas ardor á los placeres de la mesa: tienen excelente pan, muchas legumbres y frutas, caza y pesca en bastante abundancia para llevarla á Atenas.

El invierno es friísimo en toda la Beocia, y casi insufrible en Tebas: la nieve, el viento, y la escasez de leña, hacen entonces aquella mansion tan terrible, como es agradable en el estio, así por la suavidad del aire que se respira, como por la suma frescura del agua de que abunda, y la vista risueña de los campos, que conservan largo tiempo su verdor.

Los Tebanos son valerosos, insolentes, atre-

vidos y vanos; pasan rápidamente de la ira al insulto, y del desprecio de las leyes al olvido de la humanidad. El menor interes da lugar á injusticias manifiestas, y el mas leve pretexto á asesinatos. Las mugeres son altas, bien formadas, rubias por lo comun; tienen nobleza en el andar, y visten con elegancia. En público se cubren la cara, de modo, que no se les ve mas que los ojos: llevan los cabellos anudados sobre la cabeza, y los pies oprimidos en chapines de color de púrpura, tan pequeños, que casi los dejan del todo descubiertos: tienen la voz infinitamente dulce y clara; la de los hombres es bronca, desagradable, y en cierto modo adecuada á su caracter.....

En vano se buscaria el distintivo de este caracter, en un cuerpo de jóvenes guerreros, que se llama el *Batallon sagrado*, que en número de trescientos, son educados en comunidad, y mantenidos en la ciudadela á expensas del público. Los melodiosos sonidos de una flauta dirigen sus ejercicios, y hasta sus diversiones. Para impedir que su valentía degenere en un ciego furor, les infunden en sus almas el sentimiento mas noble y mas vivo.

Cada uno de estos guerreros tiene que escoger en el cuerpo, un amigo á quien permanezca unido inseparablemente. Toda su ambicion es agradarle, merecer su estimacion, partir con

él sus placeres y sus penas en el discurso de la vida, y sus trabajos y peligros en los combates. Si fuera capaz de faltar á lo que se debe á sí mismo, no faltaria á lo que debe á un amigo, cuya censura le causa el mas cruel tormento, y cuyos elogios son sus mayores delicias. Esta union casi sobrenatural, hace preferir la muerte á la infamia, y el amor de la gloria á todos los demas intereses. En lo mas recio de un combate, cayó uno de estos guerreros boca abajo, y viendo que un soldado enemigo venia á clavarle la espada en los riñones, le dijo incorporándose: «espera: clávame ese hierro en el pecho; « pues mi amigo se avergonzaria, si llegase á « sospechar que he recibido la muerte huyendo.»

En otro tiempo distribuian estos guerreros por pelotones, al frente de las diferentes divisiones del ejército; pero Pelópidas, que tuvo muchas veces el honor de mandarlos, los hizo combatir en cuerpo, y los Tebanos les debieron casi todas las ventajas que lograron contra los Lacedemonios. Filipo destruyó en Queronea esta cohorte, invencible hasta entonces; y al ver este príncipe á aquellos jóvenes tebanos, tendidos en el campo de batalla, cubiertos de heridas honrosas, y abrazados unos con otros en el mismo puesto que habian ocupado, no pudo contener las lágrimas, y dió un testimonio patente á su virtud como á su valor.

Se ha observado que las naciones y las ciudades tienen, como las familias, un vicio ó defecto dominante, que al modo de ciertas enfermedades, pasan de generacion en generacion, con mayor ó menor energía: de aquí nacen los apodos que se ponen unas á otras, y que llegan á hacerse proverbios. Así es que los Beocios suelen decir que la envidia ha fijado su asiento en Tanagra, el amor de la usura en Orope, el espíritu de contradiccion en Tespis, la violencia en Tebas, la codicia en Antedon, el fingimiento en Coronea, la ostentacion en Platea, y la estupidez en Haliarta.

Saliendo de Tebas, pasamos por cerca de un gran lago, llamado Hílica, en el que desaguan los rios que riegan el territorio de la ciudad: de allí fuimos á las orillas del lago Copais, que fijó toda nuestra atencion.

Puede considerarse la Beocia como una concha grande, cercada de montes, cuyas diferentes sierras se unen por un terreno muy elevado. Otros montes se meten por lo interior del pais; los rios que bajan de ellos se reunen casi todos en el lago Copais, cuyo circuito es de trescientos ochenta estadios *, y que no tiene ni puede tener ninguna salida aparente; de manera que

* Catorce leguas y novecientas y diez toesas: (12 leguas y media, y 255 pasos de España).

inundaria muy pronto la Beocia, si la naturaleza, ó mas bien la industria de los hombres, no hubiera abierto conductos ocultos para las salidas de las aguas.

Por la parte mas inmediata al mar, se termina el lago en tres bahías, que se adelantan hasta el pie del monte Ptoo, sito entre el mar y el lago. Desde el fondo de cada una de estas bahías salen muchas minas que atraviesan el monte en toda su anchura: unas tienen treinta estadios de largo *, y otras mucho mas. Para hacerlas, ó para limpiarlas, abrieron de trecho en trecho del monte unos pozos, que nos parecieron sumamente profundos. Cuando se ve el terreno, aturde la dificultad de la empresa, y no menos espantan los gastos que ocasionaria, y el tiempo que debió gastarse en concluirla. Lo que sorprende tambien es, que estas obras, de que no queda memoria alguna ni en la historia, ni en la tradicion, deben de tener una antigüedad grandísima, y que en aquellos siglos remotos no se ve potencia alguna en Beocia, capaz de formar y acabar un proyecto tan grande.

Sea de esto lo que fuere, estas minas necesitan mucho gasto y cuidado para conservarse. En el dia están muy descuidadas **: la mayor

* Mas de una legua: (cerca de una legua de España).
** En tiempo de Alejandro se encargó á uno de Calcis que las limpiase.

parte se han cegado, y parece que el lago va adelantándose en la llanura. Es muy verosimil que el diluvio, ó mas bien la inundacion que hubo en Beocia en tiempo de Ogiges, no tuvo otro origen que el cegarse estos conductos subterraneos.

Despues de pasar por Oponte, y algunas otras ciudades de los Locrienses, llegamos al paso de las Termópilas. No sé qué temblor interior se apoderó de mí, al entrar en este famoso desfiladero, en donde cuatro mil griegos detuvieron por muchos dias el ejército innumerable de los Persas; y en donde pereció Leonidas con los trescientos esparciatas que mandaba. Estrechan este paso, por un lado montes escarpados, y por otro el mar. Lo he descrito en la introduccion á la obra *.

Le anduvimos muchas veces: fuimos á ver las termas ó baños de agua caliente, que les hacen dar el nombre de Termópilas: vimos la colina adonde se retiraron los compañeros de Leonidas, despues de la muerte de este heroe; y los seguimos al otro extremo del estrecho, hasta la tienda de Xerxes, á quien habian resuelto inmolar en medio de su ejército.

Un tropel de circunstancias producian en nuestras almas las mas vivas sensaciones. Aquel

* Véase el tomo primero de esta obra, pág. 185 y siguientes.

mar en otro tiempo teñido con la sangre de las naciones; aquellos montes, cuyas cimas se ocultan en las nubes; aquella soledad profunda que nos rodeaba; la memoria de tantas hazañas, que la vista de los lugares parecia poner ante nuestros ojos; en fin, aquel vivo interes que se toma por la virtud desgraciada; todo excitaba nuestra admiracion y nuestro enternecimiento, cuando vimos cerca de nosotros, los monumentos que la junta de los anfictiones hizo levantar sobre la colina de que acabo de hablar. Son estos unos cipos pequeños, en honor de los trescientos esparciatas y demas tropas griegas que pelearon. Nos acercamos al primero que se presentaba á nuestros ojos, y leimos en él: « aquí « pelearon cuatro mil griegos del Peloponeso « contra tres millones de persas. » Nos arrimamos al segundo, y leimos estas palabras de Simónides: « pasagero, vé á decir á Lacedemo- « nia, que descansamos aquí por haber obede- « cido á sus santas leyes. » ¡ Con qué aire de grandeza, con qué sublime indiferencia se han anunciado semejantes cosas á la posteridad! El nombre de Leonidas y de sus trescientos compañeros no se expresa en esta segunda inscripcion; sin duda porque siquiera no se ha sospechado que pudiesen ser olvidados. He visto muchos griegos decirlos todos de memoria, y trasmitirlos de unos en otros. En otra inscripcion

para el adivino Megistias, se dice, que sabedor este esparciata de la suerte que le esperaba, habia querido morir, mas bien que abandonar el ejército de los Griegos. Cerca de estos monumentos fúnebres hay un trofeo, que hizo levantar Xerxes, y honra mas á los vencidos que á los vencedores.



CAPITULO XXXV.

VIAGE A TESALIA *. ANFICTIONES. MAGICAS. REYES DE FERES. VALLE DE TEMPE.

Saliendo de las Termópilas, se entra en la Tesalia. Este pais, en que se comprende la Magnesia, y otras cortas comarcas con diversos nombres, tiene por límites al este el mar, al norte el monte Olimpo, al oeste el Pindo, y al sur el Eta. Desde estos límites eternos, salen otras cadenas de montes y collados, que hacen varios

* En el estío del año 357 antes de J. C.



LAS MAGICAS.

giros por lo interior del pais, abrazando por intervalos llanuras fértiles, que por su figura y circuito, parecen vastos anfiteatros. Sobre las alturas que rodean estas llanadas, se levantan ciudades opulentas: todo el pais está bañado por rios, que por la mayor parte entran en el Peneo; y este, antes de desembocar en el mar, atraviesa el famoso valle, conocido con el nombre de Tempé.

A algunos estadios de las Termópilas hallamos el lugarcillo de Antela, célebre por un templo de Ceres, y por la junta de los anfictiones, que se celebra allí todos los años. Esta dieta seria la mas útil, y por consiguiente la institucion mas bella, si los motivos de humanidad que le dieron origen, no hubieran tenido que ceder á las pasiones de los que gobiernan los pueblos. Segun unos, fué su autor Anfiction, que reinaba en las cercanías: segun otros, fué Acrisio, rey de Argos. Lo que parece cierto es, que en los tiempos mas remotos*, doce naciones del norte de la Grecia; cuales fueron los Dorios, los Jonios,

* Los autores antiguos varian sobre los pueblos que enviaban diputados á la dieta general. Esquines, cuyo testimonio, á lo menos por razon del tiempo, es preferible á todos los otros, pues que él mismo fué diputado, nombra los Tesalos, Beocios, Dorios, Jonios, Perrebos, Magnetes, Locrienses, Eteos, Ftiotes, Malienses y Focenses. Los copiantes omitieron la duodécima nacion, y los críticos suponen que son los Dólopes.

Focenses, Beocios, Tesalos, etc. formaron una confederacion, para prevenir los males que trae consigo la guerra; y acordaron que todos los años habian de enviar diputados á Delfos: que los atentados cometidos contra el templo de Apolo, á quien habian prestado sus juramentos, y todos los que son contra el derecho de gentes, del cual debian ser defensores, serian de la competencia de esta asamblea: que cada una de las doce naciones daria dos votos por medio de sus diputados, y se obligaria á hacer cumplir los decretos de este tribunal augusto.

La liga se cimentó con un juramento, que despues se ha renovado siempre. «Juramos, «dijeron los pueblos confederados, juramos no «arruinar jamas las ciudades anfictiónicas; «de no poner impedimento ni en paz ni en «guerra, á los manantiales que necesitan: si «alguna potencia se atreve á emprenderlo, «marcharemos contra ella, y arruinaremos sus «ciudades. Si los impíos robaren las ofrendas «del templo de Apolo, juramos emplear nues-«tros pies, nuestros brazos, nuestra voz, y todas «nuestras fuerzas contra ellos y sus cómplices.»

Este tribunal subsiste todavía con la misma forma que poco mas ó menos tuvo en su principio. Su jurisdiccion se ha extendido con las naciones que han salido del norte de la Grecia, y que manteniéndose siempre en la liga anfictió-

nica, llevaron á sus nuevas moradas el derecho de asistir y de votar en sus asambleas. Tales son los Lacedemonios que antes habitaban en la Tesalia; los cuales cuando vinieron á establecerse en el Peloponeso, conservaron uno de los dos votos que pertenecian al cuerpo de los Dorios, de que eran parte. Del mismo modo, el voto doble que en su origen correspondió á los Jonios, se partió en adelante entre los Atenienses y las colonias jónicas que hay en el Asia menor. Pero aunque no pueda haber en la dieta mas que veinte y cuatro votos, no es fijo el número de diputados; y así los Atenienses envian algunas veces tres ó cuatro.

La junta de los anfictiones se celebra por la primavera en Delfos; y en el otoño en el lugar de Antela. Concurren á ella innumerables espectadores, y se principia con los sacrificios que se ofrecen por la paz y prosperidad de la Grecia. Ademas de las causas dichas en el juramento que he citado, se juzgan allí las contestaciones suscitadas entre las ciudades que pretenden presidir á los sacrificios hechos en comun, ó que despues de ganada una batalla, querrian en particular arrogarse los honores que se deben partir. Se llevan tambien allí otras causas, tanto civiles como criminales; mas sobre todo los actos que violan patentemente el derecho de gentes. Los diputados de las partes ventilan el

asunto: el tribunal sentencia á pluralidad de votos, impone una multa á las naciones culpadas; y pasado el término señalado hay un segundo juicio, que dobla la multa. Si no obedecen, tiene la junta derecho de invocar en defensa de su decreto, y armar contra ellas todo el cuerpo anfictiónico, es decir, una gran parte de la Grecia. Tambien tiene derecho de separarlas de la liga anfictiónica, ó de la comunion del templo.

Pero no siempre las naciones poderosas se someten á semejantes decretos, como se puede juzgar por la conducta reciente de los Lacedemonios. Habíanse apoderado, en plena paz, de la ciudadela de Tebas: los magistrados de esta ciudad los citaron á la dieta general, donde los Lacedemonios fueron sentenciados á pagar quinientos talentos de multa, despues á mil, que ellos se han dispensado de pagar, so color de que era injusta la decision.

Las sentencias contra los pueblos que profanan el templo de Delfos, inspiran mas terror. Los soldados de estos pueblos marchan con mucha mayor repugnancia, por cuanto son castigados con pena capital, y privados de sepultura, si se les coge con las armas en la mano. Los que la dieta convida á vengar los altares, son mucho mas dóciles, en razon de que se cree tener parte en la impiedad, cuando se la favorece, ó se la

tolera. En estos casos las naciones culpadas tienen que temer tambien que á los anatemas lanzados contra ellas, se junte la política de los príncipes comarcanos, que hallan un medio de servir á su propia ambicion, tomando á su cargo los intereses del cielo.

De Autela entramos en el pais de los Traquinienses, y vimos en las cercanías las gentes del campo, ocupadas en recoger el eléboro precioso, que crece en el monte Eta. El deseo de satisfacer nuestra curiosidad nos obligó á tomar el camino de Hipate, porque habiamos oido que habia muchas mágicas en Tesalia, y sobre todo en dicha ciudad. En efecto, en ella vimos muchas mugeres del pueblo, que, segun decian, tenian poder para parar el sol, hacer bajar la luna á la tierra; excitar ó calmar las tempestades, resucitar los muertos, ó dar muerte á los vivos.

¿Cómo han podido insinuarse semejantes ideas en el entendimiento? Algunos que las miran como recientes, pretenden que en el siglo último una muger de Tesalia, llamada Aglaonice, que aprendió á pronosticar los eclipses de luna, atribuyó este fenómeno á la fuerza de sus encantos; y que de aquí se habia inferido que el mismo medio bastaria para suspender todas las leyes de la naturaleza. Pero se cita otra muger de Tesalia, que en los siglos heroicos ejercia so-

bre este astro un poder soberano; y hay muchas y claras pruebas de que la magia es muy antigua en la Grecia.

Poco curiosos de buscar el origen de ella, deseábamos averiguar sus operaciones, durante nuestra mansion en Hipate. Nos llevaron con sigilo á casa de algunas viejas, tan miserables como ignorantes, que se jactaban de tener hechizos contra las mordeduras de los escorpiones y víboras; para hacer impotentes los ardores de un esposo joven; y para matar los ganados y las ovejas. Vimos algunas que hacian figuras de cera, á las que echaban mil maldiciones; les metian alfileres por el corazon, y las exponian despues en algunos barrios de la ciudad. Las personas representadas en estas figuras, atemorizadas al verlas, se creian amenazadas de la muerte, y este medio solia abreviarles la vida.

Entrando de improviso en casa de una de estas mugeres, la hallamos dando vueltas á un torno rápidamente, y pronunciando palabras misteriosas. Su objeto era atraer al joven Policletes, que habia abandonado á Sálamis, una de las mas distinguidas mugeres de la ciudad. Hicimos algunos regalos á Micale, que este era el nombre de la mágica, para ver las resultas de esta aventura. Pocos dias despues nos dijo: Sálamis no quiere esperar los efectos de mis primeros encantos, y esta tarde vendrá á hacer

otros nuevos: yo os ocultaré en un parage desde donde podreis verlo y oirlo todo. Fuimos exactos á la cita, y hallamos á Micale que hacia los preparativos de los misterios: al rededor de sí tenia ramas de laurel, plantas aromáticas, planchas de metal, grabadas con caracteres desconocidos; vedijas de lana de oveja, teñidas de púrpura; clavos arrancados de un patíbulo, pegados á ellos todavía los despojos sangrientos; cráneos humanos medio comidos por bestias feroces; pedazos de dedos, narices y orejas arrancados de los cadáveres; entrañas de víctimas; una redoma con sangre de un hombre muerto violentamente; una figura de Hécate hecha de cera, dada de blanco, de negro, de encarnado, que tenia en la mano un látigo, una lámpara, y una espada con una culebra enroscada en ella; varias vasijas con agua de fuente, con leche de vaca y miel silvestre; el torno mágico, instrumentos de metal, cabellos de Policletes, un pedazo de la franja de su vestido; en fin, otras muchas cosas que llamaban nuestra curiosidad, cuando un ligero ruido nos anunció la llegada de Sálamis, y nos metimos en una pieza inmediata.

La hermosa Sálamis venia llena de furor y de amor: despues de prorumpir quejas amargas contra su amante y contra la mágica, empezaron las ceremonias. Para hacerlas mas eficaces,

es menester que en lo general tengan los ritos alguna relacion con el objeto de ellos.

Micale hizo primero muchas libaciones sobre las entrañas de las víctimas, con agua, leche y miel: despues tomó los cabellos de Policletes, los trenzó, y anudó de varios modos; y habiéndolos mezclado con ciertas yerbas, los echó en un brasero encendido. Este era el momento en que Policletes, arrastrado por una fuerza invencible, debia presentarse, y arrojarse á los pies de su dama.

Despues de esperarle inútilmente, Sálamis, que de mucho tiempo estaba iniciada en los secretos del arte, exclamó arrebatada: yo misma voy á presidir á los encantos: ayuda á mi pasion, Micale: toma ese vaso destinado á las libaciones, y rodéale con esa lana. ¡Astro de la noche, préstanos una luz propicia! y tú, divinidad de los infiernos, que vagas al rededor de los sepulcros, y en los sitios regados con sangre de los mortales, terrible Hécate, ven, y haz que nuestros encantos sean tan poderosos como los de Medea y Circe. Micale, echa esta sal en el fuego, diciendo: yo echo los huesos de Policletes. Que el corazon de este pérfido sea pasto del amor, como este laurel se consume en esta llama, y como se derrite esta cera al fuego: que Policletes dé vuelta al rededor de mi casa, como este torno rueda sobre su eje. Echa á pri-

sa salvado en el fuego; sacude sobre esos vasos de metal. Yo oigo los ahullidos de los perros. Hécate está en la encrucijada inmediata; sacude, repito, y que este ruido la advierta que sentimos el efecto de su presencia. Pero ya los vientos suspenden su aliento; todo está en calma en la naturaleza. ¡Ay! solo mi corazon está agitado. ¡O Hécate! ¡Diosa temible! Yo hago estas tres libaciones en tu honor: voy á hacer tres veces la imprecacion contra los nuevos amores de Policletes. Que abandone á mi rival, como Teseo abandonó á la infeliz Ariadna. Probemos el mas poderoso de nuestros filtros; machaquemos este lagarto en su almirez; mezclémosle harina, y hagamos una bebida para Policletes. Y tú, Micale, toma el jugo de estas yerbas, y ve á derramarlo sobre el umbral de su puerta. Si resiste á todos estos esfuerzos reunidos, yo emplearé otros mas funestos, y su muerte satisfará mi venganza. Dichas estas palabras, se retiró Salamis.

Las operaciones que acabo de describir, iban acompañadas de palabras misteriosas que Micale pronunciaba de cuando en cuando, y no merecen referirse; pues se reducen á ciertas frases, compuestas de palabras bárbaras ó desfiguradas, que no forman sentido alguno.

Nos faltaba ver las ceremonias que sirven para la evocacion de los manes. Micale nos dijo que

fuésemos por la noche á cierto parage solitario y cubierto de sepulcros, que estaba á alguna distancia de la ciudad, donde la hallamos ocupada en abrir una fosa, y al rededor de ella fué luego amontonando yerbas, huesos, pedazos de cuerpos humanos, muñecas de lana, de cera y de harina, cabellos de un tesalo, á quien habiamos conocido nosotros, y queria ponerlo á nuestra vista. Despues de haber encendido fuego, derramó en la fosa la sangre de una oveja negra que habia traido, y reiteró mas de una vez las libaciones, invocaciones y fórmulas secretas. De cuando en cuando caminaba precipitadamente, con los pies descalzos, los cabellos desgreñados, haciendo imprecaciones horribles, y dando ahullidos que por fin vinieron á descubrirla; porque acudieron á ellos las guardias enviadas por los magistrados, que la espiaban tiempo habia, la cogieron, y se la llevaron á la carcel. Al dia siguiente hicimos algunas diligencias para librarla; pero hubo quien nos aconsejó que la abandonásemos al rigor de la justicia, y saliésemos de la ciudad.

La profesion que ejercia esta muger, está tenida por infame entre los Griegos. El pueblo detesta á las mágicas, porque las mira como causa de todas las desgracias, y las acusa de que abren los sepulcros, para mutilar los muertos. No tiene duda que la mayor parte de estas

mugeres son capaces de las maldades mas negras, y que hacen mas uso del veneno, que de los encantos; y por eso los magistrados las persiguen en todas partes. Mientras yo estuve en Atenas, ví condenar una de ellas á muerte; y sus parientes, que resultaron cómplices, sufrieron la misma pena. Es verdad que las leyes no condenan sino el abuso de este arte frívolo; y permiten los encantos que no van juntos con maleficios, y cuyo objeto puede convertirse en beneficio de la sociedad. Algunas veces se usa de ellos contra la epilepsia, contra el dolor de cabeza, y en la curacion de otras muchas enfermedades. Por otro lado los adivinos, autorizados por el gobierno, están encargados de evocar y aplacar los manes de los difuntos. En el viage á Laconia hablaré mas largamente de estas evocaciones.

De Hipate fuimos á Lamia; y yendo por un camino escabroso en pais silvestre, llegamos á Taumaci, donde se nos presentó el punto de vista mas hermoso que hay en la Grecia; porque esta ciudad domina á un valle inmenso, cuyo aspecto causa la mas viva sensacion. En esta rica y soberbia llanura están situadas muchas ciudades, y entre ellas Farsalia, una de las mayores y mas opulentas de la Tesalia. Las anduvimos todas, instruyéndonos en lo posible de sus tradiciones, de su gobierno, del ca-

racter, y de las costumbres de los habitantes.

Basta echar una mirada sobre la naturaleza del pais, para convencerse que en otro tiempo debió contener tantos pueblos ó tribus, cuantos montes y valles presenta. Separados entonces por fuertes valladares que á cada momento era preciso atacar ó defender, se hicieron tan valientes como emprendedores; y cuando se fueron suavizando sus costumbres, la Tesalia fué la mansion de los heroes, y el teatro de las mayores hazañas. Allí es donde se vieron los Centauros y los Lapitas; donde se embarcaron los Argonautas; donde murió Hércules, nació Aquiles, vivió Piritoo, y adonde venian de lejos á señalarse en las armas los guerreros.

Los Aqueos, los Eolos, los Dorios, de los cuales descienden los Lacedemonios y otras naciones poderosas de la Grecia, sacan su orígen de la Tesalia. Los pueblos que ahora se distinguen en ella, son los Tesalos propiamente dichos los Eteos, los Ptiotes, los Malienses, los Magnetes, los Perrebes, etc. En otro tiempo estaban sujetos á reyes; despues experimentaron las revoluciones anexas á los grandes y chicos Estados: los mas de ellos están hoy sometidos al gobierno oligárquico.

En ciertas ocasiones envian las ciudades de cada territorio, esto es, de cada pueblo, diputados á la dieta, donde se tratan sus intereses;

pero los decretos de esta asamblea únicamente obligan á los que los han firmado. Así, no solamente los territorios son independientes unos de otros, sino aun las ciudades de cada territorio. Por ejemplo, en el territorio de los Eteos, dividido en catorce distritos, pueden los habitantes de uno negarse á ir con los otros á la guerra. Esta excesiva libertad debilita á cada territorio, impidiéndoles reunir sus fuerzas, y produce tanta lentitud en las deliberaciones públicas, que es bastante comun el dejar de convocar las dietas.

La mas poderosa de todas las confederaciones es la de los Tesalos propiamente dichos, ya por las muchas ciudades que tiene, ya por la agregacion de los Magnetes y de los Perrebes, que ha subyugado casi del todo.

Hay tambien ciudades libres, que parece no están unidas á ninguna de las confederaciones; y que siendo demasiado débiles para mantenerse en cierto grado de consideracion, han tomado el partido de asociarse á dos ó tres ciudades vecinas, igualmente aisladas, é igualmente débiles.

Los Tesalos pueden armar seis mil caballos y diez mil infantes, sin contar los archeros, que son excelentes, y se pueden aumentar cuanto se quiera; porque este pueblo se acostumbra desde la infancia á disparar el arco. No hay

caballería mas afamada que la de Tesalia: no es temible solamente por la opinion, pues todos convienen en que es irresistible su esfuerzo.

Se dice que los Tesalos fueron los primeros que pusieron freno al caballo, y lo llevaron al combate; y aun añaden que de aquí vino la opinion de que en otro tiempo hubo en Tesalia monstruos, la mitad hombres, y la mitad caballos, á que llamaron Centauros. Esta fábula prueba, á lo menos, la antigüedad que tiene entre ellos la equitacion; y la aficion á este ejercicio se halla consagrada por una ceremonia que observan en sus matrimonios; y es que despues de los sacrificios, y demas ritos usados, presenta el esposo á su esposa, *un caballo adornado con todos los pertrechos militares.*

La Tesalia da vino, aceite y varias especies de frutos. La tierra es tan fertil, que el trigo se espigaria con demasiada precipitacion, si no se tomase la precaucion de despuntarlo, ó echar á pacer los carneros.

Sus cosechas, por lo ordinario abundantísimas, se pierden muchas veces por el gorgojo. Se acarrea mucho trigo á los puertos, y principalmente al de Tebas de Ptiótide, desde donde pasa á los paises extrangeros. Este comercio, que produce sumas considerables, es muy ven-

tajoso para la nacion; por cuanto le es facil mantenerlo, y aun aumentarlo por medio de los muchos esclavos que posee, conocidos con el nombre de Penestes. La mayor parte de ellos descienden de aquellos Perrebes y Magnetes que los Tesalos esclavizaron, despues de haberlos vencido: acontecimiento que prueba patentemente las contradicciones del espíritu humano. Los Tesàlos son quizá, entre los Griegos, los que mas se glorian de su libertad, y han sido los primeros que esclavizaron á otros griegos: los Lacedemonios, tan celosos por la libertad, han dado el mismo ejemplo á la Grecia.

Los Penestes se han rebelado mas de una vez: son tan numerosos, que siempre infunden temores, y sus dueños pueden hacer de ellos un objeto de comercio, y venderlos á otros pueblos de la Grecia. Pero lo mas vergonzoso todavía es, que hay aquí hombres codiciosos, que roban los esclavos de otros, y aun arrebatan ciudadanos libres, los aherrojan, y los llevan en los barcos, que el cebo de la ganancia trae á Tesalia.

En la ciudad de Arné ví otros esclavos, cuya suerte era menos dura. Descienden estos de los Beocios que vinieron en otro tiempo á establecerse en este pais, y fueron echados luego por los Tesalos. La mayor parte de ellos volvieron á su pais natal: los demas que no pudieron dejar la morada que habitaban, transigieron con los

vencedores, consintiendo en quedar siervos, á condicion de que sus señores no pudiesen quitarles la vida, ni trasladarlos á otros climas: se encargaron del cultivo del campo, pagando cierto canon anual; y hay en el dia muchos de ellos que están mas ricos que sus amos.

Los Tesalos reciben á los extrangeros con mucho agasajo, y los tratàn con magnificencia. Brilla el lujo en sus vestidos y casas: son en extremo aficionados al fausto y á la gula: su mesa está servida con tanto esmero como profusion; y las danzarinas que admiten á ella, no les divertirian si no se despojasen de casi todos los velos del pudor.

Son vivos, inquietos, y tan indóciles para ser gobernados, que he visto muchas de sus ciudades despedazadas por las facciones. Están notados, como todas las naciones civilizadas, de no ser esclavos de su palabra, y de faltar fácilmente á sus aliados: no añadiendo su educacion á la naturaleza otra cosa que errores y preocupaciones, empieza desde temprano la corrupcion: á poco el ejemplo hace facil el crimen, y la impunidad lo hace insolente.

Cultivaron la poesía desde los tiempos mas antiguos: pretenden haber dado el ser á Tamiris, á Orfeo, á Lino, y otros muchos que vivian en los tiempos de los heroes, de cuya gloria participaban; pero desde aquella época no han tenido nin-

gun escritor, ni artista célebre. Hace ya cerca de siglo y medio que Simónides los halló insensibles á los encantos de sus versos. En estos últimos tiempos han sido mas dóciles á las lecciones del retórico Gorgias: todavía prefieren la elocuencia pomposa que le distinguia, y qué no rectificó las ideas equivocadas que tienen de la justicia y de la virtud.

Tienen tanta aficion, y en tal estimacion el ejercicio del baile, que aplican los términos de este arte á los usos mas nobles. Hay parages en que los magistrados y generales se apellidan gefes de la danza*. Su música sigue un medio entre la de los Dorios y de los Jonios; y como pinta alternativamente la confianza de la presuncion, y la delicadeza del deleite, se acomoda al caracter y costumbres de la nacion.

Cuando cazan, están obligados á respetar las cigüeñas. No haria mencion de esta circunstancia, si no se impusiese la misma pena á los que matan estas aves, que á los homicidas. Admirados de una ley tan extraña, preguntamos la razon, y nos dijeron que las cigüeñas habian limpiado la Tesalia de las enormes serpientes que la infestaban antes; y que si no fuera por esta

* Luciano menciona una inscripcion hecha para un tesalo, concebida en estos términos: « el pueblo levantó esta estatua á « Ilacion porque danzó bien en el combate. »

ley, seria preciso abandonar el pais, del mismo modo que la multitud de topos habia hecho abandonar otra ciudad de Tesalia, cuyo nombre se me ha olvidado.

En nuestros dias se habia formado en la ciudad de Feres una potencia, cuyo lustre fué tan brillante como pasagero. Licofron puso los primeros fundamentos; y su sucesor Jason la elevó á un punto, que la hizo temible á toda la Grecia y á las naciones remotas. He oido hablar tanto de este hombre extraordinario, que creo deber dar alguna idea de lo que hizo, y de lo que podia hacer.

Jason tenia las calidades mas propias para fundar un grande imperio. En su temprana edad empezó á tener á su sueldo un cuerpo de seis mil auxiliares, á quienes ejercitaba continuamente, y les ganaba la voluntad recompensándolos cuando sobresalian; asistiéndolos con diligencia cuando estaban enfermos, y haciéndoles funerales honrosos cuando morian. Para entrar y mantenerse en este cuerpo, se requeria un valor experimentado, y la intrepidez que él mismo mostraba en los trabajos y en los peligros. Algunas gentes que le conocian, me han dicho que tenia una salud capaz de sufrir las mayores fatigas; una actividad propia para superar los mayores obstáculos; no conocia el sueño ni las demas necesidades de la vida, cuando

era menester; insensible, ó mas bien inaccesible al atractivo del placer; bastante prudente para no emprender cosa alguna sin estar seguro del éxito; tan habil como Temístocles en penetrar los designios del enemigo, y en ocultarle los suyos; en emplear la astucia ó la intriga en lugar de la fuerza; en fin, todo lo ordenaba á su ambicion, y nada dejaba jamas al acaso.

A estas circunstancias hay que añadir que gobernaba los pueblos con dulzura; que era amigo de sus amigos hasta tal punto, que acusado Timoteo, general de los Atenienses, con quien tenia conexiones de hospitalidad, ante la asamblea del pueblo, Jason se despojó del aparato del trono, vino á Atenas, se metió como simple particular entre los amigos del acusado, y contribuyó con sus solicitudes á salvarle la vida.

Despues de haber sometido varios pueblos, y hecho tratados de alianza con otros, comunicó sus proyectos á los principales caudillos de Tesalia. Pintóles el poder de Lacedemonia aniquilado por la batalla de Leuctres; el de los Tebanos sin medios para subsistir mucho tiempo; el de los Atenienses limitado á la marina, y eclipsado muy luego por las flotas que podrian construirse en Tesalia. Añadió que las conquistas y las alianzas facilitarian tener el imperio de la Grecia; y destruir el de los Persas, cuya debilidad se acababa de ver recientemente en las ex-

pediciones de Agesilao y de Ciro el joven. Enardecidos los ánimos con estos discursos, fué nombrado gefe y generalísimo de la liga de Tesalia, y á poco estaba al frente de veinte mil hombres de infantería, mas de tres mil caballos, y un gran número de tropas ligeras.

En estas circunstancias imploraron los Tebanos su auxilio contra los Lacedemonios. Aunque estaba en guerra con los Focenses, saca la flor de sus tropas, parte con la celeridad del rayo; y anticipándose por todas partes á la noticia de su marcha, se junta con los Tebanos, cuyo ejército estaba á la vista del de los Lacedemonios. Para no dar fuerza á ninguna de estas dos naciones con una victoria que perjudicase á sus miras, las persuadió á firmar una tregua: al punto va sobre la Fócide, y la tala; y despues de otras expediciones tan rápidas como esta, se volvió á Feres cubierto de gloria, y muchos pueblos solicitaron su alianza.

Por este tiempo iban á celebrarse los juegos píticos, y Jason formó el designio de llevar á ellos su ejército. Unos creyeron que queria intimidar á esta junta, para que le diesen la intendencia de los juegos; mas como á veces se valia de medios extraordinarios para mantener sus tropas, los de Delfos sospecharon que sus miras se dirigian al tesoro sagrado; y preguntaron al dios que como podrian impedir semejante sa-

crilegio; á lo que respondió que le tocaba á él este cuidado. Pocos dias despues, siete jóvenes conjurados, que, segun se decia, estaban quejosos de la severidad de Jason, le mataron al frente de su ejército.

Entre los Griegos, unos se alegraron de su muerte, porque temieron perder su libertad; otros se afligieron, porque habian fundado esperanzas en sus proyectos. Yo no sé si Jason habia formado de suyo el de reunir todos los Griegos, y llevar la guerra á la Persia, ó si se lo habia sugerido alguno de aquellos sofistas, que por entonces fundaban su mérito en tratar de ello, ya en sus escritos, ya en las asambleas generales de la Grecia. Lo cierto es que este proyecto era asequible, como lo ha probado la experiencia; pues mas adelante he visto á Filipo de Macedonia dar leyes á la Grecia; y despues de mi vuelta á Escitia, he sabido que su hijo habia destruido el imperio de los Persas. Ambos siguieron el mismo sistema que Jason, quien acaso no tenia menos habilidad que el primero, ni menos actividad que el segundo.

Ya habian pasado algunos años despues de la muerte de Jason, cuando nosotros llegamos á Feres, ciudad bastante grande y cercada de jardines. Creimos hallar en ella algunos vestigios del esplendor que tenia en tiempo de Jason; pero reinaba en ella Alejandro, y ofrecia á la

Grecia un espectáculo de que yo no tenia idea; porque nunca habia visto un tirano. El trono en que estaba sentado, humeaba todavía con la sangre de sus predecesores. He dicho que Jason murió á manos de los conjurados, habiéndole sucedido sus dos hermanos Polidoro y Polifron, este mató al primero, y él fué asesinado poco despues por Alejandro, que hacia cerca de once años que reinaba, cuando nosotros llegamos á Feres.

Este príncipe cruel se distinguia por sus pasiones, envilecidas con vicios groseros. Sin fe en los tratados, tímido y cobarde en los combates, no tuvo la ambicion de las conquistas sino para saciar su avaricia; ni aficion á los placeres sino para abandonarse á los mas sucios deleites.

Un monton de fugitivos y vagabundos, conocidos por sus crímenes, pero menos malvados que él, hechos sus soldados y sus satélites, llevaban la desolacion por sus Estados y por los pueblos vecinos. Se le ha visto entrar al frente de ellos en una ciudad aliada; reunir con algun pretexto á los ciudadanos en la plaza pública, degollarlos, y entregar sus casas al pillage. Las armas de Alejandro consiguieron al principio algunas ventajas: vencido despues por los Tebanos, reunidos con diversos pueblos de la Tesalia, no empleaba su furor sino contra sus propios súbditos: á unos enterraban vivos; otros cubier-

tos de pieles de osos y jabalíes, eran perseguidos y despedazados por alanos enseñados á esta especie de caza. Divertíase con estos tormentos; y los ayes de aquellos infelices no servian mas que para endurecer su alma. Sin embargo un dia que asistia á la representacion de *las Troyanas* de Eurípides, se sintió próximo á la compasion; pero al instante salió fuera del teatro, diciendo que seria muy vergonzoso para él, si viendo con serenidad correr la sangre de sus súbditos, daba á entender que le enternecian las desgracias de Hécuba y de Andrómaca.

Los habitantes de Feres vivian consternados, y en aquel abatimiento que causa el exceso de los males, y es una desdicha mas. No se atrevian á suspirar; y los votos secretos que hacian por la libertad, se terminaban en una desesperacion inutil. Acosado Alejandro de los temores con que acosaba á los demas, le cupo la suerte de los tiranos, la de aborrecer y ser aborrecido. En sus ojos, al traves de la imagen de la crueldad, se descubria la turbacion, la desconfianza, y el terror que atormentaban su alma: todo le daba sospechas: sus guardias le hacian temblar: precavíase de su esposa Tebé, á quien amaba con el mismo furor que la zelaba, si se puede llamar amor la pasion feroz que lo arrastraba hácia ella. Pasaba la noche en lo mas alto de su palacio, en un aposento adonde se subia por

una escala, y cuyas avenidas defendia un alano, que solo no embestia al rey, á la reina, y al esclavo que cuidaba de darle de comer. Todas las tardes se retiraba allí, llevando delante este mismo esclavo con una espada desnuda en la mano, y el cual registraba cuidadosamente el aposento.

Voy á contar un hecho singular, sin añadirle ninguna reflexion. Eudemo de Quipre, que iba de Atenas á Macedonia, cayó enfermo en Feres; y como yo le habia visto muchas veces en casa de Aristóteles, con quien tenia amistad, le procuré, durante su enfermedad, cuantos alivios pude. Una tarde, que me dijeron los médicos que le habian desahuciado, me senté junto á su cama; y enternecido al ver mi afliccion, me alargó la mano, y me dijo con voz moribunda: voy á confiar á vuestra amistad un secreto que seria muy peligroso descubrir á otro. Una de estas últimas noches se me apareció en sueños un mancebo muy hermoso, y me dijo que sanaria, y que dentro de cinco años estaré de vuelta en mi patria; y en prueba de esta prediccion, añadió, que solo restaban muy pocos dias de vida al tirano. Esta confidencia de Eudemo la tomé yo por un síntoma de delirio, y me volví á mi casa lleno de sentimiento.

Al dia siguiente muy de mañana nos despertaron estos gritos mil veces repetidos: ¡ murió !

¡ ya no existe el tirano ! ¡ pereció á manos de la reina ! Al punto fuimos á palacio, y vimos allí el cadaver de Alejandro entregado á los insultos del populacho que le pisaba, y celebraba alborozado el valor de la reina. En efecto, esta fué quien se puso al frente de la conspiracion, ora fuese por odio á la tiranía, ora por vengar sus agravios personales. Unos decian que Alejandro iba á repudiarla; otros que habia mandado matar á un joven de Tesalia á quien la reina amaba; otros en fin, que Pelópidas, que algunos años antes habia caido en manos de Alejandro, habia tenido en la prision una visita de la reina, y la habia exhortado á libertar de él á su patria, y hacerse digna de su nacimiento, pues era hija de Jason. Sea de esto lo que fuese, Tebé formó su plan, avisó á sus tres hermanos Tisifono, Pitolao y Licofron, que su esposo tenia determinado perderlos, y al punto resolvieron perderle.

El dia antes los tuvo Tebé ocultos en el palacio: por la tarde bebió Alejandro con exceso, subió á su aposento, se echó en la cama, y se durmió. Tebé bajó al instante, alejó el esclavo y el alano, volvió con los conjurados, y se apoderó de la espada que colgaba de la cabecera de la cama. En este momento parecia que desmayaba el valor de los conjurados, pero habiéndolos amenazado Tebé, de que despertaria al rey, si

no se decidian, se arrojaron sobre él, y le cosieron á puñaladas.

Al punto fui á dar esta noticia á Eudemo, quien no se admiró de oirla. Recobró sus fuerzas, y cinco años despues murió en Sicilia; y Aristóteles, que dedicó despues un diálogo sobre el alma á la memoria de su amigo, defendia que el sueño se habia verificado en todas sus partes, pues el dejar la tierra, es volver á su patria.

Los conjurados dejaron respirar por algun tiempo á los habitantes de Feres, mas luego se repartieron el poder soberano, y cometieron tantas injusticias, que sus súbditos se vieron obligados algunos años despues de mi viage á Tesalia, á llamar en su ayuda á Filipo de Macedonia. Vino; y no solamente echó á los tiranos de Feres, sino tambien á todos los que se habian establecido en las demas ciudades. Este beneficio cautivó de tal manera la voluntad de los Tesalos, que le han acompañado en casi todas sus expediciones, y le han facilitado la ejecucion. *

Despues de haber visto las inmediaciones de Feres, y principalmente su puerto, que se llama Pagasa, y está distante de allí noventa esta-

* Véase en el capítulo LXI de esta obra la carta escrita el año cuarto de la olimpiada ciento y seis.

dios, * pasamos á ver las partes meridionales de la Magnesia; y luego tomamos el camino hácia el norte, dejando á la derecha el monte Pelion. Este pais es delicioso por su clima apacible, la variedad de aspectos, y multitud de valles, que principalmente por la parte mas setentrional forman las ramas del monte Pelion y del Osa.

Sobre una de las eminencias del Pelion hay un templo en honor de Júpiter: inmediato á él está la caverna célebre, donde se pretende que Quiron tenia antiguamente su morada, y despues ha conservado el nombre de este centauro. Subimos allá, siguiendo á una procesion de jóvenes que van todos los años á nombre de una ciudad inmediata, á ofrecer un sacrificio al soberano de los dioses. Aunque estábamos en medio del estío, y era excesivo el calor al pie del monte, tuvimos que arroparnos, como lo hacian los demas, con un vellon grueso. En efecto, se experimenta sobre esta altura, un frio grandísimo, cuya impresion se debilita en cierto modo con la hermosa vista que ofrece por un lado el mar, y por otro las llanuras de Tesalia.

El monte está cubierto de pinos, cipreses, cedros y diferentes especies de árboles, y de

* Tres leguas y mil y quinientas toesas (cerca de 3 leguas de España).

simples muy usados en la medicina. Nos enseñaron una raiz, cuyo olor parecido al del tomillo, dicen que mata las serpientes; y que tomada en el vino, cura sus mordeduras. Tambien hay allí un arbusto, cuya raiz es un remedio para la gota, la corteza para el cólico, y las hojas para las fluxiones de ojos; pero el modo de prepararlo es un secreto que guarda una sola familia, la que pretende haberlo trasmitido de padres á hijos desde el centauro Quiron, de quien dice que desciende. No saca utilidad alguna del remedio, pues se cree obligada á servir gratuitamente á los enfermos, que vienen á implorar su auxilio.

Habiendo bajado del monte tras la procesion, fuimos convidados al banquete con que se da fin á la ceremonia. Vimos despues una especie de danza, peculiar de algunos pueblos de la *Tesalia*, y muy á propósito para excitar el valor y vigilancia de los habitantes del campo. Se presenta uno de Magnesia con sus armas, las pone en el suelo, é imita la accion y marcha de un hombre que siembra y ara su campo en tiempo de guerra. El temor está pintado en su frente: vuelve la cabeza á todos lados: descubre un soldado enemigo que intenta sorprenderle: al punto toma sus armas, embiste al soldado, le vence, le ata á sus bueyes, y se lo lleva por delante. Todos estos movimientos se ejecutan al son de la flauta.

Continuando nuestro camino, llegamos á Sicurio, ciudad situada sobre un collado, al pie del monte Osa, dominando ricas campiñas. La pureza del aire, y la abundancia de aguas la hacen la estancia mas agradable de la Grecia. Desde aquí á Larisa hay un terreno muy fertil y poblado, que va siendo cada vez mas ameno, á medida que se anda hácia esta ciudad, tenida con razon por la primera y mas rica de Tesalia. El Peneo adorna sus cercanías, y baña sus muros con sus aguas extremamente claras.

Nos alojamos en casa de Amintor, y hallamos allí todas las comodidades y regalos que podiamos aguardar de la antigua amistad que tenia con el padre de Filotas.

Deseábamos con ansia llegar á Tempé. Este nombre, comun á muchos valles que se hallan en este pais, lo dan particularmente al que se forma entre el monte Olimpo y el Osa: este es el único camino real para pasar de Tesalia á Macedonia. Amintor se ofreció á acompañarnos. Tomamos un barco, y al amanecer nos embarcamos en el Peneo el dia 15 del mes metageitnion.* A poco descubrimos muchas ciudades, como Falana, Girton, Elaties, Mopsio y Homolis; unas á las márgenes del rio, y otras en las alturas cercanas. Despues de haber pasado la emboca-

* El 10 de agosto del año 357 antes de J. C.

dura del Titaresio, cuyas aguas son menos puras que las del Peneo, llegamos á Gono, que dista como ciento y sesenta estadios de Larisa. * Aquí dejamos nuestro barco; y aquí empieza el valle, y el rio se angosta entre el monte Osa, que está á la derecha, y el Olimpo que está á su izquierda; y cuya altura es poco mas de diez estadios**.

Segun una tradicion antigua, estas dos montañas las separó un terremoto, y abrió paso á las aguas que cubrian las campiñas. A lo menos es cierto, que si se cerrase este paso al Peneo, no tendria salida; porque este rio, que al pasar por aquí recibe otros muchos, corre por un terreno, que se va levantando desde sus márgenes hasta los collados y montes que circundan el pais. Por eso decian, que si los de Tesalia no se hubieran sujetado á Xerxes, hubiera tomado

* Seis leguas y ciento y veinte toesas (5 leguas y 1,160 pasos de España).

** Novecientas y sesenta toesas (6,612 pies de España.) Plutarco trae una antigua inscripcion, por la que parece que Xenágoras habia hallado la altura del Olimpo de diez estadios y un pletro menos cuatro pies. Segun Suidas, el pletro era la sexta parte del estadio; por consiguiente, de quince toesas, cuatro pies y seis pulgadas. Si se quitan los cuatro pies y las seis pulgadas, quedan quince toesas, que añadidas á las 945 que dan los diez estadios, hacen 960 toesas de altura por el monte Olimpo. M. Bernouilli le da 1,017 toesas. (La altura del Olimpo, segun Xenágoras, será pues de 6,716 pies de España; y segun Bernouilli de 7,115 pies de España).

este príncipe el partido de apoderarse de Gono, y formar una barrera impenetrable al rio. Esta ciudad es importantísima por su situacion; pues es la llave de la Tesalia por la parte de Macedonia, como lo son las Termópilas por el lado de la Fócide.

El valle se extiende del sudoeste al nordeste: su longitud es de cuarenta estadios *: su mayor anchura de cerca de dos y medio **; pero esta se diminuye á veces hasta no tener mas que cien pies ***.

Los montes están poblados de álamos, plátanos, y fresnos de extraordinaria hermosura. Del pie de estas montañas, nacen manantiales de una agua pura como el cristal; y de los intervalos que separan sus cumbres, sale un aire que se respira con cierto deleite interior. El rio ofrece por todas partes un canal tranquilo, y en algunos parages forma islotes, en que hay un verdor perpetuo. Las grutas abiertas en las faldas de los montes, y las alfombras de cesped que cubren las dos orillas del rio, parecen el albergue del reposo y del placer. Lo que mas nos

* Cerca de legua y media. Doy siempre á la legua 2,500 toesas (1 legua y 1,290 pasos de España).

** Cerca de doscientas treinta y seis toesas: (1,652 pies de España).

*** Cerca de noventa y cuatro pies nuestros (110 pies de España).

llevó la atencion, fué una cierta inteligencia en la distribucion de los adornos que hermosean estos sitios retirados. En otras partes el arte se esfuerza á imitar la naturaleza; aquí parece que la naturaleza quiere imitar al arte. Los laureles y varias especies de arbolillos forman por sí mismos embovedados y bosquecillos, y hacen un hermoso contraste con los sotos que hay al pie del monte Olimpo. Los peñascos están entapizados con una especie de yedra, y los árboles adornados con plantas, que serpentean al rededor de su tronco, se enredan entre sus ramas, y caen formando festones y guirnaldas. En fin, todo presenta en estos sitios amenos la decoracion mas risueña: por todas partes parece que los ojos respiran frescura, y que el alma recibe un nuevo espíritu de vida.

Los Griegos tienen unas sensaciones tan vivas, y habitan un clima tan cálido, que no es de extrañar el entusiasmo que se apodera de ellos al aspecto, y aun á la sola memoria de este valle encantador. A la pintura que acabo de bosquejar, es preciso añadir, que en la primavera está todo él cubierto de flores, y un número infinito de pájaros cantan allí, de manera que la soledad y la estacion parece que les prestan una melodía mas tierna y mas patética.

Entre tanto nosotros seguiamos lentamente el curso del Peneo; y mis miradas, aunque dis-

traidas por una multitud de objetos deliciosos, volvian siempre al rio. Unas veces veia sus aguas centellear por entre las ramas que hacen sombra á sus orillas, y otras acercándome á estas, contemplaba el curso apacible de sus ondas, que parecian sostenerse mútuamente, corriendo sin bullicio y sin esfuerzo. Yo dije á Amintor: ved aquí la imagen de un alma pura y tranquila; sus virtudes nacen unas de otras, y todas obran de concierto y sin ruido. Solamente la sombra extrangera del vicio las hace resaltar por su oposicion. Amintor me respondió: ahora voy á mostraros la imagen de la ambicion, y los efectos funestos que produce.

Entonces me llevó á una de las gargantas del monte Osa, donde se pretende que sucedió la batalla de los Titanes contra los dioses, y donde se precipita un torrente impetuoso sobre un lecho de peñascos, que tiemblan con el ímpetu de las aguas. Llegamos á un sitio en que las olas comprimidas violentamente, intentaban forzar un paso: allí se chocaban, se hinchaban, y caian bramando en un precipicio, de donde salian lanzadas con nuevo furor, para romperse unas contra otras en los aires.

Mi alma estaba embebida en este espectáculo, cuando alcé los ojos al rededor de mí, y halléme metido entre dos montes negros, áridos, y cortados á trechos por abismos profundos Cerca de

la cumbre vagaban lentamente algunas nubes entre los árboles fúnebres, ó quedaban suspensas sobre sus ramas estériles. Mas abajo veia las ruinas de la naturaleza: los montes derrocados estaban cubiertos de sus escombros, y no ofrecian sino peñascos que amenazaban caer, confusamente amontonados. ¿Cuál es la fuerza que ha roto los lazos de estas masas enormes? ¿Seria el furor de los aquilones? ¿seria un trastorno del globo? ¿seria en efecto la terrible venganza de los dioses contra los Titanes? No lo sé; pero en fin, este horrible valle, es adonde deberian venir los conquistadores á contemplar el trasunto de los estragos con que afligen la tierra.

Dímonos prisa á salir de estos parages, y luego nos llevó la atencion el melodioso sonido de una lira, y unas voces mas sonoras todavía: era la *teoría* ó diputacion que los de Delfos enviaban de nueve en nueve años á Tempé. Dicen estos que Apolo vino á su ciudad con una corona y un ramo de laurel cogidos en este valle, y que en memoria de ello envian la diputacion que nosotros vimos llegar, compuesta de lo mas florido de la juventud de Delfos. Hicieron un sacrificio pomposo sobre un altar, levantado á las márgenes del Peneo; y despues de haber cortado ramas del mismo laurel, de que se habia coronado el dios, marcharon cantando himnos.

Al salir del valle, se presentó á nuestros ojos

el espectáculo mas hermoso; y es una llanura cubierta de casas y arboledas, donde el rio es mas ancho y mas apacible, y parece que se multiplica por sus innumerables revueltas. A la distancia de algunos estadios, se ve el seno Termaico; mas allá se ofrece la península de Palene, y á lo lejos termina esta hermosa vista el monte Atos.

Contábamos con volver por la tarde á Gono; pero una tormenta violenta nos obligó á pasar la noche en una casa situada sobre la costa del mar, cuyo dueño era un tesalo, que nos recibió con mucho agasajo. Habia este vivido algun tiempo en la corte del rey Cotis; y mientras comimos, nos contó varias particularidades de este príncipe.

Cotis, nos dijo, es el mas rico, el mas voluptuoso, y el mas destemplado de los reyes de Tracia. Ademas de otros ramos de rentas, saca todos los años mas de doscientos talentos * de los puertos que tiene en el Quersoneso; y sin embargo no sufragan sus tesoros á sus gustos.

En el estío anda errante con su corte por unos bosques, donde se han abierto caminos hermosos; y cuando encuentra en las riberas de algun arroyo un parage ameno, fresco y sombrío,

* Mas de un millon y ochenta mil libras (mas de 40 millones de reales de España.)

hace allí parada, y se entrega á todos los excesos de la gula. Ahora ha dado en una manía, que solo excitaria compasion, si la locura junta al poder, no hiciese crueles las pasiones. ¿Sabeis cuál es el objeto de su amor? Minerva. Al principio ordenó á una de sus mancebas que se adornase con los atributos de la diosa; pero como esta ilusion no sirviese sino para inflamarle mas, tomó el partido de casarse con la diosa. Celebráronse las bodas con la mayor magnificencia, y yo fuí uno de los convidados. Estaba esperando con impaciencia á su esposa, y entre tanto se embriagó. Al fin del convite fué uno de su guardia, por orden suya, á la tienda donde se habia puesto el lecho nupcial; y volvió diciendo que Minerva no habia llegado todavía. Cotis le atravesó con una flecha que le quitó la vida. La misma suerte tuvo otro guardia. Vistos estos ejemplares por un tercero, dijo que acababa de ver á la diosa, que estaba acostada, y que hacia tiempo que estaba esperando al rey. Al oir el rey estas palabras, sospechando que este habia obtenido favores de su esposa, se tiró furioso á él, y le despedazó con sus propias manos.

Esta fué la relacion del tesalo. Algun tiempo despues dos hermanos, llamados Heráclides y Piton, conspiraron contra Cotis, y le quitaron la vida. Los Atenienses tuvieron sucesivamente motivos para alabarle y quejarse de él; y así le

tributaron al principio de su reinado una corona de oro con el título de ciudadano; y despues de su muerte hicieron los mismos honores á sus asesinos.

Disipóse la tempestad durante la noche, y cuando despertamos estaba la mar en calma, y el cielo serenó; volvimos al valle, y vimos los preparativos de una fiesta que los de Tesalia celebran todos los años en memoria del terremoto, que abriendo salida á las aguas del Peneo, descubrió las hermosas llanuras de Larisa.

Llegaron sucesivamente al valle, los habitantes de Gono, de Homolis, y otras ciudades de los contornos. Por todas partes humeaba el incienso de los sacrificios: el rio estaba cubierto de barcos, que subian y bajaban sin interrupcion: se ponian mesas en los bosques sobre los céspedes, en las isletas, cerca de las fuentes que salian de los montes. Una de las singularidades que distinguen esta fiesta es, que los esclavos se confunden en ella con los amos, ó mas bien son servidos los primeros por los segundos, ejerciendo su nuevo imperio con una libertad, que algunas veces llega á licencia, y esto aumenta la alegría. A los placeres de la mesa se juntan los del baile, de la música, y otros muchos ejercicios, que se dilatan hasta bien entrada la noche.

Al dia siguiente volvimos á Larisa, y algunos

dias despues tuvimos ocasion de ver las corridas de toros. En varias ciudades de la Grecia habia visto otras semejantes; pero los habitantes de Larisa son mas diestros que los otros pueblos. La escena era en las inmediaciones de la ciudad: salieron muchos toros, y otros tantos caballeros que los perseguian y aguijaban con una especie de dardo. Es requisito que cada caballero se fije en un toro, que corra á su lado, que le hostigue, y le huya alternativamente; y que despues de haberle cansado, le coja por las astas, y le eche al suelo sin apearse del caballo. Algunas veces se arroja sobre el animal que brama de furor, y á pesar de los violentos vaivenes que sufre, le echa en tierra, delante de un gentío inmenso que celebra el triunfo.

El gobierno de esta ciudad está en manos de un corto número de magistrados, elegidos por el pueblo; los cuales se creen obligados á adularle; y sacrificar el bien comun al capricho de todos.

Los naturalistas pretenden, que despues de haber abierto una salida á las aguas estancadas que cubrian en muchas partes las inmediaciones de esta ciudad, se ha purificado y refrescado mucho el aire. En favor de esta opinion están dos hechos: uno es, que antes eran hermosos los olivos de este pais, y hoy no pueden resistir al frio del invierno; el otro, que las viñas se hie-

lan muy á menudo, lo que no sucedia nunca en otro tiempo.

Estábamos ya en otoño; y como por lo comun es hermosísima esta estacion en Tesalia, y dura mucho, hicimos algunas correrías por las ciudades inmediatas: mas, llegado el momento de nuestra partida, resolvimos pasar por Epiro, y tomamos el camino de Gonfi, ciudad situada al pie del monte Pindo.



CAPITULO XXXVI.

VIAGE A EPIRO, A ACARNANIA, Y A ETOLIA. ORACULO DE DODONA. SALTO DE LEUCADA.

La Tesalia está separada del Epiro por el monte Pindo; el que pasamos por mas arriba de Gonfi, y entramos en el pais de los Atamanes. Desde allí pudiéramos haber ido al oráculo de Dodona, que no está lejos; pero ademas de que nos hubiera sido necesario pasar por montes cubiertos de nieve, y que el invierno es rigurosísimo en esta ciudad, habiamos visto ya tantos oráculos en Beocia, que nos causaban mas fastidio que diversion. Tomamos pues el partido

de ir á Ambracia por un camino muy corto, pero muy áspero.

Esta ciudad, colonia de los Corintios, está situada cerca del seno que tiene tambien el nombre de Ambracio*. Al poniente de ella corre el rio Areton; al levante hay una colina con una ciudadela. Los muros tienen cerca de veinte y cuatro estadios de circuito**: en lo interior llaman la atencion los templos y otros hermosos monumentos; en lo exterior las fértiles llanuras que se dilatan hasta muy lejos. Nos detuvimos allí algunos dias; y tomamos algunas noticias del Epiro.

El monte Pindo al levante, y el seno Ambracio al poniente, separan en cierto modo el Epiro del resto de la Grecia. Lo interior del pais tiene muchas sierras: hácia las costas del mar hay vistas agradables y ricas campiñas. Entre los rios se distinguen el Aqueronte, que entra en una laguna del mismo nombre,; y el Cocito, cuyas aguas tienen un sabor desagradable. En este mismo pais hay un parage llamado Aorno ó Averno, de donde salen unos vapores que inficionan el aire. Por estas señas se conoce fácil-

* Este seno es el mismo donde se dió mas adelante la célebre batalla de Accio. Puede verse el plano y descripcion de él en las *Memorias de la Academia de bellas letras*, t. XXXII, p. 515.

** Dos mil doscientas sesenta y ocho toesas (15,870 pies de España).

mente el pais en que en otro tiempo pusieron los infiernos. Como el Epiro era entonces la última de las regiones conocidas por la parte del occidente, fué tenida por la region de las tinieblas; pero á proporcion que se han dilatado los límites del mundo por aquella parte, ha mudado el infierno de posicion, y se le ha puesto sucesivamente en Italia y en Iberia, siempre en los sitios donde parece que se apaga la luz del dia.

El Epiro tiene muchos y muy buenos puertos. Entre otras cosas, se sacan de esta provincia, caballos muy veloces, y mastines á que se confia la guarda de los rebaños, y se parecen á los Epirotas, en que se irritan por nada. Hay algunos cuadrúpedos de tamaño prodigioso. Es necesario que esté de pie, ó poco inclinado el que ha de ordeñar las vacas, las que dan muchísima leche.

He oido hablar de una fuente que está en el pais de los Caones. Para sacar la sal, de que están impregnadas sus aguas, las hacen hervir y evaporar. La sal que queda es blanca como la nieve.

Ademas de algunas colonias griegas establecidas en diversas comarcas del Epiro, se distinguen en este pais catorce naciones antiguas, la mayor parte bárbaras, distribuidas en simples aldeas; algunas otras que han estado sujetas á diferentes formas de gobierno, y otras como los

Molosos, que hace nueve siglos obedecen á príncipes de una misma familia. Esta es una de las mas antiguas é ilustres de la Grecia: trae su origen de Pirro, hijo de Aquiles; y sus descendientes han poseido de padres á hijos un trono, que nunca ha experimentado la menor vicisitud. Algunos filósofos atribuyen la duracion de este reino á la corta extension de los Estados que tenia en otro tiempo; pretendiendo que cuanto menor poder tienen los soberanos, es menor su àmbicion é inclinacion al despotismo. La estabilidad de este imperio se mantiene por un uso constante: cuando toma un príncipe la corona, se junta la nacion en una de las principales ciudades; y despues de las ceremonias que prescribe la religion, se obligan el soberano y los súbditos por un juramento solemne hecho sobre los altares, uno á reinar segun las leyes, y los otros á defender el trono conforme á las mismas leyes.

Este uso tuvo principio en el último siglo, con motivo de una revolucion ruidosa en el gobierno y costumbres de los Molosos. A la muerte de uno de sus reyes que no dejó mas que un hijo, pensó la nacion que nada podia interesarle tanto como la educacion de este príncipe, y confió este encargo á hombres sabios, quienes tomaron la determinacion de educarle lejos de los placeres y de la adulacion. Lleváronle á Atenas, y en una

república fué donde aprendió los deberes mutuos de los soberanos y súbditos. Cuando volvió á sus Estados, dió un ejemplo grande, diciendo al pueblo: « tengó demasiada autoridad, y quiero « limitarla. » Creó un senado, hizo leyes y nombró magistrados. Las ciencias y las artes no tardaron en florecer á impulsos de su diligencia y de su ejemplo. Suavizáronse las costumbres de los Molosos, que le adoraban, y tomaron sobre las demas naciones bárbaras de Epiro, aquel ascendiente que dan los conocimientos.

La ciudad de Dodona está á una de las partes setentrionales del Epiro. En ella se hallan el templo de Júpiter, y el oráculo mas antiguo de la Grecia. Este oráculo le habia ya en el tiempo en que los habitantes de estas regiones no tenian mas que una idea confusa de la divinidad; y ya desde entonces dirigian sus miradas inquietas á lo venidero: ¡tan cierto es que el deseo de conocerlo es una de las enfermedades mas antiguas del espíritu humano, así como es una de las mas funestas! Añado que hay otra, que no es menos antigua entre los Griegos, y es la de atribuir á causas sobrenaturales, no solamente los efectos de la naturaleza, sino hasta los usos é instituciones cuyo origen se ignora. El que se toma la molestia de indagar el origen de sus tradiciones, ve que todas van á parar en prodigios. Sin duda fué necesario uno para

instituir el oráculo de Dodona; y ved aquí como lo cuentan las sacerdotisas del templo.

Un dia se escaparon de la ciudad de Tebas en Egipto dos palomas negras, y se detuvieron, una en Libia, y otra en Dodona. Habiéndose posado esta última sobre una encina, pronunció estas palabras con voz clara: «instituid aquí un «oráculo en honor de Júpiter.» Lo mismo dijo la otra á los de Libia, y ambas fueron miradas como intérpretes de los dioses. Por absurda que sea esta relacion, parece que tiene algun fundamento real. Los sacerdotes egipcios aseguran que dos sacerdotisas fueron las que en otro tiempo llevaron sus ritos sagrados á Dodona, como tambien á Libia; y en la lengua de los pueblos antiguos de Epiro, la misma palabra que significa la paloma, significa tambien una vieja. Dodona está situada al pie del monte Tómaro, de donde nacen muchísimos manantiales inagotables: debe su gloria y sus riquezas á los extrangeros que vienen á consultar el oráculo. El templo de Júpiter y los pórticos que le rodean, están decorados con innumerables estatuas, y con las ofrendas de casi todos los pueblos de la tierra. Cerca de él campea el bosque sagrado, donde entre los robles de que se compone, hay uno con el nombre de divino ó profético, consagrado de tiempo inmemorial por la piedad de los pueblos.

No lejos del templo hay un manantial, que todos los dias se seca al medio dia, y está en su mayor creciente á media noche; creciendo y menguando todos los dias desde uno de estos puntos al otro. Se dice que presenta otro fenómeno todavía mas particular; y es que no obstante de ser frias sus aguas, y de que apagan las hachas encendidas que se meten en ellas, encienden las que están apagadas, si se acercan á cierta distancia*. La selva de Dodona está rodeada de pantanos; pero el terreno por lo general es fertilísimo, y se ven andar muchos rebaños por sus praderas.

Tres sacerdotisas están encargadas de anunciar las respuestas del oráculo; pero los Beocios las reciben de algunos de los ministros del templo. Habiendo consultado este pueblo en una ocasion al oráculo sobre una empresa que meditaba, respondió la sacerdotisa: « cometed « una impiedad, y saldreis bien. » Los Beocios, que sospechaban que ella favorecia á sus enemigos, la arrojaron inmediatamente al fuego, diciendo: « si la sacerdotisa nos engaña, merece « la muerte; si dice la verdad, obedecemos al

* Lo mismo se dice poco mas ó menos de una fuente mineral que dista tres leguas de Grenoble, mirada por mucho tiempo como uno de los siete prodigios del Delfinado. Pero ha desaparecido este prodigio, luego que se ha tenido cuidado de examinar la causa.

« oráculo, cometiendo una accion impía. » Las otras dos sacerdotisas procuraron disculpar á su desgraciada compañera, diciendo que el oráculo solamente habia ordenado á los Beocios el hurtar las trípodes sagradas que tenian en su templo, y traerlas al de Júpiter de Dodona. Al mismo tiempo se decidió, que en adelante no responderian á las preguntas de los Beocios.

Los dioses descubren sus secretos, de varios modos, á estas sacerdotisas. Algunas veces van estas al bosque sagrado, y poniéndose cerca del arbol profético, atienden, ya sea al susurro de sus hojas, agitadas por el céfiro, ya al gemido de sus ramas, impelidas por los huracanes. Otras veces se paran á la orilla de una fuente que mana al pie de este arbol, á escuchar el ruido que forma el hervidero de sus ondas fugitivas. Perciben diestramente las diferencias de los sonidos que llegan á sus oidos; y mirándolas como presagios de los acaecimientos futuros, las interpretan segun las reglas que se han formado, y mas comunmente segun el interes de los que las consultan.

El mismo método observan para explicar el ruido que resulta dando sobre ciertos platos de cobre, que están colgados al rededor del templo; los cuales están tan juntos, que basta tocar á uno, para ponerlos todos en movimiento. La sacerdotisa, atenta al sonido que se comunica,

se modifica y se debilita, sabe sacar un monton de predieciones de esta armonía confusa.

Aun hay mas todavía. Cerca del templo hay dos columnas: sobre la una está un vaso de bronce, y sobre la otra la figura de un niño que tiene en la mano un látigo de tres cadenitas de bronce, flexibles, y cada cual remata en un boton. Como la ciudad de Dodona está muy expuesta al viento, las cadenas dan contra el vaso casi sin cesar, y causan un sonido que dura largo tiempo: las sacerdotisas pueden calcular su duracion, y valerse de ello para sus designios.

Tambien se consulta al oráculo por medio de suertes. Estas son cédulas ó dados, que se sacan al acaso de una urna. Un dia que los Lacedemonios habian escogido este medio para saber el éxito de una expedicion, saltó un mono del rey de los Molosos sobre la mesa, tiró al suelo la urna, esparramó las suertes; y la sacerdotisa atemorizada exclamó: « que lejos de aspirar los « Lacedemonios á la victoria, no debian pensar « sino en su seguridad. » Vueltos á Esparta los diputados, divulgaron esta noticia, y jamas se vió tanto terror en este pueblo de guerreros como entonces.

Los Atenienses conservan muchas respuestas del oráculo de Dodona. Voy á referir una para que se conozca su espíritu.

« Ved aquí lo que el sacerdote de Júpiter pres-
« cribe á los Atenienses. Vosotros habeis dejado
« pasar el tiempo de los sacrificios y de la dipu-
« tacion: enviad cuanto antes diputados: que
« ademas de los presentes decretados por el
« pueblo, vengan á ofrecer nueve bueyes, que
« sean buenos para la labranza, acompañado
« cada buey con dos ovejas: que presenten á
« Dione una mesa de bronce, un buey, y otras
« víctimas. »

Esta Dione era hija de Urano; parte con Júpiter el incienso que se quema en el templo de Dodona, y esta asociacion de divinidades, sirve para multiplicar los sacrificios y las ofrendas.

Tales eran las cosas que nos contaban en Ambracia. Entre tanto se acercaba el invierno, y nosotros pensábamos en dejar esta ciudad. Tuvimos noticia de un barco mercante que salia para Neupacto, situada en el golfo de Crisa, en el cual fuimos admitidos como pasageros; y luego que estuvo seguro el buen tiempo, salimos del puerto y seno de Ambracia. A poco encontramos la península de Leucada, separada del continente por un istmo muy estrecho. Vimos unos marineros que por no dar la vuelta á la península, pasaban el barco á brazo por encima de esta lengua de tierra. Como el nuestro era bastante grande, determinamos seguir las

costas occidentales de Leucada, y llegamos á su extremidad, formada por un monte muy alto, cortado perpendicularmente, sobre cuya cima hay un templo de Apolo, que los marineros descubren y saludan desde lejos. Aquí se ofreció á nuestros ojos una escena capaz de inspirar el mayor horror.

Mientras que un grandísimo número de barcos, se colocaban en círculo al pie del promontorio, muchas gentes subian presurosas al monte. Unos se paraban cerca del templo, y otros trepaban á las puntas de las rocas, como para ser testigos de algun suceso extraordinario. Nada de siniestro anunciaban sus movimientos, y nosotros estábamos con plena confianza, cuando repentinamente vimos sobre otra roca separada, que varios de aquellos hombres cogieron á uno de ellos, y le precipitaron en el mar, en medio de los gritos de alegría que salian, tanto del monte como de los barcos. Este hombre estaba vestido de plumas, y ademas le habian atado algunas aves, que desplegando sus alas, retardaban la caida. Apenas cayó en la mar, cuando los barqueros fueron á toda prisa á su socorro, le sacaron y le prodigaron todo el obsequio que se podria exigir de la amistad mas tierna. Me causó esto tal impresion en el primer momento, que exclamé: ¡ bárbaros! ¿ de ese modo jugais con la vida de los hombres? Pero los de los

barcos se reian de mi sorpresa é indignacion. Al fin un ciudadano de Ambracia me dijo: « este pueblo que celebra todos los años en semejante dia la fiesta de Apolo, tiene la costumbre de ofrecer á este dios un sacrificio expiatorio, y cargar sobre la cabeza de esta víctima todas las plagas que le amenazan. Para este efecto escoge un hombre que esté condenado á muerte. Rara vez perece en las olas, y despues de haberle salvado, se le destierra para siempre de Leucada. »

Mas os admirareis, añadió el ambraciota, cuando sepais la extraña opinion que ha cundido entre los Griegos; y es que el salto de Leucada es remedio eficacísimo contra la pasion del amor. Mas de una vez se ha visto venir á Leucada algunos infelices amantes, subir al promontorio, ofrecer sacrificios en el templo de Apolo, hacer un voto formal de arrojarse al mar, y precipitarse por sí mismos.

No falta quien diga, que algunos han quedado curados de los males que padecian, y entre otros se cita un ciudadano de Butroton en Epiro, que era propenso á inflamarse por objetos nuevos; el cual se sujetó cuatro veces á esta prueba, y siempre con el mismo éxito. Sin embargo, como la mayor parte de los que han intentado este salto, le han dado sin tomar precauciones para hacer menos rápida su caida, casi todos han

perdido la vida, y ha habido mugeres que han sido víctimas deplorables.

Se enseña en Leucada el sepulcro de Artemisa, de aquella famosa reina de Caria, que dió tantas pruebas de valor en la batalla de Salamina. Dominada de una pasion violenta por un joven que no correspondia á su amor, le sorprendió durmiendo, y le sacó los ojos. Los remordimientos y la desesperacion la llevaron luego á Leucada, donde pereció en las ondas, á pesar de los esfuerzos que se hicieron para salvarla.

Tal fué tambien el fin de la desgraciada Safo. Abandonada de su amante Faon, vino aquí buscando alivio á sus penas, y solamente halló la muerte. Estos ejemplares han desacreditado tanto el salto de Leucada, que ya no se ven amantes que se obliguen con votos indiscretos á imitarlos.

Continuando nuestro viage, vimos á la derecha las islas de Itaca y de Cefalenia; á la izquierda las costas de Acarnania. En esta última provincia, hay algunas ciudades considerables, gran número de lugares fortificados, y muchos pueblos de diferente origen; pero asociados en una confederacion general, y casi siempre en guerra con los Etolios sus vecinos, cuyos Estados separa el Aqueloo. Los Acarnanios son fieles á su palabra, y en extremo amantes de su libertad.

Despues de pasar la embocadura del Aqueloo, fuimos costeando un dia entero la Etolia. Este pais, en que se hallan campiñas fértiles, está habitado por una nacion guerrera, y dividido en varias poblaciones, que por la mayor parte no son oriundas de la Grecia, y algunas conservan todavía restos de su antigua barbarie, hablando un lenguage dificultosísimo de entender, manteniéndose de carne cruda, y teniendo sus domicilios en lugares indefensos. Estas diversas poblaciones han reunido sus intereses, formando una grande asociacion semejante á la de los Beocios, Tesalos y Acarnanios. Júntanse todos los años por medio de sus diputados, en la ciudad de Termo, para elegir los gefes que han de gobernar. El fausto que se ostenta en esta asamblea, los juegos, las fiestas, y el concurso de mercaderes y espectadores, la hacen tan lucida como augusta.

Los de Etolia no respetan ni alianzas ni tratados. Desde que se enciende la guerra entre dos naciones vecinas á su pais, las dejan debilitarse, caen luego sobre ellas, y les quitan las presas que habian hecho. Llaman á esto *hurtar al ladron*.

Son muy dados á la piratería, lo mismo que los Acarnanios y los Locrios Ozolos. Los habitantes de esta costa no ven en esta profesion nada de injusto ni de infame. Este es un resto

de las antiguas costumbres de la Grecia; y por efecto de ellas no dejan las armas aun en tiempo de paz. Su gente de á caballo es muy temible cuando combate cuerpo á cuerpo, pero mucho menos cuando está en batalla ordenada. Se nota enteramente lo contrario entre los Tesalos.

Al este del Aqueloo se hallan leones, como tambien subiendo hácia el norte, hasta el rio Nesto en Tracia. Parece que en este largo espacio, no ocupan sino una lista, limitada por estos dos rios, el primero por el lado del poniente, y el segundo por el de levante. Dicen que no se conocen estos animales en las demas regiones de la Europa.

Al cabo de cuatro dias de navegacion llegamos á Naupacto, ciudad situada al pie de un monte en el pais de los Locrios Ozolos. Vimos en la costa un templo de Neptuno, y muy cerca de él una caverna llena de ofrendas, y consagrada á Venus. Hallamos allí algunas viudas, que iban á pedir á la diosa que les concediese un nuevo esposo.

Al dia siguiente tomamos un barco pequeño, que nos llevó á Pagas, puerto de la Megáride, y desde allí volvimos á Atenas.



CAPITULO XXXVII.

VIAGE A MEGARA, A CORINTO, A SICIONE, Y A ACAYA.

Pasamos el invierno en Atenas, esperando con impaciencia el momento de continuar nuestros viages. Habiendo visto ya las provincias setentrionales de la Grecia, nos faltaba recorrer las del Peloponeso; con cuya mira nos pusimos en camino al comenzar la primavera. *

Despues de pasar por la ciudad de Eleusis, de que hablaré mas adelante, entramos en la Me-

* En el mes de marzo del año 356 antes de J. C.

gáride que separa los Estados de Atenas de los de Corinto, y en que hay un corto número de ciudades y de lugares. Megara, que es la capital, estaba en otro tiempo unida al puerto de Nisea por dos largas murallas, que los habitantes creyeron conveniente destruir hace un siglo. Estuvo por mucho tiempo sujeta á reyes. Subsistió la democracia hasta que los oradores públicos, por agradar á la multitud, la movieron á partir entre sí los despojos de los ciudadanos ricos. Entonces se estableció el gobierno oligárquico; y en nuestros dias ha vuelto el pueblo á tomar su autoridad.

Los Atenienses se acuerdan de que esta provincia era en otro tiempo parte de su territorio, y quisieran reunirla á él; porque en ciertas circunstancias podria servirles de barrera; pero los Megarienses les han obligado varias veces á volver sus armas contra ellos, por haber preferido la alianza de los Lacedemonios á la suya. Durante la guerra del Peloponeso la redujeron á los últimos apuros, ya asolando sus campos, ya prohibiéndole el comercio con sus Estados.

En tiempo de paz llevan los Megarienses á Atenas sus géneros, y principalmente una grande cantidad de sal que recogen de las peñas que están en las inmediaciones del puerto. Aunque su territorio es corto y tan esteril como el de la Atica, se han enriquecido muchos con una pru-

dente economía, y otros con una parsimonia, que les ha ganado la fama de que, en sus tratados como en su comercio, no emplean sino las tretas, la mala fe, y el espíritu mercantil.

En el siglo último consiguieron fama por sus hechos: en el dia está aniquiladó su poder; pero su vanidad se ha aumentado en razon de su debilidad, y se acuerdan mas de lo que han sido que de lo que son. En la tarde misma de nuestra llegada, comiendo nosotros con los principales ciudadanos, les preguntamos por el estado de su marina, y nos respondieron: en tiempo de la guerra de los Persas, teniamos veinte galeras en la batalla de Salamina. — ¿Podriais poner ahora en pie un buen ejército? — En la batalla de Platea teniamos tres mil soldados — ¿Es grande vuestra poblacion? — Lo era tanto en otro tiempo, que nos vimos en la precision de enviar colonias á Sicilia, á la Propóntide, al Bósforo de Tracia, y al Ponto Euxino. Tras esto trataron de sincerarse de algunas perfidias que les imputan, y nos contaron una anécdota que merece conservarse. Los habitantes de la Megáride habian tomado las armas unos contra otros, y pactaron que la guerra no habia de suspender las labores del campo. El soldado que cogia prisionero á un labrador, le llevaba á su casa, le ponia á su mesa, y le dejaba ir, antes de recibir el rescate en que habian convenido. El prisionero se apre-

suraba á llevarlo, luego que lo juntaba. No se empleaba el ministerio de las leyes contra el que faltaba á su palabra; pero era detestado en todas partes por su ingratitud y su infamia.— Con que este hecho no ha sucedido en nuestros dias, les dije yo.— No, me respondieron, es del principio de este imperio. — Bien me parecia, les repliqué, que era propio de los siglos de ignorancia.

En los dias siguientes nos enseñaron muchas estatuas; unas de madera, y eran las mas antiguas; otras de oro y de marfil, y no eran las mas hermosas, y otras de marmól y bronce hechas por Praxíteles y Escopas. Vimos tambien la casa del senado, y otros edificios hechos de una piedra muy blanca, facil de labrar, y llena de conchas petrificadas.

Hay en Megara una célebre escuela de filosofía. * Euclides, su fundador, fué uno de los mas celosos discípulos de Sócrates. A pesar de la distancia del sitio, y de la pena de muerte establecida por los Atenienses contra todo megariense que se atreviese á pasar sus límites, se le vió mas de una vez salir por la tarde, disfrazado en trage de muger, pasar algunos momentos con su maestro, y volverse al amanecer. Examinaban

* Acerca de las demas escuelas, véase el capítulo XXIX de esta obra.

juntos en qué consistia el verdadero bien. Sócrates, que dirigia todas sus investigaciones á este único punto, no empleó mas que medios sencillos para llegar á él; pero Euclides muy versado en los escritos de Parménides y de la escuela de Elea, recurrió en adelante al medio de las abstracciones, medio comunmente peligroso, y las mas veces impenetrable. Sus principios son bastante conformes con los de Platon: decia que el verdadero bien debe ser uno, siempre el mismo, y siempre semejante á sí mismo. Despues era necesario definir estas diferentes propiedades; y así lo que mas nos importa saber, vino á ser lo mas dificil de entender.

Concurrió á oscurecerlo el método ya recibido de oponer á una proposicion la proposicion contraria, y ceñirse á disputar sobre ellas mucho tiempo. Contribuyó mucho al aumento de la confusion un instrumento que se descubrió entonces; hablo de las reglas del silogismo, cuyos tiros tan terribles como imprevistos, echan por tierra al contrario que no es bastante diestro para pararlos. Apoyándose luego las sutilezas de la metafísica en las tretas de la lógica, tomaron las palabras el lugar de las cosas; y los discípulos no bebieron en las escuelas mas que el espíritu de acrimonia y de contradiccion.

Euclides lo introdujo en la suya, acasó sin querer, pues era naturalmente afable y pacífico

Su hermano, que creia tener motivo para quejarse de él, le dijo un dia: «quiero morir, si no « me vengo de tí. — Y yo tambien; respondió « Euclides, si no te obligo á amarme todavía. » Pero muchas veces cedió al placer de multiplicar y vencer las dificultades, sin prever que los principios, cuando se agitan á menudo, pierden una parte de su fuerza.

Eubúlides de Mileto, su sucesor, llevaba á sus discípulos por senderos todavía mas resbaladizos y tortuosos. Euclides daba ejercicio al entendimiento; Eubúlides lo sacudia con violencia. Ambos tenian muchos conocimientos y luces; lo que debo advertir antes de hablar del segundo.

Le hallamos rodeado de jóvenes, atentos á sus palabras, y hasta á sus menores señas. Nos habló del modo con que los adiestraba, y conocimos que preferia la guerra ofensiva á la defensiva. Le rogamos que nos diese el espectáculo de una batalla; y mientras se hacian los preparativos, nos dijo que habia descubierto muchas especies de silogismos, muy socorridos todos para aclarar las ideas. Uno se llamaba el encubierto, otro el calvo, otro el mentiroso, y así de los demas.

Voy ahora, añadió, á daros pruebas de ello; y luego se seguirá el combate que deseais ver: no juzgueis de ellos ligeramente, pues los hay que hacen parar á los mayores ingenios, y los me-

ten en estrechuras, de donde les cuesta mucho salir.

A este tiempo se dejó ver una figura, tapada con un velo, desde la cabeza hasta los pies, y me preguntó si la conocia. Yo respondí que no. Pues bien, replicó Eubúlides; ved aquí como arguyo: vos no conoceis á este hombre: es así que este hombre es vuestro amigo; luego no conoceis á vuestro amigo. Quitóle el velo, y en efecto ví que era un joven ateniense amigo mio. Dirigiéndose luego Eubúlides á Filotas, le dijo: ¿qué cosa es un calvo? — El que no tiene pelo. — ¿Y si tuviera un pelo lo seria? — Sin duda. — Y si tuviera dos, tres, cuatro? Y así fué añadiendo, aumentando siempre una unidad, hasta que Filotas confesó por fin que el hombre de que se trataba no seria calvo. Luego basta un pelo solo, añadió Eubúlides, para que un hombre no sea calvo, siendo así que al principio asegurasteis lo contrario. Bien conoceis que del mismo modo se puede probar que un carnero basta para formar un rebaño, y un grano para formar la medida cabal de un celemin. Quedamos tan atónitos de estos miserables equivocos, y estábamos tan cortados, que los estudiantes prorumpieron en carcajadas.

Entre tanto el infatigable Eubúlides nos decia: ved aquí últimamente el nudo mas dificil de desatar: Epiménides dijo que todos los Cretenses

son mentirosos; es así que él era cretense, luego mintió; luego los Cretenses no son mentirosos: luego Epiménides no mintió, luego los Cretenses son mentirosos. Apenas acabó, cuando repentinamente gritó, ¡á las armas! ¡á las armas! acometed, defended la mentira de Epiménides.

A esta voz, los dos partidos con ojos centelleantes y gesto amenazador, se avanzan, se agolpan, se rechazan, descargan uno sobre otro una granizada de silogismos, sofismas y paralogismos. Las tinieblas se espesan, se confunden las filas, los vencedores y los vencidos se atraviesan con sus propias armas, ó caen en sus mismos lazos. Crúzanse en los aires las palabras injuriosas, y últimamente se ahogan entre los gritos penetrantes que atruenan la sala.

Iba á comenzar de nuevo la accion, cuando Filotas dijo á Eubúlides, que cada partido atendia mas á destruir la opinion contraria, que á fundar la propia; lo cual es un mal modo de discurrir. Por mi parte, le dije, que reparaba que sus discípulos parecian mas celosos por el triunfo del error, que por el de la verdad; lo cual es un modo peligroso de proceder. Iba á responderme, cuando nos avisaron que estaban prontos nuestros carruages. Nos despedimos de él, y luego que nos retiramos, nos lamentamos del indigno abuso que los sofistas hacian de su ingenio, y de las disposiciones de sus discípulos.

Para ir al istmo de Corinto, nos llevó nuestro guia por unos altos, sobre una cornisa abierta en peña, muy estrecha y escabrosa, muy alta del mar, á la falda de un monte que levanta su cabeza hasta los cielos. Este es el famoso desfiladero, donde se dice que estaba aquel Esciron, que precipitaba los pasageros al mar, despues de robarlos, y á quien Teseo hizo sufrir el mismo género de muerte.

No hay cosa mas espantosa que este paso al primer aspecto: nosotros no nos atreviamos á parar la vista sobre el abismo. El bramido de las olas parecia advertirnos á cada momento, que estábamos colgados entre la muerte y la vida. Familiarizados luego con el peligro, gozábamos con placer de un espectáculo digno de atencion. Los vientos impetuosos, pasando por la cumbre del monte que teniamos á nuestra derecha, rugian sobre nuestras cabezas, y divididos en torbellinos, caian á plomo sobre diferentes puntos de la superficie del mar, la revolvian, y la blanqueaban con espuma en ciertos parages, mientras en los espacios intermedios estaba lisa y sosegada.

El sendero por donde íbamos se prolonga unos cuarenta y ocho estadios *, bajando y subiendo

* Cerca de una legua y tres cuartos (1 legua y media y 348 pasos de España).

alternativamente hasta cerca de Cromion, puerto y castillo de los Corintios, distante ciento y veinte estadios * de su capital. Continuando por la costa por un camino mas cómodo y mas hermoso, llegamos al sitio en que la anchura del istmo no tiene mas que cuarenta estadios **. Aquí es donde los pueblos del Peloponeso han tomado algunas veces la determinacion de atrincherarse, cuando han temido alguna invasion; y aquí es tambien donde celebran los juegos istmios cerca del templo de Neptuno, y de un bosque de pinos consagrado á este dios.

El pais de los Corintios está ceñido entre muy estrechos límites: aunque se extiende mas á lo largo del mar, podria un barco recorrer su costa en un dia. Su territorio ofrece algunas campiñas ricas, y mas ordinariamente un terreno desigual y esteril. Se coge vino de muy mala calidad.

La ciudad está situada al pie de un monte alto, sobre el que han edificado una ciudadela. Por la parte del mediodia la defiende el monte, que por allí es muy escarpado, y por los otros tres lados está protegida de murallas muy fuer-

* Cuatro leguas y media (cerca de cuatro leguas de España).

** Cerca de una legua y media (1 legua y cuarto, y 200 pasos de España).

tes y muy altas. Tiene cuarenta estadios de circuito *, mas como las murallas se extienden por los costados del monte, y encierran la ciudadela, se puede decir que el circuito total es de ochenta y cinco estadios **.

El mar de Crisa y el Sarónico vienen á espirar á sus pies, como para reconocer su poder. En el primero está el puerto de Lequé, que está unido á la ciudad por una muralla doble de cerca de doce estadios de largo ***, y en el segundo está el puerto de Cencrea, setenta estadios**** distante de Corinto.

Adornan esta ciudad muchos edificios sagrados y profanos, antiguos y modernos. Despues de haber ido á la plaza, decorada, segun costumbre, con templos y estatuas, vimos el teatro, donde la asamblea del pueblo delibera sobre los asuntos de Estado, y donde se dan combates de música, y otros juegos que acompañan á las fiestas.

Nos enseñaron el sepulcro de los dos hijos de

* Cerca de legua y media (1 legua y cuarto, y 290 pasos de España).

** Tres leguas y quinientas treinta y dos toesas (2 leguas, tres cuartos y 241 pasos de España).

*** Cerca de media legua (algo mas de cuarto y medio de legua de España).

**** Cerca de tres leguas (2 leguas y cuarto y 287 pasos de España).

Medea. Los Corintios los arrancaron de los altares, donde los habia dejado esta madre desgraciada; y los mataron á pedradas. En castigo de este crimen, una enfermedad epidémica arrebataba en la cuna todos los niños, hasta que, dóciles á la voz del oráculo, se obligaron á honrar todos los años la memoria de las víctimas de su furor. Yo creia, dije entonces, por la autoridad de Eurípides, que esta princesa los habia degollado por su misma mano. Yo he oido decir, respondió uno de los asistentes, que el poeta se dejó sobornar por una cantidad de cinco talentos * que le dieron los magistrados; pero sea lo que fuere, ¿para qué se ha de disimular? Un uso antiguo prueba claramente, que nuestros padres fueron culpados; porque para recordar y expiar su crimen, deben nuestros hijos traer la cabeza rasurada, y llevar una ropa negra hasta cierta edad.

El camino que va á la ciudadela tiene tantas revueltas, que se andan treinta estadios antes de llegar á la cumbre. Llegamos cerca de una fuente llamada Pirene, donde se pretende que Belerofonte halló el caballo Pegaso. Sus aguas son muy frias y cristalinas: como no se descubre salida para ellas, se cree que bajan á la ciudad por conductos abiertos naturalmente en la

* Veinte y siete mil libras (100.588 rs. vn.).

peña, y que forman en ella una fuente, cuya agua es afamada por su ligereza, y bastaria á las necesidades de sus habitantes, aun cuando no tuvieran tantos pozos como han hecho.

La posicion de la ciudadela y sus murallas la hacen tan fuerte, que no podrian tomarla sino por traicion ó por hambre. Vimos á la entrada el templo de Venus, cuya estatua está cubierta de armas brillantes; y la acompañan las del Amor, y del sol, que era adorado aquí antes de introducirse el culto de Venus.

Parece que desde esta region elevada domina la diosa la tierra y los mares. Tal era la ilusion que nos causaba el soberbio espectáculo que se ofrecia á nuestra vista. Por la parte del norte se extendia esta hasta el Parnaso y Helicon; al este hasta la isla de Egina, la ciudadela de Atenas, y el promontorio Sunio; al oeste caia sobre las ricas campiñas de Sicione. Paseábanse con placer nuestros ojos por los dos senos, cuyas aguas vienen á quebrantarse contra este istmo, que Píndaro compara con razon á un puente, edificado por la naturaleza en medio de los mares, para reunir las dos partes principales de la Grecia.

A este aspecto parece que no se podria establecer comunicacion alguna desde un continente al otro, sin la anuencia de Corinto; y hay fundamento para mirar esta ciudad como el ba-

luarte del Peloponeso, y uno de los grillos de la Grecia; pero no habiendo permitido la envidia de los demas pueblos á los de Corinto, impedirles el paso del istmo, estos últimos se han aprovechado de las ventajas de su posicion para juntar riquezas considerables.

Desde que hubo navegantes hubo piratas, por la misma razon que hubo buitres desde que hubo palomas. No haciéndose el comercio de los Griegos, en su principio, sino por tierra, seguia el camino del istmo para entrar en el Peloponeso, ó para salir. Los Corintios cobraban un derecho, y llegaron á cierto grado de opulencia. Cuando fueron destruidos los piratas, las naves dirigidas por una debil experiencia, no se atrevian á engolfarse en el proceloso mar que se extiende desde la isla de Creta hasta el promontorio Malea en Laconia. Entonces era una manera de proverbio el decir: antes de doblar este cabo, olvidad lo mas amado. Prefirióse pues ir por los mares que se terminan en el istmo.

Las mercancías de Italia, de Sicilia, y de los pueblos del oeste desembarcaban en el puerto de Lequé: las de las islas del mar Egeo, de las costas del Asia menor y de los Fenicios, en el puerto de Cencrea. Mas adelante las porteaban por tierra de un puerto á otro, y se imaginaron medios de pasar tambien los barcos.

Hecha Corinto la escala del Asia y de la Europa, continuó percibiendo los derechos sobre los géneros extrangeros, cubrió el mar con sus barcos, y formó una marina para proteger su comercio. Con esto tuvo estímulo la industria: se dió nueva forma á las naves; y los primeros triremes que se vieron, fueron obra de sus constructores. Sus fuerzas navales la hacian respetar; y así venian á porfía á derramarse en su seno las producciones de otros paises. Nosotros vimos poner de venta sobre la costa, resmas de papel, y velamen traido de Egipto, marfil de Libia, cueros de Cirene, incienso de Siria, dátiles de Fenicia, alfombras de Cartago, trigo y quesos de Siracusa, peras y manzanas de la Eubea, esclavos de Frigia y de Tesalia, sin hablar de otros muchos objetos que llegan diariamente á los puertos de la Grecia, y en particular á los de Corinto. El cebo de la ganancia atrae á los comerciantes extrangeros, y principalmente á los de Fenicia; y los juegos solemnes del istmo juntan allí un número infinito de espectadores.

Por todos estos medios, aumentadas las riquezas de la nacion, los obreros destinados á elaborarlas fueron protegidos, y se animaron con nueva emulacion. Ya se habian distinguido, segun se dice, en invenciones útiles, que no especifico, porque no puedo determinar puntual-

mente su objeto. Las artes comienzan por tentativas oscuras, y ensayadas en diferentes lugares: cuando se han perfeccionado, se da el nombre de inventores á los que, usando de operaciones acertadas, han facilitado su práctica. Citaré un ejemplo. Aquella rueda con que un alfarero ve redondearse una vasija bajo su mano, fué introducida entre los Griegos por el sabio Anacarsis, segun me dijo un dia el historiador Eforo, tan versado en el conocimiento de los usos antiguos. Cuando estuve en Corinto quise vanagloriarme de ello; pero me replicaron, que esta gloria era debida á un conciudadano suyo, llamado Hiperbio: un intérprete de Homero nos probó con un pasage de este poeta, que era ya conocida esta máquina antes de Hiperbio. Filotas por su parte defendia, que el honor de la invencion pertenecia á Talos, anterior á Homero, y sobrino de Dédalo de Atenas. Lo mismo sucede con la mayor parte de los descubrimientos, que todos los pueblos de la Grecia se atribuyen á porfía. Lo que se debe inferir de sus pretensiones es, que cultivaron desde muy temprano, las artes de que se creen autores.

Corinto está llena de almacenes y de fábricas: entre otras cosas se fabrican sobrecamas, muy estimadas en las demas naciones. Gasta mucho en juntar pinturas y estatuas de buenas manos,

pero hasta ahora no ha producido ninguno de aquellos artistas que dan tanto honor á la Grecia, ya sea por no tener mas que un gusto de lujo á las obras maestras del arte, ya porque reservándose la naturaleza el derecho de colocar los ingenios, no deja á los soberanos mas que el cuidado de buscarlos, y manifestarlos. No obstante, son estimadas ciertas obras de bronce y tierra cocida que se fabrican en esta ciudad. No tiene minas de cobre; pero sus artífices, mezclando el que les viene de fuera con una corta porcion de oro y plata, componen un metal lustroso, y casi inaccesible al orin, con el cual hacen corazas, cascos, figurillas, copas y vasos, no tan estimados por la materia, como por el trabajo, los mas de ellos adornados con ramage, y otros adornos abiertos á cincel. Con la misma destreza trazan estos adornos en las obras de tierra. La materia mas comun recibe de la figura elegante que le dan, y de los ornamentos que la realzan, un mérito que la hace preferir á los mármoles y metales mas preciosos.

Las mugeres de Corinto se distinguen por su hermosura: los hombres por la aficion al lucro y á los placeres. Pierden la salud con los excesos de la gula; y el amor no es en ellos mas que una desenfrenada licencia. Lejos de causarles rubor, quieren justificarlo con una institucion, que pa-

rece convertirlo en deber. Su principal divinidad es Venus, á quien han consagrado rameras para que les alcancen su proteccion; y estas, en las grandes calamidades, y en los peligros inminentes, asisten á los sacrificios, y van en procesion con los demas ciudadanos, cantando himnos sagrados. A la llegada de Xerxes se imploró su auxilio, y yo he visto la pintura en que están representadas, dirigiendo sus votos á la diosa. Unos versos de Simónides, puestos al pie de la pintura, les atribuyen la gloria de haber salvado la Grecia.

Un triunfo tan distinguido multiplicó esta especie de sacerdotisas; en el dia los particulares que quieren asegurar el buen éxito de sus empresas, prometen ofrecer á Venus cierto número de rameras, que traen de varios paises. Se cuentan mas de mil en esta ciudad; las cuales atraen á los comerciantes extrangeros, y en pocos dias arruinan una tripulacion entera; de donde nació aquel refran: no es para todos ir á Corinto.

Debo advertir que en toda la Grecia, las mugeres que tienen semejante oficio de corrupcion, jamas han aspirado al aprecio público: que aun en Corinto, donde me enseñaron con tanta complacencia el sepulcro de la antigua Lais, celebran las mugeres honradas una fiesta en honor de Venus, á la cual no pueden ser admitidas las rameras; y que sus habitantes, que en la guerra

de los Persas dieron tantas pruebas de valor, habiéndose debilitado por los placeres, cayeron bajo la dominacion de los Argivos, se vieron obligados á mendigar sucesivamente la proteccion de los Lacedemonios, de los Atenienses y de los Tebanos, y por último han quedado reducidos á no ser mas que la nacion mas rica, mas afeminada y mas debil de la Grecia.

Solo me resta dar una idea ligera de las variaciones que ha experimentado su gobierno; para lo cual me veo precisado á retroceder á siglos muy remotos, bien que no me detendré largo tiempo.

Cerca de ciento y diez años despues de la guerla de Troya, y treinta despues de la vuelta de los Heraclides, obtuvo el reino de Corinto Aletas, descendiente de Hércules, y lo poseyó su casa por espacio de cuatrocientos diez y siete años. El hijo primogénito sucedia siempre á su padre. Abolióse despues la monarquía, y pusieron el poder soberano en manos de doscientos ciudadanos, que no contraian enlaces sino entre ellos, y debian ser todos de la sangre de los Heraclides. Cada año se elegia uno para la administracion de los negocios, con el nombre de prítano. Pusieron sobre los géneros que pasaban por el istmo, un derecho que los enriqueció; y los perdió el exceso del lujo. Noventa años despues de su institucion, Cipselo ganó el favor del

pueblo, se envistió de su autoridad *, y restableció el trono, que duró en su casa setenta y tres años y medio.

Señaló los principios de su reinado con proscripciones y crueldades. Persiguió á aquellos habitantes, cuyo crédito le hacia sombra; desterró á unos, quitó los bienes á otros, y dió muerte á muchos. Para debilitar todavía mas el partido de los ricos, les sacó durante diez años, el diezmo de sus bienes, con pretexto, decia él, de un voto que habia hecho, antes de ascender al trono, y que creyó cumplir poniendo una grandísima estatua dorada, cerca del templo de Olimpia. Cuando dejó de temer, quiso hacerse amar, y se dejó ver sin guardias ni aparato. Movido el pueblo con esta confianza, le perdonó fácilmente las injusticias de que no habia sido víctima, y le dejó morir en paz, al cabo de un reinado de treinta años.

Periandro, su hijo, empezó como habia acabado su padre: anunció dias venturosos, y quietud durable. Admiraban su afabilidad, sus luces, su prudencia; los reglamentos que hizo contra los que poseian muchos esclavos, ó cuyo gasto excedia á la renta, y contra los que cometian crímenes atroces, ó tenian costumbres depravadas: formó un senado, no impuso nuevas con-

* El año 658 antes de J. C.

tribuciones, y se contentó con los derechos de los géneros: construyó muchas naves, y para dar mayor actividad al comercio, resolvió romper el istmo, y dar comunicacion á los dos mares. Tuvo guerras que sostener, y sus victorias dieron una alta idea de su valor. Por otra parte, ¿qué no se debia esperar de un príncipe, cuya boca parecia el órgano de la sabiduría? que decia algunas veces: «el amor desordenado de las «riquezas es una calumnia contra la naturaleza: «los placeres son pasageros, las virtudes son «eternas: la verdadera libertad no consiste sino «en una conciencia pura.»

En una ocasion crítica, pidió consejos á Trasíbulo, que reinaba en Mileto, con quien tenia relaciones de amistad. Trasíbulo sacó al diputado á un campo, y paseándose con él por entre unas mieses lozanas, le iba preguntando el objeto de su comision, y al mismo tiempo iba cortando las espigas que descollaban sobre las demas. El diputado no comprendió que Trasíbulo acababa de poner ante sus ojos, un principio adoptado en muchos gobiernos, aun republicados, donde no se permite á los simples particulares tener demasiado mérito, ó demasiado crédito. Periandro entendió este lenguage, y continuó usando de moderacion.

El lustre de sus acciones, y las alabanzas de los aduladores, desenvolvieron por fin su ca-

racter, cuya violencia habia reprimido hasta entonces. En un arrebato de cólera, quizá excitado por los zelos, mató á Melisa su esposa, á quien amaba en extremo; y este fué el término de su felicidad y de sus virtudes. Irritado por un largo dolor, no lo fué menos cuando supo, que lejos de compadecerle, le acusaban de haber mancillado en otro tiempo el lecho de su padre. Como creyó que la opinion pública se resfriaba, se atrevió á hacerle frente; y sin considerar que hay injurias de que no debe vengarse un rey, sino con la clemencia, descargó el brazo sobre todos sus súbditos, se rodeó de satélites, y se encrueleció contra los que habia perdonado su padre: con un ligero pretexto despojó de sus mas preciosas alhajas á las mugeres de Corinto, agobió al pueblo con trabajos para tenerle esclavizado; y agitado él mismo continuamente de sospechas y temores, castigaba al ciudadano que estaba sentado tranquilamente en la plaza pública, y condenaba como culpado á todo hombre que podia serlo.

Ciertos sinsabores domésticos aumentaron el horror de su situacion. El menor de sus hijos, llamado Licofron, instruido por su abuelo materno del destino desgraciado de su madre, concibió tal odio contra el matador, que no podia sufrir su vista, y ni aun se dignaba responder á sus preguntas. En vano se prodigaron las

caricias y las súplicas. Periandro se vió obligado á echarle de su casa, y á prohibir á todos los ciudadanos, no solo el recibirle, sino hasta el hablarle, so pena de una multa, que se aplicaria al templo de Apolo. Refugióse el joven á uno de los pórticos públicos, sin recursos, sin quejarse, y resuelto á sufrirlo todo, mas bien que exponer sus amigos á la furia del tirano. Algunos dias despues, viéndole su padre por casualidad, y reviviendo todo su cariño, se fué hácia él, y no omitió cosa alguna para aplacarle; pero no pudiendo conseguir mas que estas palabras: «habeis quebrantado vuestra ley, é incurrido «en la multa,» tomó la determinacion de desterrarle á la isla de Corcira, que habia reunido á sus dominios.

Los dioses irritados concedieron á este príncipe una larga vida, que se consumia lentamente en desazones y remordimientos. Pasó aquel tiempo en que decia, que valia mas causar envidia que compasion; ahora el sentimiento de sus males le obligaba á confesar que la democracia era preferible á la tiranía. Hubo quien se atrevió á hacerle presente, que podia dejar el trono. ¡Ay! respondió, tan peligroso es para un tirano bajar del trono, como caer de él.

Abrumado con el peso de los negocios, y no hallando alivio alguno en su hijo mayor, que era simple, se resolvió á llamar á Licofron, é hizo

varias tentativas, que fueron desechadas con indignacion. Ultimamente propuso la abdicacion, y retirarse á Corcira, con tal que su hijo dejase esta isla, y viniese á reinar á Corinto. Este proyecto iba á efectuarse, cuando los Corciros, temerosos de la presencia de Periandro, abreviaron los dias de Licofron. Su padre no tuvo siquiera el consuelo de acabar la venganza que merecia tan cobarde atentado. Habia hecho embarcar en una nave trescientos niños que arrebataron á las primeras casas de Corcira, para enviárlos al rey de Lidia. Llegada la nave á Samos, se conmovieron sus habitantes al ver estas víctimas desgraciadas, y hallaron modo de salvarlas, y enviarlas á sus padres. Devorado Periandro de una rabia inutil, murió á la edad de cerca de ochenta años, despues de un reinado de cuarènta y cuatro*.

Apenas espiró, cuando desaparecieron los monumentos, y hasta los menores vestigios de su tiranía, sucediéndole un príncipe poco conocido, que solamente reinó tres años. Despues de este corto espacio de tiempo, juntaron los Corintios sus tropas con las de Esparta, y establecieron un gobierno, que se ha perpetuado, porque se acerca mas á la oligarquía que á la democracia, y porque los negocios importantes

* El año 585 antes de J. C.

no están sujetos á la decision arbitraria de la multitud. Corinto ha producido mas hombres hábiles en el arte de gobernar, que ninguna otra ciudad de la Grecia. Ellos son los que con su sabiduría y sus luces han sostenido la constitucion de tal suerte, que los zelos de los pobres contra los ricos no la han perturbado jamas.

La distincion entre estas dos clases de ciudadanos, la destruyó Licurgo en Lacedemonia. Fidon, que segun parece vivió por el mismo tiempo, creyó que debia conservarla en Corinto, en donde fué uno de los legisladores. Una ciudad, situada en el camino principal del comercio, y precisada á admitir continuamente en sus muros á todos los extrangeros, no podia sujetarse al mismo régimen, que otra colocada en un rincon del Peloponeso; pero aunque Fidon conservó la desigualdad de bienes, no por eso dejó de atender á determinar el número de familias y de ciudadanos. Esta ley era conforme al espíritu de aquellos siglos antiguos, en que los hombres, distribuidos en poblaciones cortas, no conocian otra necesidad que la de subsistir, ni otra ambicion que la de defenderse, bastando á cada nacion tener suficientes brazos para cultivar la tierra, y bastànte fuerza para resistir á una invasion repentina. Nunca han variado estas ideas entre los Griegos. Persuadidos sus filósofos y legisladores, á que una poblacion numerosa no

es mas que un medio de aumentar las riquezas, y perpetuar las guerras; lejos de favorecerla, se han ocupado continuamente en precaver su exceso. Los primeros, no estimando en mucho la vida, no creen necesario multiplicar la especie humana: los segundos, no poniendo su atencion sino sobre un pequeño Estado, han temido siempre recargarle de habitantes, que lo dejarian en breve exhausto.

Esta fué la principal causa que en otro tiempo, hizo salir de los puertos de Grecia, aquellos numerosos enjambres de colonos, para ir á establecerse lejos en costas desiertas. Corinto es á quien debieron su origen; Siracusa, que es el ornamento de la Sicilia; Corcira, que por algun tiempo fué la señora de los mares; Ambracia en Epiro, de la que ya he hablado*, y otras muchas ciudades mas ó menos florecientes.

A muy corta distancia de Corinto está Sicione, adonde llegamos, teniendo que pasar varios rios. Esta comarca, que produce mucho trigo, vino y aceite, es una de las mas hermosas y ricas de la Grecia.

Como las leyes de Sicione prohiben enterrar á quien quiera que sea en la ciudad, vimos á derecha é izquierda del camino muchos sepulcros, cuya forma no desdice de la hermosura de

* Véase el capítulo xxxvi de esta obra.

aquellos parages. Una pared baja con columnas encima que sostienen un techo, circunda el terreno en que se abre el hoyo: se deja allí el muerto; se le cubre de tierra, y despues de las ceremonias acostumbradas, los que le han acompañado le llaman por su nombre, y se despiden para siempre.

Hallamos á los habitantes, ocupados en los preparativos de una fiesta que celebran todos los años, y verificóse la noche siguiente. De una especie de celda, donde tienen encerradas muchas estatuas antiguas, las sacan para pasearlas por las calles, y las depositan en el templo de Baco. La de este dios abria la marcha, y tras ella iban las demas: acompañaban á esta ceremonia un gran número de hachas, y cantaban himnos por cierto estilo, no conocido en otra parte.

Los de Sicione ponen la fundacion de su ciudad en una época, que no puede conciliarse con las tradiciones de otros pueblos. Aristrato, en cuya casa nos alojamos, nos enseñó una lista de los príncipes que ocuparon el trono por espacio de mil años, y el último de ellos vivia poco mas ó menos por el tiempo de la guerra de Troya. Nosotros le suplicamos que no nos llevase á tiempos tan altos, y no se alejase mas de tres ó cuatro siglos. Por este tiempo, continuó, apareció una sucesion de soberanos, conocidos con el nombre de tiranos, porque gozaban de una

autoridad absoluta: la que conservaron por un siglo entero, sin valerse de otro secreto, que contenerla dentro de límites justos, respetando las leyes. Ortágoras fué el primero de ellos, y Clístenes el último. Los dioses, que algunas veces aplican remedios violentos á los males extremos, hicieron nacer estos dos príncipes, para quitarnos una libertad mas funesta que la esclavitud. Ortágoras reprimió el furor de las facciones con su moderacion y prudencia. Clístenes fué adorado por sus virtudes, y temido por su valor.

Cuando la dieta de los anfictiones resolvió armar las naciones de la Grecia contra los habitantes de Cirra*, por estar culpados de impiedad contra el templo de Delfos, nombró por uno de los generales del ejército á Clístenes, quien se mostró grande en deferir muchas veces al parecer de Solon, que se hallaba en esta expedicion. La guerra se concluyó brevemente; y Clístenes empleó la parte que le cupo del botin, en edificar un pórtico soberbio en la capital de sus Estados.

La reputacion de su sabiduría, se aumentó en una circunstancia particular. Acababa de ganar en Olimpia el premio de la carrera de carros de cuatro caballos. Luego que fué proclamado su

* Hácia el año 596 antes de J. C.

nombre, adelantándose un heraldo hácia la multitud innumerable de espectadores, anunció, que todos los que podian aspirar al himeneo de Agarista, hija de Clístenes, podian ir á Sicione en el término de sesenta dias, y que al año, despues de espirado el término, seria declarado el esposo de la princesa.

Al punto acudieron de varias partes de la Grecia y la Italia, los pretendientes que creian tener títulos suficientes para sostener el lustre de esta alianza. Uno de ellos era Esmindírides, el mas rico y voluptuoso de los Sibaritas; el cual vino en una galera propia, con una comitiva de mil esclavos, pescadores, pajareros y cocineros. Era este el que viendo á un rústico levantar la azada con esfuerzo, sentia despedazársele las entrañas; y no podia dormir si alguna de las hojas de rosa, que le esparcian en la cama, se llegaba á doblar por casualidad. Su molicie no podia compararse sino con su fausto, y este con su insolencia. En la tarde de su llegada, cuando se trató de ponerse á la mesa, pretendia que ninguno tenia derecho para ponerse cerca de él, sino la princesa, cuando llegase á ser su esposa.

Entre sus rivales se contaban Laócedes, de la antigua casa de Argos; Láfanes de Arcadia, descendiente de Euforion, quien, segun se dice hospedó á Castor y Polux, Megacles de la casa

de los Alcmeónides, la mas poderosa de Atenas; Hipóclides, nacido en la misma ciudad, distinguido por su ingenio, riquezas y hermosura. Los otros ocho merecian, cada uno por su término, competir con estos.

La corte de Sicione no pensaba mas que en fiestas y placeres; la lid continuaba abierta á los concurrentes; y allí disputaban el premio de la carrera y otros ejercicios. Clístenes, habia tomado informes acerca de sus familias, asistia á sus combates, y estudiaba atentamente su caracter, ya en las conversaciones generales, ya en las particulares. Cierta inclinacion secreta le habia arrastrado desde luego hácia el uno de los dos atenienses; pero las gracias de Hipóclides habian acabado de seducirle.

El dia que debia manifestar su eleccion, hizo lo primero un sacrificio de cien bueyes, y luego tuvo un banquete, á que fueron convidados todos los de Sicione con los concurrentes. Levantáronse de la mesa; se continuó bebiendo, y se disputó sobre la música y otros objetos. Hipóclides, que en todo conservaba la superioridad, alargó la conversacion: repentinamente mandó al flautista, que tocase cierto son, y se puso á danzar un baile lascivo con una satisfaccion, que indignó á Clístenes: poco despues mandó traer una mesa, saltó encima de ella, ejecutó primero las danzas de los Lacedemonios, y despues

las de los Atenienses. Irritado Clístenes al ver tanta indecencia y ligereza; procuraba reprimirse; mas cuando le vió cabeza abajo, apoyándose sobre los brazos, figurar diversos gestos con los pies: « Hijo de Tisandro, exclamó, acabais de « danzar el rompimiento de vuestro matrimo-« nio. — En verdad, señor, respondió el ate-« niense, que á Hipóclides no se le da nada de « eso. » Dichas estas palabras, que han pasado á proverbio, Clístenes impuso silencio, dió gracias á todos los concurrentes, les suplicó tuviesen á bien aceptar cada uno un talento de plata, y declaró que daba su hija por esposa á Megacles, hijo de Alcmeon. De este matrimonio descendia, por parte de madre, el célebre Pericles.

Aristrato añadió, que despues de Clístenes, el odio recíproco de ricos y pobres, esta enfermedad eterna de las repúblicas de la Grecia, no habia cesado de despedazar su patria; y que últimamente un ciudadano llamado Eufron, que tuvo la habilidad de reunir en sí toda la autoridad, la conservó por algun tiempo, la perdió despues, y fué asesinado en presencia de los magistrados tebanos, cuya proteccion habia ido á implorar. Los Tebanos no se atrevieron á castigar á los asesinos de un hombre acusado de tiranía; pero el pueblo de Sicione, á quien habia favorecido siempre, le levantó un sepulcro

en medio de la plaza pública, y todavía le honra como á un excelente ciudadano, y uno de sus protectores. Yo le condeno, dijo Aristrato, porque echó mano de la perfidia muchas veces, y no contemporizó bastante con el partido de los ricos: pero al fin la república necesita de un gefe. Estas últimas palabras nos descubrieron sus intenciones, y algunos años despues supimos, que se habia apoderado del supremo mando.

Vimos la ciudad, el puerto y la ciudadela. Sicione será memorable en la historia de las naciones por su diligencia en cultivar las artes. Yo quisiera poder fijar puntualmente hasta donde ha contribuido al nacimiento de la pintura, y al adelantamiento de la escultura; pero segun lo he insinuado, las artes marchan siglos enteros por caminos oscuros: un gran descubrimiento no es mas que la combinacion de muchos que le han precedido; y como es imposible seguir sus huellas, basta observar los que son mas sensibles, y ceñirse á algunos resultados.

El dibujo debió su origen á la casualidad; la escultura á la religion; la pintura á los progresos de las demas artes.

En los tiempos mas remotos se entretuvo alguno en seguir y circunscribir sobre la tierra, ó sobre la pared, el contorno de la sombra que hacia algun cuerpo iluminado por el sol ú otra

luz; y en vista de esto, se aprendió á indicar la figura de los objetos por medio de meros lineamientos.

Desde los tiempos mas remotos se pensó tambien en avivar el fervor del pueblo, poniendo ante sus ojos el símbolo ó la imagen de su culto. Al principio se expuso á su veneracion una piedra, ó el tronco de un arbol; luego se tomó el partido de redondear su parte superior en figura de cabeza: en fin se abrieron lineas para figurar los pies y las manos. Tal era el estado de la escultura entre los Egipcios, cuando la trasmitieron á los Griegos, quienes por mucho tiempo se contentaron con imitar á sus modelos. De ahí vienen aquellas especies de estatuas, que se hallan tan á menudo en el Peloponeso, en que no se ve mas que una pilastra, una columna ó pirámide que remata en una cabeza, y algunas veces representa unas manos, que solamente están indicadas, y unos pies que no están separados uno de otro. Las estatuas de Mercurio, que se llaman Hermes, son un resto de este uso antiguo.

Los Egipcios se glorian de haber descubierto la escultura mas de diez mil años hace; y al mismo tiempo la pintura, ó á lo menos seis mil años antes de que la conociesen los Griegos. Estos, muy lejos de atribuirse el origen de la primera de estas artes, creen tener derechos

legítimos al de la segunda. Para conciliar estas diversas pretensiones, hay que distinguir dos especies de pintura: una que se contentaba con realzar un dibujo con colores, empleados enteros y sin interrupcion, y otra que despues de muchos esfuerzos ha llegado á copiar fielmente la naturaleza.

Los Egipcios descubrieron la primera. En efecto, se ven en la Tebaida, colores vivísimos, y antiquísimamente aplicados sobre los contornos de las grutas, que acaso servian de sepulcros; sobre los cielos rasos de los templos; sobre los geroglíficos, y sobre las figuras de hombres y de animales. Estos colores, adornados á veces con hojas de oro pegadas con un mordiente, prueban claramente que el arte de la pintura no era en Egipto mas que el arte de iluminar.

Parece que en la época de la guerra de Troya no estaban mucho mas adelantados los Griegos; mas en la primera olimpiada * los artistas de Sicione y de Corinto, que ya habian manifestado mas inteligencia en sus dibujos, se distinguieron por varios ensayos, cuya memoria se ha conservado, y asombraron por su novedad. Mientras que Dédalo de Sicione ** separaba los

* Hácia el año 776 antes de J. C.

** Los antiguos hablan muy a menudo de un Dédalo de Atenas.

pies y las manos de las estatuas, Cleofanto de Corinto daba colorido á las facciones del rostro,

á quien atribuyen los mas importantes descubrimientos de artes y oficios, la sierra, el hacha, el barreno, la cola de pescado, las velas, los mástiles de los navíos, etc. En Creta mostraban un laberinto de él: en Sicilia una ciudadela y baños; en Cerdeña grandes edificios; y en todas partes, un gran número de estatuas. Antes de Dédalo, añaden, las estatuas tenian los ojos cerrados, los brazos pegados al cuerpo, los pies juntos: él fué quien les abrió los ojos, y les separó los pies y las manos. Dédalo en fin fué quien hizo mover y andar ciertas figuras de madera por medio del azogue, ó por resortes ocultos en lo interior. Debe notarse que se le decia contemporaneo de Minos, y que la mayor parte de los descubrimientos con que se le honra, los atribuyen otros autores á artistas muy posteriores.

Comparando las noticias que dan los autores y los monumentos, me ha parecido que la pintura y escultura no comenzaron á tomar vuelo entre los Griegos, sino en los dos siglos, uno antes, y el otro despues de la primera olimpiada; que empezó en el año 776 antes de J. C. Tal habia sido en razon de la pintura, el resultado de las investigaciones de M. de la Nauze.

En consecuencia, yo he creido que las mudanzas ocurridas en las estatuas antiguas, las debia atribuir á este Dédalo de Sicione, de quien tantas veces hace mencion Pausanias, y el cual vivió en el espacio de tiempo corrido, desde el año 700 hasta el de 600 antes de J. C. Pondré aquí los testimonios que favorecen esta opinion.

Algunos, dice Pausanias, ponen por discípulos de Dédalo, á Dipeno y Escilis, á quienes Plinio coloca antes del reinado de Ciro, hácia la olimpiada cincuenta, que empezó en el año 580 antes de J. C., lo que haria retroceder la época de Dédalo al año 610, antes de la misma era.

Aristóteles, citado por Plinio, pretendia que Euquir, pariente de Dédalo, habia sido el primer autor de la pintura entre los

valiéndose del ladrillo cocido y molido : prueba de que los Griegos no conocian entonces ninguno de los colores que se usan hoy para expresar la encarnacion.

Por el tiempo de la batalla de Maraton salieron la pintura y escultura de su larga infancia, y los progresos mas rápidos las han elevado al punto de grandeza y hermosura en que las vemos hoy. Casi en nuestros dias, Sicione ha producido á Eupompo, cabeza de una tercera escuela de pintura. Antes de él no se conocian mas que las de Atenas y Jonia; y ya han salido de la suya artistas célebres, entre otros Pausanias y Pánfilo, que es quien la dirigia cuando nosotros estuvimos en aquella ciudad. Sus talentos y reputacion le atrajeron un gran número de discípulos, que le pagaban un talento *antes*

Griegos. Si este Euquir es el mismo que se aplicó á la plástica, y acompañó á Demarátes de Corinto á Italia, este nuevo sincronismo, confirmará la fecha anterior; porque Demarates era padre de Tarquino el mayor, que subió al trono de Roma hácia el año 614 antes de J. C.

Ultimamente Atenágoras, despues de haber hablado de varios artistas de Corinto y de Sicione, que vivieron despues de Hesiodo y Homero, añade : « despues de estos se dejaron ver Dédalo y « Teodoro, que eran de Mileto, autores de lá estatuaria y de la « plástica. »

Yo no niego la existencia de un Dédalo antiquísimo. Solamente digo que los primeros progresos de la escultura deben atribuirse al de Sicione.

de ser recibidos *; y él por su parte se obligaba á darles por diez años lecciones fundadas en una excelente especulativa, y calificadas por el crédito de sus obras. Les exhortaba á que cultivasen las letras y las ciencias, en que estaba muy versado.

El fué quien aconsejó á los magistrados de Sicione el mandar, que en lo sucesivo entrase el estudio del dibujo en la educacion de los ciudadanos, y que las bellas artes no se entregasen á manos serviles: las demas ciudades de Grecia, movidas de este ejemplo, empiezan á conformarse á él.

Nosotros conocimos á dos discípulos suyos, que despues se han grangeado un gran nombre, cuales son Melantio y Apeles. Tenia grandes esperanzas del primero, y mayores todavía del segundo, que se felicitaba de tener tal maestro: Pánfilo se felicitó despues de tener tal discípulo.

Hicimos algunos viages por las inmediaciones de Sicione: en la aldea de Titane, situada sobre un monte, vimos en un bosque de cipreses un templo de Esculapio, cuya estatua vestida de una túnica de lana blanca y un manto, no deja ver mas que la cara, las manos y las puntas de los pies. Cerca de ella está la de Higia, diosa

* Cinco mil y cuatrocientas libras. (20,417 rs. vn.)

de la salud, tambien envuelta en un ropage, y con trenzas de pelo que se quitan las mugeres para consagrarlas á esta diosa. El uso de vestir las estatuas con vestidos á veces muy ricos, es muy comun entre los Griegos, y suele ser lástima que estos adornos oculten á los ojos las bellezas del arte.

Nos detuvimos en la ciudad de Flionte, cuyos habitantes han adquirido en nuestros dias un lustre que nunca podrian dar las riquezas ni las conquistas. Uniéronse con Esparta, en el tiempo en que se hallaba en el mas alto punto de su esplendor. Despues de la batalla de Leuctres, cuando se sublevaron contra ella sus esclavos, y la mayor parte de sus aliados, los Fliontinos volaron á su socorro; y vueltos á sus casas, ni el poder de los Tebanos y Argivos, ni *los horrores* de la guerra y del hambre, pudieron jamas separarlos de su alianza. Este ejemplo de valor se ha dado en un siglo, en que se hace burla de los juramentos; y por una ciudad pequeña, de las mas pobres de la Grecia.

Despues de haber pasado algunos dias en Sicione, entramos en la Acaya, que se extiende hasta el promontorio Araxo, situado enfrente de la isla de Cefalenia, y es una faja de tierra terminada al mediodia, por la Arcadia y la Elide, y al norte por el mar de Crisa. Sus costas están por todas partes erizadas de rocas que las

hacen inaccesibles: en lo interior del pais la tierra es endeble, y solo produce á fuerza de trabajo: no obstante en algunos parages hay buenos viñedos.

La Acaya fué ocupada en otro tiempo por los Jonios, que hoy están en la costa de Asia; y de allí fueron echados por los Aqueos, cuando estos últimos se vieron obligados á ceder á los descendientes de Hércules los reinos de Argos y de Lacedemonia.

Establecidos en sus nuevas moradas, los Aqueos no se mezclaron en los asuntos de la Grecia, aun cuando Xerxes les amenazaba con larga esclavitud. La guerra del Peloponeso los sacó del reposo, en que fundaban su felicidad, y se unieron ya á los Lacedemonios, ya á los Atenienses, á quienes tenian siempre mayor inclinacion. Entonces fué cuando estando Alcibiades persuadiendo á los de Patras que alargasen los muros de la ciudad hasta el puerto, para que pudiesen socorrerlos las flotas de los Atenienses, exclamó uno en medio de la asamblea: « Si seguis ese parecer, os tragarán al fin los « Atenienses. Eso puede ser, respondió Alcibia« des, mas con esta diferencia, que los Atenien« ses comenzarán por los pies, y los Lacedemo« nios por la cabeza. » Los Aqueos han formado en lo sucesivo otras alianzas: algunos años despues de nuestro viage enviaron dos mil hombres

á los Focenses, y sus tropas se distinguieron en la batalla de Queronea.

Pelene, ciudad tan pequeña como todas las de Acaya, está edificada en la falda de un collado, cuya figura es tan irregular, que los dos cuarteles de la ciudad, que están en los extremos opuestos, no tienen casi comunicacion entre sí. Su puerto dista sesenta estadios *. El miedo de los piratas obligaba en otro tiempo, á los habitantes de una comarca, á reunirse sobre las alturas mas ó menos apartadas del mar: todas las ciudades antiguas de la Grecia están situadas de esta manera.

Saliendo de Pelene vimos un templo de Baco, donde cada año se celebra por la noche la fiesta de las Lámparas: encienden muchísimas, y dan vino en abundancia á la multitud. Enfrente está el bosque sagrado de Diana conservadora, en el cual no es permitido entrar sino á los ministros sagrados. En un templo de Minerva vimos despues su estatua de oro y marfil, de tan hermoso trabajo, que se decia ser de Fidias.

Pasamos á Egira, distante del mar cerca de doce estadios. * Mientras recorriamos sus monumentos, nos dijeron que en otro tiempo, no pu-

* Cerca de dos leguas y cuarto. (Cerca de 2 leguas de España.

* Mil ciento treinta y cuatro toesas. (1,587 pasos de 5 pies de España.)

diendo sus habitantes oponer fuerzas suficientes á los de Sicione, que habian venido á acometerles, les ocurrió juntar un gran número de cabras, atarles á las astas unas hachas encendidas, y hacerlas avanzar por la noche; con lo que el enemigo creyó que eran tropas aliadas de Egira, tomó la resolucion de retirarse.

Mas allá entramos en una gruta, mansion de un oráculo, que emplea el medio de la suerte para manifestar lo futuro. Cerca de una estatua de Hércules, se levanta un monton de dados, que tienen una señal particular en cada cara. Se toman cuatro cualesquiera, se les arroja sobre una mesa, en donde están figuradas las mismas señales con su interpretacion. Este oráculo es tan seguro y tan frecuentado como los demas.

Mas allá todavía, vimos las ruinas de Hélice, separada en otro tiempo del mar doce estadios, y destruida en nuestros dias por un temblor de tierra. Estas catástrofes terribles son bastante comunes en los lugares inmediatos al mar, y suelen venir precedidas de señales horrendas: por muchos meses las aguas del cielo inundan la tierra, ó se niegan á su esperanza: el sol oscurece sus rayos, ó se pone rojo como las brasas: los vientos asolan los campos: centellean en los aires ráfagas de fuego; y se observan otros fenómenos, precursores de un espantoso desastre.

Despues de la desgracia de Hélice, contaban varios prodigios que habian sido los precursores de ella. La isla de Delos se estremeció, y una columna inmensa de fuego se levantó hasta los cielos. Sea de esto lo que fuere, poco tiempo antes de la batalla de Leuctres, * en el invierno, por la noche, soplando el viento norte por un lado, y por otro el de mediodia, sufrió la ciudad vaivenes violentos y rápidos, que repitieron hasta el romper el dia, en cuya hora fué enteramente arruinada y sepultada en las ondas del mar, que salió de sus límites. Tan fuerte fué la inundacion, que subió hasta la cumbre de un bosque consagrado á Neptuno. Las aguas se retiraron en parte insensiblemente; pero todavía cubren las ruinas de Hélice, y no dejan ver mas que débiles reliquias. Perecieron todos los habitantes, y en vano se procuró en los dias siguientes sacar los cuerpos para darles sepultura.

Se dice que los temblores no alcanzaron á la ciudad de Egio, que no distaba de Hélice mas de cuarenta estadios ** ; pero se propagaron por el otro lado; y en la ciudad de Bura, que no distaba de Hélice mas que Egio, muros, casas, tem-

* Hácia el fin del año 373 antes de J. C. ó principio del de 372.

** Una legua y mil doscientas ochenta toesas, ó tres mil setecientas ochenta toesas. (Una legua y 1.290 pasos de España.

plos, estatuas, hombres y animales, todo pereció. Los ciudadanos ausentes edificaron á su vuelta la ciudad que subsiste el dia de hoy. La de Hélice fué reemplazada por un lugarcillo, donde nosotros tomamos un barco para ver de cerca algunos escombros, esparcidos por la costa. Nuestras guias dieron una vuelta por temor de estrellarse contra un Neptuno de bronce, que está á flor del agua, y se mantiene todavía sobre su basa.

Despues de la destruccion de Hélice, heredó Egio el territorio de aquella, y se hizo la principal ciudad de Acaya. En esta ciudad es donde se convocan los Estados de la provincia; los que se reunen en las inmediaciones, en un bosque consagrado á Júpiter, que está cerca del templo de este dios, á la orilla del mar.

Desde los tiempos mas antiguos está la Acaya dividida en doce ciudades, que comprenden cada una en su distrito siete ú ocho lugares. Todas tienen derecho de enviar diputados á la asamblea ordinaria, que se celebra al principio de su año, hácia la mitad de la primavera. En ella se hacen los reglamentos que exigen las circunstancias: se nombran los magistrados que los han de hacer ejecutar, y pueden convocar una asamblea extraordinaria cuando sobreviene una guerra, ó hay que deliberar sobre alguna alianza.

El gobierno anda, por decirlo así, por sí mismo. Es una democracia que debe su origen y conservacion á circunstancias particulares: en un pais pobre, sin comercio, y casi sin industria, los ciudadanos gozan en paz de la igualdad y libertad que les proporciona una sábia legislacion: como no han salido entre ellos hombres inquietos, no conocen la ambicion de las conquistas: como tienen pocas conexiones con las naciones corrompidas, jamas emplean la mentira ni el fraude aun contra sus enemigos: finalmente, como todas las ciudades tienen las mismas leyes, y las mismas magistraturas, forman un solo cuerpo, un solo Estado, y reina entre ellas cierta armonía, que se difunde por todas las clases de ciudadanos. La excelencia de su constitucion, y la probidad de sus *magistrados* están tan reconocidas, que en otro tiempo las ciudades griegas de la Italia, cansadas de sus disensiones, recurrieron á este pueblo para que las terminase, y algunas de ellas formaron una confederacion semejante á la suya. Poco ha todavía que los Lacedemonios y los Tebanos, queriendo apropiarse ambos la gloria de la batalla de Leuctres, lo eligieron por árbitro de una diferencia que interesaba á su honor, y cuya decision exigia la mayor imparcialidad.

Vimos mas de una vez en la playa, varios muchachos tirando piedras con sus hondas. Los

Aqueos son muy dados á este ejercicio, y tan diestros, que el plomo sujeto en la correa, de un modo particular, parte, vuela y da al instante en el objeto á que le dirigen.

Al ir á Patras pasamos por muchas ciudades y lugares; porque la Acaya está muy poblada. En Faras vimos en la plaza pública treinta piedras cuadradas, á que reverencian como otras tantas divinidades, y cuyos nombres se me han olvidado. Cerca de ellas está un Mercurio, terminado en punta, y desfigurado con una larga barba, enfrente de una estatua de Vesta, ceñida con un cordon de lámparas de bronce. Nos dijeron que el Mercurio daba sus oráculos, y que bastaba decirle algunas palabras al oido, para que respondiese. En este momento, vino un labrador á consultarle; el cual tuvo que ofrecer incienso á la diosa, echar aceite en las lámparas, y encenderlas, depositar sobre el altar una pequeña moneda, acercarse á Mercurio, preguntarle en voz baja, salir de la plaza tapándose los oidos, y recoger las primeras palabras que oyese, y debian aclarar sus dudas. El pueblo fué tras él, y nosotros nos volvimos á nuestra posada.

Antes de llegar á Patras echamos pie en tierra en un hermoso bosque donde se ejercitaban muchos jóvenes en la carrera. En uno de sus paseos encontramos un niño de doce á trece años,

muy bien vestido, y coronado de espigas de trigo. Preguntámosle, y nos dijo: hoy es la fiesta de Baco Esimneto*; este es su nombre: todos los niños de la ciudad concurren á las márgenes del Mílico. Allí nos formaremos en procesion para ir al templo de Diana que veis allá bajo; pondremos esta corona á los pies de la diosa, y despues de bañarnos en el rio, tomaremos otra de yedra, é iremos al templo de Baco, que está al otro lado. Yo le dije: ¿y por qué llevas esa corona de espigas? — Porque así nos adornaban la cabeza cuando nos inmolaban sobre el altar de Diana. — ¿Pues cómo es eso: os inmolaban? — ¿Con que vos no sabeis la historia del hermoso Melanipe, y de la bella Cometo, sacerdotisa de la diosa? Voy á contárosla.

Amábanse tanto, que siempre se andaban buscando; y cuando no estaban juntos aun se veian. Al fin pidieron á sus padres permiso para casarse, y los pícaros se lo negaron. Poco tiempo despues hubo grandes escaseces y enfermedades en el pais. Se consultó al oráculo; y respondió que Diana estaba irritada porque Melanipe y Cometo se habian casado en su mismo templo, la noche de su fiesta; y que para aplacarla era preciso sacrificarle todos los años un niño y una niña de los mas hermosos. Mas ade-

* El nombre Esimneto, significaba *rey* antiguamente.

lante nos prometió el oráculo que cesaria esta costumbre bárbara, cuando un incógnito trajese aquí cierta estatua de Baco: vino, se puso la estatua en su templo, y ahora en lugar del sacrificio se hace la procesion y ceremonias de que os he hablado. A dios extrangero.

Esta relacion que nos confirmaron personas ilustradas, no nos causó mucha admiracion; por cuanto sabiamos que por mucho tiempo no se conoció otro camino mejor para aplacar la ira celestial, que el de derramar sobre los altares la sangre de los hombres, y principalmente la de las doncellas. Las consecuencias que arreglaban esta eleccion eran exactas, pero nacian del principio abominable, de que los dioses se mueven mas por el precio de las ofrendas, que por la intencion de los que las presentan. Admitido una vez este error fatal, se debieron ofrecer sucesivamente las mas bellas producciones de la tierra, y las víctimas mas selectas; y como la sangre de los hombres es mas preciosa que la de los animales, se derramó la de una doncella, que reunia en sí la juventud, la hermosura y el nacimiento, en una palabra, todas aquellas circunstancias que mas estiman los hombres.

Despues de haber examinado los monumentos de Patras, y de otra ciudad llamada Dimé, pasamos el Lariso, y entramos en la Elide.

CAPITULO XXXVIII.

VIAGE Á ELIDE. JUEGOS OLIMPICOS.

La Elide es un pais pequeño, cuyas costas baña el mar Jónico, y se divide en tres valles. En el mas setentrional está la ciudad de Elis, situada á orillas del Peneo, rio del mismo nombre, pero menos caudaloso que el de Tesalia: el valle del medio es célebre por el templo de Júpiter, cerca del rio Alfeo: el último se llama Trifilio.

Hubo un tiempo en que los habitantes de este pais gozaban de profunda tranquilidad. Todas las

naciones de la Grecia, de comun acuerdo, los miraban como dedicados á Júpiter, y los respetaban tanto, que las tropas extrangeras dejaban las armas en entrando en este pais, y no las volvian á tomar hasta que salian. Rara vez gozan hoy de esta prerogativa; sin embargo, á pesar de las guerras pasageras, á que se han visto expuestos en estos últimos tiempos; á pesar de los disturbios que todavía fermentan en algunas ciudades, no hay en todo el Peloponeso un pais mas abundante ni mas poblado que la Elide. Sus campiñas, casi todas fértiles, están cubiertas de esclavos laboriosos: la agricultura florece, porque el gobierno usa con los labradores aquellas consideraciones que se merecen los ciudadanos útiles; y así tienen sus tribunales que juzgan sus causas en último recurso, sin tener que interrumpir sus labores para venir á las ciudades á mendigar un juicio inicuo, ó dilatado por mucho tiempo. Muchas familias ricas pasan plácidamente su vida en el campo; y yo he visto algunas en las cercanías de Elis, que ninguno de ellas ha puesto los pies en la capital en dos ó tres generaciones.

Despues que se acabó el gobierno monárquico, se reunieron las ciudades con una liga federativa; pero la de Elis, mas poderosa que las otras, las ha sujetado insensiblemente, y en el dia no les deja mas que la apariencia de la libertad.

Juntas todas forman ocho tribus, dirigidas por un cuerpo de noventa senadores, cuyas plazas son vitalicias, y en caso de vacante, influyen para que se nombren los que quieren: de aquí dimana el residir la autoridad en un corto número de personas, y haberse introducido la oligarquia en la oligarquía; lo cual es uno de los vicios destructivos de este gobierno. Así es, que en estos últimos tiempos se han hecho esfuerzos para establecer la democracia.

La ciudad de Elis es bastante moderna: y al modo de otras muchas ciudades de la Grecia, y principalmente del Peloponeso, se ha formado de la reunion de muchos lugarcillos; porque en los siglos de ignorancia se habitaba en lugares abiertos y accesibles; pero en los tiempos mas ilustrados es preciso encerrarse en ciudades fortificadas.

Cuando llegamos, encontramos una procesion que iba al templo de Minerva; y era parte de una ceremonia en que la juventud de la Elide se habia disputado el premio de la hermosura. Los vencedores iban en triunfo; el primero, ceñida la cabeza con cintas, llevaba las armas que se consagraban á la diosa; el segundo conducia la víctima; y el tercero iba cargado de las demas ofrendas.

He visto muchas veces estos combates en la Grecia, ya entre los de un sexo, ya entre los

del otro. He visto tambien, en pueblos distantes unos de otros, admitir las mugeres casadas á los concursos públicos; con esta diferencia, que los Griegos dan el premio á la mas hermosa, y los bárbaros á la mas virtuosa.

La ciudad está adornada con templos, con edificios suntuosos, con muchas estatuas, algunas de ellas de mano de Fidias. Entre estos últimos monumentos, vimos algunos, en que el artista mostró tanto ingenio, como habilidad; tal es el grupo de las Gracias en el templo que está dedicado á ellas. Su ropage es ligero y brillante: la primera tiene en la mano un ramo de mirto en honor de Venus: la segunda una rosa, para denotar la primavera; la tercera una taba, símbolo de los juegos de la infancia; y para que nada faltase á los encantos de esta composicion, está la figura del Amor sobre el mismo pedestal que las Gracias.

Nada hay que dé mas lustre á esta provincia, como los juegos olímpicos que se celebran de cuatro en cuatro años en honor de Júpiter. Cada ciudad de la Grecia tiene sus fiestas que reunen á los habitantes de ellas; pero hay cuatro solemnidades mayores que reunen todos los pueblos de la Grecia, y son los juegos píticos ó de Delfos, los istmios ó de Corinto, los de Nemea y los de Olimpia. En mi viage á la Fócide hablé de los primeros: ahora voy á tratar de los últimos,

absteniéndome de hablar de los demas, porque poco mas ó menos todos ofrecen los mismos espectáculos.

Los juegos olímpicos, instituidos por Hércules, se renovaron despues de una larga interrupcion, por los sabios consejos de Licurgo, y por la diligencia de Ifito, soberano de una comarca de la Elide. Ciento y ocho años despues se escribió por la primera vez en los registros públicos de los Eleenses el nombre del que ganó premio de la carrera en el Estadio, que se llamaba Corebo. Este uso se continuó; y de ahí vino la larga serie de vencedores, cuyos nombres indicando las diferentes olimpiadas, forman otros tantos puntos fijos para la cronología. Cuando nosotros llegamos á Elis se iban á celebrar estos juegos por la centésima sexta vez *.

Todos los habitantes de la Elide se preparaban para esta solemnidad augusta. Ya se habia promulgado el decreto que suspende toda hostilidad. Las tropas que entrasen entonces en esta tierra sagrada, serian condenadas á una multa de dos minas por soldado **.

Cuatro siglos hace que los Eleenses tienen la administracion de los juegos olímpicos. Ellos han dado á este espectáculo toda la perfeccion

* En el estío del año 356 antes de J. C.

** Ciento ochenta libras. (670 rs. vn.)

de que es susceptible, ya sea introduciendo nuevas especies de combates, ya suprimiendo los que no correspondian á la expectacion de la asamblea. Es de su incumbencia precaver los manejos y enredos, establecer la equidad en los juicios, vedar el concurso á las naciones extrangeras á la Grecia, y aun á las ciudades griegas, si están acusadas de haber quebrantado los reglamentos hechos para mantener el órden durante la fiesta. Es tan alta la idea que tienen de estos reglamentos, que en otro tiempo enviaron diputados á los Egipcios, para saber de los sabios de esta nacion, si se habia olvidado algo en su redaccion. Un artículo esencial, respondieron estos: una vez que los jueces son de Elide, deberian ser excluidos del concurso los de Elide. A pesar de esta respuesta, se les admite aun en el dia, y muchos de ellos han ganado premios, sin que se haya sospechado de la integridad de los jueces. Es verdad que para ponerla mas á cubierto, han permitido á los atletas apelar al senado de Olimpia del decreto que los priva de la corona.

A cada olimpiada se sacan por suerte los jueces ó presidentes de los juegos, los cuales son ocho, porque hay uno por cada tribu. Se juntan en Elis antes de la celebracion de los juegos, y por espacio de diez meses se enteran por menor del ministerio que han de ejercer; en lo que

les instruyen ciertos magistrados, que son los depositarios é intérpretes de los reglamentos de que acabo de hablar; y con la mira de juntar la experiencia á los preceptos, ejercitan, durante aquel tiempo, á los atletas que se han presentado para disputar el premio de la carrera y de la mayor parte de los combates de á pie. Muchos de estos atletas iban acompañados de sus parientes, amigos, y principalmente de los que los habian instruido. Brillaba en sus ojos el deseo de la gloria, y los habitantes de Elis se entregaban á la mas viva alegría. Me hubiera sorprendido el interes que ponian en la celebracion de estos juegos, si no conociera ya la aficion que los Griegos tienen á los espectáculos, y la utilidad real que los Eleenses sacan de esta solemnidad.

Despues de haber visto cuanto podia interesarnos, ya en Elis, ya en Cilene, que le sirve de puerto, y que solamente dista ciento y veinte estadios *, salimos para Olimpia. Hay dos caminos para ir allá; uno por la llanura de cerca de trescientos estadios de largo **; el otro por los montes y por el lugar de Alesieo, en donde hay

* Cerca de cuatro leguas y media. (Cerca de 4 leguas de España.)

** Once leguas y ochocientas cincuenta toesas. (Nueve leguas y 3675 pasos de España.)

cada mes una feria considerable. Escogimos el primero; y pasando por paises fértiles, bien cultivados, bañados por rios, y despues de haber visto de paso las ciudades de Disponcio y de Letrines, llegamos á Olimpia.

Esta ciudad, conocida tambien con el nombre de Pisa, está situada sobre la orilla derecha del Alfeo, al pie de una colina que se llama el monte de Saturno. El Alfeo nace en la Arcadia; luego desaparece y vuelve á aparecer por intervalos; y despues de recibir las aguas de muchos rios, va á desembocar en el mar inmediato.

El Altis contiene en su recinto los objetos mas interesantes: este es un bosque sagrado, de mucha extension, y cerrado con tapias, en donde están el templo de Júpiter y el de Juno, el senado, el teatro y muchos edificios hermosos en medio de un sin número de estatuas.

El templo de Júpiter fué edificado, en el siglo último, de los despojos que los Eleenses quitaron á algunos pueblos que se habian rebelado contra ellos: es de orden dórico, rodeado de columnas, y hecho de una piedra sacada de las canteras inmediatas, tan lustrosa y tan dura, aunque mas ligera que el marmol de Paros. Tiene sesenta y ocho pies de altura, doscientas treinta de largo, y noventa y cinco de ancho*.

* Alto, cerca de sesenta y cuatro pies de rey; largo, doscientos

Un arquitecto habil, llamado Libon, se encargó de la construccion de este edificio. Dos escultores no menos hábiles enriquecieron con sus sábias composiciones los frontones de las dos fachadas. En uno de ellos están, entre muchas figuras, Enomao y Pélope en ademan de disputarse el premio de la carrera en presencia de Júpiter; en el otro, el combate de los Centauros y de los Lapitas. La puerta de la entrada es de bronce, como tambien la de la parte opuesta. Sobre una y otra hay grabados algunos de los trabajos de Hércules. Unas piezas de marmol, cortadas en figura de tejas, cubren el techo: encima de cada fronton se levanta una Victoria de bronce dorado, y en cada ángulo un gran vaso del mismo metal, igualmente dorado.

El templo está dividido en tres naves por dos órdenes de columnas. Hay en él, igualmente que en el vestíbulo, muchas ofrendas que la piedad y el reconocimiento han consagrado al dios; pero lejos de fijarse la vista sobre estos objetos, se inclinan rápidamente á la estatua y trono de Júpiter. Esta obra maestra de Fidias y de la escultura, causa al primer aspecto una impresion, que el examen la hace despues mas profunda.

La figura de Júpiter es de oro y marfil; y aun-

diez y siete; y ancho, noventa. (Altura. 75 pies : largo, 255 pies : ancho, 104 pies de España.)

que sentada, casi llega al paflon del templo. Tiene en la mano derecha una Victoria tambien de oro y marfil, y en la izquierda un cetro de mucho gusto, enriquecido con varias especies de metales, y coronado con una águila. El calzado es de oro, como tambien el manto, en que están grabados animales y flores; y sobre todo lirios.

El trono descansa sobre cuatro pies, y tambien sobre columnas intermedias de la misma altura que los pies. Las materias mas ricas, y las mas nobles artes han contribuido á adornarle. En todo él brilla el oro, el marfil, el ébano y las piedras preciosas, y le decoran las pinturas y bajos relieves.

Cuatro de estos bajos relieves están aplicados á la cara anterior de cada uno de los pies delanteros. El mas alto representa cuatro Victorias en actitud de danzarinas: el segundo unas Esfinges que arrebatan los niños de los Tebanos: el tercero á Apolo y Diana, asaetando á los hijos de Niobé; y el último otras dos Victorias.

Fidias aprovechó los menores espacios para multiplicar los adornos. Yo conté sobre los cuatro travesaños que enlazan los pies del trono, hasta treinta y siete figuras, unas que representan luchadores, otras el combate de Hércules contra las Amazonas*. Mas arriba de la cabeza

* Se puede presumir que estas treinta y siete figuras eran de

de Júpiter, en la parte superior del trono, se ven á un lado las tres Gracias que tuvo de Eurinoma, y las tres Estaciones que tuvo de Temis. Se distinguen otros muchos bajos relieves, tanto sobre la peana, cuanto sobre la basa que sostiene esta enorme masa, los mas de ellos de oro, y representan las divinidades del Olimpo. A los pies de Júpiter se lee esta inscripcion: *Soy obra de Fidias, ateniense, hijo de Carmides.* Ademas de su nombre, el artista para eternizar la memoria y belleza de un joven amigo suyo, llamado Pantarces, grabó el nómbre de él en uno de los dedos de Júpiter *.

No es posible acercarse al trono cuanto uno quisiera, por impedirlo una balaustrada que hay al rededor, que tiene excelentes pinturas de mano de Paneno, discípulo y hermano de Fidias. Este fué, quien junto con Colotes, otro discípulo de tan grande hombre, se encargó de los principales detalles de esta obra maravillosa. Dicen que despues de haberla acabado, quitó Fidias el velo

realce y puestas sobre los travesaños del trono. Se podrian tambien disponer de otro modo distinto del mio, los asuntos representados en los pies. La descripcion de Pausanias es muy sucinta y muy vaga. Cuando se quiere aclararla, hay peligro de extraviarse: limitándose á traducirla literalmente, hay el de no entenderse.

* La inscripcion era esta: *Pantarces es hermoso.* Si se hubiera hecho un crimen de esto á Fidias, hubiera podido justificarse, diciendo que el elogio se dirigia á Júpiter, porque la palabra Pantarces puede significar el que basta á todo.

con que la tenia tapada, consultó al gusto del público, y corrigió algunas cosas conforme al parecer de los mas.

Sorprende la grandeza de la empresa, la riqueza de la materia, la excelencia del trabajo, y la feliz conveniencia de todas las partes; pero sorprende mas todavía la expresion sublime que el artista supo dar á la cabeza de Júpiter. Parece que está impresa en ella la divinidad misma con todo el esplendor del poder, toda la profundidad de la sabiduría, y toda la dulzura de la bondad. Los artistas no representaban antes al señor de los dioses, sino con facciones comunes, sin nobleza y sin caracter distintivo; Fidias fué el primero, que por decirlo así, alcanzó á la magestad divina, y supo añadir un nuevo motivo al respeto de los pueblos, sensibilizando lo que ellos habian adorado. ¿En qué fuente pues habia bebido tan altas ideas? Los poetas dirian que habia subido al cielo, ó que el dios habia bajado á la tierra; pero él respondió de una manera mas sencilla y mas noble, á los que le hacian la misma pregunta, citando los versos de Homero, en que dice este poeta, que una mirada de Júpiter basta para estremecer el Olimpo. Estos versos despertaron en el alma de Fidias la imagen de la verdadera belleza; de aquella belleza que solamente percibe el hombre de ingenio, y produjeron el Júpiter de Olimpia; y

sea cual fuere la suerte de la religion en la Grecia, el Júpiter de Olimpia servirá siempre de modelo á los artistas que quieran representar dignamente el ser supremo.

Los Eleenses conocian el mérito del monumento que poseian; y así es, que todavía enseñan á los extrangeros el obrador de Fidias: han colmado de beneficios á los descendientes de este grande artífice, y les han dado el encargo de mantener la estatua en todo su esplendor. Como el templo y el recinto sagrado están en un sitio pantanoso, uno de los medios que usan para preservar el marfil de la humedad, es derramar frecuentemente aceite al pie del trono, en una parte del pavimento, destinada para esto.

Desde el templo de Júpiter pasamos al de Juno, que es tambien de orden dórico, rodeado de columnas, pero mucho mas antiguo que el primero. La mayor parte de las estatuas que hay, ya sean de oro, ya de marfil, descubren la rudeza del arte, aunque algunas no tienen mas que trescientos años de antigüedad. Nos enseñaron el cofre de Cipselo, donde este príncipe, que despues se hizo dueño de Corinto, fué, siendo niño, encerrado por su madre, para libertarle de la persecucion de los enemigos de su casa. Es de madera de cedro: la tapa y las cuatro caras están adornadas con bajos relieves, abiertos unos en el mismo cedro, y otros de oro

y marfil; y representan batallas, juegos y otros asuntos relativos á los siglos heroicos, con varias inscripciones en caracteres antiguos. Vimos muy despacio, y con mucho gusto, los pormenores de esta obra, porque manifiestan el estado informe que hace tres siglos tenian en Grecia las artes.

Cerca de este templo se celebran juegos, á que presiden diez y seis mugeres, sacadas de las ocho tribus de los Eleenses, respetables por su virtud y por su nacimiento. Ellas son las que mantienen dos coros de música, para cantar himnos en honor de Juno, las que bordan el soberbio velo que se despliega el dia de la fiesta, y las que adjudican el premio de la carrera á las doncellas de la Elide. Dada la señal, se lanzan en la carrera estas émulas, medio desnudas, con los cabellos caidos sobre las espaldas: la que vence recibe una corona de oliva, y el permiso, mas lisonjero todavía, de poner su retrato en el templo de Juno.

Saliendo de allí, anduvimos las calles del recinto sagrado. Entre los plátanos y olivos que hacen sombra á estos sitios, veiamos por todos lados columnas, trofeos, carros triunfales, y estatuas innumerables de bronce y de marmol, unas de los dioses, y otras de los vencedores; porque este templo de la gloria, solamente está abierto para los que tienen derecho á la inmortalidad.

Muchas de estas estatuas están arrimadas á columnas, ó puestas sobre pedestales: todas tienen inscripciones que indican el motivo de su consagracion. Entre ellas habia mas de cuarenta figuras de Júpiter de distinta mano, ofrecidas, ó por pueblos ó por particulares, algunas de veinte y siete pies de altura*. Las de los atletas, que forman una coleccion inmensa, han sido puestas en estos lugares, ó por ellos mismos, ó por las ciudades donde nacieron, ó por los pueblos en que habian contraido mérito.

Estos monumentos, que se han multiplicado en los últimos cuatro siglos, hacen presentes á la posteridad los que los han obtenido. Cada cuatro años se ponen á la vista de una multitud innumerable de espectadores, que vienen de todos los paises á este sitio á contemplar la gloria de los vencedores, á oir la relacion de los combates, y enseñarse con ardor unos á otros, aquellos de quienes su patria se gloria. ¡Qué dicha para la humanidad, si semejante santuario estuviera abierto solamente á los hombres virtuosos! Me engaño; al punto le profanaria el manejo y la hipocresía, que mucho mas que la virtud necesitan de los homenages del pueblo.

* Veinte y cinco pies nuestros y seis pulgadas: (29 pies, 8 pulgadas y 10 lineas de España.)

Mientras admirábamos estas obras de escultura, y seguiamos los progresos y últimos esfuerzos de este arte, nuestros intérpretes nos hacian largas relaciones, y nos referian ciertas anécdotas relativas á aquellos, cuyos retratos nos enseñaban. Despues que detuvieron nuestras miradas en dos carros de bronce, en uno de los cuales estaba Gelon, rey de Siracusa; y en el otro, Hieron, su hermano y sucesor, añadieron: cerca de Gelon, ved la estatua de Cleómedes. Habiendo tenido este atleta la desgracia de matar á su contrario en el combate de la lucha, los jueces para castigarle, le privaron de la corona: él se apesadumbró tanto, que enloqueció. Algun tiempo despues entró en una casa destinada á la educacion de la juventud, asió una columna que sostenia el techo, y la echó á tierra. Cerca de sesenta niños perecieron bajo las ruinas del edificio.

Ved aquí la estatua de otro atleta llamado Timantes. En su vejez se ejercitaba todos los dias en tirar con el arco: un viage que hizo le obligó á suspender este ejercicio: quiso volver á él; y viendo que se le habian disminuido las fuerzas, èl mismo dispuso su pira, y se arrojó á las llamas.

Esta yegua que veis aquí, se llamó el Viento por su extrema ligereza: un dia que corria en el Hipodromo, cayó de ella Filotas que la monta-

ba : continuó su carrera, dobló el límite, y vino á pararse delante de los jueces, que decretaron la corona á su amo, y le permitieron representarse aquí con el instrumento de su victoria.

Este luchador se llamaba Glauco : era joven y labraba la tierra. Su padre vió con sorpresa, que para meter la reja del arado, que se habia salido, se valia de la mano como si fuese un martillo. Le trajo aquí, y le propuso para el combate del pugilato. Acosado Glauco por su contrario, que usaba á un mismo tiempo de maña y fuerza, estaba á punto de sucumbir, *cuando* su padre exclamó: «da, hijo mio, como en el arado.» Al punto redobló el mancebo sus golpes, y fué proclamado vencedor.

Ved aquí á Teágenes que en los diferentes juegos de la Grecia logró el premio, segun dicen, mil doscientas veces, ya en la corrida, ya en la lucha, ya en otros ejercicios. Despues de su muerte, la estatua que se le habia levantado en la ciudad de Tasos, excitaba todavía zelos en un rival de Teágenes : venia todas las noches á saciar su furor contra este bronce, y le conmovió tanto á fuerza de golpes, que la derribó, y quedó debajo aplastado : fué acusada la estatua, y arrojada al mar. Habiendo sobrevenido despues una hambre á la ciudad de Tasos, consultado el oráculo por los habitantes, respondió:

que habian menospreciado la memoria de Teágenes. Se le decretaron honores divinos, despues de haber sacado del mar la estatua, y colocádola en su lugar *.

Este otro atleta trajo su estatua sobre sus hombros, y la puso él mismo en este sitio. Este es el célebre Milon, el que en la guerra de los habitantes de Crotona, su patria, contra los de Sibaris, fué puesto al frente de las tropas, y ganó una victoria señalada: se dejó ver en la batalla, con una maza y los demas atributos de Hércules, recordando de esta manera su memoria. Triunfó muchas veces en nuestros juegos y en los de Delfos, en los que solia hacer pruebas de su fuerza prodigiosa. Algunas veces se ponia sobre una losa, dada de aceite para hacerla mas resbaladiza, sin que le meneasen los vaivenes mas violentos: otras empuñaba una granada, y sin estrujarla, la tenia tan apretada, que los atletas mas forzudos no podian abrirle los dedos para quitársela; pero su manceba le obligaba luego á soltar la presa. Tambien cuentan de él, que corrió el Estadio con un buey á cuestas: que hallándose un dia en una casa con los discípulos de Pitágoras, les salvó la vida sosteniendo la columna en que cargaba el techo, próximo

* En adelante se extendió el culto de Teágenes; y se le invocaba sobre todo en las enfermedades.

á caer; en fin, que en su vejez fué pasto de las bestias feroces, porque se le quedaron cogidas las manos en el tronco de un arbol, medio hendido con cuñas, que iba á acabar de partirlo.

Despues vimos varias columnas, en que estaban grabados tratados de alianza entre diversos pueblos de la Grecia, y los habian depositado en estos sitios, para hacerlos mas sagrados. Pero todos estos tratados han sido violados lo mismo que los juramentos, que eran garantes de su duracion, y las columnas subsisten todavía para atestiguar una verdad espantosa, y es que los pueblos cultos nunca proceden de tan mala fe, como cuando pactan vivir en paz unos con otros.

Al norte del templo de Juno, al pie del monte de Saturno, hay una calzada que llega hasta el circo, y en ella muchas naciones griegas y extrangeras han hecho edificios, conocidos con el nombre de Tesoros. Otros semejantes hay en Delfos; pero estos últimos están llenos de ofrendas preciosas, siendo así que los de Olimpia, casi no contienen sino estatuas y monumentos de mal gusto, ó de poco valor. Preguntamos la razon de esta diferencia; y uno de los intérpretes nos dijo: nosotros tenemos un oráculo; pero tiene tan poco crédito, que quizá se acabará muy pronto. Dos ó tres predicciones, que se

han verificado, han grangeado al de Delfos la confianza de algunos soberanos; y su liberalidad la de todas las naciones.

A este tiempo llegaban las gentes en tropas á Olimpia. Por mar, por tierra, de todas las partes de la Grecia, y de los paises mas remotos, venian ansiosos á estas fiestas, cuya celebridad excede infinitamente á la de las demas, aunque carecen de un atractivo, que las haria mas magníficas; y es, que no se admiten á ellas las mugeres, sin duda por causa de la desnudez de los atletas. Tan severa es la ley que las excluye, que las que se atreven á violarla, son precipitadas de lo alto de un peñasco. Sin embargo, las sacerdotisas de un templo, tienen un sitio señalado, y pueden asistir á ciertos ejercicios.

El dia primero de las fiestas cae en el dia once del mes hecatombeon, que empieza con la luna nueva, despues del solsticio de estío: duran cinco dias, y al fin del último, que es el de la luna llena, se hace la proclama solemne de los vencedores. Abriéronse las fiestas por la tarde * con muchos sacrificios, que se ofrecian sobre altares levantados en honor de varias di-

* En el año primero de la olimpiada 106, el primer dia del mes hecatombeon, caia en la tarde del 17 de julio del año juliano proléptico 356 antes de J. C.; y el 11 de hecatombeon, comenzaba en la tarde del 27 de julio.

vinidades, ya en el templo de Júpiter, ya en sus inmediaciones, Todos ellos estaban adornados con festones y guirnaldas, y todos los fueron regando sucesivamente con sangre de las víctimas. Empezaron por el altar mayor de Júpiter, colocado entre el templo de Juno, y el recinto de Pélope; pues este es el objeto principal de la devocion de los pueblos; y donde los Eleenses ofrecen diariamente sacrificios, y los extrangeros en todos los tiempos del año. Está puesto sobre un basamento cuadrado, al cual se sube por escalones de piedra. Se halla alli una especie de terraplen, donde se *sacrifican* las víctimas: en medio está el altar de veinte y dos pies de altura *: se llega á su parte superior por unas gradas hechas de la ceniza de *las* víctimas, amasada con agua del Alfeo.

Dilatáronse las ceremonias hasta muy entrada la noche, y continuándolas al son de instrumentos, á la claridad de la luna, próxima á estar llena, con tal orden y magnificencia, que causaban á un mismo tiempo sorpresa y respeto. A la media noche, cuando se acabaron, la mayor parte de los asistentes, con un ahinco que dura todos los dias de las fiestas, fueron á tomar sitio en el circo para gozar mejor del es-

* Veinte pies nuestros, nueve pulgadas y cuatro líneas: (24 pies. 2 pulgadas y 9 líneas de España.)

pectáculo de los juegos, que iban á comenzar con la aurora.

El circo olímpico se divide en dos partes, que son el Estadio y el Hipodromo. El Estadio es una calzada de seiscientos pies * de largo, y de anchura proporcionada : en él se hacen las carreras de á pie, y se dan la mayor parte de los combates. El Hipodromo está destinado á las carreras de carros y caballos. Uno de sus costados se extiende por una colina: el otro, un poco mas largo, lo cierra una calzada : su anchura es de seiscientos pies, su largo el doble ** : sepáralo del Estadio un edificio, que se llama *Barrera.* Este es un pórtico, que tiene delante un patio espacioso, hecho en figura de proa de navio, cuyas paredes se van aproximando una á otra, y dejan en su extremo un paso bastante capaz para que puedan entrar muchos carros á la par. En lo interior de este patio se han hecho en lineas paralelas, varias cocheras para carros y caballos, las que se toman por suerte; pues unas están mejor situadas que otras. El Estadio y el Hipodromo están adornados con estatuas, altares y otros monumentos, en que

* Noventa y cuatro toesas y tres pies : (660 pies y 10 pulgadas de España.)

** Ciento ochenta y nueve toesas : (1,321 pies y 8 pulgadas de España.)

habian fijado la lista y orden de los combates, que habia de haber durante las fiestas.

El orden de los combates ha variado mas de una vez * : la regla general que ahora se sigue, es, dedicar las mañanas á los ejercicios que llaman ligeros, como son las diferentes carreras; y las tardes á los que llaman graves ó violentos, como la lucha, el pugilato, etc.

Al romper el dia fuimos al Estadio, que estaba ya lleno de atletas, preludiando á los combates, y rodeado de muchos espectadores: otros en mayor número, estaban puestos confusamente sobre la colina, que se presenta en anfiteatro, mas arriba de la carrera. Volaban los carros por la llanura: el ruido de las trompetas, y el relinchar de los caballos, se mezclaban con los gritos de la multitud; y cuando nuestros ojos podian distraerse de este espectáculo, y

* Este orden ha variado, porque continuamente se ha aumentado ó disminuido el número de los combates: y varias razones de conveniencia han causado otras mudanzas. El que yo señalo aquí, no es conforme á los testimonios de Xenofonte y de Pausanias; pero estos autores que no están del todo acordes entre sí, no hablan sino de tres ó cuatro combates, y no tenemos ningunos conocimientos de la disposicion de los demas. En esta incertidumbre, yo me he puesto de parte de la claridad, hablando primero de las diferentes carreras, ya de hombres, ya de caballos y carros, y despues de los combates que se daban en un espacio determinado, como la lucha, el pugilato, etc. Este orden es casi el mismo que pone Platon en su libro de las leyes.

comparábamos con los movimientos tumultuosos de la alegría pública el silencio y reposo de la naturaleza, ¡qué impresion no hacian sobre nuestras almas la serenidad del cielo, la deliciosa frescura del aire, el Alfeo, que en aquel sitio forma un ancho canal, y las fértiles campiñas que doraban ya los primeros rayos del sol!

Un momento despues vimos que los atletas interrumpian sus ejercicios, y tomaban el camino del recinto sagrado. Fuimos detras de ellos, y hallamos en la sala del senado á los ocho presidentes de los juegos con vestidos magníficos, y todas las insignias de su dignidad. Aquí fué donde al pie de una estatua de Júpiter, y sobre los miembros sangrientos de las víctimas, tomaron por testigos los atletas á los dioses, de que se habian ejercitado por espacio de diez meses en los combates en que iban á entrar; prometiendo ademas no usar de superchería, y proceder con honor: sus parientes y maestros hicieron el mismo juramento.

Acabada esta ceremonia, volvimos al Estadio. Los atletas entraron en la barrera que está antes de él, se despojaron enteramente de sus vestidos, calzáronse unos borceguíes, y se hicieron frotar todo el cuerpo con aceite. Los ministros subalternos andaban por todas partes así por el circo, como por la multitud de filas de espectadores para mantener el orden.

Luego que los presidentes ocuparon su lugar, dijo en alta voz un heraldo: « preséntense los « corredores del Estadio. » Al punto salieron muchos, que se pusieron en linea, siguiendo el orden que les habia cabido en suerte. El heraldo recitó sus nombres y los de su patria ; y cuando estos nombres habian adquirido lustre por algunas victorias anteriores, los realzaban con aplausos reiterados. Despues de esto añadió el heraldo: « ¿ hay alguno que acuse á estos atletas de « haber estado en prision, ó de haber tenido « mala vida? » Un silencio profundo sucedió á estas palabras, y yo me sentí arrastrado de aquel interes que conmueve todos los corazones, y no se experimenta en los espectáculos de las demas naciones. En lugar de ver, al principio de la lid, unos hombres del pueblo, dispuestos á disputarse algunas hojas de oliva, yo no ví mas que unos hombres libres, que por el consentimiento unánime de toda la Grecia, se encargaban de la gloria ó deshonra de su patria, exponiéndose á la alternativa del vilipendio ó del honor, en presencia de millares de testigos; que llevarian á sus pueblos los nombres de los vencedores y de los vencidos. La esperanza y el temor se pintaban en las miradas inquietas de los espectadores, avivándose á proporcion que se acercaba el instante que habia de disiparlas. Este instante llegó: la trompeta dió la señal; partie-

ron los corredores, y en un abrir y cerrar de ojos llegaron al término donde estaban sentados los presidentes de los juegos. El heraldo proclamó el nombre de Poro de Cirene, y lo repitieron mil bocas.

Este honor que lograba, es el primero y de mas lucimiento de lòs que se alcanzan en los juegos olímpicos; porque la carrera del Estadio simple, es la mas antigua de las que se han admitido en estas fiestas. En la sucesion de los tiempos se ha diversificado de varios modos: nosotros la vimos ejecutar sucesivamente por unos niños que apenas tendrian doce años, y por hombres que corrian con un morrion, un escudo, y una especie de botines.

En los dias siguientes fueron llamados otros campeones á correr el Estadio doble; es decir, que despues de haber tocado al fin, y dado vuelta á la meta, debian volver al punto de donde partieron. Estos últimos fueron reemplazados por otros atletas, que corrieron doce veces lo largo del Estadio. Algunos concurrieron á muchos de estos ejercicios, y ganaron mas de un premio. Entre los incidentes que despertaron por muchas veces la atencion de la asamblea, vimos algunos corredores eclipsarse, y esconderse de los insultos de los espectadores, y otros, que tocando ya en el término de sus deseos, se caian de golpe en un piso resbaladizo. Nos hi-

cieron reparar en algunos, cuyas pisadas apenas se imprimian en el polvo. Dos crotoniatas tuvieron suspensos los ánimos por algun tiempo: llevaban estos mucha delantera á sus adversarios; pero habiendo el uno hecho caer al otro empujándole, se levantó contra él un grito general, y fué privado del honor de la victoria; porque está expresamente prohibido usar de semejantes medios para proporcionársela; solamente se permite á los asistentes animar con sus voces á los corredores por quienes se interesan.

Los vencedores no habian de ser coronados hasta el último dia de las fiestas; pero al fin de su carrera recibieron, ó mas bien tomaron una palma que les estaba destinada. Este instante fué para ellos el principio de una sucesion de triunfos. Todo el mundo queria verlos, y felicitarlos: sus parientes, sus amigos y sus paisanos, vertiendo lágrimas de ternura y regocijo, los levantaban sobre los hombros, para manifestarlos á los asistentes, y los abandonaban á los aplausos de toda la asamblea, que esparcia sobre ellos flores á manos llenas.

Al dia siguiente fuimos muy temprano al Hipodromo, donde habian de correr los caballos y los carros. La gente rica es la única que puede darse á estos combates, que efectivamente requieren muchos gastos. En toda la Grecia hay

particulares que tienen por ocupacion y por cierto mérito, el multiplicar las castas de caballos á propósito para la carrera, enseñarlos y presentarlos al concurso en los juegos públicos. Como los que aspiran al premio, no están obligados á disputarlo por sí mismos, muchas veces los reyes y repúblicas entran en el número de los concurrentes, y confian su gloria á escuderos diestros. En la lista de los vencedores se hallan, Teron, rey de Agrigento; Gelon y Hieron, reyes de Siracusa; Arquelao, rey de Macedonia; Pausanias, rey de Lacedemonia; Clístenes, rey de Sicione; y otros varios, igualmente que muchas ciudades de la Grecia. Claro es que semejantes rivales han de excitar la mas viva emulacion. Ostentan una magnificencia, que quieren igualar los particulares, y á veces la exceden. Todavía dura la memoria de que en los juegos en que fué coronado Alcibiades, se presentaron en el Hipodromo siete carros á nombre de este célebre ateniense, y que tres de ellos ganaron el primero, el segundo y el cuarto premio.

Mientras aguardábamos la señal, nos advirtieron que mirásemos atentamente á un delfin de bronce, que estaba puesto al principio de la lid, y un águila del mismo metal, puesta sobre un altar en medio de la barrera. A poco vimos que el delfin se bajaba y escondia en la tierra, y que el águila se elevaba con las alas abiertas, y

se mostraba á los espectadores: y tras esto lanzarse en el Hipodromo un gran número de caballeros, pasar por delante de nosotros con la rapidez del relámpago, dar vuelta á la meta que está en la otra parte, detener unos su carrera, otros acelerarla, hasta que redoblando los esfuerzos uno de ellos, dejó atras á sus competidores afligidos.

El vencedor habia disputado el premio á nombre de Filipo, rey de Macedonia, que aspiraba á todas las especies de gloria, y se sació de ella tan pronto, que pedia á la fortuna templase sus beneficios con una desgracia. En efecto, en muy pocos dias logró esta victoria en los juegos *olímpicos*: Parmenion, uno de sus generales, batió á los Ilirios; y Olimpias, su esposa, dió á luz un hijo, que es el famoso Alejandro.

Otros atletas, que apenas habian salido de la infancia, anduvieron la misma carrera; y tras esto se llenó de una multitud de carros, que se sucedieron unos á otros, tirados de dos caballos en una carrera, de dos potros en otra; en fin, de cuatro caballos en la última, que es la mas brillante y gloriosa de todas.

Para ver los preparativos, entramos en la barrera, donde habia muchos carros magnificos, detenidos por unas maromas atravesadas á lo largo de cada fila, y debian caer una despues de otra. Los que los guiaban, estaban vestidos con

una tela muy ligera: los caballos, cuya fogosidad apenas podian contener, llamaban la atencion por su hermosura, y algunos de ellos por las victorias que habian ganado. Dada que fué la señal, se adelantaron hasta la segunda linea, y reunidos de esta suerte con las otras lineas, se presentaron todos de frente al principio de la carrera. En el mismo instante se les vió cubiertos de polvo, cruzarse, tropezarse, arrastrar los carros con tal rapidez, que apenas podia seguirles la vista, creciendo su impetuosidad, al llegar delante de la estatua de un genio, que, segun dicen, los penetra de cierto terror interior; ó al oir el sonido de las trompetas, colocadas cerca de la meta, famosa por los naufragios que ocasiona. Puesta en lo ancho de la carrera, no deja para el paso de los carros mas que una garganta estrecha, en donde muchas veces se estrella la destreza de los conductores. El peligro es tanto mas temible, cuanto es preciso doblar la meta hasta doce veces: pues doce veces hay que correr lo largo del Hipodromo, sea yendo, sea viniendo.

A cada evolucion ocurria algun accidente, que excitaba los sentimientos de compasion, ó la risa injuriosa de la asamblea. Algunos carros habian sido arrojados fuera de la lid; otros se habian hecho pedazos al tropezarse con violencia; la carrera estaba sembrada de despojos, que au-

mentaban el peligro. Ya no habia mas de cinco competidores, un tesalo, un libio, un siracusano, un corintio y un tebano. Los tres primeros iban ya á doblar la meta por la última vez: el tesalo tropieza en este escollo; cae enredado en las riendas; y mientras sus caballos caen sobre los del libio, que iba cosido á él, y los del siracusano se precipitan en un barranco, que en este sitio está al lado de la carrera, mientras resuenan por toda partes mil gritos penetrantes, llegan el corintio y el tebano, aprovechan el momento favorable, pasan la meta, aguijan á sus caballos fogosos, y se presentan á los jueces, quienes dieron el primer premio al corintio, y el segundo al tebano.

Mientras duraron las fiestas, y en algunos ratos del dia, dejábamos el espectáculo, y recorriamos las inmediaciones de Olimpia. Ora nos divertiamos en ver llegar teorías ó diputaciones, encargadas de ofrecer á Júpiter los homenages de casi todos los pueblos de la Grecia: ora nos admiraba la inteligencia y actividad de los comerciantes extrangeros, que venian á poner en venta sus géneros. Otras veces éramos testigos de las señales de distincion, que se daban ciertas ciudades unas á otras; y se reducian á ciertos decretos, concediéndose mútuamente estatuas y coronas, que se leian en los juegos olímpicos, á fin de que fuese tan

público el reconocimiento como el beneficio.

Paseándonos un dia á la sombra de árboles de toda especie, por las orillas del Alfeo, que estaban llenas de tiendas de diversos colores, vimos que un joven bien parecido estaba echando en el rio los pedazos de una palma que tenia en la mano, y acompañaba esta ofrenda con votos secretos : acababa de ganar el premio de la carrera, y apenas cumplia tres lustros. Preguntámosle el motivo, y nos respondió : este Alfeo, cuyas aguas abundantes y puras fertilizan esta comarca, era un cazador de Arcadia, que suspiraba por Aretusa; y ella huia de él, y para libertarse de sus importunaciones, se fué á Sicilia : ella fué trasformada en fuente, y él en rio; pero como no se apagase su amor, para coronar los dioses su constancia, le abrieron un camino por el seno del mar, y le permitieron en fin reunirse con Aretusa. El joven dió un suspiro al acabar estas palabras.

Volviamos á menudo al recinto sagrado. Aquí, los atletas, que no habian entrado todavía en la lid, buscaban en las entrañas de las víctimas, el destino que les aguardaba : allí los trompetas puestos sobre un altar grande, se disputaban el premio, único objeto de su ambicion : mas allá un monton de extrangeros puestos al rededor de un pórtico, escuchaban un eco, que repetia siete veces la palabra que se decia. Por todas

partes se nos ofrecian ejemplos notables de fausto y vanidad: porque estos juegos atraen á todos los que han adquirido alguna celebridad, ó quieren adquirirla por su talento, saber, ó riqueza; y así vienen á exponerse á las miradas de la multitud, que corre siempre tras aquellos que tienen ó afectan tener alguna superioridad.

Despues de la batalla de Salamina, se dejó ver Temístocles en el Estadio, donde al punto resonaron los aplausos en su honor. Lejos de llevarles la atencion los juegos, todos pusieron en él los ojos todo el dia; todos enseñaban á los extrangeros con voces de alegría y admiracion, aquel hombre que habia salvado la Grecia; y Temístocles se vió precisado á confesar, que no habia tenido un dia mejor en toda su vida.

Supimos que en la primera olimpiada, habia logrado Platon un triunfo casi semejante. Habiéndose presentado en los juegos, toda la asamblea puso los ojos en él, y manifestó, con las expresiones mas lisonjeras, la alegría que inspiraba su presencia.

Nosotros fuimos testigos de una escena todavía mas tierna. Un anciano buscaba lugar donde colocarse, y despues de haber recorrido muchas gradas, repelido siempre con chanzas ofensivas, llegó adonde estaban los Lacedemonios: todos los jóvenes y la mayor parte de los hombres se levantaron con respeto, y le ofrecieron sus asien-

tos. Al instante se oyeron palmadas de aplauso por todas partes; y el anciano enternecido no pudo menos de decir: « los Griegos saben las re-« glas de la buena crianza, y los Lacedemonios « las practican. »

Ví en el recinto un pintor, discípulo de Zeuxis, que á imitacion de su maestro, se paseaba vestido con un magnífico ropage de púrpura, sobre el cual estaba su nombre con letras de oro. En todas partes le decian: tú imitas la vanidad de Zeuxis, pero no eres Zeuxis.

Ví allí tambien un cireneo y un corintio, el uno haciendo la enumeracion de sus riquezas, y el otro la de sus abuelos. El cireneo se indignaba del fausto de su vecino; este se reia del orgullo del cireneo.

Ví un jonio que con muy medianos talentos, habia salido bien de una negociacion que le encomendó su patria. Tenia tanta consideracion de sí mismo, como los tontos á los que se han levantado del polvo. Uno de sus amigos se apartó de él para decirme al oido: jamas hubiera él creido que fuese tan facil ser hombre grande.

Cerca de allí estaba un sofista con un vaso de perfumes en la mano, y una estregadera como si fuese á los baños. Despues de haberse burlado de la vanidad de los demas, subió á uno de los costados del templo de Júpiter, se puso en medio de la columnata, y desde este sitio elevado

decia al pueblo : ¿ veis este anillo? pues yo le he grabado. Este vaso y esta estregadera los he hecho yo : mi calzado, mi manto, mi túnica, el ceñidor, todo lo he hecho yo : estoy dispuesto á leeros poemas heroicos, tragedias, ditirambos, toda especie de obras en prosa, ó en verso, que yo he compuesto sobre todas materias : estoy pronto á hablar de música y de gramática, y á responder á todo género de preguntas.

En tanto que este sofista ostentaba muy satisfecho su vanidad, los pintores ponian en público las obras que habian acabado : los rapsodes cantaban trozos de Homero y Hesiodo; uno de ellos nos recitó un poema entero de Empédocles. Los poetas, los oradores, los filósofos, los historiadores estaban en los peristilos del templo, y en lugares eminentes recitando sus obras : unos trataban asuntos morales; otros elogiaban los juegos olímpicos, ó los de su patria, ó de los príncipes de quienes mendigaban la proteccion.

Cerca de treinta años antes, Dionisio, tirano de Siracusa, habia querido ganarse la admiracion de la asamblea : vinieron de su parte, y bajo la direccion de su hermano Teárides, una solemne diputacion, encargada de presentar ofrendas á Júpiter; muchos carros tirados de cuatro caballos para disputar el premio de la carrera; muchas tiendas suntuosas que se armaron en el campo, y una tropa de excelentes

declamadores, para recitar públicamente las poesías de este príncipe. Su habilidad, y la hermosura de su voz cautivaron al principio la atencion de los Griegos, preocupados ya con la magnificencia de los preparativos; pero cansados luego de esta insípida lectura, lanzaron los tiros mas sangrientos contra Dionisio; y llegó á tanto el desprecio, que muchos de ellos echaron por tierra sus tiendas, y las saquearon. Para colmo de la desgracia, los carros se salieron de la lid, ó se rompieron unos contra otros, y el barco donde iba la comitiva fué arrojado por la tempestad á las costas de Italia. Mientras en Siracusa decia el público, que los versos de Dionisio habian desgraciado á los declamadores, á los caballos y al barco, se defendia en la corte que la envidia seguia siempre al talento. Cuatro años despues envió Dionisio nuevas obras, y actores mas diestros, pero salieron mas ajados que los primeros. A esta nueva, se abandonó á los excesos del frenesí; y no teniendo otro recurso para aliviar su dolor, que el de los tiranos, desterró, é hizo cortar cabezas.

Seguiamos con puntualidad oyendo lo que se leia en Olimpia. Los presidentes de los juegos asistian algunas veces, y el pueblo concurria con precipitacion. Cierto dia, en que al parecer escuchaba con mayor atencion, se oyó resonar por todas partes el nombre de Polidamas, y al punto

la mayor parte de los circunstantes corrieron á ver á Polidamas. Este era un atleta de Tesalia, de tamaño y fuerza extraordinarios. De él contaban, que estando sin armas en el monte Olimpo, habia vencido un leon enorme: que habiendo agarrado á un toro furioso, no pudo escapar el animal sino dejando la pezuña en manos del atleta; que los mas forzudos caballos no podian hacer andar un carro que él detenia por atras con una mano sola. Habia ganado muchas victorias en los juegos públicos, pero como habia llegado tarde á Olimpia, no pudo ser admitido al cóncurso. Mas adelante supimos el fin *trágico* de este hombre extraordinario. Habia entrado con algunos amigos en una caverna para librarse del calor: abrióse la bóveda de la caverna, huyeron sus amigos; Polidamas quiso sostener el monte, y quedó sepultado *.

Cuanto mas dificil es sobresalir en las naciones civilizadas, tanto mas inquieta está la vani-

* Pausanias y Suidas hacen vivir á este atleta en tiempo de Dario Noto, rey de Persia, cerca de sesenta años antes de los juegos olímpicos, en los que yo supongo que se presenta para combatir. Pero por otra parte los habitantes de Pelene defendian que Polidamas fué vencido en los juegos olímpicos por un conciudadano suyo, llamado Prómaco, que vivia en tiempo de Alejandro. Importa muy poco aclarar este punto de cronologia; pero he creido conveniente indicar la dificultad, á fin de que no me la pongan.

dad, y es capaz de los mayores excesos. En otro viage que hice á Olimpia, ví en ella un médico de Siracusa, llamado Menécrates, que llevaba en pos de sí muchos de los que habia curado, quienes antes de esto se habian obligado á acompañarle á todas partes. Uno se presentaba con los atributos de Hércules, otro con los de Apolo, y otros con los de Mercurio ó Esculapio. El, vestido con una ropa de púrpura, con una corona de oro en la cabeza, y un cetro en la mano, se ostentaba con el nombre de Júpiter, y corria el mundo escoltado por estas nuevas divinidades. Un dia escribió al rey de Macedonia la siguiente carta:

« Menécrates-Júpiter á Filipo, salud. Tú reinas « en Macedonia, y yo en la medicina: tú das la « muerte á los sanos; yo doy vida á los enfer- « mos: tu guardia se compone de macedonios; « la mia de dioses. » Filipo le respondió en dos palabras, que deseaba volviese á su sano juicio *. Algun tiempo despues, habiendo sabido Filipo que estaba en Macedonia, le envió á llamar, y le convidó á comer. Menécrates y sus compañeros fueron puestos en soberbios y altos lechos: habia delante de ellos un altar lleno de las primicias de las cosechas; y mientras se ser-

* Plutarco atribuye esta respuesta á Agesilao, á quien segun él se escribió la carta.

via una excelente comida á los demas convidados, no se ofrecian sino perfumes y libaciones á estos nuevos dioses, quienes no pudiendo sufrir la afrenta, salieron precipitadamente de la sala, y no se dejaron ver mas.

Otro rasgo servirá para pintar las costumbres de los Griegos, y su ligereza de caracter. Hace ocho años que se dió un combate en el recinto sagrado, interin se celebraban los juegos. Los de Pisa habian usurpado la intendencia á los Eleense, quienes querian volver á sus derechos: unos y otros, ayudados de sus aliados, entraron en el recinto: la accion fué viva y sangrienta: los espectadores innumerables que habian venido á las fiestas, se colocaron al rededor del campo de batalla con mucha tranquilidad, y mostraron en esta ocasion la misma especie de interes, que en los combates de los atletas, aplaudiendo alternativàmente, con igual alborozo, los trances de uno y otro ejército *.

* Otra escena, pero mas horrible, se vió en Roma al principio del imperio. Los soldados de Vespasiano y de Vitelio se dieron un combate sangriento en el campo de Marte. El pueblo se colocó al rededor, y aplaudia alternativamente los progresos de unos y otros. Pero hay una diferencia notable. En Olimpia los espectadores mostraron un interes de curiosidad: en el campo de Marte se abandonaron á los excesos de alegría y barbarie. Sin recurrir á la diferencia de caracteres, se puede decir que la accion era extraña á los primeros, y una consecuencia de las guerras civiles en los segundos.

Me resta hablar de los ejercicios que piden mas fuerza que los anteriores, cuales son la lucha, el pugilato, el pancracio y el pentatlo. Sin seguir el orden con que se dieron estos combates, empezaré por la lucha.

El fin de este ejercicio es echar en tierra al adversario, y hacerle confesar que ha sido vencido. Los atletas, que habian de contender, estaban en un pórtico inmediato; y los llamaron al medio dia. Estos eran siete: se echaron otras tantas cédulas en una caja, puesta delante de los presidentes de los juegos: dos estaban señaladas con la letra A, otras dos con la letra B, otras dos con la letra C, y la séptima con una D. Meneáronlas en la caja: cada atleta sacó la suya, y uno de los presidentes formó las parejas de los que habian sacado una misma letra Así hubo tres pares de luchadores, y se reservó el séptimo para luchar con los vencedores de los demas. Desnudáronse enteramente, los frotaron con aceite, y se revolcaron en la arena, para que sus adversarios no pudiesen hacer tanta presa, al ir á asirse de ellos.

Entraron en el Estadio un tebano y un argivo: se acercan, se miran de arriba abajo, y se asen de los brazos. Luego, apoyando la frente uno contra otro, se empujan con fuerza igual, parecen inmóviles, y se consumen en esfuerzos inútiles; ya se menean con choques violentos,

se enlazan como serpientes, se alargan, se acortan, se doblan hácia adelante, hácia atras, y hácia los lados: corre de sus miembros cansados un sudor abundante: respiran un momento, se asen por medio del cuerpo, y despues de haber empleado de nuevo la astucia y la fuerza, el tebano levantó á su contrario; pero le dobló el peso, y caen, se revuelcan en el polvo, y están ya encima, ya debajo. Al fin, el tebano entrelazando sus piernas y sus brazos, suspende todos los movimientos de su adversario, que estaba debajo, le aprieta la garganta, y le obliga á levantar la mano en señal de su derrota. Esto no basta todavía para alcanzar la corona, sino que es preciso que el vencedor eche en tierra, á lo menos dos veces á su rival; y comunmente vienen á las manos tres veces. En la segunda accion venció el argivo, y el tebano en la tercera,

Despues que las demas parejas de luchadores acabaron sus combates, los vencidos se retiraron avergonzados y pesarosos. Quedaban tres vencedores, un agrigentino, un efesio, y el tebano de que he hablado. Quedaba tambien un rodio, que habia reservado la suerte. Tenia este la ventaja de entrar descansado en la lid; pero no podia llevar el premio sin dar mas de un combate. Triunfó del agrigentino: fué echado en tierra por el efesio, que sucumbió bajo el te-

bano: este último ganó la palma. Así, una victoria debe llevar á otras; y en un concurso de siete atletas, puede suceder que el vencedor tenga que luchar con cuatro antagonistas, y entrar con cada uno en tres acciones diferentes.

No es permitido en la lucha dar golpes al adversario; en el pugilato no se permiten sino los golpes. Ocho atletas se presentaron para este último ejercicio, quienes del mismo modo que los luchadores, fueron pareados por suerte. Tenian la cabeza cubierta con un casco de metal, y los puños sujetos con una especie de guantes, formados de tiras de cuero, que se cruzaban á todos lados.

Las embestidas fueron tan varias, como los accidentes que se siguieron. Algunas veces hacian dos atletas diversos movimientos para no recibir el sol en los ojos, y pasaban horas enteras observándose, acechando cada cual el momento en que su adversario dejase en descubierto alguna parte de su cuerpo; teniendo los brazos levantados y tendidos, de modo que cubriesen la cabeza, ó agitándolos rápidamente para impedir que el enemigo se acercase. Algunas veces se acometian con furor, y descargaban, uno sobre otro, una granizada de golpes. Vimos algunos, que precipitándose con los brazos levantados sobre el enemigo, dispuesto á eludirlo, caian á plomo en el suelo, y se quebran-

taban todo el cuerpo; otros que exhaustos y llenos de heridas mortales, se levantaban repentinamente, y sacaban nuevas fuerzas de su desesperacion; otros en fin, á quienes sacaban del campo de batalla tan desfigurados, que era imposible conocerlos por el rostro, y sin dar mas señal de vida, que la sangre que vomitaban á borbotones.

Yo me estremecia á la vista de este espectáculo, y mi alma se llenaba enteramente de compasion, al ver á los muchachos aprender semejantes crueldades, porque eran llamados á los combates de la lucha y del cesto, antes de llamar á los hombres formados. Sin embargo, los Griegos se entretienen con placer en estos horrores, animan con sus voces á estos infelices, encarnizados unos contra otros, ¡y los Griegos son suaves y humanos! Tan cierto es que los dioses nos han concedido un don bien funesto y bien humillante, cual es el de acostumbrarnos á todo, y llegar al punto de tener por diversion la barbarie, como el vicio.

Los ejercicios crueles en que se educa á los niños, los debilitan de tal modo, y tan temprano, que en las listas de los vencedores en los juegos olímpicos, apenas se hallan dos ó tres que hayan ganado el premio en su infancia, y en una edad mas avanzada.

En los demas ejercicios es facil juzgar del

éxito: en el pugilato es menester que uno de los combatientes confiese su derrota. Interin le queda un grado de fuerza, no desespera de la victoria, porque esta puede depender de su fortaleza y de su tenacidad. Nos refirieron, que habiéndole roto los dientes á un atleta de un golpe, tomó el partido de tragárselos; y viendo su rival lo infructuoso de su ataque, se creyó perdido sin recurso, y se dió por vencido.

Esta esperanza hace que un atleta oculte sus dolores, aparentando cierto aire amenazador, y aspecto airado: que muchas veces corra riesgo de perecer, y perezca en efecto algunas veces, á pesar del cuidado del vencedor, y la severidad de las leyes, que prohiben á este último matar á su adversario, so pena de ser privado de la corona. La mayor parte de los que se salvan de este peligroso, quedan estropeados para toda su vida, ó conservan cicatrices que los desfiguran. Acaso de aquí procede que este ejercicio sea el menos estimado de todos, y está casi abandonado á las gentes del pueblo.

Por lo demas, estos hombres duros y feroces, aguantan mas fácilmente los golpes y las heridas, que el calor que los sofoca: porque estos combates se dan en el pais de la Grecia, en la estacion del año, en la hora del dia en que el ardor del sol es tal, que apenas pueden sufrirlo los espectadores.

En el momento en que era el calor mas violento, se dió el combate del pancracio, ejercicio compuesto de la lucha y del pugilato; con esta diferencia, que no debiendo los atletas asirse al cuerpo, no llevan guantes en las manos, y los golpes son menos peligrosos. La accion se terminó muy pronto. Habia venido la víspera un sicionio llamado Sóstrates, célebre por las muchas coronas que habia ganado, y por las calidades que se las habian proporcionado. A su vista se separaron muchos de sus rivales, y los demas á sus primeros ensayos: porque en los preliminares en que preludian los atletas, asiéndose de las manos, apretaba y torcia los dedos de sus contrarios, con tal violencia, que al punto decidia la victoria en su favor.

Los atletas, de que he hecho mencion, no se habian ejercitado mas que en este género; los otros, de que voy á hablar, se ejercitan en todas las especies de combates. En efecto, el pentatlo comprende no solamente la carrera de á pie, la lucha, el pugilato y el pancracio, sino tambien el salto, el tiro del disco, y el del dardo.

En este último ejercicio basta lanzar el dardo, y dar en el blanco propuesto. Los discos ó tejos son unas masas de metal ó piedra de figura lenticular, es decir, redondas, y mas gruesas en

el medio que en los bordes, muy pesadas, y muy lisas, y por lo mismo dificultosísimas de agarrar. Se conservan tres de ellos en Olimpia, que se presentan al renovarse los juegos; uno de ellos horadado, para pasar por él una correa. Puesto el atleta en una pequeña altura, preparada en el Estadio, toma el tejo en la mano, ó por la correa, le da vueltas al rededor, y le arroja con toda su fuerza: vuela el tejo por los aires, cae, y va rodando por la liza. Se marca el sitio donde se para; y los esfuerzos de los demas atletas se dirigen á pasar de allí.

Lo mismo hay que hacer para ganar en el salto; ejercicio, cuyos movimientos se ejecutan al son de la flauta. Los atletas tienen en las manos un contrapeso, que, segun dicen, les da facilidad para alargar el salto. Algunos se lanzan á mas de cincuenta pies *.

Los atletas que disputan el premio del pentatlo, necesitan para alcanzarlo, triunfar á lo menos en los tres primeros combates en que se empeñan. Aunque no pueden medirse en particular con los atletas de cada profesion, son sin embargo muy estimados, porque aplicándose á dar al cuerpo la fuerza, agilidad y ligereza de que es susceptible, satisfacen todos los

* Cuarenta y siete pies nuestros, dos pulgadas y ocho lineas; (53 pies y 10 lineas de España.)

fines de la institucion de los juegos y de la gimnástica.

El dia último de las fiestas se destinó á coronar á los vencedores. Esta ceremonia gloriosa para ellos, se realizó en el bosque sagrado, y fué precedida de sacrificios pomposos. Concluidos estos, los vencedores, engalanados con ricos vestidos, y con una palma en la mano, fueron al teatro, en compañía de los presidentes de los juegos. Iban enagenados de alegría, al son de las flautas, rodeados de un inmenso gentío, cuyos aplausos hacian resonar el aire. Detras se veian otros atletas montados en carros y caballos. Estos manifestaban toda la arrogancia de la victoria, y adornados de flores, parecian participar del triunfo.

Llegamos al teatro, los presidentes de los juegos mandaron que empezase el himno, compuesto en otro tiempo por Arquíloco, y destinado á ensalzar la gloria de los vencedores, y el lustre de la ceremonia. Despues que los espectadores juntaron á cada estribillo, sus voces con las de los músicos, se levantó el heraldo, y anunció que Poro de Cirene habia ganado el premio del Estadio. Este atleta se presentó ante el gefe de los presidentes, quien le puso en la cabeza una corona de acebuche, cogida, como todas las que se distribuyen en Olimpia, de un arbol que está detras del templo de Júpiter; y

por su destino., ha llegado á ser objeto de la pública veneracion. Al punto se renovaron todas aquellas expresiones de alegría y de admiracion, con que se le habia honrado en el momento de su victoria; pero con tal fuerza y profusion, que me pareció que Poro estaba en el colmo de la gloria. En efecto, en esta altura le veian puesto todos los circunstantes; y no me sorprendian ya las pruebas laboriosas á que se sujetaban los atletas, ni los extraordinarios efectos que ha producido mas de una vez este concierto de alabanzas. Con este motivo se nos dijo, que el sabio Quilon espiró de gozo abrazando á su hijo, que acababa de ganar la victoria; y que la asamblea de los juegos olímpicos, miró como deber suyo, asistir á sus funerales. En el siglo último, añadieron, nuestros padres fueron testigos de una escena mucho mas interesante.

Diágoras de Rodas, que habia realzado el lustre de su nacimiento con una victoria alcanzada en nuestros juegos, trajo aquí dos hijos, que entraron en concurso, y lograron la corona. Apenas la recibieron, cuando la pusieron sobre la cabeza de su padre, y tomándole en hombros, le llevaron en triunfo por medio de los espectadores, que le felicitaban, echando flores sobre él, y diciéndole algunos: « morid ya, Diágoras, « pues nada teneis que desear. » No pudiendo el

anciano resistir á su ventura, espiró á vista de la asamblea, enternecida con este espectáculo; y bañado con el llanto de sus hijos, que le estrechaban entre sus brazos.

Estos elogios que se dan á los vencedores, los turba á veces, ó por mejor decir, los honra el furor de la envidia. Algunas veces oí mezclarse con las aclamaciones públicas, los silbidos de varios particulares, nacidos en ciudades enemigas de aquellas, de donde eran naturales los vencedores.

A estas muestras de envidia vi suceder otras, no menos notables, de adulacion ó de generosidad. Algunos de los que habian ganado el premio en la carrera de caballos ó de carros, hacian proclamar en su lugar, otras personas, cuyo favor buscaban, ó cuya amistad querian conservar. Los atletas que triunfan en los demas combates, no pueden sustituirse á nadie, pero tambien tienen recursos para satisfacer á su avaricia: en el momento de la proclamacion, dicen ser oriundos de una ciudad que los ha regalado, y así se exponen á ser desterrados de su patria, cuya gloria venden. El rey Dionisio, á quien era mas facil ilustrar su capital, que hacerla feliz, envió mas de una vez sus agentes á Olimpia, para inducir á los vencedores á declararse siracusanos; pero como el honor no se adquiere con dinero, fué igualmente vergon-

zoso para él, haber corrompido á unos, y no haber podido corromper á otros.

Muchas veces se emplea la seduccion para alejar un concurrente temible, para empeñarle en ceder la victoria, moderando sus fuerzas, y para tentar la integridad de los jueces; pero los atletas, convictos de esta maniobra, son azotados con varas, ó condenados en cuantiosas multas. Se ven aquí muchas estatuas de Júpiter, hechas de bronce, construidas con las sumas provenientes de estas multas. Las inscripciones que las acompañan, eternizan la naturaleza del delito, y el nombre de los reos.

El dia mismo de la coronacion, ofrecieron los vencedores sacrificios en hacimiento de gracias. Fueron inscriptos en los registros públicos de los Eleenses, y les sirvieron un banquete magnífico, en una sala del Pritaneo. Los dias siguientes dieron ellos comidas, en que la música y el baile aumentaron el placer. Luego se encomendó á la poesía inmortalizar sus nombres, y á la escultura representarlos en marmol ó bronce, y á algunos en la misma actitud en que habian ganado la victoria.

Siguiendo el uso antiguo, estos hombres colmados ya de honores en el campo de batalla, entran en su patria con todo el aparato del triunfo, precedidos y seguidos de un numeroso acompañamiento, cubiertos con una ropa de

púrpura, algunas veces en un carro de dos ó cuatro caballos, por una brecha que se abre en las murallas de la ciudad. Todavía se cita el ejemplo de un ciudadano de Agrigento en Sicilia, llamado Exeneto, que se dejó ver en esta ciudad en un carro magnífico, acompañado de otros muchos, y entre ellos habia trescientos tirados por caballos blancos.

En algunas partes les da el tesoro público con que mantenerse honradamente, y están libres de toda carga: en Lacedemonia tienen el honor de combatir al lado del rey en un dia de batalla: casi en todas tienen el lugar preferente en la representacion de los juegos; y el título de vencedor olímpico, añadido á su nombre, les concilia una estimacion y respeto, que contribuyen á la felicidad de su vida.

Algunos hacen que las distinciones que reciben, redunden en beneficio de los caballos que se las han proporcionado; para lo cual les procuran una vejez dichosa, les dan una sepultura honrosa, y algunas veces les levantan pirámides sobre los sepulcros.

FIN DEL TOMO TERCERO.

ÍNDICE

DEL TOMO TERCERO.

CAP. XXVI. De la educacion de los Atenienses. 1
CAP. XXVII. Pláticas sobre la música de los Griegos. 53
CAP. XXVIII. Continuacion sobre las costumbres de los Atenienses. 101
CAP. XXIX. Biblioteca de un ateniense. Clase de filosofía. 117
CAP. XXX. Continuacion del capítulo anterior.

Discurso del gran sacerdote de Ceres sobre las causas primeras. 133
Cap. XXXI. Continuacion de la biblioteca. Astronomía y geografía. 159
Cap. XXXII. Aristipo. 187
Cap. XXXIII. Desavenencias entre Dionisio el joven, rey de Siracusa, y Dion su cuñado. Viages de Platon á Sicilia. 200
Cap. XXXIV. Viage á Beocia, caverna de Trofonio, Hesiodo, Píndaro. 226
Cap. XXXV. Viage á Tesalia. Anficliones. Mágicas. Reyes de Feres. Valle de Tempé. 270
Cap. XXXVI. Viage á Epiro, á Acarnania, y á Etolia. Oráculo de Dodona. Salto de Leucada. 310
Cap. XXXVII. Viage á Megara, á Corinto, á Sicione, y á Acaya. 325
Cap. XXXVIII. Viage á Elide. Juegos olímpicos. 372

FIN DEL INDICE.

IMPRENTA Y FUNDERIA DE EVERAT,
CALLE DEL CADRANTE, 16.

